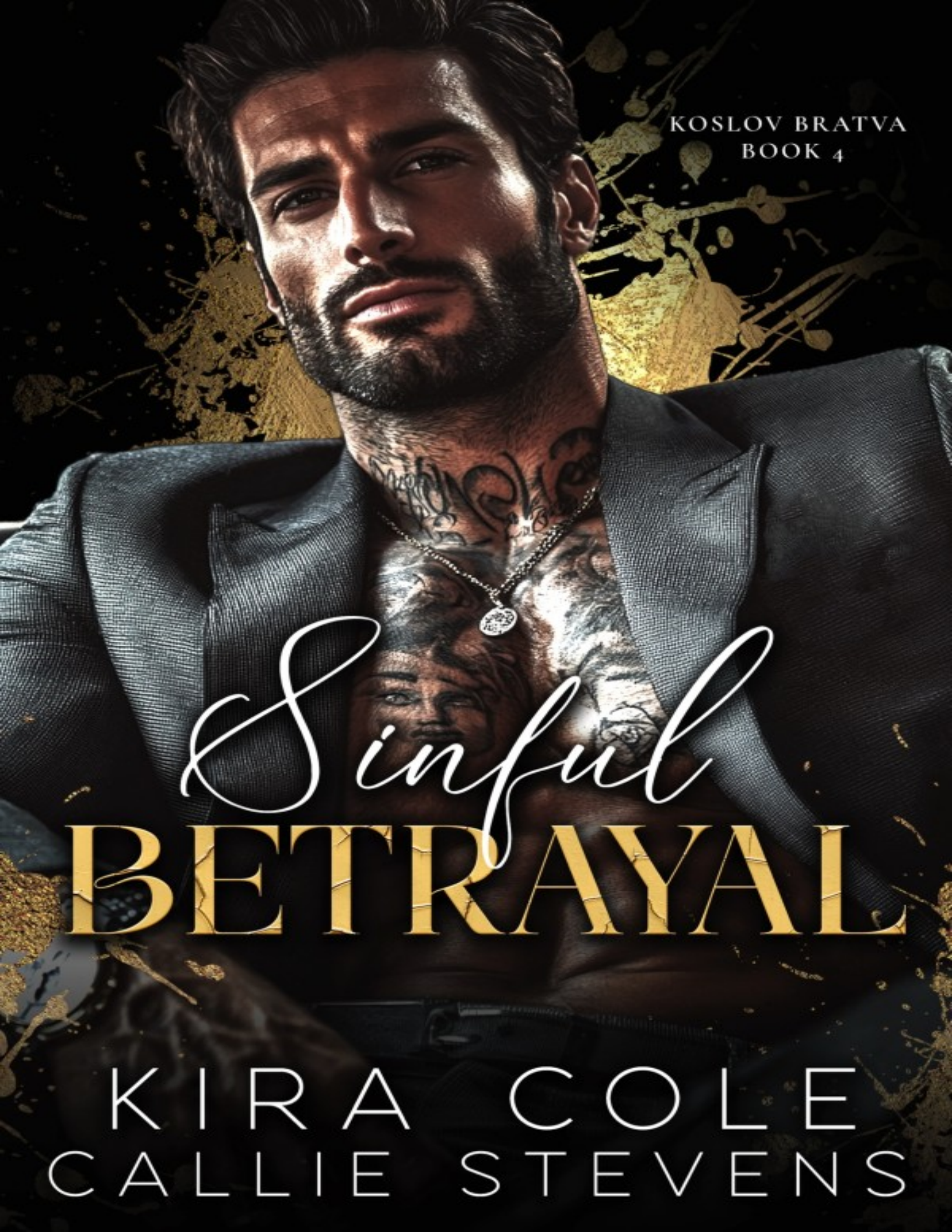

KOSLOV BRATVA
BOOK 4
Sinful
BETRAYAL
KIRA COLE
CALLIE STEVENS

SINFUL BETRAYAL

KIRA COLE
CALLIE STEVENS

Copyright © 2025 de Kira Cole

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

ÍNDICE

1. Nina
2. Anton
3. Nina
4. Anton
5. Nina
6. Anton
7. Nina
8. Anton
9. Nina
10. Anton
11. Nina
12. Anton
13. Nina
14. Anton
15. Nina
16. Anton
17. Nina
18. Anton
19. Nina
20. Nina
21. Anton
22. Nina
23. Anton
24. Nina
25. Nina
26. Anton
27. Nina
28. Anton
29. Nina
30. Anton

Epílogo - Nina

Capítulo Uno

NINA

SER UNA PRINCESA de la Bratva significa que tu vida nunca te pertenece.

Siempre soñé con ser bailarina, con bailar para la American Ballet Company.

Con ser libre.

Una parte, al menos, se hizo realidad. Pero a un alto precio.

La verdad es que mi padre solo aceptó que cogiera un avión a Estados Unidos para asistir al Instituto de Danza de Nueva York a cambio de que le consiguiera información vital sobre uno de sus muchos enemigos.

Así que me ha tocado ser bailarina de día y espía de la Bratva rusa de noche.

Me bajo del taburete y me aliso la falda, pasándome las manos por los pliegues antes de contonearme hacia la barra, procurando menear las caderas a cada paso.

Paso horas y horas cada día llevando mi cuerpo al límite, así que quiero lucir los resultados.

Al menos mientras mi padre no esté aquí para regañarme por ello.

Pero esta noche, mi conjunto tiene más de un propósito. No solo llevo una falda corta y un jersey ajustado y escotado para sentirme genial, sino que también espero que me ayude a llamar la atención de un cliente en particular que frecuenta este bar.

—¿Qué te pongo? —pregunta el camarero, y su mirada se desvía hacia mi escote.

—Cuatro vodka-tonics —le ofrezco una cálida sonrisa mientras me aparto el flequillo de los ojos.

Echo un vistazo por la sala mientras espero a que el camarero prepare las copas y cruzo la mirada con varios hombres sentados en las mesas de al lado.

No soy ninguna extraña a la atención masculina, y la cosa solo empeora cuando se enteran de que soy bailarina. Es como si les hablara directamente a sus pollas; sus mentes se van al instante a todas las posturas en las que podrían ponerme mientras follamos.

Aunque en el pasado le he dado un buen uso a mi flexibilidad, no es eso lo que me interesa esta noche. Solo hay un hombre con el que espero encontrarme y, por lo que parece, todavía no ha hecho acto de presencia.

Espero que no tarde mucho.

Tengo un plazo muy estricto. Si no cumplo, mi padre me meterá en un vuelo de vuelta a Rusia, y podré despedirme de mis sueños.

Esta es mi única oportunidad de escapar de mi antigua vida para siempre, y no puedo permitirme el lujo de echarla a perder.

Sabía que mudarme de Rusia a Estados Unidos sería un gran cambio, pero nunca esperé que Nueva York se convirtiera en mi hogar tan rápidamente.

Solo llevo tres semanas en el Instituto de Danza, pero es incluso mejor de lo que imaginaba. Poder pasar todo el día haciendo lo que amo es un gran privilegio, e incluso he conseguido hacer algunas amigas en el proceso.

Eso era una rareza en Rusia, pero no por falta de intentarlo.

Cuando tu padre es *el* Pakhan de la Bratva, estás destinada a una vida solitaria llena de oscuridad y muerte.

Nunca tuve fiestas de pijamas ni noches de cine; mi vida consistía más bien en que mi padre organizara reuniones nocturnas con sus secuaces mientras pulían sus armas y hablaban de negocios ilegales.

Por eso me dediqué a la danza desde tan joven. Era una forma de desaparecer durante un rato, de perderme en la música y fingir que mi vida real no existía. Probablemente por eso llegué a ser tan buena como soy, porque anhelaba la evasión. Siempre.

Eso, o porque el ballet me recuerda a mi madre. Me llevaba a ver *El cascanueces* cada Navidad hasta que murió, y ahí fue donde me enamoré del ballet. Cada vez que me pongo las zapatillas de punta, me siento más cerca de ella.

Ojalá hubiera podido verme actuar.

La idea a menudo hace que se me llenen los ojos de lágrimas al preguntarme cómo podría haber sido la vida si ella siguiera viva. Quizá mi padre habría sido más amable conmigo, o podría...

—¿Efectivo o tarjeta? —la voz del camarero me devuelve bruscamente al aquí y al ahora.

—Tarjeta —meto la mano en mi bolso de mano y saco la tarjeta de color negro mate.

Los ojos del camarero se abren como platos cuando se la entrego.

Entiendo su reacción. Me habría reído si usarla no viniera con los grilletes que me ataban a mi padre. Además, solo me la dio para

asuntos de negocios, pero considero que esta noche de fiesta es una investigación importante.

—¿Puedes abrirme una cuenta?

—Por supuesto —el camarero pasa mi tarjeta y me la devuelve.

Su nuez sube y baja cuando le dedico una sonrisa. No hace daño coquetear un poco, sobre todo si mi objetivo decide no aparecer.

Me han informado de que frecuenta este bar, que es la única razón por la que estoy aquí, y no se me caen los anillos por sobornar a un camarero ingenuo para obtener información.

Lo que sea con tal de seguir calzando mis zapatillas de punta.

Guardándome el bolso bajo el brazo, llevo con cuidado las cuatro copas a la mesa donde me esperan mis nuevas amigas.

—Gracias, Nina —dice Emma mientras dejo las bebidas en nuestra pequeña mesa redonda.

—No es nada —me siento en el taburete. Elegí la mesa a propósito, ya que está justo en el centro del concurrido bar, dándome una vista perfecta del resto de la sala.

Soy muy consciente del aspecto de mi objetivo, pero parece que el pelo oscuro y un traje negro es el patrón de cualquier otro hombre en Nueva York.

Esto podría ser más difícil de lo que pensaba en un principio.

Bebo un sorbo de mi vodka, asegurándome de no beberlo demasiado rápido. Si aparece, necesito asegurarme de tener la cabeza despejada.

—Este sitio es muy elegante —Beatrice mira a su alrededor con nerviosismo—. Siempre he querido venir aquí.

Le sonrío.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Sinceramente, para cuando termino de entrenar, solo quiero ir a casa y ponerme el chándal —se ríe, echándose su melena castaño rojizo por encima del hombro.

Allie le da un codazo a Beatrice.

—La verdad es que me sorprende que hayamos conseguido sacarte. Empezando el año nuevo con buen pie.

Beatrice le da un largo sorbo a su copa.

—Los próximos cuatro años van a ser brutales.

Emma asiente.

—Pero valdrá la pena cuando todas bailemos en la American Ballet Company.

Sonrío mientras miro a las chicas. Todas están también en su primer año en el Instituto, así que hemos conectado gracias a las historias de las audiciones y los sueños de bailar profesionalmente.

—Aunque he de decir que la cantidad de tíos buenos que hay aquí es un plus muy bienvenido. En Iowa no los hacen así —suspira Beatrice mientras mira a un pijo cachas especialmente musculoso en la mesa de al lado.

Se ajusta el top verde oscuro que hace que su piel parezca aún más pálida.

No me cabe duda de que podría ligarse a cualquier hombre de esta sala si quisiera.

Niego con la cabeza. —Tened cuidado. Estos tíos tienen un ego del tamaño de Rusia.

Emma se inclina hacia delante. —Y unas pollas a juego.

Todas soltamos una carcajada.

De las tres chicas, Emma es a la que más me he unido. Es de Nueva York y sabe cuidarse sola, igual que yo.

Allie se mete el pelo detrás de las orejas. —¿Has encontrado tú este sitio, Emma?

—No. Ha sido cosa de Nina. Lo que supone un cambio. Se agradece no hacer de enciclopedia humana por una vez.

Sonrío con suficiencia. —En el fondo te encanta. Además, conoces los mejores sitios para comer y beber de la ciudad.

—Es verdad, aunque debo decir que me sorprende no haber estado nunca aquí. Estoy casi decepcionada conmigo misma por no haberlo encontrado antes.

Levanto mi copa. —Bueno, creo que deberíamos brindar. Por Nueva York.

Allie levanta la suya. —Y por el ballet.

La mano de Beatrice la sigue mientras nos sonríe a cada una. —¡Y por las nuevas amigas!

Emma sonríe e inclina su copa hacia mí. —Y por el puto vodka bueno.

Mientras chocamos las copas, miro por encima del hombro de Allie y se me corta la respiración cuando mis ojos se posan en mi objetivo.

Se dirige a una mesa al otro lado del bar con una impecable camisa negra que se ciñe a la perfección a su cuerpo fornido. Incluso desde aquí, puedo ver el hoyuelo de su mejilla cuando le sonríe a la camarera, añadiendo algo de suavidad a su rostro, por lo demás, cincelado.

Parece que las fotos no le hacen justicia a este hombre.

Odio admitirlo, pero es increíblemente guapo y sexy de cojones. Quizá, en otras circunstancias, me acercaría a él con el único

propósito de pasar la noche en su cama, explorando cada centímetro de su musculoso cuerpo con mi lengua.

Por desgracia para mí, vengo de un mundo en el que los hombres guapos suelen ser asesinos a sangre fría, y sé que este es uno de ellos.

—Tengo que ir al servicio —digo mientras me bajo del taburete.

Por mucho que me encantaría disfrutar de una noche de chicas, cuanto más lo posponga, más se enfadará mi padre.

Céntrate, Nina. Tienes un trabajo que hacer.

Aunque sea todo sonrisas con hoyuelos y miradas ardientes, eso no cambia el hecho de que asesinó a mi hermano Maxim a sangre fría.

Se me acelera el pulso mientras avanzo entre el mar de mesas, con los ojos fijos en *él*.

Está de espaldas a mí, repantigado en su silla. Perfecto.

No sabrá ni qué le ha pasado.

Capítulo Dos

ANTON

No suelo ser de los que ahogan las penas en alcohol, pero después de lo de hoy, no quería otra cosa que relajarme y tomarme unas copas.

Tener una madre con alzhéimer precoz viviendo en casa es difícil, no solo porque la mitad del tiempo no tiene ni idea de quién soy, sino porque necesita atención las veinticuatro horas. No me deja mucho tiempo libre para desconectar y disfrutar de una copa a solas, y mucho menos con una mujer guapa.

No puedo evitar sentir rencor por la pérdida de mi libertad.

Pero el día de hoy ha sido especialmente duro. Es el décimo aniversario de la muerte de mi padre.

En cierto modo, parece que apenas ha pasado un mes desde la última vez que hablé con mi padre. Incluso después de todo este tiempo, todavía no me puedo creer que de verdad se haya ido.

Lo hace aún más difícil cuando mi madre exige saber dónde está. Se ha pasado todo el día gritándome, exigiendo hablar con él por teléfono. Nada conseguía calmarla, así que al final he tenido que darle un sedante.

En cuanto se ha dormido, he venido directo a *Espionage*, el bar que tengo en la ciudad.

Y ni dos minutos después de acomodarme, un ángel se me cae en el regazo.

Gracias, universo.

—¡Dios mío, lo siento muchísimo! —La despampanante morena se aferra a mis hombros.

Mis manos van a su diminuta cintura para estabilizarla, sus pequeños pechos apretados contra mi pecho mientras se aparta el flequillo oscuro de los ojos.

Me mira desde debajo de sus oscuras pestañas, sus ojos azul océano observándome con curiosidad.

Oh, zayka*, serás la distracción perfecta.*

—No te preocupes. —Se me seca la boca mientras intento no pensar en que su culo se está frotando contra mi polla—. Puedes sentarte en mi regazo cuando quieras.

Se ríe, y el sonido es casi mágico.

—La verdad es que no deberían dejarme llevar tacones, soy muy torpe. —Noto un ligero acento en su voz entrecortada, lo que solo la hace sonar más sexi.

—Desde luego, no me quejo. —Dejo que mis dedos acaricien despreocupadamente el centímetro de piel desnuda entre su falda y el jersey.

Es tan suave y cálida que me resisto a dejarla marchar.

Me dedica una sonrisa tímida antes de ponerse de pie y alisarse la falda, y yo me lo tomo como la señal para observarla por fin. Es guapísima por los cuatro costados.

—¿Cómo te llamas?

—Nina.

—Nina.

Noto cómo traga saliva cuando pronuncio su nombre.

—Soy Anton Koslov. —Le tiendo la mano.

Duda un momento antes de estrecharla. Sus dedos son cálidos y delicados en comparación con mis manos, ásperas y callosas.

—¿Te invito a una copa, Nina?

—Creo que debería ser al revés. —Se sonroja.

No puedo evitar reírme mientras me levanto y le acerco una silla.

Cuando va a sentarse, su perfume floral flota a mi alrededor, y contengo un gemido.

No deseo otra cosa que volver a tirar de ella hacia mi regazo y acariciar con los dedos cada centímetro de su piel desnuda. Que su culo perfecto se frote contra mi polla cada vez más dura mientras le lamo y le chupo el cuello.

Soy como un puto animal salvaje.

Me clavo las uñas en la palma de la mano solo para darme algo en lo que concentrarme aparte de Nina por un minuto.

¿Cuánto hace que no me llevo a una mujer a la cama?

Por la forma en que Nina hace reaccionar mi cuerpo, parecen años.

Llamo la atención de una camarera que pasa y pido una copa para cada uno antes de volver a sentarme, girando el cuerpo hacia el ángel caído.

Es tan menuda, como una muñeca, y exactamente mi tipo.

Envío una plegaria silenciosa a quien sea que esté al mando mientras miro a Nina.

—Supongo por tu acento que no eres de por aquí.

Sonríe, negando con la cabeza.

—¿Voy a suponer que eres ruso?

—Muy bien. —Se alisa con las manos la falda lila.

Me obligo a no volver a mirar hacia abajo, a mantener los ojos fijos en su cara, aunque solo sea para evitar que mi polla se ponga aún más dura.

Nos dejan las bebidas delante y yo, con impaciencia, le doy un largo trago a mi whisky, agradeciendo el ardor del líquido ambarino.

—Perdona mi indiscreción, pero ¿cuál has dicho que es tu apellido?

—No lo he dicho. —Remueve la pajita en su vaso—. Pero es Balakin.

—Balakin… No lo había oído antes.

—Mi familia está en Rusia. Solo yo vine a América.

—Ah, eso lo explica. Entonces, dime, Nina, ¿qué te trae a Nueva York? —Me inclino hacia delante, apoyando un codo en la mesa.

Nina le da un sorbo a su bebida mientras me observa con aparente interés.

Me muevo en el asiento; mi polla, tirante contra la cremallera, bajo su intensa mirada.

Sus ojos son hipnóticos. Me resulta casi doloroso apartar la vista.

—Estudio ballet en el Instituto de Danza.

—Nina, la bailarina. —Sonrío mientras mis ojos recorren su cuerpo una vez más.

Es tan delicada, como una muñeca de porcelana, con la piel más perfecta y unos ojos azules y brillantes.

—Obviamente, estaba predestinado. —Las comisuras de sus labios se contraen mientras reprime una sonrisa.

—Parece que el destino está de tu parte.

Se encoge de hombros, y su jersey de color crema pálido se le escurre por uno de ellos.

—Pareces una bailarina.

—¿Ah, sí? —Enarca una ceja.

—Quiero decir que pareces muy… *atlética*. —Me aclaro la garganta y me muevo ligeramente en el asiento mientras hago todo lo posible por no imaginarme lo flexible que debe de ser.

—Llevo bailando desde los tres años. El ballet ha sido mi vida durante diecinueve años. Es todo lo que siempre he querido hacer.

—Ese nivel de dedicación es impresionante.

Nina se encoge de hombros, restándole importancia al cumplido mientras echa un vistazo a su alrededor. Sus ojos se posan en un punto por encima de mi hombro y hace todo lo posible por no sonreír.

Me giro para seguir su mirada y al instante veo una mesa con tres chicas que me saludan efusivamente con la mano. No puedo evitar soltar una risita mientras les dedico mi sonrisa más encantadora antes de volver a hacerle una seña a la camarera.

—Asegúrese de que las bebidas de esa mesa de allí se añaden a mi cuenta. —Deslizo un billete de cien dólares en su delantal.

—Oh, no, no hace falta que hagas eso. —Nina se sonroja de nuevo, pero yo le resto importancia con un gesto de la mano.

—Es lo mínimo que puedo hacer, teniendo en cuenta que les he robado a su amiga para el resto de la noche.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Eres muy seguro de ti mismo.

—Tú eres la que ha decidido sentarse en mi regazo. —Levanto las manos en señal de falsa rendición.

Sus mejillas adquieren un tono rosado más intenso y aparta la mirada. —¿Entonces, son esas tus escuderas?

—No, nada de eso —se ríe Nina—. Son solo unas amigas del IOD.

—Eso suena o a una secta o a algún tipo de arma de guerra. Quizá un arma de guerra usada por una secta.

Nina echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas, mostrándome su largo cuello, que prácticamente me suplica que lo explore con la lengua.

—Es el Instituto de Danza. Lo llamamos IOD para abreviar.

—Estoy seguro de que eso es exactamente lo que diría la gente de una secta.

—Para ser sincera, con la cantidad de tiempo que pasamos allí, bien podría serlo.

—Eso no debe de dejar mucho tiempo para socializar.

—La verdad es que no, y cuando lo hacemos, solemos salir con otros bailarines. —Inclina la barbilla en dirección a sus amigas—. Tenemos un horario muy intenso, no solo con la danza, sino en todos los aspectos de nuestra vida, y es difícil encontrar a gente fuera de nuestro mundo que lo entienda de verdad.

Se parece mucho a formar parte de mi vida.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —pregunta Nina, sorbiendo delicadamente de su pajita.

Cada uno de sus movimientos es tan preciso, tan elegante.

Solo puedo imaginar qué aspecto tiene cuando baila.

Me encojo de hombros mientras cojo mi vaso.

—Tengo muchos negocios. Créeme, a lo que me dedico es mucho menos impresionante.

—Vaya, no sé yo, parece que te va muy bien.

—Quizá, pero no te dejes engañar por esto. No he construido lo que tengo yo solo. Trabajo para el negocio familiar, así que no puedo atribuirme mucho mérito.

Nina permanece en silencio un momento, sus ojos azules observándome atentamente.

—Eres muy modesto.

—Suenas sorprendida.

—No pensaba que vosotros, los chulitos de Nueva York, tuvierais un ápice de modestia.

—Ah, no me había dado cuenta de que estábamos con los estereotipos —digo con una risita.

—¿Me estás diciendo que tú no me has encasillado ya? —Deja su vaso vacío y se inclina hacia delante, dándome una vista perfecta del nacimiento de sus pechos.

—Tú eres única, Nina Balakin. A ti nunca se te podría encasillar.

Parpadea, su boca de capullo de rosa se abre y se cierra mientras busca las palabras.

No puedo evitar sentirme satisfecho por haberla dejado sin habla.

—¿Quieres otra? —Miro su vaso vacío.

—Por favor. —Se pasa los dedos por su largo pelo.

Le hago una seña a la camarera, meto la mano en el bolsillo, saco otro billete de cien dólares y se lo meto en el delantal. —Que no paren de venir.

Le lanzo un guiño a Nina.

Parece sutilmente impresionada mientras la camarera se aleja a toda prisa.

—¿No sabía que sirvieran en las mesas aquí?

—No lo hacen, pero soy el dueño. Y, además, siempre consigo lo que quiero.

Capítulo Tres

NINA

CLARO, Anton Koslov es el dueño de *Espionage*. Joder, qué irónico.

Me recuesto en el asiento y cruzo una pierna sobre la rodilla mientras la camarera deja bebidas nuevas delante de nosotros. No puedo evitar darme cuenta de que me ignora por completo. Pero, claro, no soy yo la que le está metiendo billetes de cien dólares en el delantal.

Si yo fuera ella, también me ignoraría.

—¿Y eso que estás aquí bebiendo esta noche? —le pregunto mientras le doy un sorbo a mi vodka-tonic helado.

—Solo quiero olvidarme de mi vida por un rato —dice Anton mientras remueve el líquido ambarino en su vaso. Frunce el ceño y parece perderse en sus pensamientos por un instante.

Aprovecho la oportunidad para mirar a mis amigas por encima del hombro y les lanzo una sonrisa para que sepan que no hace falta que vengan a rescatarme.

A juzgar por los innumerables vasos vacíos que hay sobre la mesa, parece que están aprovechando al máximo la invitación de Anton, algo de lo que estoy segura de que se arrepentirán cuando

tengamos el examen de fundamentos mañana a las nueve de la mañana. Algo que me encargaré gustosamente de recordarles más tarde.

—Te entiendo —suspiro—. Por eso bailo.

—¿En serio? —Anton se inclina un poco más, y sus rodillas casi rozan las mías.

Mantengo una postura relajada y una sonrisa coqueta para ocultar que estoy analizando cada uno de sus movimientos.

Puede que crea que puede engatusarme con su riqueza y su encanto, pero he crecido rodeada de hombres como él. Hacen falta mucho más que unos cuantos cumplidos bien elegidos para impresionarme.

Por suerte para él, estoy sentada exactamente donde tengo que estar. Aunque, la verdad, si no tuviera ni idea de la clase de hombre que es, no estoy segura de poder resistirme a pasar una noche con él.

—Sí. —Dejo la copa y me pongo las manos en el regazo.

El movimiento atrae la atención de Anton hacia mis piernas, y no hago ningún ademán por recolocarme la falda, que se me ha subido por los muslos—. Creo que a veces nos vemos atrapados en toda esa oscuridad. La música y la danza me ayudan a centrarme, a recordarme que la vida puede ser como un ballet. Todo es cuestión de perspectiva.

—A mí el alcohol me produce el mismo efecto. —Las comisuras de los labios de Anton se contraen.

Pongo los ojos en blanco, pero le devuelvo una sonrisa.

—¿Has ido alguna vez al ballet, Anton? —lo miro por debajo de las pestañas.

—No, no creía que fuera lo mío. Hasta hoy.

—¿Ah, sí? —suelto una risita—. No sabía que tuviera tanto talento.

—Bueno, creo que necesitaré un poco más para convencerme antes de convertirme en un groupie de pleno derecho.

Contengo una carcajada.

—No creo que las bailarinas de ballet tengan groupies.

—Pues joder, deberían tenerlas.

Es un poco desconcertante cómo Anton me está haciendo sentir la persona más especial de la sala.

No creo que nunca me hayan hecho sentir así. Más bien, me han hecho sentir todo lo contrario toda mi vida.

Desde que murió mi madre, mi padre se ha propuesto recordarme lo inútil que soy por no ser un hijo varón. Como si esa fuera la única forma en que podría serle útil.

Quizá si consigo llevar todo esto a cabo, por fin me tome en serio. No porque me interese hacerme cargo del negocio familiar, sino únicamente con el propósito de demostrarle que soy mucho más que una cara bonita que da saltitos con un tutú.

—Es muy amable por tu parte decir eso. —Le doy otro sorbo a mi copa.

—Y dime, ¿tu intenso horario te deja mucho tiempo para tener pareja?

—¿Es tu forma de preguntar si estoy soltera?

—Más vale asegurarse. —Su mirada se desvía hacia mis labios.

—Bueno, soy muy de fiar. No me caigo en el regazo de los hombres si no estoy disponible.

—Ah, ¿así que te caes a menudo en el regazo de los tíos? —Las comisuras de Anton se contraen, y yo niego con la cabeza,

conteniendo una sonrisa.

—Todo el tiempo.

—Y yo que pensaba que era especial.

—Siento decepcionarte —digo entre risas, dando otro sorbo a mi copa.

Mientras nos perdemos en una conversación fluida, apenas me doy cuenta de que me acerco más a Anton. Nuestros cuerpos están inclinados el uno hacia el otro, con las rodillas rozándose. Estoy tan cerca que puedo oler el whisky en su aliento. Es intenso y suave, como él, y me pregunto cómo sería probarlo...

La mirada de Anton se desvía más allá de mí—. Parece que tenemos compañía.

Parpadeo, casi había olvidado que no éramos las únicas personas en el bar. Me enderezo y miro por encima del hombro para ver a Emma, Beatrice y Allie dirigiéndose hacia nosotros.

—Te pido disculpas de antemano —declaro antes de girarme en mi asiento y sonreír a mis amigas—. ¿Ya os vais?

Allie hace un puchero—. No quiero.

Beatrice suspira, rodeando la cintura de Allie con el brazo—. Me lo agradecerás cuando apruebes el examen de mañana.

Emma mira a Anton con recelo—. Y no quiero hacer de sujetavelas con vosotros, tortolitos, así que yo también me voy.

Aprovecho la oportunidad para acercarme un poco más a Anton, rozando mi rodilla contra su muslo.

Beatrice también mira a Anton con desconfianza—. ¿Estás bien para volver a casa?

No puedo evitar soltar una risita. Si supieran lo peligroso que es en realidad...

—Estoy bien, Bea. Os enviaré un mensaje a todas cuando llegue a casa, lo prometo.

Allie tiene los ojos entrecerrados mientras se apoya en Beatrice—. Mañana te toca traer el café.

—Me aseguraré de que te pongan una carga extra.

—Gracias —suspira, apoyando la cabeza en el hombro de Bea.

Emma se vuelve hacia Anton—. ¡Ah, eso me recuerda! ¿Dónde envío una nota de agradecimiento?

—¿Nota de agradecimiento? —me mira Anton en busca de una explicación, pero yo me limito a encogerme de hombros.

—Por la resaca que voy a lucir mañana por la mañana —aclara Emma.

Los hombros de Anton se agitan en una risa silenciosa mientras me mira, y yo niego con la cabeza.

—Si vomito, hasta te enviaré flores.

—Me siento halagado. —Anton se lleva una mano al corazón mientras intenta mantener la cara seria.

—Deberías. Ahora, quédate muy quieto mientras te hago una foto.

—Eh… —Anton parece preocupado cuando Emma saca el móvil del sujetador y le saca una foto.

La miro con el ceño fruncido—. ¿Qué estás haciendo?

—Es solo una precaución —dice Emma, agitando una mano—. Ya sabes, por si desapareces.

—No pensaba secuestrarla, si es a lo que te refieres. —Anton se endereza, con expresión repentinamente seria.

—Era *exactamente* a lo que me refería. —Emma se pone las manos en las caderas—. Así que estás avisado. Si le pasa algo a nuestra

chica, te juro que te corto la polla con un cuchillo de trinchar. Lo cual sería una pena, porque parece que tienes una polla muy bonita.

—¿Eh..., gracias?

Me tapo la boca con la mano para intentar reprimir la risa al ver la cara de Anton.

—De nada. ¡Gracias de nuevo por las copas!

Beatrice me saluda con la mano.

—Nos vemos mañana a primera hora.

—No te olvides del café —murmura Allie mientras Emma empieza a arrastrar a las dos para llevárselas.

Espero a que mis amigas estén lo bastante lejos como para no oírme.

—Siento lo de Emma. No tiene mucho filtro.

—Ya veo por qué sois amigas. —Anton se ríe, haciendo que aparezca el hoyuelo en su mejilla—. Es una auténtica fuerza de la naturaleza.

—Por eso la tengo a mi lado.

—Está bien que tengas gente que te cuide.

—Espero que no te hayan chafado los planes de secuestrarme. —Me lamo los labios mientras mis ojos recorren el cuerpo de Anton.

—Pareces decepcionada.

Me encojo de hombros.

—Qué quieres que te diga, me gusta que me aten.

Anton se pone rígido y yo contengo una sonrisa cuando se remueve en el asiento.

No me cabe duda de que si le mirara el regazo, podría ver la prueba de su excitación.

Me pregunto si su polla será tan impresionante como el resto de su cuerpo. La idea hace que apriete los muslos.

Necesito desesperadamente que me echen un polvo, pero esta noche no va a ser.

Se aclara la garganta.

—Y bueno, ¿cuánto tiempo llevas en Nueva York?

Intento no parecer engreída, pero en secreto disfruto del efecto que le provoco. Hará que mi trabajo sea muchísimo más fácil, y cuanto antes consiga la información que necesita mi padre, antes podré centrarme en mi verdadero objetivo de entrar en el American Ballet Company.

—Solo unas semanas, pero ya me siento como en casa.

—Nueva York provoca ese efecto en la gente. He vivido aquí toda mi vida y no tengo planes de irme.

—Está a la altura de su fama.

—¿Tu familia tiene pensado venir a visitarte mientras estás aquí?

—¿De verdad quieres pasarte la noche preguntándome por mi familia? —Me inclino un poco hacia delante.

El jersey se me cae aún más por el hombro, dándole una visión perfecta de la curva de mis pechos.

—No, la verdad es que no. —Sus ojos bajan hasta mi pecho.

—Entonces, ¿qué te gustaría hacer esta noche, *Anton*? —Dejo que mi voz se vuelva un poco entrecortada.

—Hay muchas cosas que me gustaría hacer. —Su voz suena más grave.

Me muevo ligeramente para que mi rodilla roce su muslo una vez más.

—¿Como qué?

—Para empezar, me gustaría llevarte a mi casa —murmura, y su voz hace que se me ponga la piel de gallina.

Por un momento, me permito imaginarlo. Este hombre guapísimo y poderoso, pasando horas adorando cada centímetro de mi cuerpo, dejándome hecha un desastre de gemidos y contorsiones en medio de su cama.

Tiene toda la pinta de saber *exactamente* lo que se hace. Sería un cambio bienvenido en comparación con los otros hombres con los que he estado.

No estás aquí para echar un polvo rápido.

Repito las palabras en mi cabeza una y otra vez, intentando ignorar la forma en que Anton me está mirando.

—¿Y luego qué? —Me muerdo el labio inferior.

—Luego me gustaría poner a prueba tu formación de ballet.

—¿Recibiría una nota por mi actuación? Porque yo actúo muy bien bajo presión.

—No me cabe la menor duda —gruñe Anton.

—Bueno, suena como una oferta maravillosa, pero, por desgracia, tendré que pasar.

Anton parpadea.

Estoy segura de que no muchas mujeres rechazan la oportunidad de pasar la noche en su cama.

Y si fuera en cualquier otra circunstancia, y no fuera un cabrón asesino, estaría más que encantada de cabalgarlo hasta el amanecer. Pero la realidad es que Anton Koslov es mi enemigo, y haría bien en no olvidarlo.

Anton frunce el ceño.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Mañana por la mañana tengo un examen de ballet. —Me pongo de pie—. Gracias por las copas.

Cuando voy a coger mi bolso de mano de la mesa, Anton me agarra de la muñeca, deteniendo mis movimientos.

—Espera.

Me detengo y lo miro con las cejas arqueadas.

Me suelta.

—¿Puedo volver a verte?

Dejo que mis ojos se desvíen hacia su boca, entornándolos un poco. No cuesta mucho, teniendo en cuenta lo atractivo que es.

—Claro —digo, mordiéndome el labio—. Si se te ocurre cómo encontrarme...

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio. —Me inclino sobre él para coger mi bolso de mano de la mesa.

Mis pechos rozan su brazo y juraría que gime.

—Buenas noches, Anton. —Me doy la vuelta y me contoneo por el bar hacia la salida.

Los ojos de Anton me queman todo el tiempo, y sé que lo tengo comiendo de la palma de mi mano.

Lástima que sea quien es, o la noche habría sido muy diferente.

En fin.

Quizá si el sueño del ballet se va a la mierda, podría ser espía después de todo.

Capítulo Cuatro

ANTON

Me temo que voy a tener que pasar.

Creo que ninguna mujer me ha dicho esas palabras en mi vida.

Nunca tengo que esforzarme mucho para llevarme a una mujer a la cama. Me basta con dedicarles un par de sonrisas y hacerlas sentir especiales. Es muy poco esfuerzo para una gran recompensa, pero parece que Nina no funciona así, y me sorprende lo refrescante que resulta.

Va a hacer que me lo curre.

Está convirtiendo esto en el juego del gato y el ratón, y lo hace a propósito, a juzgar por la sonrisita que me dedica antes de marcharse, asegurándose de menear las caderas a cada paso.

Prácticamente se me cae la baba mientras le miro las piernas, imaginándomelas enroscadas en mi cintura mientras la embisto.

La atracción entre nosotros era innegable, y no deseaba otra cosa que pasar la noche explorándola más a fondo. Ha pasado mucho tiempo desde que una mujer me ha cautivado tanto, algo que mi polla palpitante está desesperada por recordarme.

—Joder —mascullo, pasándome los dedos por el pelo.

Si quiere jugar, podemos jugar.

No será difícil averiguar dónde vive. Lo que no sabe es que tengo a investigadores privados a una llamada de distancia que podrían conseguirme su dirección antes de que ella llegue siquiera a la acera.

Me ha dado toda la información que necesito. No costaría mucho piratear su expediente personal en el IOD y localizarla.

Pero creo que Nina disfruta de que la persigan, y si eso es lo que quiere, que así sea. Puedo esperar un poco más antes de ponerle las manos encima.

Puede que haya rechazado mi oferta de pasar la noche en mi cama, pero eso no significa que haya terminado con ella por hoy. Ojalá me hubiera dado la oportunidad de llevarla a casa, solo para asegurarme de que llegaba sana y salva. Pero estaba demasiado distraído con sus pechos apretados contra mi brazo como para insistir.

La advertencia de Emma resuena en mi mente y me pongo en pie.

Puede que estuviera bromeando con lo de cortarme la polla si a Nina le pasaba algo, pero prefiero no tentar a la suerte. Dejaron a Nina en mis manos, y a pesar de que ha rechazado mi oferta de pasar la noche conmigo, no pienso dejar que mi ego herido se interponga en la seguridad de una mujer.

Me aliso la chaqueta antes de volver a abotonármela y me tomo un momento para mirar a mi alrededor, dándome cuenta de lo lleno que está el bar. Se me hincha el pecho.

Construí este sitio desde cero y se lo ofrecí a mis primos para que lo usaran a su antojo, dejando que de vez en cuando pasara algo de dinero por los libros. Es el único negocio del que puedo atribuirme el mérito, y me esfuerzo mucho para asegurarme de que siga teniendo éxito.

Asiento con la cabeza en dirección a unas cuantas mesas, reconociendo a algunos clientes habituales. Me gusta dejarme ver tan a menudo como puedo para recordar a algunos clientes en particular quién manda. Ser un Koslov conlleva una reputación. Aunque no me gusta hacer alarde de ello muy a menudo, está bien tenerlo como un as en la manga si es necesario.

Cuando llego a la salida, el aire fresco de octubre se filtra desde el exterior.

Pienso en Nina con su escueto atuendo y me maldigo por no haberle ofrecido mi chaqueta. De verdad que estaba en trance…

Saludo con la cabeza a Reid, uno de mis porteros.

—¿Cómo vamos?

—El aforo está completo —Reid se cruza de brazos, enormes y tatuados, sobre el pecho.

A pesar del frío, lleva una camiseta negra ajustada que luce su físico musculoso. Lleva el pelo oscuro muy corto y sus ojos grises no se pierden nada mientras escanea la cola de clientes ansiosos por entrar.

—Si hay algún problema, quiero saberlo. Y no solo después de que te hayas encargado de él.

Reid se ríe entre dientes, un sonido que retumba en su pecho.

—¿Puedes culparme por querer callar a estos putos idiotas? Se toman un par de copas y creen que pueden conmigo.

—¿Quieres una puta medalla o algo? No es un combate justo, Reid.

Reid se encoge de hombros, sus ojos enormes escrutando constantemente la cola en busca de cualquier señal de problemas.

—Nunca lo es. De todas formas, ¿qué haces aquí fuera?

—¿Has visto a una chica de pelo oscuro con una falda morada?

La boca de Reid se contrae mientras me mira.

—Claro que sí —se ríe entre dientes—. Vaya par de piernas tiene.

—Eso no es lo que he preguntado —replico bruscamente, lo que provoca otra carcajada en Reid.

Me sorprende mi repentina posesividad hacia Nina. Es algo a lo que no puedo permitirme sucumbir, sobre todo porque lo mío no son las relaciones serias. Ojalá lo fueran, pero no puedo dedicarles el tiempo necesario, no ahora que mi madre ocupa gran parte de él.

Quizá eso fue lo que me atrajo inconscientemente hacia Nina. Está claro que el baile es su primera prioridad, e hizo hincapié en lo apretada que está su agenda, como para hacerme saber que solo busca algo de diversión.

Solo que no esperaba que la *diversión* me llevara a una persecución del gato y el ratón por Nueva York.

—¿Ya ha cogido un taxi? —Miro a mi alrededor, a la concurrida calle.

Son casi las once de un jueves, pero para la mayoría, la noche apenas ha comenzado.

No veo ni rastro de Nina, lo que me está poniendo nervioso.

—No, se fue andando por allí —Reid señala a la derecha.

—¿Qué? —se me encoge el estómago.

—Ha desaparecido al girar la esquina. No es la decisión más segura por su parte, si quieres mi opinión. Si hubiera sabido que era amiga tuya, me habría asegurado de que cogiera un taxi. Lo siento, Anton —gruñe Reid, pero le hago un gesto para que no se preocupe.

—Avísame si vuelve —le digo y echo a correr calle abajo.

Esquivo a los peatones borrachos hasta que llego al final de la calle y giro a la derecha.

Puede que *Espionage* esté situado en el corazón del Upper West Side de Manhattan, pero eso no significa que Nina esté a salvo caminando sola a casa en la oscuridad. Más bien al contrario, cuanto más ricos son los tíos, más creen que tienen derecho a la atención de una mujer.

Más bares bordean cada lado de la calle, cada uno lleno de clientes borrachos.

Escudriño los callejones laterales donde se tira la basura, buscando cualquier señal de Nina, pero parece que no tengo suerte.

—Mierda —me paso los dedos por el pelo.

Estoy a punto de sacar el móvil del bolsillo para llamar a Rurik, uno de mis investigadores privados, para que consiga la dirección de Nina cuando un grito desgarrador resuena en mis oídos.

Por cómo se me encoge el estómago, sé que es Nina.

Sin pensarlo, salgo corriendo, siguiendo el sonido de sus gritos hacia uno de los callejones laterales. Lo que me encuentro casi provoca que los cuatro whiskies que me he tomado antes amenacen con volver a salir.

Está pegada a la pared de ladrillo, con un cuchillo hundiéndose en la suave piel de su garganta mientras el tipo forcejea por meterle la mano por debajo del jersey. Otro está cerca, como un puto perro guardián.

—¡Cállate de una puta vez! —gruñe él cuando ella intenta gritar de nuevo.

Me mantengo pegado a la pared, con el cuerpo oculto entre las sombras, mientras intento decidir a cuál de los dos derribar primero.

No quiero sacar la pistola y arriesgarme a llamar la atención. Sería un dolor de cabeza mayor tener que limpiar el estropicio si nos pillaran abriendo fuego que si simplemente los noqueo usando solo mis manos.

Me hago crujir los nudillos.

Parece que me espera una buena pelea a la antigua.

—No creo que esté interesada, chicos. —Salgo de entre las sombras.

Mi presencia pilla por sorpresa al perro guardián.

Aprovechando la oportunidad, me abalanzo sobre él.

Agarro al tipo del pelo, le echo la cabeza hacia atrás y se la estampo contra la pared de ladrillo. Cae inconsciente al instante y lanzo su cuerpo a un lado.

Nina grita cuando el segundo tipo tira de ella para usarla como escudo, apretando el cuchillo con más fuerza contra su cuello.

—Un solo movimiento y está muerta —gruñe.

Me enseña los dientes mientras tira del pelo de Nina, y ella deja escapar un gemido de terror.

—Qué gracioso. —Sonrío con suficiencia—. Iba a decirte lo mismo.

Me lanzo hacia él, agarrándole la muñeca que sujeta el cuchillo antes de estamparle el codo derecho en la barbilla.

Suelta un gruñido y afloja el agarre del cuchillo. Rápidamente se lo quito de la mano y lo lanzo a un lado.

—*Apártate* —le ordeno a Nina.

Ella se quita de en medio a toda prisa, agazapándose en las sombras mientras yo esquivo por los pelos un golpe en la mejilla.

Lo agarro de los hombros y le doy un rodillazo directo en las tripas, dejándolo sin aire.

Se dobla por la mitad, y yo le cojo la cabeza con las manos y la golpeo contra el suelo.

Me siento a horcajadas sobre él, con los muslos a cada lado de su torso, y vuelvo a cogerle la cabeza con las manos, gruñendo mientras la estampo contra el suelo.

Un charco de sangre empieza a formarse alrededor de su cabeza, y lo tomo como una señal para detenerme.

Jadeando, me pongo en pie y contemplo al hombre inconsciente a mis pies.

Dudo que los golpes sean suficientes para matar a ninguno de estos hombres, pero ahora mismo mi prioridad es sacar a Nina de aquí cagando leches.

Tengo que mandarle un mensaje a Reid para informarle de los dos hombres que sin duda vigilaban a las mujeres que entraban y salían del bar. Lo que no entiendo es por qué han atacado a Nina en concreto. ¿Tenían a alguien dentro del bar? ¿Me vieron acercarme a ella y decidieron mandarme un mensaje?

Si ese es el caso, no puedo evitar pensar que Igor Ivanov está detrás de esto.

La idea hace que se me revuelva el estómago.

Debería haber sido más cuidadoso.

Aprovecho para sacarles fotos a los dos hombres. Aunque estoy casi seguro de que trabajan para Igor, siempre es mejor ser precavido. Los Koslov tienen muchos enemigos, lo que significa que no podemos permitirnos sacar conclusiones precipitadas. Si me equivoco y envío a mis hombres a la guarida de Igor sin motivo, será un destino peor que la muerte.

—¿Estás bien? —Me agacho frente a ella.

Está temblando y tiene los ojos como platos mientras mira a los dos hombres que yacen inconscientes en el suelo.

—*Nina* —insisto.

—S-sí, estoy bien. —Vuelve a mirarme.

Tiene el jersey roto, pero por lo demás parece ilesa.

No puedo evitar imaginar en qué estado podría haberse encontrado si no hubiera llegado a tiempo.

Me quito la chaqueta y se la pongo sobre los hombros. Le queda enorme, pero menos es nada.

—Tenemos que salir de aquí. —Intento cogerla, pero ella retrocede al instante.

—Estás a salvo. —Espero que pueda ver la sinceridad en mi cara.

Vuelve a mirar a su alrededor. —N-necesito mi bolso de mano.

Me pongo en pie y busco rápidamente por el suelo, localizando el bolso de lentejuelas junto a la cabeza del primer tipo que derribé. Lo cojo y vuelvo a toda prisa junto a Nina, ofreciéndole una mano.

Ella les dedica una última mirada recelosa a los dos hombres antes de poner sus manos frías en las mías.

La ayudo a levantarse con delicadeza, dándole un momento para que se estabilice.

—Tenemos que salir de aquí antes de que se despierten. —Guardo el bolso de mano en el bolsillo de mi chaqueta.

Nina asiente, apretando mi mano con más fuerza.

—¿Qué tal se te da correr con tacones?

Prácticamente arrastro a Nina de vuelta hacia *Espionage*.

A pesar de los tacones, consigue seguirme el ritmo mientras me abro paso entre la multitud, sin dejar de mirar por encima del hombro para asegurarme de que no nos siguen.

A pesar del aire frío, mi cuerpo está insoportablemente caliente por el subidón de adrenalina, y correr no ayuda. Pero no me detengo

hasta que llegamos a *Espionage.*

Miro a Nina y apenas está sin aliento. Tiene las mejillas sonrosadas y el flequillo un poco alborotado, pero es bueno ver algo de color en su cara.

—¿Está todo bien? —pregunta Reid cuando nos acercamos, mirando la sangre que mancha mis manos.

No es momento de dar explicaciones, necesito asegurarme de que está a salvo y lejos de aquí. —¿Puedes hacer que me traigan el coche?

Reid asiente y nos da la espalda mientras habla por su pinganillo.

Nina me aprieta el brazo. —No necesito que me lleves a casa, puedo coger un taxi.

Niego con la cabeza.

—No voy a llevarte a casa, Nina. Vienes a casa conmigo.

—Anton…

—No acepto un no por respuesta, Nina. Esos hombres de ahí atrás son peligrosos. Mi conciencia no me permite enviarte de vuelta a la ciudad, sola.

—Mi piso está en un edificio seguro con vigilancia —dice Nina, abrazándose a sí misma.

—No me importa. Si esos hombres quieren encontrarte, necesitarán mucho más que un portero para detenerlos.

—No puedo esconderme en tu casa, Anton.

—Puedes y lo harás.

—Anton… —

—Puedes intentar llevarme la contraria en esto todo lo que quieras, Nina, pero vas a perder.

Ella entrecierra los ojos y tuerce la boca en un gesto de contrariedad.

Si las circunstancias fueran otras, le diría lo jodidamente adorable que está cuando se molesta.

Bufa. —Vale, me quedaré en tu casa esta noche.

—No, ese no es el trato.

—¿Perdona?

—Hasta que averigüemos quién está detrás de este ataque, no pienso perderte de vista.

Capítulo Cinco

NINA

Esta noche está saliendo incluso mejor de lo que había previsto. No solo he tenido a Anton Koslov prácticamente babeando a mis pies, sino que ahora he conseguido un pase con acceso a todo a su casa de las afueras sin tener que meter el sexo de por medio.

Tomo nota mental de enviarles a los dos hombres que me han atacado una bonificación bien merecida.

Es probable que a mi padre no le haga ninguna gracia enterarse de que he dejado a dos de sus hombres fuera de combate durante una buena temporada, pero espero que merezca la pena.

Espero pacientemente junto a Anton mientras un aparcacoches trae su McLaren GTS gris acero.

Incluso después de haber despachado a dos hombres, todavía se acuerda de darle una propina al personal.

Tengo que admitir que el tío tiene algunas cualidades atractivas. Pero no las suficientes como para compensar las que no lo son tanto.

La sangre que ahora le mancha las manos me recuerda demasiado bien quién es en realidad, debajo de toda esa riqueza y encanto.

Todas las miradas se giran en nuestra dirección cuando el motor ruge, pero Anton solo tiene ojos para mí.

Noto que le preocupa que esté a punto de romperme en mil pedazos y me siento un poco ansiosa por si he actuado con demasiada calma. Hacer de damisela en apuros no se me da bien.

Al crecer en mi mundo, tuve que aprender a cuidar de mí misma. Solo espero no haberme jugado la oportunidad de ganarme la confianza de Anton.

Quizá cuando estemos a solas en el coche, baje la guardia lo justo para que piense que voy a derrumbarme. Parece que le gusta hacer de héroe, teniendo en cuenta lo rápido que ha acudido a mi rescate.

Me arriesgué a que me siguiera fuera y la jugada salió bien.

Lo que no esperaba era que insistiera en llevarme a su casa para protegerme. Debo decir que es una ventaja inesperada y que pienso aprovechar al máximo.

Anton me abre la puerta del copiloto y me ayuda a entrar en el coche. Es muy bajo, pero su chaqueta evita que enseñe demasiada piel a todos los curiosos.

Me abrocho el cinturón y lo observo mientras rodea el coche y se pone al volante.

Aparte de la sangre en sus manos, sigue impecable, casi sin un pelo fuera de su sitio.

Verlo despachar a dos hombres con sus propias manos fue como presenciar un ballet violento. Movía el cuerpo sin esfuerzo, y está claro que ha dedicado años de entrenamiento a perfeccionar su técnica.

Tengo que decir que estoy impresionada, y un poco excitada. Estar envuelta en su chaqueta no ayuda. Inspiro su aroma terroso mezclado con alcohol y sudor.

Es embriagador, y quiero bañarme en ese aroma toda la noche.

—¿Lista? —me dice Anton, devolviéndome al presente.

Asiento y le ofrezco una pequeña sonrisa. Sus ojos escudriñan mi rostro un instante antes de arrancar el motor y alejarse del bordillo.

Permanecemos en silencio durante todo el trayecto de salida de la ciudad.

Anton probablemente está perdido en sus propios pensamientos, tratando de averiguar para quién trabajan esos dos tipos. Conociéndolo, llegará hasta mi padre antes de que salga el sol. Solo espero que la conexión no vaya más allá.

Si descubre quién soy en realidad, perderé mucho más que mi carrera de bailarina.

Cuando llegamos a unas imponentes puertas treinta minutos después, me enderezo en el asiento para contemplar la extensa finca.

Sabía que Anton era de familia con dinero, pero no me daba cuenta del alcance de su riqueza.

Observo el nítido exterior blanco de la casa, iluminado por focos, con sus ventanales de suelo a techo y sus amplios jardines. Incluso de noche, la casa parece muy luminosa y acogedora. Hace que sea difícil recordar que sigues en Nueva York.

Me mira.

—¿Te gusta?

—Es… Vaya.

—Es extravagante, lo sé —dice con una risita.

—Solo un poco —bromeo—. ¿Qué tiene, seis habitaciones?

—Ocho.

—Una para ti y, supongo, ¿las otras son para todas las demás mujeres a las que salvas?

—¿Cómo lo has sabido? —La comisura de sus labios se contrae mientras me mira de reojo—. Venga, te haré una visita rápida.

Sigo a Anton por los escalones hasta la puerta principal, observando atentamente cómo escanea su huella dactilar además de teclear un código. No me cabe duda de que hay cámaras que cubren cada centímetro del lugar, tanto por dentro como por fuera.

La puerta se abre con un clic y Anton se hace a un lado para dejarme pasar.

Mis tacones resuenan en el suelo de madera clara mientras Anton me guía a través del vestíbulo.

Una enorme escalera se sitúa en el centro, hecha de la misma madera clara con una alfombra de color verde oscuro que la recorre por el medio. La gama de colores es terrosa y cálida, lo que no es en absoluto lo que esperaba de Anton.

—¿Qué te parece? —me pregunta, conduciéndome al salón.

—No esperaba que fuera tan… hogareña. Me imaginaba un ambiente más minimalista en blanco y negro.

Anton se ríe entre dientes, metiendo las manos en los bolsillos.

—Ese estilo siempre me ha parecido muy frío. Quería tener un sitio al que poder llegar a casa y tirarme en el sofá.

—Bueno, eso lo has conseguido sin duda. —Echo un vistazo al enorme sofá.

Unas estanterías blancas empotradas cubren la pared de enfrente con una enorme televisión en el centro. También hay plantas en casi todos los rincones de cada habitación, lo que le da un aspecto fresco y vibrante.

No puedo evitar compararla con mi casa de Rusia, que se siente oscura y fría.

—También tengo un piso en la ciudad, pero pensé que traerte aquí sería más seguro —dice Anton, mirando alrededor de la habitación.

—¿Para poder presumir más? —le doy un codazo.

—¿Qué crees que he estado intentando hacer toda la noche? —La comisura de su labio se contrae.

—Ah, ¿así que el numerito del héroe era puro teatro, eh? ¿No porque estuvieras *de verdad* preocupado por mi seguridad?

Anton me mira, sus ojos se detienen en mis labios el tiempo suficiente para que se me acelere el pulso.

—Puedes interpretarlo como quieras, Nina. No cambia el hecho de que te quedarás aquí hasta que esté seguro de que estás a salvo. Ahora, déjame enseñarte el resto de la casa.

Con cada habitación que Anton me enseña, me enamoro un poco más del lugar. La decoración es un tanto rústica, con un aire de casa de campo.

Mientras me guía escaleras arriba, me detengo un momento a admirar los enormes ventanales que dan a los terrenos, ahora a oscuras.

—Me gusta quedarme aquí de pie y ver el amanecer —dice Anton.

Observo su cara en el cristal, con el oscuro cielo nocturno como telón de fondo para nuestros reflejos.

—Debe de ser impresionante.

—Como tú.

No puedo evitar que el rubor me suba por el cuello ante sus palabras.

Recuerda por qué estás aquí.

Me aclaro la garganta y me aparto el flequillo de los ojos mientras miro a mi alrededor. —¿Dónde voy a dormir?

—Justo aquí. —Me guía por el pasillo y se detiene ante la puerta del fondo.

La abre y se hace a un lado para dejarme pasar, y yo hago lo que puedo por disimular mi emoción mientras echo un vistazo a la habitación.

Una enorme cama *king-size* ocupa la mayor parte de la estancia, con ropa de cama de color verde salvia y crema, así como un asiento junto a la ventana del mismo color verde salvia, que crea el rincón de lectura perfecto entre las estanterías, repletas sobre todo de plantas en macetas y libros antiguos.

Es preciosa y totalmente de mi gusto.

—Hay un vestidor y un baño contiguos. —Anton señala las dos puertas del otro lado de la habitación.

—¿Y dónde está tu habitación? —Miro por encima del hombro.

Anton se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras me mira con esos intensos ojos de color chocolate.

—Está justo al lado.

—¿Es a propósito?

—Es por si me necesitas. —Se encoge de hombros.

Lo miro con los ojos entrecerrados, pero su expresión permanece inocente a pesar de que su mirada recorre mi cuerpo.

Tras quitarme los tacones, cruzo la gruesa alfombra de color crema y me siento en el borde de la cama, cruzando una pierna sobre la otra.

—Todo esto es muy hospitalario, pero no tengo ninguna de mis cosas. —Suspiro y miro alrededor de la habitación—. Mañana por la mañana tengo un examen de baile y no tengo ni un par de zapatillas de punta. Por no hablar de lo largo que será el trayecto hasta la ciudad…

—Nina. —Anton se aparta de la pared y se acerca a mí.

Se me corta la respiración cuando se coloca delante de mí.

—Me niego a correr ningún riesgo en lo que respecta a tu seguridad, así que te quedarás aquí hasta que pueda asegurarme de que no corres ningún peligro. Si eso significa llevarte a la ciudad por la mañana y por la noche durante el próximo mes, que así sea.

Frunzo el ceño. —¿Vas a tomarte todas estas molestias por una chica que acabas de conocer? ¿Por qué?

—Dímelo tú, Nina Balakin. —Se mete las manos en los bolsillos.

Enarca las cejas y me quedo sin palabras.

Da otro paso hacia mí hasta que mis rodillas rozan sus muslos, y se me escapa un pequeño jadeo.

—Yo… necesito al menos ropa interior limpia. —Siento que me arden las mejillas.

—Haz una lista y haré que uno de mis hombres vaya a recogerlo todo.

Resoplo y me paso las manos por el pelo. —Sin ofender, pero no quiero que un desconocido revuelva mi cajón de la ropa interior.

—No tenemos nada que ocultar, ¿verdad?

—Ya te gustaría saberlo. —Lo miro por debajo de las pestañas y veo que sus ojos se oscurecen.

Por un momento, la imagen de él empujándome contra el mullido edredón y subiéndose encima de mí me inunda la mente, y no

puedo evitar frotarme los muslos mientras un dolor empieza a crecer entre ellos.

—¿Te sentirías mejor si fuese yo? —pregunta en voz baja.

—¿Quieres decir que si me sentiría mejor si fueras tú quien revolviera mi ropa interior? —Enarco una ceja mientras Anton se frota la nuca, claramente esforzándose al máximo por no pensar en todas las bragas de encaje que podría encontrar.

—Yo, eh… —Un suave rubor le tiñe las mejillas y reprimo una sonrisa.

¿Cómo puede un hombre hecho y derecho como él avergonzarse tanto solo de pensar en revolver mi ropa interior?

—Preferiría que las cogieras tú. —Me echo hacia atrás, apoyándome en las manos.

Su chaqueta se abre y deja a la vista mi atuendo aún más escueto después de que se me haya roto el bajo del jersey.

Reprimo el impulso de descruzar las piernas para darle un pequeño adelanto de lo que podría encontrar.

Como si intuyera hacia dónde van mis pensamientos, saca el móvil del bolsillo y me lo entrega, desbloqueado y abierto en la aplicación de notas.

—Haz una lista y volveré allí ahora mismo. —Su voz suena áspera.

—¿Me dejas aquí sola? —Abro mucho los ojos para fingir miedo mientras cojo su móvil.

—Mi equipo de seguridad sabe que estás aquí. Si necesitas cualquier cosa, avísales. No tardaré mucho.

Asiento antes de centrar mi atención en su móvil.

Anton se queda exactamente donde está mientras yo escribo rápidamente una lista de cosas y dónde puede encontrarlas. Repaso

mentalmente lo que necesitaré para la clase, así como todos mis artículos de aseo, haciendo lo posible por ignorar lo cerca que está.
—Es una lista bastante larga. Puedo ser un poco exigente.

—No me había dado cuenta… —bromea Anton.

Le lanzo una mirada fulminante antes de volver a mi lista, no quiero perder el hilo.

Cuando he terminado, sigo a Anton de vuelta a la planta baja y lo veo subirse a su coche.

No me muevo de la puerta hasta que los faros de su coche han desaparecido de la vista, sintiéndome un poco inquieta ante la idea de quedarme en esta casa extraña.

Para mantenerme ocupada, me dirijo a la cocina en busca de algo para comer. La nevera está bien surtida de productos frescos, y cojo unas uvas para picar mientras exploro un poco más la casa.

De vuelta al salón, me tomo mi tiempo para mirar las diversas fotos enmarcadas que se encuentran esparcidas por las numerosas estanterías.

Reconozco al instante cada una de las caras sonrientes.

Alexei, Dimitri, Mikhail, Danil.

Anton.

Hay fotos de varias bodas, así como de niños que sé que son de los hermanos Koslov mayores.

Mi mirada se detiene en una foto que sé que es de la última en llegar, Vivianna.

Parece que Mikhail y su mujer se casaron en el hospital, y se me llenan los ojos de lágrimas al verlos de pie con sus trajes, a cada lado de la incubadora, mirándose el uno al otro con una alegría inmensa.

Ni siquiera puedo imaginar cómo sería formar parte de una familia tan unida como esta.

A pesar de haber perdido a mi madre, yo seguía teniendo dos hermanos y un padre. No estaba sola, ni mucho menos, pero eso no hacía que me sintiera menos sola.

Nunca he conocido una familia así. En mi casa no hay fotos felices esparcidas por ahí, salvo las antiguas mías con mi madre que se hicieron antes de que muriera.

Siento una opresión en el pecho al ver las sonrisas en cada uno de los rostros de la familia Koslov.

Creo que nunca me he sentido tan sola.

Capítulo Seis

ANTON

Mis razones para mantener a Nina cerca no son del todo inocentes.

Por supuesto, quiero asegurarme de que está a salvo mientras averiguo por qué demonios la han atacado dos hombres a apenas cien metros de mi bar. Pero también me gusta tenerla cerca.

Me ha costado un poco reconocer la sensación familiar que he tenido al mirarla a sus pálidos ojos azules, pero, en cuanto se ha sentado en el borde de la cama y me ha mirado, todo ha vuelto de golpe.

Me recuerda a una chica con la que salí una vez, cuando tenía dieciocho años. Una chica con la que pensé que iba a casarme y a sentar la cabeza. Con la que me despertaría cada mañana, envuelta entre mis brazos...

Ese sueño se hizo añicos bruscamente.

Es algo en lo que procuro no pensar muy a menudo. Estoy rodeado de sordidez todos los días, y esa es una de las razones principales por las que he decorado mi casa como lo he hecho.

Quería un lugar que estuviera lleno de calidez y luz. Es un contraste tan grande con mi auténtica realidad que me ayuda a desconectar de mi vida real y a olvidar el pasado.

También he leído que las plantas y los tonos tierra calman a las personas con alzhéimer, y haré todo lo que pueda para ayudar a mi madre a sentirse en paz a pesar de su enfermedad.

Voy tan perdido en mis pensamientos mientras conduzco de vuelta a la ciudad que apenas me doy cuenta de que ya casi he llegado al apartamento de Nina. Vive en un bloque de apartamentos de lujo en el Upper West Side, y no puedo evitar sentir curiosidad por lo que encontraré dentro.

Aparco al otro lado de la calle, me meto a toda prisa en el edificio y cojo el ascensor hasta el sexto piso.

Para un civil cualquiera, el lugar parece bastante seguro. Pero tiene carencias, y muy graves.

Para empezar, nadie me impide entrar e ir a donde me da la gana, ni comprueban mi identidad o si siquiera voy armado.

Y, para continuar, unos cuantos teclados numéricos y algunas cámaras de seguridad no bastarán para mantener a raya a Igor Ivanov.

Al salir del ascensor, giro a la izquierda, me dirijo al apartamento 6B y marco el código de la cerradura.

En el momento en que la puerta se abre, me golpea de inmediato el perfume floral de Nina.

Cierro los ojos mientras inspiro profundamente, imaginándola esperándome en casa, tumbada en mi sofá con ese conjuntito minúsculo.

Esperaba llevármela a mi casa esta noche, pero había pensado que iríamos a mi ático de la ciudad y que por la mañana nos separaríamos, ambos satisfechos tras una larga noche de placer.

Lo que no me esperaba era estar en su apartamento, haciéndole una bolsa de viaje.

Cierro la puerta a mi espalda y echo un vistazo al pequeño salón diáfano.

Es exactamente lo que me esperaba, salvo que todas las superficies disponibles están cubiertas de ropa.

—¿Cómo coño encuentra algo aquí dentro? —Me meto la mano en el bolsillo para coger el móvil y abro la lista.

Voy directo al dormitorio, cojo una bolsa de viaje del armario y me pongo a llenarla con cantidades ingentes de ropa deportiva y mallas y faldas de color rosa pálido. Cuando termino con toda la ropa, me dirijo a la cómoda que hay junto a su cama y abro el cajón de arriba.

Gimo al ver todas las braguitas de encaje. —Debería haber mandado a otra persona a hacer esto.

Lo último que debería estar haciendo es imaginarme cómo sería ponerme de rodillas ante ella y deslizar el encaje por sus muslos tonificados, pero es que no puedo evitarlo, joder.

Es embriagadora, y mi polla me ruega que me la lleve a la cama.

Una parte de mí se pregunta si Nina *quería* que fuera yo quien revolviera en su cajón de la ropa interior como parte del juego de la seducción.

Pues, por suerte para ella, está funcionando de puta madre.

Ignorando el dolor punzante en mis pantalones, cojo un puñado de bragas, las meto en la bolsa, la cierro y la llevo al baño.

Una vez que he terminado con los artículos de aseo y el maquillaje, lo que probablemente ha sido una experiencia más estresante que encargarme de esos dos tipos en el callejón, repaso la lista y me doy cuenta de que queda una última cosa: una pistola de masaje que, según las instrucciones, debería estar en el cajón de arriba.

Vuelvo a hurgar en el cajón de la ropa interior, intentando no gemir al sentir el encaje contra mis dedos, y encuentro la pistola de

masaje.

No me esperaba que fuera de color rosa intenso y con un cabezal abombado tan grande, pero, claro, no tengo ni puta idea de baile. Quizá la forma es diferente por alguna razón, así que la meto en la bolsa y la cierro.

—Esta mujer podría ser mi perdición.

Me cuelgo la bolsa al hombro y salgo del apartamento de Nina con la erección más salvaje que creo haber tenido en mi vida.

CUANDO LLEGO A CASA, encuentro a Nina en el salón, ojeando los servicios de *streaming* en la tele.

Una cálida sensación se extiende por mi pecho al verla tan a gusto.

Aparte de mi madre, ninguna otra mujer se ha quedado nunca en mi casa, y me sorprende lo reconfortante que es.

No te acostumbres.

Nina mira por encima del hombro y me regala una sonrisa que hace que se me contraiga la polla.

—¿Has encontrado todo bien? —Se mete una uva en la boca.

—No sabía que fuera posible tener tantos pares de mallas. —Dejo la bolsa en el sofá—. Pero sí, creo que lo he cogido todo.

Ella se ríe mientras deja las uvas en la mesa de centro y se pone la bolsa en el regazo.

—Eh, no recuerdo que esto estuviera en la lista. —Se le encienden las mejillas al sacar la pistola de masaje de color rosa intenso.

—Dijiste que necesitabas tu pistola de masaje. —Me dejo caer en el sofá a su lado, cruzando un tobillo sobre la rodilla.

—Sí. —Su sonrojo se intensifica—. Pero esta no es mi pistola de masaje.

Frunzo el ceño, mirando la varita de color rosa intenso por un momento.

Joder. Santo cielo. Es su puto *vibrador*.

—Oh, eh, mierda. —Me paso los dedos por el pelo—. Dijiste que estaba en el cajón de arriba.

—En el armario —suelta una risita—. Pero me alegra saber que has hurgado bien en mi ropa interior.

Me remuevo en el asiento, acomodándome mientras Nina guarda el vibrador en el fondo de su bolso.

Ahora lo único que voy a imaginarme es a ella usando el dichoso cacharro mientras se queda en la habitación de al lado. —Seguro que puedes encontrarle un uso.

—Seguro que puedo, pero no va a ayudarme con la lesión del tendón de Aquiles de la que me estoy recuperando —murmura Nina —. Los masajes diarios son parte de mi tratamiento.

—Entonces te contrataré a una masajista —digo, encogiéndome de hombros y pasando un brazo por el respaldo del sofá—. O mejor aún, te lo daré yo mismo.

—Ah, ¿así que tienes formación en masajes deportivos terapéuticos de tejido profundo?

—¿Qué tan difícil puede ser? —sonrío con suficiencia, dándome una palmada en el muslo.

—¿Lo dice el tío que no sabe diferenciar entre un vibrador y una pistola de masaje?

—Ah, claro que notaba la diferencia.

La verdad es que no tenía ni idea, pero es porque nunca he tenido que usar uno en una mujer.

Mi lengua, mis dedos y mi polla suelen ser suficientes para ellas, pero he de decir que me intriga la idea de ver a Nina usándolo consigo misma...

—Eres un mentiroso pésimo —se mofa Nina, tirando la bolsa al suelo —. Pero es interesante saber que creías que iba a necesitar mi vibrador. ¿Es porque eres tan mediocre haciendo que una mujer se corra?

Suelto una carcajada.

—Olvídate de Emma, creo que la auténtica rompepelotas eres tú.

—Resulta curioso que no lo niegues —reflexiona Nina, jugueteando con su pelo.

—Mi fama me precede, *zayka*.

—No sabía que tuvieras una, *kotik* —sus ojos azules se clavan en los míos y dejo que la necesidad que siento por ella se refleje en los míos. No puedo evitar sentirme satisfecho al verle la nuez moverse, sabiendo que está imaginándome mientras la hago correrse.

—¿«Gatito», eh?

—Bueno, tú me has llamado «conejita».

—Justo. Pues déjame darte un masaje como disculpa. —Abro más los muslos. Ella pone los ojos en blanco, pero cambia de postura para sentarse apoyada en el brazo del sofá, con las piernas estiradas frente a ella.

—Es la izquierda.

Pongo sus delicados pies sobre mi regazo.

Me fulmina con la mirada mientras le rodeo suavemente el tobillo y empiezo a masajearle el gemelo. Su piel es tan suave bajo mi tacto

que estoy desesperado por explorar más arriba.

Echo un vistazo a Nina y la encuentro recostada con los ojos cerrados, un suave suspiro escapando de sus labios mientras le trabajo el gemelo.

—Creo que lo estoy haciendo bastante bien —suelto una risita al soltarle el gemelo.

Ella abre los ojos de golpe y frunce el ceño.

—Ha sido la suerte del principiante —gruñe—. Y no te he dicho que pararas.

—Te aseguro que no ha intervenido la suerte —sonrío con suficiencia.

Dejo que mis dedos le acaricien las piernas de arriba abajo; su piel se eriza bajo mi tacto. Me observa con los ojos ligeramente vidriosos y me arriesgo a subir un poco más, dejando que mis pulgares le masajeen justo por encima de las rodillas.

Se le corta la respiración y sus músculos se tensan bajo mi tacto.

Joder.

Está desesperada por algo de fricción, por aliviar el dolor que sé que se está acumulando entre sus muslos por mi contacto.

Mi polla se tensa contra la cremallera, pero lucho contra el impulso de agarrármela, no cuando Nina ya ha dejado claro que no quería llevar esto más lejos esta noche.

La pelota está en su tejado, así que mis manos se van a quedar exactamente donde están hasta que me diga lo contrario.

Aunque parece que podría haber cambiado de opinión, ya que se incorpora hasta sentarse, con la mirada clavada en mis labios.

—¿Qué quieres, Nina? —le aprieto los muslos.

—Anton —jadea, separando ligeramente los muslos.

El sonido de mi nombre en sus labios hace que mi polla empiece a gotear, pero me niego a dar el primer paso. Tiene que partir de ella.

Como si pudiera leerme el pensamiento, se inclina más y captura mi boca con la suya.

Al principio duda, sus suaves labios mordisquean delicadamente los míos.

Le ahueco la mejilla, presionando mi pulgar bajo su barbilla para inclinarle la cabeza hacia atrás y tener mejor acceso. Le paso lentamente la lengua por el labio inferior, una petición silenciosa para que los separe.

El gemido que se acumula en mi pecho cuando mi lengua se desliza contra la suya es puramente salvaje.

Hundo los dedos en sus muslos mientras intento controlarme, pero sabe tan jodidamente dulce que quiero más.

—Nina —gruño, apartándome y apoyando mi frente en la suya mientras recupero el aliento.

Suelta una risita antes de moverse para sentarse a horcajadas sobre mi regazo.

Mis manos van a su cintura mientras me besa, su lengua se abre paso ávidamente en mi boca mientras empieza a mover las caderas lentamente.

—Nina —siseo mientras se restriega contra mí, su coño cubierto de encaje rozando el bulto de mis pantalones.

—Oh, Dios mío —gime, dejando caer la cabeza sobre mi hombro mientras intenta recuperar el aliento.

Ahora me toca a mí reír.

—¿Te gusta eso, *zayka*? —murmuro mientras mis dedos se hunden en su cintura y muevo suavemente sus caderas hacia adelante y hacia atrás, frotándome contra su centro ardiente.

Gime de nuevo, sus dedos clavándose en mis hombros.

—¿Qué necesitas?

Se echa hacia atrás y me mira con los ojos vidriosos.

—A ti —jadea antes de besarme profundamente.

Menos mal, joder.

La recoloco en el sofá y me arrodillo frente a ella.

Los ojos de Nina se abren como platos mientras le recorro los muslos con las manos, separándolos más y dejando a la vista sus bragas color lila.

Ya está húmeda por el centro y se me hace la boca agua al pensar en probar su excitación.

—Me está gustando esta combinación de colores. —Mis dedos juguetean con la cinturilla de sus bragas—. ¿Me permites?

Asiente, tragando saliva.

Le meto los dedos en la cinturilla y, con delicadeza, le bajo las bragas por los muslos.

Una vez que están a la altura de sus tobillos, me guardo el encaje en el bolsillo y le pongo las manos en las rodillas, separándoselas para dejar a la vista su coño húmedo.

—Nina —gimo mientras contemplo sus pliegues relucientes.

—Por favor —jadea ella, echando la cabeza hacia atrás contra el sofá.

Apoyo sus muslos sobre mis hombros antes de agacharme y pasarle la lengua por su centro.

Suelta un grito con la primera lamida, y yo casi me corro en los pantalones por su sabor.

Está tan húmeda, y le lamo con avidez su excitación, gimiendo por su dulce sabor.

—Nina —gruño.

Sus caderas se sacuden mientras le rozo suavemente el clítoris, y me encanta lo receptiva que es a mi tacto. Con cada lamida en su centro, sus gemidos se hacen más fuertes, y es música para mis oídos. No me canso.

—Sabes tan bien —gruño antes de hundir la lengua en su centro.

Ella grita, hundiéndome los dedos en el pelo mientras se restriega contra mi cara.

—¡Sí! —grita mientras le meto la lengua dentro.

Su coño se humedece más con cada embestida, y le agarro el trasero para sujetarla más cerca de mí mientras la follo con la lengua.

Gimo, con la polla tensa contra la cremallera mientras me imagino metiéndosela dentro. Estoy desesperado por sacármela y masturbarme mientras me doy un festín con su coño, pero quiero que toda la atención se centre en su placer.

—¡Oh, *joder*! —Sus dedos tiran de mi pelo mientras le tiemblan los muslos.

Está muy cerca, así que le paso la lengua por el centro antes de prestarle atención al clítoris.

Le doy un suave toque a ese conjunto de nervios antes de rodearlo con los labios y succionar con fuerza.

—¡Sí!

Trabajo su clítoris más rápido, lamiendo y chupando el sensible botón hasta que sus gritos de placer se hacen más fuertes.

—Eso es, *zayka*. Córrete para mí.

—¡*Anton*! —grita mientras su cuerpo se estremece con el orgasmo y un torrente de humedad se acumula entre sus muslos.

Sigo chupándole el clítoris hasta que se desploma de nuevo en el sofá, con el cuerpo flácido de placer. Le doy un suave beso en cada muslo antes de sentarme sobre los talones, admirando lo húmedo e hinchado que tiene el coño.

Nina me mira, con los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas.

Está jodidamente guapa.

—Anton —suspira.

—¿Sí, *zayka*? —Le acaricio la parte posterior de los muslos.

—Necesito más —susurra.

—Muéstrame lo que necesitas, Nina.

Cierra las piernas y mueve el cuerpo con cuidado hasta ponerse a cuatro patas.

Ahogo un gemido mientras le subo la falda hasta la cintura, lo que me da una vista perfecta de su culo.

—Joder. —Le acaricio las nalgas perfectas—. ¿Es esto lo que quieres?

—Sí —gime, arqueando la espalda.

No hace falta que me lo diga dos veces. Me levanto detrás de ella, manteniendo la mano izquierda en su culo y masajeando suavemente la suave carne mientras me desabrocho el cinturón con la otra. Se me escapa un gemido al sacar la polla, ya con la punta reluciente de líquido preseminal.

—¿Necesito un condón? —le paso la punta por la raya del culo y su cuerpo se estremece.

—Estoy bien así.

—Menos mal, joder —gruño mientras me agacho para juguetear con la cabeza de mi polla contra su entrada.

Está tan húmeda y caliente, y sé que no tardaremos mucho en llegar al final.

Le agarro la cadera con la mano izquierda y hundo lentamente la polla en su estrecho coño.

—¡Oh, sí! —echa la cabeza hacia atrás mientras me acoge por completo.

—Qué jodidamente bonito. —Le paso la otra mano a la cadera, saliendo lentamente antes de volver a metérsela hasta el fondo.

Sus paredes internas se aprietan alrededor de mi miembro, y tengo que detener mis movimientos para intentar calmarme.

Es una sensación increíble, pero quiero asegurarme de que se corra otra vez antes de terminar.

—Fóllame, Anton —suplica, mirándome por encima del hombro.

Su flequillo oscuro está ligeramente alborotado, y tiene las mejillas sonrojadas mientras su respiración se acelera.

—Te estaba dando la oportunidad de acostumbrarte, *lapochka*. —Le acaricio las caderas mientras admiro su increíble cuerpo.

—Ya… estoy acostumbrada.

Me río entre dientes mientras salgo de su coño y vuelvo a embestir, con *fuerza*.

Jadea mientras la lleno, y sus suaves gemidos son como una droga que persigo con cada bombeo de mi polla dentro de ella.

—Eso es, Nina. —Se humedece más con cada embestida—. Joder, sí, eso es.

—¡Sí, sí, *sí*! —grita, empujando hacia atrás contra mí, igualando mi ritmo mientras persigue su orgasmo.

Nina baja la parte superior del cuerpo hasta que queda pegada al sofá, dándome un acceso aún más profundo.

Desde este ángulo, sé que mi polla rozará sus sensibles paredes internas, pero quiero darle aún más.

La rodeo con el brazo para frotarle el clítoris en lentos círculos mientras aumento el ritmo.

—Qué jodidamente bien me sientas, *zayka* —gimo a medida que mis movimientos se vuelven más torpes.

Empiezo a sentir un hormigueo en la columna vertebral mientras mis huevos golpean contra su culo, y estoy tan jodidamente cerca de correrme que apenas puedo pensar con claridad.

—M-me… voy a… *correr* —jadea.

Grita al llegar al clímax, su coño palpitando alrededor de mi polla.

El placer es casi insoportable y, con una última embestida fuerte dentro de su húmedo centro, me corro dentro de ella.

—Oh, joder —siseo.

—Qué bueno —gime mientras sigo moviéndome dentro de ella, dándole hasta la última gota.

—Supongo que al final no necesitarás el vibrador. —Me río entre dientes.

Capítulo Siete

NINA

Follar con Anton Koslov no entraba en mis planes.

Estaba tan lejos de mis planes que habría creído que lo había soñado todo si no fuera por el dolor sordo entre mis muslos.

Tumbada entre los mullidos cojines, miro fijamente al techo reviviendo cada segundo.

Solo de pensar en lo increíble que fue el sexo, empiezo a humedecerme entre los muslos. Nunca me había corrido tan fuerte, ni siquiera con mi puto vibrador, y me preocupa haberme enganchado.

Esto *no* entraba en mis planes, para nada...

Cuando terminamos, puse la excusa de que tenía que levantarme pronto antes de poder convencerme de que necesitaba otra dosis.

Fue todo un caballero: me acompañó a mi habitación y me dio un rápido beso en la mejilla antes de desaparecer en la suya.

Me quedé mirándolo, sin palabras.

Por lo que he visto hasta ahora, Anton ha sido amable y considerado, y no solo conmigo, sino con todas las personas con las

que ha tratado.

Desde los empleados del bar hasta mis amigas, no ha sido más que cortés y generoso. Dista mucho del monstruo que mi padre me había pintado.

¿Acaso mi padre me ha estado vendiendo una historia falsa sobre él para que aceptara su plan?

Sé que debería odiar a Anton por haber matado a mi hermano, pero la verdad es que Maxim era una persona despreciable que no tenía ni un ápice de bondad.

Lo quería porque tenía que quererlo. Era de mi familia, pero eso no significaba que me cayera bien.

Quizá haya más en esta historia de lo que me hicieron creer. O puede que mi mente esté totalmente predispuesta a favor de Anton ahora mismo después de los múltiples orgasmos.

En cualquier caso, me siento inquieta por estar involucrada en el plan de venganza de mi padre cuando no tengo toda la información.

No tengo ni idea de cuál es el objetivo final. Si quería torturar y matar a Anton por su papel en la muerte de Maxim, ¿entonces por qué hacerme tomarme toda la molestia de seducirlo? No tiene sentido.

Lo lógico sería preguntarle directamente a mi padre por sus planes, pero la verdad es que le tengo un miedo de cojones. Siempre se lo he tenido.

La idea de cuestionarlo parece una amenaza demasiado grande para mi sueño de estudiar ballet en Nueva York, así que tengo que abordar el tema con cuidado.

Mi mente no para de dar vueltas durante la mayor parte de la noche, pero al final debo de quedarme dormida, porque la alarma de las seis de la mañana me despierta de golpe y gimo por el martilleo en mi cabeza debido a la falta de sueño.

Si ahora mismo estuviera en mi cama, podría haberme quedado durmiendo hasta al menos las siete y media y aun así habría llegado temprano a mi examen de las nueve.

La idea solo consigue irritarme más mientras aparto las sábanas y me preparo para el día.

Encuentro a Anton en la cocina, preparando una cafetera y con un aspecto tan impecable como el de anoche, con una camisa negra limpia y pantalones de vestir.

Cuando me acerco, mira por encima del hombro y sonríe con suficiencia.

—Buenos días, *lapochka*. —Sus labios se contraen mientras sus ojos recorren mi cuerpo.

Capullo engreído.

—No soy tu «cielo» —le digo con el ceño fruncido, yendo hacia la nevera para prepararme el desayuno. Anton me observa mientras saco un yogur griego y frutos rojos y los pongo en la isla—. Me sorprende verte levantado tan temprano.

—Tengo un examen de ballet a las nueve, ¿recuerdas? No quiero pillar atasco. —Empiezo a abrir armarios en busca de un bol.

Anton se estira por encima de mi cabeza y saca uno para mí.

—No vas a ir a la ciudad.

Le cojo el bol. —¿Perdona?

—No vas a salir de esta casa hasta que esta amenaza esté resuelta.

La rabia que burbujea en mi interior ante su exigencia de mantenerme encerrada en esta casa casi hace que diga alguna estupidez sobre lo que realmente pasó anoche.

—Tengo un examen. —Intento controlar mi genio—. Si falto sin una buena razón, podrían echarme del Instituto. Así que vas a necesitar

un plan mejor que ese. Además, recuerdo perfectamente que ayer dijiste que me llevarías a la ciudad de día o de noche si con eso conseguías que viniera a quedarme contigo.

Anton entrecierra los ojos, pero me niego a ceder en esto.

Me prometí a mí misma que aprovecharía al máximo mi estancia en el IOD, y no voy a permitir que una falsa amenaza contra mi vida haga que me echen cuando apenas he empezado.

Tomo asiento en la isla de la cocina y empiezo a poner frutos rojos en mi bol.

Anton me da la espalda, aparentemente perdido en sus pensamientos mientras nos sirve café a los dos.

—De acuerdo. —Deja una taza delante de mí—. Pero te llevarás a Yakov.

—¿Yakov?

—Es uno de mis hombres.

—¿Me vas a poner un guardaespaldas?

—Es un acuerdo justo.

Gimo al pensar en toda la atención que voy a recibir de mis compañeros de clase cuando un ruso enorme y fornido me siga a todas partes.

—¿Puedo ir y venir a mi antojo siempre que Yakov venga conmigo?

Anton asiente, apoyado en la isla mientras agarra su taza de café.

—Como he dicho, es un acuerdo justo.

Suspiro y cojo mi café. —De acuerdo. Dile a tu lacayo que salimos a las siete.

Es imposible que Yakov vaya a pasar desapercibido en un edificio lleno de bailarinas. Mide fácilmente un metro noventa y cinco, tiene la cabeza rapada, varios piercings en las cejas y las manos cubiertas de tatuajes que le dan un aspecto de tío duro.

Decido sentarme en la parte de atrás del Range Rover en el que me recoge y ponerme los auriculares para evitar cualquier conversación incómoda mientras vamos hacia la ciudad.

De camino, envío un mensaje rápido a mi grupo de chat para avisarles de que llegaré pronto.

Emma: *¡¿¡¿ESTÁ VIVA?!?!*

Beatrice: *Estaba empezando a preocuparme...*

Allie: *Trae café x*

Gimo al leer el mensaje de Allie. Se me había olvidado por completo que me tocaba a mí encargarme de la cafeína. —Oiga, Yakov. ¿Podemos hacer una parada rápida?

A las ocho menos cuarto, Yakov aparca en una plaza frente al IOD, e inmediatamente veo a Emma esperando fuera. Nuestro examen no empieza hasta las nueve, pero queríamos tener tiempo de sobra para calentar antes.

Los ojos de Emma se iluminan cuando me acerco con el portavasos de los cafés.

—Oye, ¿quién es el pibonazo ese tan musculoso?

—Es mi…, eh…, guardaespaldas —musito.

A Emma parece que se le van a salir los ojos azules de las órbitas, así que le doy un latte para distraerla. —A mi padre le ha dado por ponerse superprotector. Lee demasiadas noticias.

—Bueno, debo decir que estoy muy agradecida por este regalo para la vista. —Le guiña un ojo a Yakov.

Me giro y un ligero rubor tiñe la mejilla de Yakov.

Reprimo una sonrisa.

—Pero ¿qué pasó con el otro pibonazo de anoche? Por favor, dime que pillaste cacho.

—Yo, eh… —Miro a mi alrededor buscando a Beatrice y Allie.

—¡Oh, Dios mío, sí que lo hiciste! —chilla Emma, dándome una palmada en el hombro—. ¿Estuvo bien?

—¿Podemos hablar de esto más tarde? —pregunto mirando a Yakov.

Puede que sus ojos estén recorriendo el mar de estudiantes que se dirigen al interior, pero sé que está escuchando cada palabra que decimos.

Emma parece leerme el pensamiento y guiña un ojo.

—Sin duda deberíamos volver a salir a tomar algo este fin de semana. Sobre todo si este chico tiene que venir también.

—Ay, Dios mío. —Niego con la cabeza.

Si Anton se sale con la suya, lo más probable es que no me deje acercarme a un bar en una buena temporada, con Yakov o sin él.

—¿Por qué no venís a casa este fin de semana? Podemos hacer una noche de chicas. —Nos damos la vuelta para entrar.

—Mejor todavía, así puedo ponerme el pijama —ríe Emma.

Después de mi examen de dos horas de Fundamentos, seguido de una clase tras otra, la falta de sueño por fin empieza a pasarme factura.

Estoy agotada, y no ha ayudado que cada persona con la que me he cruzado me haya acosado a preguntas sobre mi nuevo acompañante.

Empiezo a arrepentirme de haber fingido un ataque para intentar poner a Anton de mi parte. No me esperaba que fuera tan *protector.*

Tras mi última clase del día, me despido de las chicas y empiezo a dirigirme a la salida con Yakov pisándome los talones cuando el móvil empieza a vibrar en mi bolsillo.

Lo saco y el apodo con el que he guardado a mi padre parpadea en la pantalla.

Lo último que necesito es que mi teléfono suene y que alguien vea quién es mi padre.

Aunque me muero por mandar la llamada al buzón de voz, hace unos días que no hablo con mi padre, y si lo pospongo mucho más, mi vida no valdrá nada.

—Solo un momento, necesito usar el baño de señoras —le digo a Yakov, que asiente con la cabeza.

Entro corriendo en el baño y me encierro en un cubículo antes de contestar. —¿Qué quiere?

—Ha estado muy callada estos últimos días. —La voz de mi padre me pone en tensión de inmediato y agarro el teléfono con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos.

—He estado ocupada.

—No la envié a Nueva York a pavonearse por ahí con un puto tutú, Nina. Eso era una ventaja que dependía de si podía entregar la información que necesito. Hasta ahora, no está cumpliendo su parte del trato, así que soy reacio a seguir cumpliendo la mía.

—Las cosas van según el plan.

Las imágenes de la cara de Anton entre mis muslos me vienen a la mente.

Nunca he estado más agradecida de que mi padre esté ahora mismo en Rusia y no pueda ver mi cara de culpabilidad.

Odio estar utilizando a Anton para conseguir una carrera en el ballet, pero cuando se trata de lo que más amo, haré lo que sea necesario para asegurarme de que por fin puedo vivir la vida que siempre he querido.

—¿Ah, sí?

—Sí, se lo prometo…

—A estas alturas, para mí no son más que palabras vacías, Nina. Lleva tres semanas en Nueva York y no ha conseguido nada.

—Estas cosas llevan su *tiempo.* No puedo arriesgarme a cometer un error.

—Y yo no puedo arriesgarme a que los Koslov hagan otro movimiento contra mi puta familia —gruñe, haciéndome saltar—. Recuerde por qué está haciendo esto, Nina.

Lo intento.

—Si no empieza a demostrar lo que vale, la subiré a un avión de vuelta a Rusia, Nina. No crea que no lo haré.

—Por favor…

—No me está dando muchas opciones.

—Papá… —Se me quiebra la voz al pensar en el futuro que me esperaría si no tuviera la danza, y no es uno que quiera vivir.

—Espero su llamada mañana con noticias. —Cuelga el teléfono.

Cierro los ojos con fuerza mientras las lágrimas amenazan con derramarse por mis mejillas.

Nunca debería haber cruzado la línea anoche con Anton, porque solo ha complicado aún más las cosas ahora que las emociones han entrado en juego.¿Cómo puede un hombre tan atento y amable como Anton ser el monstruo que mi padre me describió?

Yo conozco a los monstruos. Mi padre es uno, y Maxim también lo era.

Por lo que he visto de Anton Koslov, no podría ser más diferente a ellos.

Y, sin embargo, asesinó a mi hermano a sangre fría, así que merece pagar por sus crímenes.

¿Verdad?

Capítulo Ocho

ANTON

Después de que Nina se marche, voy al gimnasio de casa para intentar desahogarme un poco.

Verla esta mañana con esas mallas ajustadas ha hecho que la sangre me fuese directa a la polla. La noche de ayer fue incluso mejor de lo que había imaginado, y ya estoy deseando más, que es exactamente la razón por la que me estoy conteniendo de hacerme una paja. No puedo permitirme encariñarme cuando sé que esto no puede llegar a ninguna parte, y fantasear con ella tampoco va a ayudar.

Lo que significa que toca ir al gimnasio para quemar toda esta frustración acumulada.

Paso unas horas en el gimnasio, sudando la gota gorda antes de subir a darme una ducha.

Paso por delante de la habitación de Nina y echo un vistazo dentro.

La cama está sin hacer y su ropa de ayer yace tirada en el suelo.

Me quedo mirando la falda lila, recordando cómo se veía arremolinada alrededor de su diminuta cintura mientras la follaba por detrás...

—Joder. —Cierro la puerta de un portazo.

Incluso cuando no está aquí, Nina sigue poniéndome a cien.

—Necesito una puta ducha fría. —Atravieso el pasillo hasta mi habitación, cerrando la puerta tras de mí para intentar poner la mayor distancia posible entre su diminuta ropa y yo.

Mientras me dirijo al baño para abrir la ducha, el móvil me vibra en el bolsillo del pantalón corto y lo saco. Veo un mensaje de mi primo Mikhail diciéndome que me reúna con él y sus hermanos en su ático de la ciudad.

Agradezco la distracción que me proporcionará y le respondo diciéndole que estaré allí en una hora, aunque no me cabe duda de que la conversación será de todo menos ligera.

Conduzco hasta el garaje subterráneo privado del ático y aparco entre el G Wagon de Mikhail y el Mercedes de Alexei.

El ático del Upper East Side se utiliza sobre todo para los negocios hoy en día, ya que mis cuatro primos tienen sus propias residencias tanto dentro como fuera de la ciudad. Aunque los tres hermanos mayores eligen esta última opción cada vez más ahora que tienen sus propios hijos.

Encuentro a mis primos en el salón, cada uno con una copa en la mano mientras charlan entre ellos.

—Ya ha llegado vuestro primo favorito —digo al salir del ascensor.

—Eres nuestro *único* primo —se ríe Danil, poniendo los ojos en blanco mientras me mira desde su sitio en el sofá, vestido con ropa de deporte y una gorra de béisbol del revés.

Siempre ha sido el más delgado de sus hermanos, pero parece que su duro trabajo por fin está dando sus frutos por cómo está

empezando a echar cuerpo.

—Mi hermano estará en saber Dios dónde, pero sigue vivo, Danil.

—Ah, mierda, es verdad. —Se ríe—. Me había olvidado de Nikolai.

Mikhail le da a su hermano pequeño un capón en la cabeza y Danil suelta una palabrota.

Niego con la cabeza. —Le encantará saber lo mucho que lo echas de menos.

Mikhail se pone en pie y me da una palmada en el hombro a modo de saludo. —¿Has sabido de él últimamente?

—No. Ya sabes cómo es.

—Ya lo sé —resopla Mikhail.

Antes de que tenga la oportunidad de decir nada más sobre mi inútil hermano, me vuelvo para saludar a Alexei y a Dimitri antes de servirme una copa.

—Bueno, ¿qué me he perdido? —Me hundo en uno de los sillones de cuero, mirando a Alexei, que está sentado junto a Dimitri en el sofá a mi derecha.

Alexei remueve la bebida en su vaso. —Te estábamos esperando.

Miro a Dimitri, que está sentado a su lado, tapándose la boca para intentar reprimir la risa.

—Ah, debéis de haberos enterado de mi pequeña aventura de anoche —suspiro—. Esperaba que os enteraseis por mí, pero ¿supongo que Reid ha comentado algo?

Alexei sonríe. —Así es.

No puedo enfadarme. Al fin y al cabo, Alexei es el cabeza de esta familia, y Reid está obligado a informarle de cualquier posible amenaza para nuestra familia.

Alexei levanta su vaso como si chocara con el mío en la distancia. —Entonces, te sugiero que nos pongas al día de lo que pasó.

Mis primos se quedan en silencio mientras les cuento lo de anoche, desde el momento en que vi a Nina, omitiendo el detalle de que se me cayó en el regazo, hasta que dejé a los tíos inconscientes en el callejón. Les enseño a todos las fotos de los dos tipos, y el ceño de Alexei no hace más que fruncirse.

—No los reconozco. —Hace zoom en sus caras—. ¿Crees que trabajan para Igor?

Dimitri se pasa los dedos por su pelo oscuro. —Ha estado muy callado estos últimos meses.

Danil asiente. —Sin duda, está ocupado planeando algo.

Mikhail se arremanga la camisa para dejar al descubierto sus antebrazos tatuados. —Me sorprende que no haya tomado represalias antes.

Mientras que Alexei, Dimitri y Danil tienen un aspecto bastante impecable, Mikhail es un poco más rudo. Estuve con él cuando se hizo la mayoría de sus tatuajes, incluido el último con el nombre de su hija en el lado del cuello.

Alexei murmura. —A Igor no le gusta apresurar estas cosas. Es lo que le hace tan peligroso. Apenas hay fallos en sus planes, lo que hace que sea mucho más difícil interceptarlo y eliminarlo. Creo que quiere inquietarnos.

Dimitri se inclina hacia delante. —¿Para que demos el primer paso por miedo?

—Exacto, porque entonces piensa que será más probable que cometamos un error.

Danil niega con la cabeza. —Pero eso contradice la teoría de que Igor estaba detrás del ataque de anoche.

Asiento. —Puede que eso fuera un intento de darnos un empujoncito. Seguramente sus hombres nos vieron a Nina y a mí bebiendo juntos y pensaron que estábamos saliendo, así que decidieron ir a por ella para llegar hasta mí. Después de todo, fui yo quien eliminó a Maxim.

Alexei toma un sorbo. —Es una teoría verosímil. ¿Dónde está Nina ahora?

—Está en mi casa de las afueras.

Danil se ríe entre dientes. —Genial, te has buscado una compañera de piso cañón.

Le lanzo una mirada fulminante. —Ha aceptado quedarse allí hasta que pueda asegurarme de que ya no es un objetivo.

Alexei me mira. —Bueno, espero que podamos solucionar esto pronto.

Danil me dedica un guiño. —Pero no demasiado pronto, ¿verdad, Anton?

Me la he buscado yo solito.

Alexei y Danil se quedan otros treinta minutos para hablar de negocios antes de marcharse al Russian Tea Rooms para reunirse con el detective privado de Alexei. En cuanto se van, Mikhail nos prepara otra copa a todos y yo me muevo para ocupar el sitio de Danil en el sofá.

—Bueno, y esa chica nueva tuya... ¿Está buena? —me tiende Mikhail un vodka con hielo recién servido.

—No es mi chica nueva.

Mikhail comparte una sonrisa cómplice con Dimitri y ambos se ríen por lo bajo.

He de decir que la vida de casado le sienta bien a Mikhail. Ha sonreído más en este último año, desde que conoció a su mujer,

Lucia, que desde que éramos niños. Ha sido buena para él y me alegro de que por fin sea feliz.

Aunque no puedo evitar sentir un poco de envidia.

—¿Te gustaría que lo fuera? —pregunta Dimitri enarcando una ceja mientras le da un trago a su copa.

Me encojo de hombros.

—Hay química, desde luego. —Intento no recordar el modo en que Nina gritó mi nombre mientras se corría en mi polla.

Me aclaro la garganta antes de beberme el resto de la copa de un trago, obligando a los recuerdos a replegarse en el fondo de mi mente.

—Ya era puta hora de que empezaras a salir en serio con alguien. —Mikhail me da una palmada en el hombro—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Relájate de una puta vez. No estoy saliendo con nadie.

—Todavía. —Los ojos de Dimitri brillan.

—Lo único que estoy haciendo es mantenerla a salvo.

—Y calentita... —bromea Dimitri, y Mikhail ríe por lo bajo.

Los fulmino con la mirada.

La verdad es que no he tenido una relación seria desde Katerina, y de eso hace ya más de una década. Me pone de los nervios que mi familia parezca olvidar lo que pasó.

No es que rompiéramos y yo siga suspirando por ella. Lo que ocurrió no solo me rompió el corazón.

Lo hizo añicos.

Sé que Mikhail solo quiere lo mejor para mí y, creedme, hay veces en las que no deseo otra cosa que una mujer y una familia.

Veo a Alexei, a Dimitri y a Mikhail adaptarse a sus nuevos papeles de maridos y padres, y nunca los he visto más felices.

Pero cada vez que creo que estoy listo para pasar página, ocurre algo que relega las citas al último puesto de mi lista de prioridades. Ya sea mi hermano metiendo la pata y metiéndose en líos o el diagnóstico de alzhéimer de mi madre, siempre hay alguien que me necesita más.

Mi vida amorosa tendrá que esperar.

Cuando vuelvo a casa desde la ciudad después de tomarme unas cuantas copas más con mis primos y de pasar por el *Espionage*, es casi la hora de cenar.

Mientras aparco el coche en la parte trasera de la casa, me invade un sentimiento de culpa al mirar la puerta lateral que conduce a las habitaciones de mi madre. No he ido a verla en todo el día y, por muchas ganas que tenga de ver cómo está Nina y saber qué tal le ha ido, primero necesito pasar un rato con mi madre.

En el momento en que entro en su sala de estar, sé que ha tenido un mal día por la forma en que mira fijamente el televisor, aunque no está encendido. Annie, su enfermera de noche, viene directa a recibirme a la puerta.

—¿Cómo está?

Annie hace una mueca.

—Cuando he relevado a Jen a las cuatro, me ha dicho que había estado muy agitada todo el día. Apenas ha conseguido que comiera o que hiciera gran cosa. No me ha dirigido la palabra en las dos horas que llevo aquí. —Annie mira por encima del hombro a mi madre—. No para de preguntar por Nikolai.

Aprieto los dientes al oír el nombre de mi hermano.

—Gracias, Annie. —Esbozo una sonrisa forzada—. ¿Por qué no te tomas un descanso? Yo le prepararé la cena.

Annie asiente y desaparece en su habitación, que está comunicada con la de mi madre. Lleva casi un año siendo su enfermera de noche y, a pesar de que apenas tiene veinte años, es extremadamente madura y responsable, y he llegado a confiar inmensamente en ella. Tiene una presencia muy tranquilizadora que sé que le viene bien a mi madre.

—Hola, *mamulichka*. —Me siento a su lado en el sofá—. ¿Qué te apetece para cenar?

Se vuelve para mirarme y frunce el ceño.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa?

—*Mamulichka*, soy yo, Anton. Tu hijo.

Vuelve a negar con la cabeza.

—Nikolai es mi hijo. —Se pone en pie—. Nikolai es mi hijo.

La expresión de devastación en el rostro de mi madre mientras se pasea por la habitación, claramente confusa y desorientada, hace que sienta como si mi corazón se estuviera partiendo.

Odio que Nikolai sea el culpable.

—¿Por qué no preparo unos pelmeni? —Es un plato tradicional ruso que ella siempre nos hacía a mi hermano y a mí cuando éramos niños, y espero que pueda reconfortarla un poco.

A pesar de que su estado empeora, su memoria de antes de la muerte de mi padre está prácticamente intacta, aunque está empezando a tener episodios en los que no recuerda casi nada.

—No.

Su pelo canoso cae suelto y alborotado sobre sus hombros.

Solo puedo imaginar la pelea que habrá tenido Jen con ella solo para vestirla, por no hablar de pasarle un cepillo por el pelo.

Mi madre ya era una mujer testaruda antes del alzhéimer, y ahora es todavía peor.

Niega con la cabeza. —No.

—Annie dice que no has comido en todo el día.

—¡Annie es una mentirosa! —Coge la maceta de la mesa de centro y la lanza al otro lado de la habitación, donde se estrella contra la pared.

Respiro hondo, no quiero reaccionar al arrebato.

—Voy a prepararnos la cena. —Entro en la zona de la cocina.

Mientras saco de la nevera los ingredientes para las empanadillas, oigo los pasos de mi madre. Mantengo la cabeza gacha mientras me pongo a cortar unas setas para el relleno.

—¿Es usted el chef?

Me vuelvo para mirarla por encima del hombro y no veo ningún reconocimiento en sus ojos.

—Sí. —Intento ignorar el creciente vacío en mi estómago.

—El restaurante es pequeño. —Resopla, observando la única mesa de la cocina—. No debe de ganar mucho dinero.

—Me las apaño.

—Mmm. ¿Dónde está el menú?

—En el menú solo hay pelmeni.

—¿Y si no quiero eso?

—Sí que querrás.

Masculla en ruso por lo bajo, pero de todos modos se sienta a la mesa. No habla mientras preparo la comida y, cuando le pongo el cuenco de empanadillas delante, arruga la nariz.

Intento que no me desanime; esto es lo que conlleva.

Va a tener días buenos y días malos, y tengo que asegurarme de estar ahí para ella pase lo que pase.

Tras zamparme mi plato en silencio, envuelvo la ración de mi madre y la meto en la nevera por si cambia de idea. Mientras estoy terminando de fregar los platos, aparece Annie para llevar a mi madre a su baño de por la noche.

—Que duermas bien, *mamulichka*.

Me ignora por completo al salir de la cocina y Annie me dedica una sonrisa compasiva.

Asiento hacia Annie.

—No dudes en venir a buscarme.

—Por supuesto. Que pases una buena noche.

Una vez que he terminado de recoger la cocina, cruzo la puerta a la izquierda de la nevera que da al salón.

Escondí la entrada detrás de una de las estanterías para que ningún invitado entrara por error en las habitaciones de mi madre y la molestara.

Intento no tomármelo como algo personal cuando mi madre no reconoce mi existencia. Pero es jodidamente duro cuando exige ver a mi hermano, que no se ha molestado en visitarla en años.

No me malinterpretes, no necesito una medalla ni una palmadita en la espalda por cuidarla. Ni mucho menos. Me alegro de estar en una posición en la que puedo ayudar a mi madre. Pero no por ello duele menos que me vea como a un completo desconocido.

Mi humor mejora un poco cuando entro en la cocina y encuentro a Nina inclinada delante del horno, y me tomo un momento para admirar su culo perfecto con esas mallas.

Es justo la distracción que necesitaba. Aunque no puedo evitar imaginarme cómo fue follármela por detrás, y esos pensamientos hacen que mi polla se endurezca al instante.

Deja la fuente sobre la vitrocerámica y se da la vuelta.

Suelta un gritito y se lleva una mano al corazón.

—¡Oh, Anton, qué susto me has dado!

—Lo siento —río entre dientes—. Solo admiraba las vistas.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Y todo esto? —pregunto, observando la mesa de la cocina, que está puesta para la cena.

—He hecho la cena —coge el bol de ensalada de la encimera y lo lleva a la mesa—. ¿Espero que no te importe?

—Está más que bien —me siento a la mesa—. ¿Qué cenamos?

—He hecho una lasaña vegetariana con pan de ajo casero —un suave rubor le sube por el cuello.

Es guapa, sexi, tiene una lengua muy afilada, *¿y encima* sabe cocinar?

Esta chica está resultando ser el lote completo.

Nina pone todos los platos en la mesa y yo me pongo a servirnos la comida a los dos.

Omito mencionar que ya he comido para no herir sus sentimientos. Además, la lasaña huele de maravilla y me está haciendo olvidar la docena de *pelmeni* que me he zampado hace apenas treinta minutos.

Me pongo en pie.

—¿Quieres un poco de vino?

Nina duda, pero luego asiente, y yo cojo una de las botellas de tinto de la pequeña selección que guardo en la cocina y un par de copas del armario.

—¿Qué tal te ha ido el examen? —nos sirvo una copa a cada uno.

Nina me mira perpleja.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí, quiero saberlo.

¿Es que no está acostumbrada a que la gente se interese por ella?

El pensamiento hace que se me oprima el pecho.

Es la mujer más interesante que he conocido jamás y merece sentirse importante.

—Eh, bueno, creo que ha ido bien —coge su copa de vino—. Ha habido unos cuantos movimientos en medio en los que casi pierdo el equilibrio porque alguien ha entrado tarde de repente en mitad de la clase y me ha desconcentrado.

—Oh, mierda.

—Sí —resopla—. Pero he conseguido salvarlo, así que creo que no pasa nada.

—¿Y el resto del día?

—Ha sido interesante…

—¿En qué sentido?

—Bueno, cuando un hombretón gigante te sigue a todas partes, a la gente le da por mirar y hacer preguntas.

—Ah, o sea que el problema era Yakov.

—No, él ha estado bien —suspira, removiendo la comida en el plato —. Solo que ha atraído mucha atención no deseada.

—Me lo imagino. Pero, con suerte, no será por mucho más tiempo.

—¿Hay alguna novedad sobre los hombres que me atacaron? —pregunta esperanzada.

Niego con la cabeza y siento una punzada de culpabilidad al ver que su sonrisa se desvanece.

—Todavía *no* —tomo un sorbo de mi vino.

—Ah…

—Podría no ser más que una coincidencia.

—Quizá —murmura ella.

—El clásico caso de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado —intento tranquilizarla un poco, aunque sé de sobra que no debo creer en las coincidencias, *especialmente* cuando se trata de Igor Ivanov.

Capítulo Nueve

NINA

¿De verdad cree Anton que el ataque no fue más que un caso de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado?

Si es así, eso me jode los planes por completo.

Si le resta importancia a la amenaza, puede que me mande de vuelta a la ciudad y perderé mi acceso ilimitado a él.

Aunque no sería lo peor del mundo poner algo de distancia entre nosotros, sobre todo teniendo en cuenta lo que pasó anoche, ralentizará las cosas considerablemente, lo que podría enfadar a mi padre.

Tengo que hacer algo. Rápido.

Me disculpo y me levanto de la mesa, y me dirijo al cuarto de baño que hay junto a la cocina para enviarle un mensaje a mi padre.

No me arriesgo a llamar por si hay alguna cámara oculta que pueda grabar mi conversación. Escribo rápidamente un mensaje y adjunto mi ubicación, intentando ignorar la culpa que me oprime el pecho mientras le doy a enviar.

Recuerda por qué haces esto.

Intento ocultar la culpa de mi rostro mientras vuelvo a la cocina y me siento de nuevo a la mesa. No tengo ni idea de lo que mi padre podría hacer en respuesta a mi mensaje, pero, conociéndolo, alguien saldrá herido.

Anton sonríe.

—¿No habrás preparado postre también, supongo?

Anton insiste en recogerlo todo cuando terminamos, ya que he cocinado yo, así que pongo la excusa de que estoy cansada y subo a mi habitación solo para evitarlo.

Odio que sea tan bueno conmigo, porque me está costando mucho odiarlo.

Sé que podría ser todo un paripé, pero me cuesta creerlo cuando no saca nada a cambio. Excepto quizá el sexo... Pero me niego a contar eso porque fue igual de amable y generoso entonces, teniendo en cuenta que me corrí dos veces.

Este hombre es tremendamente desconcertante, y no puedo permitirme tener otro desliz como el de anoche.

El sexo solo empeorará las cosas.

Aunque haya sido el mejor que he tenido nunca.

A pesar de mis pensamientos acelerados, después de un baño en el jacuzzi y de ponerme un pijama de seda limpio, me quedo dormida en cuanto mi cabeza toca la almohada.

Pero mi idílica noche no dura mucho, ya que me despierto de un sobresalto con el sonido de un fuerte estruendo.

—¿Qué coño? —gruño, tapándome la cabeza con las sábanas.

Mi habitación sigue a oscuras y, por el aturdimiento que siento, dudo que sea mucho más de medianoche.

No estoy segura de si he soñado el ruido.

¿Ha sido un golpe? ¿Anton ha tirado algo en la habitación de al lado? Sea como sea, no estoy para levantarme, así que aprieto los ojos con fuerza e intento volver a dormirme.

Entonces el ruido se repite y me incorporo de golpe en la cama, con el corazón martilleándome en el pecho al darme cuenta de lo que era.

Era un disparo.

Segundos después, la puerta de mi habitación se abre de golpe y Anton entra corriendo, la luz del pasillo lo envuelve en sombras.

—Nina, levántate. —Se apresura a mi lado.

—¿Q-qué está pasando?

—Al suelo —sisea, tirando de mí para sacarme de la cama.

Me aferro a sus fornidos brazos mientras salgo de la cama a gatas, y ambos nos dejamos caer al suelo.

Su cara ha perdido todo el color, y no deja de mirar hacia la puerta.

—Necesito que vayas a gatas hasta el baño.

—¿A gatas?

—Necesito que te mantengas oculta.

—Anton, ¿qué está pasando? —Mi voz se quiebra mientras me aferro a él aún más fuerte.

¿Qué ha planeado mi padre?

—Quédate en el baño hasta que vuelva.

Intenta moverse, pero lo agarro de la camisa.

No sé a cuántos hombres ha enviado mi padre ni qué armas pueden tener. Por lo que sé, puede que Anton no vuelva, y la idea hace que un sollozo ahogado se me escape de los labios.

Le echo los brazos al cuello y hundo la cara en su nuca, deseando inhalar su aroma terrenal quizá por última vez.

—Anton —sollozo mientras la verdad amenaza con salir de mi boca.

—Shh, tranquila. —Me rodea con sus brazos el cuerpo tembloroso—. Te mantendré a salvo, Nina. Te lo prometo.

Siento una opresión en el pecho al oír sus palabras.

¿A qué precio?

Anton me coge de las muñecas y me quita suavemente los brazos del cuello.

—Volveré pronto. —Se pone en pie.

Lo veo marcharse antes de hacer lo que me dice y meterme a gatas en el baño, cerrando la puerta firmemente a mi espalda.

Me siento en el borde de la bañera, mordiéndome nerviosamente la piel de alrededor de las uñas mientras espero a Anton. Estoy tentada de llamar a mi padre y pedirle que retire a sus hombres, pero parecería demasiado sospechoso. Además, solo me recordaría que mi carrera de bailarina está en juego, así que no puedo hacer nada más que esperar.

El sonido de alguien intentando abrir la puerta me da un susto de muerte y, por un momento, me pregunto si será mi padre, que viene a buscarme él mismo para meterme en un avión de vuelta a Rusia.

—¿Nina? —llama Anton.

Suelto el aire que estaba conteniendo y me pongo de pie. Desbloqueo rápidamente la puerta y retrocedo un paso.

—Eh. —Entra y cierra la puerta detrás de él—. ¿Cómo estás?

—Y-yo... —Me paso los dedos por el pelo alborotado mientras contengo las lágrimas, sintiéndome de repente abrumada por lo que podría haber hecho.

—Nina, está todo bien. —Anton me rodea los hombros con sus brazos, atrayéndome contra su pecho—. No hay nadie.

—Pero he oído disparos —murmullo, hundiendo los dedos en su suave camisa.

—No quiero que te preocupes por nada de esto. Nadie ha resultado herido, y quienquiera que fuese ya se ha ido. Estamos a salvo.

—Oh, Dios —sollozo.

—Estás a salvo, Nina, estoy contigo —susurra mientras me acaricia suavemente el pelo.

Ese dulce gesto solo me hace sollozar más fuerte, pero no lloro de miedo. Lloro de culpa.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche? —murmura.

—Sí.

Anton mueve las manos a mis mejillas y me seca suavemente las lágrimas con los pulgares.

Por un momento, me pierdo en sus ojos castaños, tratando de ver alguna pista del monstruo que mi padre me dijo que había allí. Pero todo lo que veo es calidez.

—Venga, vamos a mi habitación. —Me coge de la mano y me saca del cuarto de baño.

Estar en la habitación de Anton resulta extrañamente íntimo. La estancia está iluminada por las dos lámparas de las mesillas de noche, que la bañan en un resplandor amarillo pálido que me calma al instante.

Echo un vistazo a los diversos cuadros enmarcados de las paredes y de encima de la cómoda.

Su habitación es casi idéntica a la mía, salvo por los detalles en gris pizarra y la ausencia de un asiento bajo la ventana. Pero las

estanterías a ambos lados de la ventana están repletas, y me sorprendo a mí misma acercándome para echar un vistazo a los títulos.

—¿Buscas algo en concreto?

Miro por encima del hombro y lo encuentro apoyado en la puerta cerrada con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Solo intento hacerme una idea de quién eres. —Me vuelvo hacia los libros—. ¿Quién *es* Anton Koslov?

Anton suelta una risita y el sonido me provoca un escalofrío que me recorre la espalda.

—No hay mucho que contar. Soy un tipo bastante sencillo.

—Y eso lo dice la persona que tiene una mansión de diez dormitorios.

—Son ocho, pero me alegro de saber que prestas atención cuando hablo —bromea—. Y me refería a sencillo en cuanto a lo que es importante para mí.

—¿Y qué es? —Me doy la vuelta.

Sus ojos se desvían hacia mis labios.

—Mi familia lo es todo. Y mis amigos también. Los pongo por delante de todo lo demás.

—¿Somos amigos?

—¿Quieres que seamos amigos, Nina? —Los ojos de Anton se oscurecen mientras recorren mi cuerpo.

De repente, recuerdo que llevo puesto un minúsculo conjunto rosa de seda de camisola y pantalón corto que deja al descubierto buena parte de mis muslos y mi escote.

Se me calientan las mejillas y él suelta una risita.

—Dejaré que te lo pienses.

Me quedo un poco sin aliento. —¿Y bien, cuál es tu comida favorita?

—La pizza de pepperoni de *Antonio's*.

—¿Días soleados o lluviosos?

—Lluviosos. El tiempo perfecto para peli y pizza. —Sonríe con suficiencia.

—¿Decirle a alguien la verdad o una mentira piadosa si con eso no hieres sus sentimientos?

—La verdad. —No duda—. Siempre la verdad.

Trago saliva al ver lo sincero que es.

—Mi turno. —Se aparta de la puerta y se acerca a mí—. ¿Color favorito?

—El rosa.

—Eso era obvio. —Suelta una risita—. Vale, ¿y tu película favorita?

—*Dirty Dancing*. Venga ya, Koslov, me lo estás poniendo muy fácil.

—¿Qué harías si no pudieras bailar?

La pregunta me pilla por sorpresa. Al instante, me imagino mi casa en Rusia y se me encoge el estómago.

—Eso no es una opción. El ballet ha sido todo mi mundo durante mucho tiempo. Era mi forma de escapar de mi vida, y si no pudiera seguir haciéndolo… Sería una sentencia de muerte.

—Tu pasión es admirable, Nina.

Me encojo de hombros, restándole importancia a su cumplido.

Yo no lo veo así.

Mi pasión por el ballet nació de la necesidad de sobrevivir en un mundo en el que sentía que no me querían. Necesitaba el ballet como necesitaba el aire. Sin él, moriría.

Eso es lo que tengo que repetirme, pero es más fácil decirlo que hacerlo cuando Anton Koslov me mira como si yo fuera su propia fuente de aire.

¿Cómo puede ser este el mismo hombre que asesinó a mi hermano a sangre fría?

Cuando lo miro a los ojos no veo más que calidez y amabilidad, y quizás un poco de excitación…

Estos no son los ojos de un asesino, así que debe de haber algo más en la historia que lo que mi padre me ha contado porque, hasta ahora, no me creo ni una palabra.

¿Provocó Maxim a Anton? ¿Lo mató Anton en defensa propia?

Sea como sea, pasara lo que pasara entre él y Maxim, tuvo que haber una razón.

Anton cruza la distancia que nos separa y alarga la mano para ahuecarme la mejilla.

—Estás perdida en tus pensamientos —murmura—. Si te sirve de algo, hay otras cosas que se te dan de maravilla, Nina.

—¿Como qué?

Anton se inclina y roza sus labios con los míos.

—Besar —susurra antes de estrellar sus labios contra los míos.

Pongo las manos en su pecho para estabilizarme mientras Anton lame mi labio inferior.

No puedo evitar el gemido que se forma en mi garganta al saborearlo. Es embriagador, y la parte baja de mi vientre se agita en

respuesta, sabiendo lo bien que se siente esa lengua entre mis muslos.

Me ladea la cabeza para dejar mi cuello al descubierto.

Mientras besa y mordisquea la sensible piel, su mano libre desciende por mi cintura antes de apretarme el culo.

—Anton —gimo, apretando los pechos contra su torso.

La tela sedosa roza mis pezones duros y gimoteo, desesperada por más de él.

—¿Qué otros talentos ocultos tienes, Nina? —murmura, atrayéndome más hacia él.

Jadeo, arqueando la espalda cuando su erección roza mi muslo.

—Qu-quiero enseñártelos. —Jadeo mientras me froto contra su polla.

—Soy todo tuyo, *lapochka*.

Sé que no debería, pero la idea de ponerme de rodillas y tomar su polla en mi boca me hace olvidar toda mi moral. Antes de que mi conciencia pueda intervenir, guío a Anton hacia la cama. —Siéntate.

Las cejas de Anton se disparan, pero hace lo que le pido, y me coloco de pie entre sus musculosos muslos.

—¿Quieres ver mi otro talento? —Me inclino hacia delante, apoyando las manos en sus muslos. Los ojos de Anton se nublan al mirar mi pecho, mis senos que se desbordan de la camisola.

—Nina —dice con voz ahogada.

Mis ojos se desvían hacia el bulto de sus pantalones, y tengo que apretar los muslos cuando mi coño empieza a palpitar.

Me arrodillo ante Anton, y él se recuesta sobre las manos, observándome atentamente mientras froto suavemente mi palma por el contorno de su polla.

—Ayer no tuve la oportunidad de admirarte —murmuro mientras aprieto suavemente su bulto.

Anton sisea, y lo aprieto más fuerte. —Pero sentó tan *bien*.

—Nina —gime él.

Me río entre dientes, disfrutando de la sensación de controlar su placer. Desabrocho su pantalón rápidamente y, cuando meto la mano en sus bóxers y le saco la polla, se me escapa un gemido al ver su tamaño.

Sabía que era grande por lo bien que me había ensanchado el coño anoche, pero es imposible que me vaya a caber entera en la boca.

—No tienes por qué… —Es como si hubiera notado mi vacilación.

—Quiero saborearte —susurro, recorriendo su miembro con los dedos.

La piel es como la seda, y Anton se estremece cuando le acaricio con suavidad la sensible parte inferior.

Me muerdo el labio inferior mientras lo miro de abajo arriba por debajo de las pestañas.

—Lo que tú quieras —gruñe Anton, flexionando los muslos—. Podemos parar cuando sea.

Asiento antes de inclinarme y pasar la lengua por su glande resbaladizo, gimiendo ante el sabor salado.

—Joder —gime Anton y yo sonrío antes de rodearle el glande con los labios y succionar.

Los ojos se me cierran mientras empiezo a explorarlo con la boca, lamiendo la parte inferior de su polla antes de enroscar la lengua alrededor del glande.

Me agarra el pelo con el puño y yo gimo para hacerle saber que puedo con más.

Me empuja la cabeza hacia abajo con suavidad y yo relajo la garganta para poder abarcarlo más.

Cuando por fin me roza el fondo de la garganta, sus caderas se sacuden, y el sonido que emite hace que mi coño se humedezca de deseo.

Le aprieto la base del miembro antes de trabajárselo al compás de mi boca.

Mis movimientos se vuelven descuidados mientras chupo y lamo su grueso miembro, tragando los chorritos de líquido preseminal que derrama en mi boca.

El sabor de su excitación en mi lengua hace que se me contraiga el coño, tan desesperado por que me llene.

—Joder, Nina, tu boca es el paraíso —gruñe.

Le enrosco la lengua alrededor del glande antes de succionarlo con fuerza.

Anton aprieta mi pelo con más fuerza y empieza a bombear con las caderas, gimiendo cuando la punta le roza el fondo de la garganta.

Empiezo a llorar, pero estoy tan desesperada por llevarlo al orgasmo, por conseguir que sea él quien se deshaga con mi tacto, que acelero el ritmo.

—Oh, joder, eso es, *zayka*. Me la chupas muy bien.

Le muevo la mano más rápido en la base de la polla, apretando un poco más fuerte para llevarlo al límite.

—¿Vas a ser una niña buena y dejar que me corra en tu boca?

Gimo antes de ahuecar las mejillas y succionar el glande con la boca mientras él embiste.

—Oh, joder, voy a correrme…

Con una última embestida de su miembro, Anton se derrama en mi boca, y yo me trago con avidez hasta la última gota que me da.

Cuando por fin se queda quieto, le limpio la polla a lametones antes de ponerme de pie.

Anton tiene la mirada perdida mientras me observa limpiarme delicadamente las comisuras de la boca con el pulgar y chupármelo.

Gimo.

—Qué rico.

—Creo que tengo que devolverte el favor. —Anton me agarra por la cintura y me tira sobre la cama.

Apenas tengo tiempo de recuperar el aliento antes de que me baje los pantalones cortos por los muslos y entierre la cara en mi coño para lamerme el clítoris.

—¡Anton!

—Estás jodidamente mojada por mí —gruñe antes de recorrer mi coño con la lengua.

Estoy tan excitada después de habérsela chupado a Anton que ya noto cómo empieza a fraguarse mi orgasmo.

—¡*Sí*! —Arqueo la espalda contra su roce.

Anton me clava los dedos en las caderas mientras empieza a darse un festín conmigo. Alterna entre hundirme la lengua dentro y pasármela por el clítoris hinchado, llevando mi orgasmo justo al punto necesario para dejarme jadeando de deseo, pero no lo suficiente como para hacerme llegar al límite.

—Anton —gimo, hundiendo los dedos en el edredón.

Retira la mano derecha de mi cadera para juguetear suavemente con mi entrada con un dedo.

Gimo, y mis caderas se sacuden cuando lo hunde hasta el nudillo.

—¿Te gusta eso, Nina? —Su aliento me hace cosquillas en el clítoris.

—Más —jadeo.

—Eso no es lo que te he preguntado, *lapochka* —dice con una risita.

—Sí —digo entre dientes.

—Ya me lo parecía. —Me hunde el dedo hasta el fondo.

La humedad se desliza entre mis muslos y levanto las manos para ahuecarme los pechos, bajando la tela de mi camiseta para poder frotarme los pezones.

—Jodidamente preciosa —gruñe Anton.

Bajo la mirada y veo que me está observando, y gimo al ver el deseo en sus ojos.

No aparta la vista mientras me introduce otro dedo, y mi cuerpo se arquea separándose de la cama ante la oleada de placer.

—Oh, *Dios* mío —gimo, apretándome los pechos mientras me restriego contra su cara.

Su ligera barba incipiente es increíble contra mi carne sensible.

—Eso es, Nina, córrete para mí. —Enrosca los dedos dentro de mí.

Mientras me roza el punto G, no estoy segura de si estoy gritando o llorando cuando me golpea el orgasmo.

Mi coño se contrae alrededor de sus dedos mientras sigue bombeándolos dentro de mí a la vez que me chupa el clítoris, y mi cuerpo tiembla mientras disfruto de mi orgasmo.

Cuando por fin me he vaciado, Anton levanta la cabeza y me sonríe desde entre mis muslos, con los labios húmedos de mi excitación.

No creo que esto sea a lo que se refería mi padre con lo de conocer al enemigo.

Capítulo Diez

ANTON

Creo que podría volverme adicto fácilmente a despertarme con el cuerpo desnudo de Nina entre mis brazos. Uno de sus muslos descansa sobre mis piernas y su cabeza reposa en mi pecho, con su pelo oscuro desparramado a su alrededor.

Está tan guapa... Y, por un momento, me permito imaginarlo: despertarme cada mañana con ella, disfrutar de un café en la cama mientras me cuenta todos sus planes para el día. Ver cómo se le iluminan sus ojos azules al hablar de ballet...

Es ridículo que esté teniendo siquiera estos pensamientos. Apenas conozco a esta mujer, pero eso no parece suponer un problema para mi corazón, a juzgar por cómo me martillea en el pecho mientras la observo dormir.

Casi estoy agradecido por el intento de ataque a mi propiedad de anoche, ya que me ha llevado a pasar la noche con Nina.

Me encantó cada segundo que pasó explorándome la polla con la boca y, por lo húmeda que estaba, sé que ella lo disfrutó tanto como yo.

Estaba deseando probar lo excitada que estaba, y apenas bastaron unas cuantas lametadas en su coño para que gritara al correrse.

Se quedó dormida en mis brazos casi al instante, y no creo haber dormido nunca tan bien, teniéndolo todo en cuenta.

El hecho de que los disparos cesaran tan bruscamente me preocupa.

Quienquiera que fuese, está claro que quería darse a conocer, pero entonces, ¿por qué el intento de ataque no fue a más? ¿Acaso no esperaban que tuviera tantos guardias o fue simplemente una advertencia?

En el momento en que cesaron los disparos, debería haber ido directamente a mi despacho a analizar las grabaciones de seguridad, pero no podía dejar a Nina sola cuando estaba claramente aterrorizada. Debería haberla acomodado en mi cama y luego haber pasado el resto de la noche revisando las cámaras, pero parecía que Nina tenía otros planes, y ni de coña iba a dejar pasar la oportunidad de tenerla de rodillas para mí.

Algunos de mis guardias registraron los terrenos en cuanto oímos los disparos, pero no encontraron nada.

Quienquiera que fuese debe de tener algún conocimiento de mi propiedad para haber podido escapar tan rápido, lo cual es, como mínimo, alarmante.

Aprieto mis brazos alrededor de Nina, inquieto. Le prometí que aquí estaría a salvo, pero después de lo de anoche, ya no estoy tan seguro.

Estoy ansioso por comentar mis preocupaciones con mis primos cuanto antes. No puedo evitar preguntarme si Igor estuvo detrás del ataque. No es propio de él no derramar sangre para enviar un mensaje...

Pero si no fue Igor quien estuvo detrás del ataque, ¿quién fue?

Parece que mi lista de tareas para hoy va a ser larga.

Nina se remueve entre mis brazos y su aliento me hace cosquillas en la piel al exhalar. Estira las piernas, suspirando suavemente, y la sensación de sus cálidos muslos rozando los míos hace que se me endurezca la polla.

Estoy desesperado por ponerla boca arriba y despertarla con otro orgasmo de los que hacen que se te encojan los dedos de los pies, pero sé que si lo hago, no saldremos de esta cama en horas, y de verdad que no puedo seguir ignorando mis responsabilidades.

—Buenos días —murmura, acurrucándose contra mi pecho.

—Buenos días —le acaricio la espalda—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien —suspira, incorporándose para apoyarse en mi pecho.

La polla me palpita al sentir sus pechos apretados contra mí, pero lucho contra el impulso de bajar la mano y agarrármela.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome mientras duermo? —Sus ojos todavía están adormilados.

—Horas —bromeo, alargando la mano para colocarle el pelo detrás de la oreja.

Un suave rubor tiñe sus mejillas mientras me observa.

—Me distraes mucho.

—¿Tienes algún sitio mejor donde estar? —le brillan los ojos.

La agarro por la cintura y la coloco encima de mí, sonriendo con suficiencia cuando suelta un gemido al rozar mi polla la parte baja de su vientre—. En absoluto.

Le reclamo la boca.

Ella separa los labios al instante y yo deslizo lentamente mi lengua contra la suya.

Mis manos bajan hasta que le ahueco el culo, y muevo suavemente las caderas para poder frotar mi punta lubricada contra su cálida piel.

—Anton —gime contra mi boca.

Se retuerce contra mí y yo gimo al sentir sus pezones duros rozándome el pecho.

—¿Qué quieres, Nina?

—A ti.

Sonrío, hundiendo los dedos en sus caderas, a punto de levantarla y volver a bajarla sobre mi polla.

—¿Nikolai?

Me quedo helado al oír la voz de mi madre filtrándose por el hueco de debajo de la puerta.

—¡Nikolai!

—Mierda —deslizo a Nina para apartarla de mí.

—¿Anton? —Nina frunce el ceño—. ¿Qué pasa?

—Quédate aquí, ahora mismo vuelvo —salgo rápidamente de la cama y me pongo unos pantalones cortos y una camiseta—. No te muevas de aquí.

Bajo corriendo las escaleras y encuentro a mi madre paseándose por el vestíbulo en camisón, con cara de confusión.

—¿*Mamulichka*? —me detengo en el último escalón.

Me ignora, se acerca a la puerta principal y se asoma por una de las ventanas.

—Nikolai llega tarde —niega con la cabeza—. ¿Por qué llega siempre tarde?

Pasa por mi lado y entra en el salón como si yo no existiera.

Me paso los dedos por el pelo mientras la miro, fijándome en lo encorvados que tiene los hombros.

A pesar de tener acceso a la casa principal desde su ala privada, rara vez se aventura a salir de sus habitaciones. Sus enfermeras dicen que es porque se ha familiarizado con ellas y le resultan seguras, así que siempre me aseguro de ir a visitarla a sus aposentos en lugar de traerla a la casa principal.

Excepto que no fui a visitarla anoche después de los disparos.

Maldigo en voz baja al darme cuenta de mi error. Debería haber ido a ver cómo estaban ella y Annie, pero estaba demasiado ocupado preocupándome por la mujer que ahora mismo me calienta la cama.

Lo de anoche debería ser una llamada de atención. No solo no he priorizado investigar quiénquiera que haya atacado mi casa, la misma casa en la que reside mi madre enferma, sino que tampoco me he preocupado por ver cómo estaban ella y su enfermera después del ataque.

Por *esto* es exactamente por lo que no puedo involucrarme con Nina. No puedo permitirme descuidar mis responsabilidades.

Intentando ignorar el creciente pozo de culpa en mi estómago, me dirijo al salón.

Encuentro a mi madre mirando todas las fotos y sé que no reconocerá ni una sola cara.

Al principio, solía guardar la mayoría en sus aposentos para ayudarla a refrescar la memoria, pero, después de un tiempo, solo conseguía frustrarla más. Así que ahora solo tiene una foto de ella y mi padre el día de su boda en la mesilla de noche, ya que es la única persona a la que parece no poder olvidar.

Es un testimonio de su amor.

—¿Ha dormido bien? —Me acerco y me pongo a su lado.

Mi madre arruga la nariz mientras vuelve a colocar la foto en la estantería.

—Annie no para de incordiar.

—Annie le cae bien.

—No cuando incordia.

Intento no sonreír, pero es buena señal que siquiera recuerde el nombre de Annie. La mayoría de las veces, no tiene ni idea de quiénes son sus enfermeras a pesar de ver a las mismas día tras día.

—¿Qué le apetece hacer hoy? Podría sacarle las pinturas…

Agita una mano en el aire.

—Estoy esperando a Nikolai. ¿Lo has visto?

—No, no lo he visto —intento mantener un tono ligero.

—Se suponía que tenía que estar en casa hace horas. Íbamos a comer en el Deli de la calle 47 Este.

Sé perfectamente de qué sitio habla. Solía llevarla a comer allí todos los domingos, pero el local cerró hace unos años y no me atrevo a decírselo. No cuando ya lo he hecho al menos una docena de veces.

Siento como si el corazón se me partiera mientras ella mira todas las fotos con absoluta confusión en los ojos.

—Ya sabe cómo es él, siempre llegando tarde.

Frunce el ceño.

—Le ha pasado algo.

—No le ha pasado nada. Nikolai está bien. Me ha llamado antes y me ha dicho que llegaba tarde —la mentira me quema al salir tan

fácilmente de mis labios, pero surte efecto y suaviza la expresión de mi madre.

—Vale. Eso… eso está muy bien.

—¿Por qué no nos tomamos una taza de té mientras lo esperamos?

Asiente, y la guío de vuelta a sus aposentos, donde la acomodo en el sillón junto a la chimenea y me pongo a prepararle una taza de té.

Justo cuando estoy a punto de llevar las tazas, aparece Jen, su enfermera de día, con cara de apuro.

—Acabo de ir a cambiar las sábanas de su cuarto y no la encontraba. He mirado en su despacho y en la cocina principal…

—No pasa nada, Jen. Estaba mirando unas fotografías en el salón.

La expresión de Jen se ilumina por un momento, pero niego con la cabeza.

—No ha reconocido a nadie.

Me dedica una sonrisa compasiva.

—Aun así, es bueno para ella verlas. Bueno, ¿necesita que le prepare algo de comer?

—Gracias, pero creo que me tomaré un té rápido con ella y luego me iré a trabajar. Parece que esta mañana está bastante angustiada, pero pasaré a la hora de comer.

—Está haciendo un trabajo increíble, ¿sabe? —Jen me da una palmada en el brazo.

Tiene casi la misma edad que mi madre y siempre se preocupa por mí cuando vengo de visita, ofreciéndome siempre comida aunque yo siga rechazándola.

—Se lo agradezco.

Jen me ofrece otra sonrisa antes de desaparecer en el dormitorio, y me pongo a preparar un poco de té.

Una vez más, mi madre y yo nos sentamos en silencio, y al final me disculpo, prometiéndole que pasaré a la hora de comer.

Al cerrar la puerta de su ala de la casa y salir de nuevo al vestíbulo, me golpea una oleada de dolor que casi me deja sin aire. Me dejo caer en las escaleras y apoyo las manos en las rodillas mientras miro a través de las ventanas el jardín delantero, deseando poder retroceder en el tiempo.

Está empeorando, y mi hermano ni siquiera tiene la decencia de coger el teléfono para preguntar por ella, y mucho menos de visitarla en persona. La última vez que hablamos, y me atreví a sacar el tema de nuestra madre, dijo que no tenía sentido visitarla porque de todos modos no sabía quiénes éramos.

De eso hace casi dieciocho meses.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos e intento respirar hondo un par de veces para calmarme.

A veces, pienso en mis primos y en la estrecha relación que tienen entre ellos y desearía que Nikolai y yo pudiéramos ser así.

Bueno, lo éramos… Pero entonces nuestro padre murió, y fue como si Nikolai no pudiera soportar estar cerca de nadie que le recordara que se había ido, *especialmente* de nuestra madre. Cuando ella empezó a perder la memoria y a preguntar por él todo el tiempo, fue demasiado para él.

Pero a pesar del dolor y la pena que todo ello conlleva, yo nunca podría abandonar a mi madre de esa manera, sin importar cuántas veces se olvide de quién soy.

Capítulo Once

NINA

HAY OTRA MUJER en la casa.

Por la forma en que Anton se ha vestido y ha salido disparado de la habitación al oír su voz, he sentido una creciente sensación de pánico al pensar que, quienquiera que fuese, podría no ser bienvenida.

Por un segundo, me he preguntado si sería otra sorpresa de mi padre.

Maldiciéndome por ser tan paranoica, he salido de la cama, me he puesto la camisa que se quitó anoche y he salido sigilosamente de la habitación.

Sé que no debería haber espiado a Anton, pero no he podido evitarlo. Así que me he quedado rondando la esquina de lo alto de la escalera.

No sé qué esperaba encontrar, pero desde luego no era a la madre de Anton.

¿Por qué no me ha dicho que vivía aquí? ¿Y dónde ha estado que todavía no la he visto?

Y estaba preguntando por Nikolai.

Ese es un nombre que sí reconozco. Cuando estuve investigando a los Koslov antes de venir de Rusia, busqué información sobre la familia directa de Anton.

Perdió a su padre hace casi una década y había muy poca información sobre su madre después de eso, lo cual tiene sentido. También sé que su hermano pequeño, Nikolai, ha estado casi completamente ausente de la Bratva Koslov. Apenas hay rastro de él, lo que me hace preguntarme por qué la madre de Anton preguntaba por él.

¿Ha vuelto?

Estoy segura de que mi padre estaría deseando conocer el paradero de Nikolai. De hecho, se planteó ir a por él para vengar la muerte de Maxim, ya que el ojo por ojo siempre ha sido el método de venganza preferido de mi padre. Pero como no conseguimos localizarlo, se conformó con acabar con Anton en su lugar.

Aunque ahora empiezo a preguntarme si quizá no sería mejor que Nikolai apareciera...

Pero le ha dicho que su hermano había llamado.

¿Le está mintiendo? ¿Por qué?

Después de nuestra conversación de anoche sobre verdades y mentiras, sé que Anton no se toma las mentiras a la ligera, lo que significa que debe de haber una muy buena razón para que se lo esté haciendo a su madre, si es que lo está haciendo.

¿Qué ocultas, Anton?

Debe de estar intentando mantenerla tranquila, lo que me hace pensar que está confundida. Quizá esté enferma, lo que podría explicar por qué vive con Anton.

Al final, sus voces desaparecieron en lo que supongo que es otra ala de la casa que yo no conocía, y me lo tomo como la señal para volver a la habitación de Anton a esperarlo.

Mientras me vuelvo a meter en la cama y me envuelvo en las sábanas, una creciente sensación de inquietud me reconcome.

Por cómo le habla a su madre, está claro que la quiere muchísimo. No estoy segura de qué pasa exactamente, pero por la naturaleza de su conversación, quizá sufra algún tipo de enfermedad mental.

A Anton se le debe de estar rompiendo el corazón al verla así, ya que su familia lo es todo para él, pero debería sentir algo de paz al poder cuidarla él mismo.

Si fuese tan frío y calculador como mi padre dice que es, la habría metido en una residencia sin pensárselo dos veces. Pero no consigo ver ninguna prueba de que ese lado de Anton siquiera exista.

Podría permitirse fácilmente enviarla a un centro, pero está *eligiendo* dedicar el tiempo y el esfuerzo para que esté lo más cómoda posible.

No me imagino a mi familia siendo tan altruista. Si mi madre hubiera estado en una situación así, de ninguna manera Maxim la habría cuidado de ese modo, a pesar de todo lo que hizo por nosotros.

Anton tiene el tipo de relación con su familia con la que yo crecí soñando.

Después de que mi madre muriera, perdí toda esperanza de sentirme querida o deseada como lo había sido con ella, y en ese aspecto envidio a Anton. Puede que su hermano esté ausente, pero sigue teniendo una gran familia en la que apoyarse cuando lo necesita.

Yo, en cambio, no tengo a nadie.

La puerta se abre con un crujido, sacándome de mis pensamientos en espiral.

—Hola. —Anton cierra la puerta tras de sí y se sienta en el borde de la cama.

Parece agotado, así que le cojo la mano.

—¿Era tu madre?

Anton mira nuestros dedos entrelazados y asiente.

—¿Está enferma?

—Está... —Frota su pulgar calloso contra mis dedos.

—Perdona, no es asunto mío...

—No pasa nada. —Me dedica una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos—. Tiene alzhéimer de aparición temprana.

—Oh, Anton, lo siento mucho. —Le aprieto los dedos con más fuerza y me mira con tal tristeza en sus ojos castaños que se me empieza a resquebrajar el corazón—. ¿Hace mucho que se lo diagnosticaron?

—Dos años. Solo tiene sesenta y tres. Le quedaba mucha vida por delante, pero es como si su cerebro y su cuerpo tiraran en direcciones opuestas. Físicamente no tiene nada, pero su mente... —Puedo oír la emoción en su voz.

Debe de ser increíblemente duro para él ver a su madre deteriorarse así.

—Hice reformar una parte de la casa para que se pareciera a la casa en la que nos criamos, ya que los médicos me advirtieron de que un entorno nuevo podría ser demasiado abrumador para ella. Quería asegurarme de que estuviera lo más cómoda posible.

—Es increíblemente tierno por tu parte.

—Es lo menos que podía hacer.

—Es más de lo que la mayoría de la gente haría.

—No podía soportar la idea de meterla en una residencia. —Niega con la cabeza—. Se merece algo mejor después de todo lo que ha hecho por mí.

—Y se lo estás dando.

—No parece que esté ayudando. —Se le hunden los hombros.

No me lo pienso dos veces antes de subirme al regazo de Anton y rodearle el cuello con los brazos.

Él me pone las manos en la cintura y se inclina hacia delante para apoyar su frente contra la mía.

—Sí que ayuda. Puede que no siempre lo parezca, pero la está ayudando, Anton.

—La mitad del tiempo apenas sabe quién soy, y es desolador.

Siento que me escuecen los ojos por las lágrimas.

Él cierra los ojos. —Me siento egoísta incluso al decir eso en voz alta.

—Tienes derecho a sufrir.

Él niega con la cabeza. —Mi dolor no es nada comparado con el suyo.

—Anton —susurro, cogiéndole la cara entre las manos—. Espero que sepas lo increíble que eres. No conozco a nadie que se desviva tanto por cuidar de sus seres queridos.

—En realidad no es para tanto —se encoge de hombros—. Es mi madre. Haría cualquier cosa por ella.

Cuanto más sé de Anton, más me doy cuenta de que, sea lo que sea lo que mi padre tenga planeado para él, no se lo merece.

Es la persona más amable y generosa que he conocido en mi vida y, pasara lo que pasara entre él y Maxim, tuvo que estar justificado.

Haré todo lo que pueda para demostrarlo, aunque solo sea para convencer a mi padre de que ponga fin a esta vendetta antes de que sea demasiado tarde.

—Tiene suerte de tenerte como hijo —susurro antes de inclinarme y depositar un beso en la comisura de sus labios.

Sus hombros se relajan a mi contacto, así que sigo repartiendo besos por su mandíbula sin afeitar. —Eres único, Anton Koslov.

—Tú también lo eres, Nina Balakin. —Mueve las manos para frotarlas arriba y abajo por mis muslos.

Se me pone la piel de gallina bajo su contacto y, de repente, soy muy consciente de que no llevo bragas.

La noche anterior con él fue increíble, y ni siquiera nos acostamos. Explorarnos mutuamente con la lengua y la boca resultó increíblemente íntimo, y no creo haber sentido nunca un placer tan intenso en mi vida.

Aunque el dolor sordo entre mis muslos me sirve de recordatorio de lo que me perdí.

Quizá sea la distracción perfecta para Anton, para sacarlo de su ensimismamiento durante un rato...

—En fin, basta de hablar de mí. ¿Y tú qué? —Su voz me saca de mi ensoñación lujuriosa.

—¿Y yo qué?

—¿Estás muy unida a tu familia?

No puedo evitar que una risa nerviosa se me escape de los labios.

—Diría que mi familia es cualquier cosa menos unida.

—Oh, lo siento. —Anton frunce el ceño al mirarme, y tengo que apartar la vista.

Lo último que merezco es su compasión.

—En serio, no tiene importancia. Quiero decir, cuando mi madre vivía, éramos inseparables. Yo era su vivo retrato en todos los sentidos, y eso es algo que nadie puede quitarme.

—¿Ella también bailaba?

—Estudió un poco de ballet de niña, pero para ella lo más importante siempre fue la música. Tocaba el piano de maravilla y yo siempre bailaba a su alrededor mientras lo hacía. —Sonrío al recordarlo—. Siempre bromeábamos con que un día, cuando fuera mayor, recorreríamos el mundo como un dúo de madre e hija.

—Estaría muy orgullosa de ti. —Anton se inclina para frotar su nariz contra la mía.

—Todavía no soy bailarina profesional. Aún me queda un largo camino por recorrer.

—Pero te estás esforzando para hacer ese sueño realidad, Nina. No muchos tendrían el valor de hacer eso.

Mis mejillas arden ante el cumplido.

—Ya veremos qué pasa... —murmuro, ignorando la punzada de culpabilidad en mi estómago.

Si no consigo controlar mis crecientes sentimientos por Anton, mi padre va a arruinar mucho más que mi carrera de bailarina.

—¿Y el resto de tu familia? ¿Tienes hermanos o primos?

—No. —No es una mentira del todo. Después de todo, Maxim está muerto y Lev es... bueno, Lev—. Aunque envidio a tus primos. Debe de ser agradable tener una familia grande y todos esos bebés a los que achuchar.

Anton se ríe entre dientes. —Que no te engañe su monería.

—Yo diría que tus primos son más guapos que monos, pero sí, supongo que son monos en cierto modo.

—Me refería a los bebés. —Me pellizca la cintura y yo chillo.

Hay un brillo de diversión en sus ojos, y sé que el nubarrón oscuro está empezando a pasar.

—Qué envidia, de verdad —me río.

—Bueno, yo no puedo tener demasiada envidia, viendo que llevas *mi* camisa. Que, por cierto, te queda de infarto. —Hunde los dedos en mis caderas mientras se inclina para besarme el cuello.

Me estremezco a su contacto, arqueando la espalda mientras mis pezones se endurecen contra la suave tela.

—¿Ah, esta cosa vieja? —jadeo mientras su lengua recorre mi mandíbula.

Mi coño empieza a palpitar al recordar lo que sentí al tener esa lengua entre mis muslos.

—Mmm, creo que voy a tener que donarte todas mis camisas. Tú las llevas mucho mejor.

—Oh, no estaría yo tan segura. —Paso las manos por sus anchos hombros—. Tú también eres bastante sexi.

El aliento de Anton me hace cosquillas en el cuello mientras se ríe.

—*Lapochka*, contigo no hay competencia posible.

Capítulo Doce

ANTON

Nina me está subiendo el ánimo de maravilla, pero puede que eso tenga algo que ver con que esté sentada a horcajadas sobre mi regazo sin más ropa que mi camisa.

Siempre me siento desinflado después de pasar tiempo con mi madre.

La quiero con locura, pero es agotador, y eso no hace más que aumentar la culpa permanente que pesa sobre mis hombros.

Cuando se trata de su enfermedad, mis sentimientos son irrelevantes, así que me trago la culpa e intento superar el dolor de que no sepa quién soy.

Hoy estaba especialmente angustiada. No estoy seguro de dónde viene esta repentina fijación con Nikolai. Apenas lo ha mencionado en los últimos meses, y yo casi había esperado que se hubiera olvidado de él por completo, aunque solo fuera para ahorrarle el disgusto.

Odio que le esté causando tanto dolor, pero odio aún más que a él no parezca importarle.

Nina me da otro beso en los labios y me saca de mis pensamientos.

Es como si notara que estoy entrando en barrena y se esforzara por mantenerme centrado en otra cosa.

Separo los labios y dejo que su lengua explore lentamente mi boca.

Es tan dulce y cálida, y una distracción muy necesaria.

A pesar de sentirme culpable por centrarme en Nina en lugar de en mi madre, le agradezco tener a alguien en quien confiar.

Probablemente debería haberle hablado de mi madre antes de traerla a mi casa por si se la encontraba deambulando, pero eso siempre lleva a conversaciones sobre su enfermedad.

No me avergüenzo de ello en lo más mínimo. Es más bien que no quiero la compasión o los elogios que suelen seguir a la explicación de nuestra peculiar situación familiar.

Solo estoy haciendo mi trabajo como hijo, nada más.

Es hora de olvidarme del mundo exterior y centrarme en la preciosa mujer que tengo en el regazo.

Alcanzo los botones de la camisa de Nina, desabrocho el primero y beso la piel que revelo.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche.

Resoplo.

—No lo cojas —me repasa Nina el labio inferior con la lengua.

Mi polla se tensa contra los pantalones cortos y, por la forma en que Nina mueve las caderas contra mí, sé que puede sentir lo duro que estoy.

—Puede ser importante.

—¿Más importante que esto? —Coge mi mano, que ahora descansa en su muslo, y la sube hasta que mis dedos rozan su coño.

—Joder —siseo al notar lo mojada que está.

Nina se ríe antes de llevar sus labios a mi oído.

—¿Todavía quieres coger el teléfono? —me mordisquea el lóbulo de la oreja.

Le rozo suavemente el clítoris y sonrío al verla estremecerse de placer.

—Ni de coña. —La pongo boca arriba—. Tengo asuntos mucho más importantes que atender. Lo que me recuerda que creo que vamos a dejar la camisa puesta...

Afortunadamente, mi móvil permanece en silencio, y Nina y yo retomamos lo que dejamos anoche durante la mayor parte de la mañana.

Contemplo a Nina sentada a la mesa de la cocina, con su pelo oscuro cayéndole en ondas sueltas y desordenadas sobre los hombros. Todavía lleva mi camisa, aunque ha insistido en ponerse unas bragas por si a mi madre le daba por volver a entrar en la casa principal.

—Eres tan guapa.

—Eso no dejas de repetirlo —se ríe mientras remueve el café.

Le sirvo unos huevos con tostadas en un plato y se lo pongo delante.

—Come.

Justo cuando me estoy sirviendo mi propia comida, mi móvil vibra en la encimera a mi lado y me doy cuenta de que tengo varias notificaciones de Mikhail.

—Probablemente debería encargarme de esto. ¿Estás bien aquí un minuto?

—¿Te refieres a este plato enorme de comida que me has preparado? —pregunta, mirando la montaña de huevos.

—Tienes que mantener las fuerzas —sonrío con suficiencia mientras Nina pone los ojos en blanco—. Vuelvo enseguida.

Mientras me dirijo a mi despacho, llamo a Mikhail.

Mi primo se mofa.

—Gracias por dignarte a devolverme la llamada.

—Estaba ocupado. —Saco la silla del escritorio y me siento.

—¿Con cierta bailarina?

—¿Qué puedo hacer por ti, Mikhail?

—He pensado que querrías saber que Rosa por fin me ha dado noticias sobre Lev.

Me enderezo en la silla.

—¿Qué ha descubierto?

Rosa es la investigadora privada personal de Mikhail, y con razón. Es un auténtico tiburón, y el hecho de que haya tardado meses en localizar al hermano Koslov perdido hace tiempo significa que Lev, desde luego, no quería que lo encontraran.

—Según Rosa, Lev se fue de Rusia a Estados Unidos hace cinco años.

—¿Por qué no pareces contento? Sin duda, es bueno que al menos esté en el mismo país que vosotros, ¿no?

—Bueno, esa es la cuestión, no ha podido encontrar ninguna prueba de *dónde* está exactamente en Estados Unidos.

—¿En serio?

—No hay ningún rastro documental sobre él.

—Joder.

—Sí, joder —gruñe Mikhail—. Es una auténtica pesadilla. Rosa no ha podido encontrar literalmente nada más sobre ese tío.

Me recuesto en la silla mientras me froto la mandíbula, intentando pensar qué hacer a continuación.

La falta de rastro documental no será una coincidencia, pero hace que nuestro próximo movimiento sea muy complicado, teniendo en cuenta que no nos da nada de lo que tirar.

—Eso significa que, o bien Lev está viviendo completamente al margen del sistema, *o* está usando un alias.

—Eso mismo pensaba yo.

—En cualquier caso, es probable que quiera evitar a Igor. Por lo que dijo Maxim, ese tipo trataba a Lev como una mierda, así que probablemente no quiera arriesgarse a que lo encuentren.

Mikhail se queda callado un momento.

—O... es Igor quien lo está controlando.

—¿Qué quieres decir?

—No sabemos si Lev se fue de Rusia para escapar de Igor. Al revés, Igor podría habérselo traído aquí para usarlo como cebo contra nosotros, pero lo mantiene oculto hasta que sea el momento adecuado para utilizarlo.

Maldigo en voz baja.

—Quizá sea hora de que hagamos una visita a uno de los locales que frecuenta Igor. Seguro que tiene algún eslabón débil trabajando para él y, con un poco de suerte, con unas copas de más, quizá esté dispuesto a compartir alguna información privilegiada.

Mikhail musita.

—Merece la pena intentarlo. No es que tengamos mucho más de lo que tirar.

Termino la llamada con Mikhail después de decidir una hora y un lugar.

Me reclino en la silla y me quedo mirando el registro de llamadas recientes, con el pulgar suspendido sobre el nombre de Rosa. Antes de que pueda echarme atrás, marco su número y activo el manos libres.

—¿Qué? —espeta ella.

—¿Rosa? Soy Anton Koslov.

—Ya sé quién es usted, no sea idiota. Tengo identificador de llamadas.

—Me preguntaba si podría investigar a alguien por mí.

—Poder, puedo. Que esté dispuesta a hacerlo es una cuestión completamente distinta.

Me muerdo la lengua para no contestarle. Se me había olvidado lo insufrible que es hablar con Rosa. Si no fuera tan buena, la habrían despedido hace mucho tiempo por su carácter.

—¿Estaría dispuesta a investigar a mi hermano, Nikolai?

—¿Hay algo en particular que quiera saber?

—Saber dónde está sería un buen comienzo.

—Es con muy poca antelación.

—Será compensada.

—Pues hombre, ya lo espero, con el dolor de cabeza que me da su familia.

—Y le agradecería que mantuviera en secreto que está investigando esto para mí.

Rosa refunfuña un poco más antes de aceptar finalmente después de que le ofrezca el triple de su tarifa habitual.

Siento la cabeza embotada cuando vuelvo a la cocina tras colgar la llamada con Rosa, y mi humor se ensombrece de nuevo.

—¿Todo bien? —Nina levanta la vista del móvil cuando entro en la cocina y me siento frente a ella en la mesa.

Ha devorado su desayuno y ahora mira sin pensar sus redes sociales.

—Sí, era Mikhail. He quedado con él en la ciudad más tarde.

—¿En algún sitio divertido? —pregunta esperanzada.

—Es por negocios.

Nina frunce el ceño. —Oh, esperaba poder ir contigo.

—Ni hablar. —El último lugar donde debería estar Nina es en uno de los clubes de Igor.

—¿Por qué? —Se cruza de brazos.

—Porque es demasiado peligroso.

—¿Y si llevamos a Yakov?

—Eso no entraba en el trato, Nina.

Me mira con los ojos entrecerrados mientras saca el labio inferior.

No deseo nada más que inclinarme sobre la mesa y cogerle el labio entre los dientes, oírle emitir ese sonido entrecortado que hace que se me ponga dura la polla.

—Vale. —Parece dolida.

Suelto un suspiro mientras intento pensar en una solución que no implique que maten a Nina.

—¿Qué te parece esto…? —Me inclino hacia delante y apoyo los antebrazos en la mesa—. ¿Qué tal si te prometo que te llevaré a cenar, solo tú y yo?

—¿De verdad?

—Iremos a algún sitio romántico.

—Espero que sepas que tengo las expectativas *muy* altas.

—Soy muy consciente de ello —digo entre risas—. Pero creo que hasta tú quedarás impresionada con mis habilidades.

—Ya lo estoy, Koslov.

Recojo a Mikhail de su casa poco después de las nueve.

Lucia ya está en la cama, dormida, después de pasar unas cuantas malas noches con Vivi, pero Mikhail me asegura que le encantaría que la visitara pronto.

—A lo mejor deberías traer a Nina también.

Me alejo del bordillo.

—Como te pases toda la noche dándome la tabarra con Nina, te echo del puto coche.

Mikhail se ríe y me da una palmada en el hombro.

—Y pensar que solías decir que *yo* era el gruñón.

Decidimos ir a uno de los clubes más sórdidos de Igor, cerca de Chinatown, con la esperanza de que los hombres que tenga trabajando allí estén más dispuestos a hablar. O, si llega el caso, a dejarse sobornar.

El local está bastante lleno y apesta a alcohol rancio y a sudor.

Mikhail y yo nos abrimos paso hasta la barra, donde pedimos un par de copas que sin duda han sido aguadas para aumentar el margen de beneficios.

El camarero apenas parece tener edad para servir alcohol, y Mikhail me da un codazo discreto.

Allá vamos.

—¿Sabes quién es el dueño de este sitio?

El camarero niega con la cabeza, y su mata de pelo rubio ceniza le cae sobre los ojos. —No.

—¿Conoces a alguien que sí lo sepa?

—¿Por qué?

Mikhail se apoya en la barra. —Estamos pensando en invertir en algunos clubes de la zona.

—Espera. —El camarero desaparece en la parte de atrás, y siento una chispa de esperanza.

Quizá, después de todo, el viaje no sea una pérdida de tiempo.

Unos minutos después, el camarero reaparece con un tipo mayor, quizá de unos cincuenta y tantos, que parece no haber visto la luz del día en décadas.

—Estos tíos quieren hablar con el dueño. —El camarero nos señala a Mikhail y a mí con el pulgar.

—¿De qué va esto? ¿Sois polis? Porque aquí no hay ningún negocio turbio.

—Somos posibles inversores. Solo queremos hablar con alguien sobre el local, eso es todo.

—El dueño no está.

—¿Podríamos hablar con usted?

—Estoy ocupado. —Coge la botella de ginebra medio vacía que está en la barra y desaparece en la trastienda.

—Esto va de maravilla. —Mikhail coge su copa de la pegajosa superficie de la barra—. Venga, busquemos un sitio para sentarnos.

Muchas cabezas se giran en nuestra dirección mientras atravesamos la abarrotada zona de asientos para encontrar una mesa vacía.

Me miro mi impecable traje negro y frunzo el ceño.

—Creo que vamos un poco elegantes de más. —Nuestros trajes de mil dólares parecen completamente fuera de lugar en este tugurio—. Creo que eso podría estar espantando a la gente.

—A las camareras no, desde luego. —Mikhail señala con la barbilla a una chica que sin duda no tiene la edad legal para beber, con una falda que apenas le cubre el culo y el pelo rubio platino—. A lo mejor deberías usar tu magia con ella.

—¿Usar mi magia?

—Ya sabes, sonreírle y esas mierdas.

—¿Cómo coño estás casado? —digo riendo entre dientes y le doy un sorbo a mi copa.

—Ni idea.

Parece que la magia que Mikhail creía que yo tenía no funciona en este sitio.

Sean cuales sean los negocios ilegales que Igor tenga entre manos, sus empleados se ponen nerviosos al ver a dos tíos de traje, a pesar de que les hemos asegurado a todos que no somos policías.

Después de que la tercera camarera nos traiga a regañadientes unas copas nuevas tras sobornarla para sacarle información ofreciéndole un trabajo en el *Espionage*, Mikhail y yo decidimos echar el freno para no llamar demasiado la atención.

Mikhail se encoge de hombros. —Esperemos que una de ellas se decida por fin a aceptar nuestra oferta y suelte prenda.

—Este vodka sabe a mierda. ¿Cómo coño sigue abierto este sitio?

—Ya sabes cómo —se ríe Mikhail entre dientes—. De la misma forma que el *Espionage*.

—Que te jodan.

Una chispa de diversión baila en los ojos de Mikhail. Puede que seamos primos, pero nos picamos como si fuéramos hermanos.

—¿Qué tal está Nina? —pregunta Mikhail, dejando el vaso sobre la mesa.

—Parece que está bien, dentro de lo que cabe. No le ha hecho ninguna gracia que no la dejara venir conmigo esta noche, pero le he recordado que es por su propio bien.

—Quizá debería hablar con Lucia. Ella sabe de sobra lo que es estar encerrada.

—Ahora mismo no sé si lo dices en serio.

—Lo digo completamente en serio.

—Eres un psicópata —me río—. No vamos a montar un club con nuestras chicas para que se junten y hablen de las veces que sus hombres las han encerrado. Eso es sádico.

—O sea, que admites que es tu chica...

—Eres agotador, ¿sabes?

—Lo que quería preguntar es ¿cómo van las cosas *con* ella? —Mikhail se inclina hacia delante y apoya los antebrazos en los muslos.

—Van... bien. Es una persona bastante especial.

Pienso en cómo se las ha arreglado para disipar la nube negra que amenazaba con consumirme esta mañana. En lo fácil que ha sido confiarle mis cosas de familia y que ella escuchara y me consolara.

Nunca he conocido a nadie como ella y estoy empezando a pensar que sería un completo idiota si la dejara escapar.

—Pareces sorprendido.—Se me está pegando tu escepticismo.

—Bueno, pues me alegro de verdad por ti, primo. Te lo mereces después de todo lo que has sacrificado por esta familia. Espero que lo vuestro con Nina funcione.

—Te lo agradezco. —Siento una opresión en el pecho.

Resulta egoísta siquiera plantearme seguir adelante con Nina, pero quizá debería seguir los pasos de Mikhail.

Durante mucho tiempo estuvo cerrado a la idea de tener una relación, y entonces apareció Lucia, y fue como si lo hubiera devuelto a la vida.

Me pregunto si eso es lo que Mikhail ve que me está pasando a mí...

—Puede que esto sea un callejón sin salida —suspira Mikhail mientras mira alrededor de la discoteca.

—La gente siempre acaba saliendo de debajo de las piedras, Mikhail. Solo tienes que darles un motivo lo bastante bueno para hacerlo.

Capítulo Trece

NINA

HOY HACE UNA semana que estoy en casa de Anton y empiezo a preocuparme. No solo por el hecho de que todavía no he visto ninguna señal de que sea un sociópata asesino, sino también porque creo que estoy empezando a enamorarme de él.

En plan, enamorarme *de verdad* de él.

Esto no es bueno. Solía enorgullecerme de mi autodisciplina. He estudiado ballet casi toda mi vida, sacrificando incontables noches de fiesta y oportunidades de comer algo delicioso para perfeccionar mi arte.

Y, sin embargo, cuando se trata de un dios de un metro noventa y dos al que deberían detener por las cosas que es capaz de hacer con la lengua, me derrumbo como un castillo de naipes.

Esto no augura nada bueno para mi carrera como espía de la bratva.

He desviado las dos últimas llamadas de mi padre al buzón de voz y he ganado tiempo enviándole por mensaje actualizaciones vagas que son casi todas inventadas para intentar mantenerlo contento hasta que sepa cuál será mi próximo movimiento.

Empiezo a plantearme si no sería mejor confesarlo todo y contarle a Anton la amenaza que supone mi padre y esperar que pueda pasarlo por alto.

Pero es imposible que traicione a mi padre de esa manera. Me haría algo muchísimo peor que meterme en un avión de vuelta a Rusia.

Además, ¿cómo puedo sincerarme y traicionar abiertamente la confianza de Anton después de todo lo que ha hecho por mí?

Estoy metida en un buen lío y no estoy segura de poder salir de esta.

Emma se acerca a mi lado y recogemos nuestras cosas después de clase.

—Has estado callada todo el día. ¿Va todo bien?

—Supongo que solo estoy cansada —me encojo de hombros y me pongo el abrigo largo—. Ha sido una semana larga.

—Ya te digo. Bea y Allie estaban pensando en volver al *Espionage* esta noche para desahogarse. ¿Quieres venir? Puedes traerte a tu nuevo chico, si quieres —me guiña un ojo.

—Mmm… —finjo mirar el móvil mientras sopeso mis opciones.

Sé que Anton volverá a casa bastante tarde porque tiene reuniones, pero dudo que me dejara salir de copas, aunque me llevara a Yakov.

Me pregunto si podría darle esquinazo a Yakov…

Pienso en mi gigantesco guardaespaldas y descarto la idea de inmediato.

—Estoy agotada. Creo que me quedaré en casa esta noche.

—Venga ya. No seas aguafiestas.

—De verdad que estoy reventada. Pero puedo compensártelo.

—¿Cómo? —dice, entornando los ojos.

Desbloqueo el móvil y le mando un mensaje rápido a Anton.

Las chicas van a ir al Espionage esta noche. ¿Te parecería bien que les organice una botella de champán de mi parte?

Responde casi al instante.

Todas sus bebidas correrán de mi cuenta y les he organizado una mesa VIP. Dile a Emma que dé mi nombre en la puerta. Besos.

Le enseño el mensaje a Emma y ella chilla.

—Oh, me gusta mucho. Ahora solo falta que nos incluya a un guardaespaldas cachas para la noche.

—No es un club de estriptis —me río. El móvil me vibra otra vez con otro mensaje de Anton.

Me parece bien que vayas esta noche, pero solo si yo también estoy. Dímelo para que pueda reprogramar mis reuniones.

Aunque esté dispuesto a venir, la idea de que todas las chicas lo bombardeen a preguntas me parece injusta. Él también ha tenido una semana bastante estresante y sé que lo último que querrá hacer es colarse en una noche de chicas, así que decido que es mejor pasar esta vez.

No me apetece esta noche. ¡Creo que disfrutaré de un buen baño!

Anton: Con el baño se aplican las mismas reglas...

Tienes reuniones...

No son importantes. Tú sí lo eres.

Y me pregunto por qué me estoy enamorando de él…

—Uh, ¿qué es lo que te ha hecho sonrojar? —Emma me da un codazo.

—¿Eh? Ah, nada —apago el móvil antes de que me lea los mensajes por encima del hombro.

Recogemos el resto de nuestras cosas y salimos del estudio.

Yakov nos está esperando fuera y Emma sigue intentando ligar con él mientras salimos del edificio principal.

—Le pido disculpas por mi amiga, Yakov —lo miro—. Es muy insistente.

—Qué le voy a hacer, me gustan los callados —se ríe—. Siempre son los más pervertidos en la cama.

—¡*Emma*!

—¿Qué? ¡Es verdad!

—Ay, Dios mío.

—Hablando en serio, ¿vamos a quedar alguna vez fuera de este edificio?

—¿Por qué no vienes a casa de Anton el domingo?

—¿En serio?

—Sí, será divertido. Su casa es increíble y traeré un montón de cosas para picar, y podremos tirarnos en el sofá todo el día.

—Me apunto de cabeza. Mándame la dirección por mensaje o, mejor aún, que venga Yakov a recogerme.

Después de despedirme de Emma, sigo a Yakov hasta el coche, y me sujeta la puerta mientras me subo al asiento trasero del Range Rover de lunas tintadas.

Sé que la mayoría de mis compañeras probablemente piensen que estoy loca, y eso solo hace que agradezca más el haber conseguido hacer algunas amigas antes de acabar con un guardaespaldas como una montaña.

—A usted no le gusta nada hablar, ¿verdad? —pregunto tras diez minutos de silencio.

Yakov no dice nada, con los ojos fijos en la carretera.

—¿Es porque Anton le ha ordenado que no me hable?

Sigue sin decir nada.

—¿O es por Emma? Porque créame, el que usted no le siga el rollo solo lo empeorará.

Ni una palabra.

Por alguma razón, no puedo evitar sonreír.

Cuando llegamos a casa de Anton, Yakov conduce por la parte trasera de la propiedad para aparcar el coche y yo entro rápidamente.

No he tenido tiempo de comer *otra vez*, y creo que a mi cuerpo le va a dar por empezar a devorar mis órganos por la punzada de hambre que siento.

Dejo el bolso y el abrigo junto a la escalera y cruzo a toda prisa el vestíbulo hacia la cocina cuando oigo un estruendo tremendo seguido de gritos.

—Oh, no. —Echo a correr hacia la cocina.

Me encuentro a la madre de Anton sujetando unos trozos de porcelana rota mientras una empleada del hogar intenta hacerla entrar en razón.

—¡Has hecho que se me cayeran! —grita la madre de Anton—. ¡Estúpida!

Se agacha en el suelo y empieza a intentar recoger los trozos de porcelana con las manos desnudas.

—Señora Koslov, deje que yo lo haga…

—¡Ya has hecho bastante!

—¿Está todo bien?

La empleada se gira hacia mí con los ojos muy abiertos por la alarma.

—Oh, señorita Balakin, lo siento muchísimo. Ahora mismo lo limpio…

—Por favor, no te preocupes por el estropicio. ¿Está todo bien?

La empleada duda y baja la mirada hacia donde está agachada en el suelo la madre de Anton.

—Estaba intentando abrillantar los platos cuando ha entrado y ha empezado a… —Se le sonrojan las mejillas.

—Por favor, no te preocupes. ¿No está su enfermera?

La empleada niega con la cabeza.

—Jen tiene el día libre y Annie no entra hasta dentro de una hora. El señor Koslov dijo que él se encargaría…

—Seguro que ha sido un lío con su agenda. ¿Por qué no vas a buscar una escoba y yo me encargo de la madre de Anton?

A la empleada no hace falta pedírselo dos veces. Se mete a toda prisa en el cuarto de la colada y yo aprovecho la oportunidad para acercarme a la madre de Anton, que sigue intentando recoger los platos.

—Señora Koslov, ¿puedo ofrecerle algo?

Me mira y, por un momento, parece confundida. Pero entonces su rostro se ilumina con una sonrisa y al instante veo a Anton en ella.

—Katerina, ¿eres tú? —Se pone en pie.

—Eh…

—Ha pasado tanto tiempo… —Me rodea con los brazos.

Me quedo helada mientras me abraza con fuerza, sin saber muy bien qué está pasando.

¿Y quién es Katerina?

No estoy segura de querer saber la respuesta.

—Señora Koslov, ¿por qué no vamos a tomar una taza de té a sus aposentos? —Le doy unas palmaditas torpes en la espalda—. Así nos ponemos al día.

—Oh, me parece una idea maravillosa —dice, y por fin me suelta—. Y por favor, basta ya de señora Koslov, me hace sentir una anciana. Sabes que puedes llamarme Maria.

No ha dejado de sonreír y me pregunto si sería mejor llamar a Anton para informarle de la situación.

¿Está teniendo un episodio? ¿Empeoraría las cosas si le sigo la corriente?

Pero entonces recuerdo cómo la trató Anton el otro día y decido que lo mejor es hacer el papel de esa tal Katerina para no angustiarla.

—De acuerdo, lo siento.

Justo en ese momento, la empleada reaparece con la escoba y Maria resopla con fuerza. —Debería descontártelo de tu sueldo.

—Lo… lo siento, señora Koslov.

—Un «lo siento» no me devuelve la porcelana que ha pertenecido a mi familia durante generaciones.

La empleada parece a punto de llorar, así que me apresuro a sacar a Maria de la cocina y llevarla hacia el salón.

Entonces me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo llegar a sus aposentos.

Miro alrededor del salón, pero la única puerta es la que da al vestíbulo.

—No supondrá un problema que le pregunte cómo llegar a sus aposentos, ¿verdad?

Pero no parece estar escuchando. Se ha acercado a las estanterías y ha cogido una foto enmarcada de Anton con todos sus primos, tomada en la boda de Dimitri.

—Qué chico tan guapo. —Roza con un dedo la cara de Anton—. Tiene mucha suerte de tenerte.

Cuando me mira por encima del hombro, me doy cuenta de que sus ojos son de un tono marrón más claro que los de Anton, pero se le arrugan en las comisuras de la misma manera que a él cuando sonríe.

No puedo evitar fijarme en que tiene un aspecto completamente diferente al de la otra vez que la vi.

En lugar de llevar un camisón y el pelo revuelto, va vestida con un impecable traje de chaqueta y pantalón de color crema y lleva el pelo canoso, a la altura de los hombros, pulcramente peinado.

Si su enfermera no está, entonces de alguna manera ha conseguido arreglarse sola, lo cual es sin duda una buena señal, ¿no?

Quizá debería llamar a Anton por si acaso está teniendo un episodio lúcido. Seguro que no querría perdérselo.

—En realidad, todos son chicos guapos, pero no puedo atribuirme el mérito de estos cuatro —se ríe Maria—. Son todos hijos de mi hermana. Pero eso ya lo sabes, claro. —Hace un gesto con la mano.

—Es precioso lo unidos que están todos. —Cojo otra foto de Anton de niño.

Está abrazado a la pierna de su madre y sonríe a la cámara, enseñando que le faltan los dientes de delante—. ¿Cuántos años tenía aquí?

—Cuatro o cinco. Se partió los dientes de delante dos días antes. Iba demasiado rápido con la bici por la cuesta que hay detrás de nuestra casa. Le dije que tuviera cuidado, pero, por supuesto, salió volando por encima del manillar.

—¡Oh, no!

—Él se lo buscó. A mí me fastidió más que se manchara toda la camisa nueva de sangre y que también se hiciera unos buenos rasponazos en las rodillas.

Miro la foto más de cerca y, efectivamente, tiene las rodillas huesudas cubiertas de tiritas.

—Pobre Anton —digo con una risita.

—Aunque no volvió a hacerlo —se encoge de hombros Maria—. Los hijos de mi hermana eran iguales. Nunca les gustó que les dijeran lo que tenían que hacer y siempre volvían a casa cubiertos de sangre.

Poco ha cambiado la cosa.

—Oh, esta es mi foto favorita. —Coge una de Anton con el brazo alrededor de un chico un poco más joven que supongo que es su hermano, Nikolai.

Llevan uniformes escolares a juego y el pelo oscuro pulcramente peinado.

—Mis hijos eran inseparables de pequeños.

—Parece que se metían juntos en líos.

—Oh, vaya que sí. Anton hacía lo que podía para mantener a Nikolai a raya, pero nunca funcionó del todo —se ríe—. Una vez robaron todos los limones del limonero del jardín de nuestra vecina. Era una señora mayor y, de alguna manera, los chicos la convencieron para que se los volviera a comprar.

—Supongo que Anton siempre ha tenido madera de empresario —me río entre dientes.

—Desde luego. Estoy muy orgullosa de Anton. —Maria vuelve a colocar la foto en la estantería—. Se ha convertido en un joven increíble, a pesar de todo por lo que ha pasado.

Frunzo el ceño, preguntándome a qué dificultades se refiere. Antes de que pueda preguntarle, la puerta del salón se abre con un clic y Anton entra tranquilamente.

No puedo evitar quedarme mirándolo mientras cruza la habitación con su característico conjunto de camisa y pantalones negros que realza su potente cuerpo.

Está recién afeitado, lo que hace que su mandíbula parezca aún más angulosa, y estoy deseando explorar la gruesa columna de su cuello con la lengua.

—¿Qué pasa aquí? —Nos mira alternativamente a su madre y a mí.

—Maria estaba enseñándome algunas fotos antiguas.

Anton enarca las cejas, pero yo le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—Me ha estado contando un montón de historias sobre ti.

—¿Ah, sí? —Sus ojos vuelan hacia ella—. ¿*Mamulichka*?

—Ven aquí, Anton. —Maria hace un gesto con la mano—. Recuérdame dónde se tomó esta.

Él se pone a su otro lado y coge del estante superior de la librería una foto de él y Nikolai con un hombre que supongo que es su padre.

—Esto fue en el cumpleaños de papá. —Anton le entrega el marco a Maria—. Justo después de que Nikolai y yo robáramos la tarta.

Echo un vistazo a la foto por encima del hombro de Maria y se me escapa una carcajada al ver a los dos niños con un bigote de glaseado de chocolate.

—Como decía, eran unos gamberros. —Niega con la cabeza.

Miro a Anton de cerca y veo que sus ojos brillan con lágrimas mientras su madre recuerda ese día con una expresión de cariño.

Se me encoge el corazón por él. Debe de sentirse tan impotente sabiendo que no hay cura para esta enfermedad, pero espero que estos momentos de lucidez puedan traerle algo de consuelo.

Capítulo Catorce

ANTON

Lo último que esperaba encontrar al entrar en el salón era a Nina charlando con mi madre.

He decidido pasarme por casa entre reunión y reunión para ver cómo estaban, y cuando la doncella ha salido corriendo de la cocina con cara de angustia, he sabido inmediatamente que mi madre estaba teniendo un mal día.

Pero entonces he oído a mamá reírse y me he quedado de piedra.

Hacía mucho tiempo que no oía ese sonido, y casi me ha hecho flaquear las rodillas.

Parecía que la magia de Nina no solo funcionaba conmigo.

—¿Por qué no vamos a tomar un poco de té, *Mamulichka*? Podemos enseñarle a Nina la puerta secreta de tus habitaciones.

—¿Nina? —pregunta, confundida.

Miro a Nina, pero ella niega con la cabeza.

—Es una larga historia —articula sin voz, y yo asiento.

Llevo a Nina a través de la puerta oculta tras la estantería y mi madre le da con entusiasmo un recorrido por sus habitaciones, señalando los muchos cuadros de las paredes que ha pintado ella misma.

Nina es todo paciencia mientras mamá no para de hablar, y yo les doy algo de espacio mientras preparo té para todos.

Los días lúcidos se están convirtiendo en momentos lúcidos, pero incluso esos son cada vez más escasos.

Estoy agradecido de haber podido estar presente en este, porque sé que, con el tiempo, no podrá recordarme en absoluto.

Nina y yo nos quedamos con mi madre hasta que Annie llega a las cuatro.

Se me había olvidado por completo que Jen libraba hoy, y estoy cabreado conmigo mismo por haber cometido otro error. Normalmente tengo el horario de las enfermeras sincronizado con mi calendario de trabajo para asegurarme de no programar reuniones en sus días libres, pero parece que mi mente estaba en otra parte una vez más.

No digo nada mientras Nina y yo volvemos a la parte principal de la casa.

—Siento si me he entrometido —rompe Nina el silencio mientras cruzamos el vestíbulo.

Me detengo en seco y respiro hondo mientras bajo la mirada hacia sus ojos azul pálido.

Parece ansiosa, y me maldigo en silencio por hacerla preocuparse.

—Perdona si estoy callado —digo mientras le acaricio la mejilla.

Tocarla parece devolverme los pies a la tierra, sacándome de mis pensamientos y trayéndome de vuelta al presente.

—Estoy molesto conmigo mismo por haber metido la pata con el horario de cuidados de hoy. Por favor, no te tomes esto como si estuviera enfadado contigo por pasar tiempo con mi madre. Créeme cuando te digo que no te has entrometido, Nina. Ni lo más mínimo.

—Estaba muy angustiada y pensé que podría ayudar…

Le cojo la mano y se la aprieto con fuerza. —Y has ayudado. Has estado maravillosa con ella. Tan dulce y atenta.

Las mejillas de Nina se sonrojan y baja la mirada, claramente avergonzada por el cumplido.

Le cojo la barbilla y ella me mira tímidamente por debajo de las pestañas.

—Serás una madre increíble algún día. —Apoyo mi frente en la suya y, por un momento, dejamos que el sonido de nuestra respiración acompasada nos llene los oídos.

Pero entonces Nina me rodea el cuello con los brazos y se pone de puntillas para besarme suavemente.

—Te he echado de menos hoy.

Sus palabras me sacan una sonrisa y la beso profundamente, mostrándole cuánto la he echado de menos yo también.

Mi lengua se enreda con la suya y ella gime, apretando su cuerpo contra el mío.

La rodeo con un brazo por la cintura, atrayéndola más hacia mí, mientras mi otra mano se posa en su garganta. Aprieto suavemente la delicada columna de su cuello y ella suelta un gemido, un sonido que hace que se me contraiga la polla.

Estoy desesperado por llevármela directamente a la cama, por seguir explorando su increíble cuerpo. Siento curiosidad por saber qué tipo de posturas podríamos probar teniendo en cuenta lo flexible que es, pero tampoco quiero presionarla.

Soy muy consciente de que se está quedando en mi casa en contra de su voluntad, y tengo que tener cuidado de no hacer que se sienta presionada a nada. Después de todo, rechazó mis insinuaciones la primera noche…

Me aparto antes de que Nina pueda sentir la prueba de mi excitación.

—¿Tienes que volver a salir esta noche? —pregunta ella, con la voz algo entrecortada.

Tiene los labios hinchados y una mirada ligeramente vidriosa que me obliga a recolocarme.

—He cancelado el resto de mis reuniones. —Intento ignorar mi polla, que se está endureciendo.

—¿Y eso?

—He pensado que podríamos ver una película o algo. Solo si quieres, por supuesto… —añado, sintiéndome de repente avergonzado.

—¿En serio? —A Nina se le iluminan los ojos—. ¿Quieres tener una noche de peli?

—Solo era una idea…

—Suena perfecto. —Da saltitos sobre las puntas de los pies—. ¡Podríamos hacer chocolate caliente y palomitas!

Sonrío al ver la emoción en sus ojos.

—Lo que tú quieras, *lapochka*.

Las mejillas de Nina se sonrojan y se acerca para besarme de nuevo.

Gimo cuando me hunde los dedos en el pelo, y ella responde apretando sus pechos contra mi pecho.

Estoy tratando a Nina como si fuera mi novia cuando debería estar haciendo exactamente lo contrario. Pero es tan endemoniadamente difícil resistirse a la vida que me viene a la mente cuando me despierto con ella en mi cama o me siento frente a ella en la mesa del desayuno mientras tomamos nuestro café de la mañana.

—Puede que te arrepientas de haber dicho eso —dice mientras me muerde el labio inferior.

—Ya lo hago. —Presiono mi erección contra la parte baja de su vientre.

—Anton… —gime ella rozándose contra mí.

Por muy listos que estemos ambos, sé que Nina viene directa de un día entero de clases y probablemente aún no ha comido.

Le prometí que la cuidaría, y no solo en el dormitorio.

—Vamos a darte de comer.

Ella se burla. —¿Eso es un eufemismo para una mamada o algo así?

Suelto una carcajada. —Me refería a comida *de verdad*. —Me río entre dientes mientras le doy un golpecito en la punta de la nariz—. Qué chica tan sucia.

Nina sonríe antes de soltar mi cuello y alejarse contoneándose, asegurándose de mover las caderas a cada paso.

—Joder —siseo mientras le devoro con la mirada su culo perfecto en esas mallas.

Ella mira por encima del hombro, con el flequillo oscuro cayéndole sobre los ojos, y no puedo evitar bajar la mano y apretarme el miembro.

Se ríe antes de desaparecer en la cocina.

Sabe perfectamente lo que me provoca.

En cuanto entro en la cocina, mi asistenta se vuelve hacia mí. —¿Le preparo algo, señor Koslov?

Nina se ha sentado a la mesa y apoya la barbilla en las rodillas flexionadas.

—No hace falta, Danika. ¿Por qué no termina antes hoy?

—¿Pero si apenas han pasado las cuatro? Se suponía que tenía que estar aquí hasta las nueve...

—Le pagaré el día completo igualmente, no se preocupe. Por favor, vaya a pasar un rato con su familia.

Danika parece a punto de llorar mientras coge el bolso, lo cual no era en absoluto mi intención.

—Es usted muy amable, señor Koslov. Mis hijos se alegrarán de verme en casa tan pronto. —Me da una palmadita en el brazo.

Le devuelvo una cálida sonrisa y voy a abrirle la puerta de la cocina.

Nina niega con la cabeza cuando cierro la puerta detrás de Danika. —¿En serio? ¿Eres una especie de santo o algo así?

—¿Perdona?

—Nunca he conocido a nadie que cuide tan bien de su personal.

—Es decencia humana básica, Nina.

—Lo sé, y sin embargo, tanta gente trata a los demás como si fueran basura.

Me muerdo el interior de la mejilla para intentar reprimir una sonrisa.

Ella frunce el ceño. —¿Qué?

—Estás monísima cuando te enfadas.

Frunce aún más el ceño y noto que algo le preocupa.

—¿Nina? ¿Qué pasa?

—¿Quién es Katerina?

Me quedo helado.

¿Cómo sabe lo de Katerina?

—¿Por qué lo preguntas? —Intento parecer casi indiferente a la pregunta, pero el corazón se me empieza a acelerar.

Odio hablar de Katerina porque siempre me deja una sensación de vacío.

Nina se muerde el labio inferior, con cara de vergüenza.

Pero le he dejado claro lo importante que es para mí la honestidad y la verdad, así que le coloco suavemente el pelo detrás de la oreja, dándole permiso en silencio para que diga lo que se le pase por la cabeza.

—Tu madre ha pensado que yo era Katerina. No la he corregido porque he creído que podría disgustarla aún más.

—Ya veo.

—Lo siento, no estoy muy familiarizada con el alzhéimer, así que si me equivoqué al no corregirla, te pido disculpas...

—No tienes que disculparte. A menudo es mejor seguirle la corriente en la historia que se ha montado en vez de intentar corregirla. Yo lo hacía al principio y solo conseguía que se disgustara.

—Vale, es bueno saberlo. Pero sigues sin responder a mi pregunta.

Le paso el pulgar por el sonrojo rosado que le tiñe las mejillas. Siento curiosidad por saber por qué está tan interesada en Katerina.

¿Está celosa?

La idea hace que contenga una sonrisa.

Pero no me veo capaz de contarle la historia y sé que decirle quién era en realidad dará pie a un montón de preguntas. Así que me limito a decir: —Era solo alguien a quien nuestra familia conocía.

—¿Una amiga de la familia?

Asiento. —Algo así.

—Ah, vale.

—Y ahora, ¿qué te parece cenar palomitas?

Me siento mal por no contarle toda la verdad sobre quién es Katerina, pero la verdad es que, incluso después de todo este tiempo, todavía me trae recuerdos dolorosos. Sé que probablemente me ayudaría hablar de ella, pero Nina no va a ser esa persona. Hablar de tu exnovia con la mujer que te interesa es un bajón total.

Nina sonríe y se pone de pie.

Saco la bolsa de granos de maíz de la despensa mientras Nina coge la olla del armario de al lado de los fogones.

Echo los granos en la olla y vuelvo a poner la tapa. —¿Qué tal el día?

—Ha ido bien. Largo, pero bien.

—Entonces, ¿las chicas salen esta noche?

—Sí. Ah, eso me recuerda que Emma te da las gracias por organizar lo de la mesa y todo eso. Ha sido un detalle muy bonito.

—Ha sido un placer. Sabes, no es demasiado tarde si quieres ir con ellas.

Nina me mira y se muerde el labio inferior.

—Prefiero quedarme contigo —susurra.

No puedo evitar inclinarme para besarla en la punta de la nariz.

—Yo también.

Se le corta la respiración y me río, encantado de cómo responde al más mínimo roce.

Cuando las palomitas están casi listas, cojo dos tazas enormes y empiezo a calentar leche para el chocolate caliente. —Creo que hay un poco de nata montada en la nevera.

—¡Oh, qué rico!

Sonrío mientras va a la nevera dando saltitos, con unos movimientos tan delicados y gráciles que no puedo evitar quedarme mirándola.

—Ah, se me olvidó decirte que he invitado a Emma el domingo a pasar una tarde de chicas, ¿te parece bien? Perdona, probablemente debería habértelo consultado antes. —Abre la nevera y saca el bote de nata montada.

Una calidez me inunda el pecho al pensar que se siente lo bastante cómoda en mi casa como para invitar a sus amigas.

—Puedes invitar a tus amigas cuando quieras. —Me apoyo en la encimera—. Y quiero que sepas lo mucho que agradezco tu disposición a seguir mis peticiones en lo que respecta a tu seguridad. Sé que no es fácil.

—Quedarme en un casoplón con un tío bueno no es que sea una dificultad. —Sonríe con suficiencia.

—¿Piensas que soy un tío bueno?

Nina frunce el ceño. —Solo por eso, puedes demostrarme cuánto me lo agradeces. —Agita el bote de nata y, al instante, mi mente se llena de pensamientos obscenos—. Y a lo mejor podemos ver qué tan dispuesto estás a seguir *mis* peticiones.

Capítulo Quince

NINA

No sé por qué estoy tan nerviosa de que venga Emma. Una parte de mí todavía no se cree que otra chica *de verdad* quiera pasar el rato conmigo.

No estoy segura de que vaya a acostumbrarme a ello en una buena temporada.

Vuelvo a ahuecar los cojines del sofá y recoloco los cuencos con los aperitivos que he preparado.

Danika tuvo la amabilidad de ir ayer a la tienda y comprar patatas fritas de varios sabores, además de chucherías y, básicamente, toda la comida que está prohibida para una bailarina en formación.

Pero lo que mi profesora de ballet no sepa no le hará daño.

—Estás nerviosa —dice Anton, y yo doy un respingo.

—De verdad, tienes que aprender a no acercarte a la gente a hurtadillas.

Anton sonríe antes de acercarse a mí con paso decidido y rodearme la cintura con los brazos.

—No tienes por qué estar nerviosa —murmura contra mi pelo—. Ahora mismo, esta es tu casa y quiero que la trates como tal.

—Gracias. —Me acurruco en su pecho—. Nunca he tenido amigas con las que quedar, y quiero que todo salga bien.

—Por la forma en que amenazó con cortarme la polla, está claro que Emma se preocupa mucho por ti, así que creo que no tienes de qué preocuparte.

Me echo a reír al recordar a Emma echándole «la charla» a Anton cuando lo conocí.

—Parecías aterrorizado.

—Lo estaba. —Anton se acurruca contra mi cuello—. Le tengo bastante aprecio a mi polla, y a ti también te gusta.

—Oh, Dios mío. —Un escalofrío me recorre la espalda cuando me lame la piel sensible.

—Exacto.

Lo empujo en el pecho.

—Llegará en cualquier momento. —El calor empieza a acumularse en mi bajo vientre.

—Un minuto es tiempo de sobra. —La mirada de Anton se oscurece y a mí se me hace un nudo en la garganta.

¿Cómo puede excitarme tanto con solo unas pocas palabras?

Juro que mi cuerpo se está volviendo adicto a Anton, y eso me aterroriza y me emociona a partes iguales.

Por suerte, la puerta principal se abre y paso rápidamente junto a Anton antes de que pueda convencerme de que deje plantada a mi amiga.

Encuentro a Emma en el vestíbulo, dándole la tabarra a Yakov. Lleva unos leggings y un jersey rosa holgado, con su mata de rizos rubios recogida en lo alto de la cabeza. El contraste de su diminuta figura junto a la de Yakov es casi cómico, pero él no la intimida en lo más mínimo.

Es más, creo que es Yakov quien se siente intimidado por ella.

—¡Nina! —Deja caer el bolso al suelo y me rodea el cuello con los brazos—. Gracias por enviar a tu guardaespaldas buenorro a buscarme. Creo que hemos hecho grandes progresos durante el trayecto.

—No quiero ni pensar de qué habéis hablado.

Anton se ríe entre dientes detrás de mí y los ojos de Emma se desvían hacia él.

No se me escapa el repaso que le da, y me invade una oleada de posesividad hacia él.

Es guapísimo, pero también está completamente fuera de mi alcance. Algo que yo misma no dejo de olvidar...

—Nina dijo que pediste que te recogiera él —dice Anton metiéndose las manos en los bolsillos.

—Pues sí. Está para comérselo.

Yakov parece desear que se lo trague la tierra, y Anton se ríe; el sonido hace que se me ponga la piel de gallina.

—Bueno, voy a dejaros a vuestro aire. Pero solo quería decir, Emma, que eres bienvenida aquí siempre que quieras, así que, por favor, siéntete como en tu casa.

—Gracias. ¡Este sitio es *precioso*! —Echa un vistazo al vestíbulo.

Miro a Anton y un ligero rubor rosado tiñe sus mejillas.

¿Se ha avergonzado?

Nunca pensé que podría usar la palabra *adorable* para describir a Anton Koslov, pero la forma en que se sonroja ahora mismo mientras Emma se deshace en halagos hacia la casa hace que sonría tanto que me duelen las mejillas.

—Es muy amable de tu parte. Yakov y yo estaremos en mi despacho de arriba si necesitáis algo. —Desaparecen por las escaleras.

Me quedo mirándolo, paralizada por el asombro.

No puede ser real.

—Espera, ¿Yakov trabaja para Anton? ¿No dijiste que trabajaba para tu padre? —pregunta Emma frunciendo el ceño.

—Oh, Yakov solo está ayudando a Anton con algunas cosas de seguridad para cuando me quedo en su casa. Mi padre insistió.

—Creía que mi padre era protector, pero el tuyo está a otro nivel. Te compadezco, tía.

Le doy a Emma un rápido recorrido por las habitaciones de la planta baja antes de instalarnos en el salón, donde ella echa un vistazo a la mesa de aperitivos y a la televisión que cubre la mayor parte de la pared y suelta otro chillido.

—¡Podría acostumbrarme a esto! —Se deja caer en el sofá—. Me alegro de haberme puesto unos pantalones con cintura elástica.

Me río mientras me siento a su lado y nos sirvo a las dos una copa del vino tinto que Anton amablemente nos ha donado.

Encojo las piernas y me acurruco en el sofá.

—¿Me perdí algo el viernes?

—Allie consiguió el número de uno de los camareros. —Emma niega con la cabeza mientras coge el cuenco de palomitas—. Pero creo que solo se lo dio porque estábamos en la zona VIP y pensó que estábamos forradas o algo así. Ay, por Dios, no le digas que he dicho eso.

—No lo haré, no te preocupes.

—Y Bea estaba tan arisca como de costumbre. Es que no culpo a los tíos por no acercársele. Es despampanante y aterradora a la vez con ese pelo rojo y esa piel pálida.

—¿Y tú qué?

Emma parece culpable mientras toma un sorbo de vino y yo me enderezo, de repente intrigada.

—Dios mío, ¿qué hiciste?

—Puede que echara un polvo en el baño… —Se encoge visiblemente.

—¿En el bar de Anton?

—Sí... Sé que es muy de guarra, pero si te sirve de consuelo no volveré a hacerlo. El sexo fue horrible, la verdad. Me sorprende que el tío consiguiera meterla en el agujero correcto, si sabes a lo que me refiero.

—¡Emma!

—No es broma —gime Emma—. No sé si fue porque estábamos borrachos o en el cubículo de un baño, o si de verdad era tan malo, pero fue casi suficiente para que dejaran de gustarme los tíos del todo.

Me río.

—Probablemente haya sido una combinación de las tres cosas.

—Nina, te lo juro, no sé cómo me las apaño para encontrar a tíos tan patéticos. ¡Y *Espionage* es un bar de lujo! Pensé que podría ligarme a un Anton. Hablando de lo cual…

Ya empezamos.

—¿Qué? —le doy un sorbo a mi vino.

—¿Qué hay entre vosotros dos?

—Eh…

Debería haber preparado una respuesta. Sabía que la pregunta sobre Anton y yo saldría, teniendo en cuenta que había traído a Emma a su casa.

—Porque está *increíblemente* bueno, es rico y parece un tío genuinamente majo. Lo tiene todo, Nina.

—Ya sé que lo tiene —suspiro, removiendo el vino en mi copa para mantener las manos ocupadas.

—¿Sois algo? Porque si no lo sois y está disponible, te lo quitaré de las manos con mucho gusto.

—Estoy en ello.

Consigo desviar la conversación de Anton y de mí durante el resto de la tarde, acribillando a Emma a preguntas sobre su reciente sarta de citas desastrosas y rollos de una noche en diversos garitos de Nueva York.

Ella me da felizmente todos los detalles, y su forma de hablar tan deslenguada hace que se me salten las lágrimas de tanto reír.

Después de devorar una pizza y una botella de vino, Emma decide irse a casa sobre las ocho.

Por mucho que me hubiera encantado seguir hasta altas horas de la noche, bebiendo vino caro y hablando de chicos y ballet, ambas tenemos un ensayo a primera hora mañana para la gala de invierno, al que no podemos permitirnos llegar con resaca.

Yakov lleva amablemente a Emma de vuelta a la ciudad y yo subo las escaleras, topándome con Anton frente a mi habitación.

—¿Qué tal tu tarde? —me acaricia la mejilla.

La forma en que siempre tiene que tocarme me hace pensar que está tan fascinado por mí como yo lo estoy por él. Como si ninguno de los dos pudiera creer del todo que el otro es real.

—Ha sido encantadora. Gracias de nuevo.

—Por supuesto.

—Voy a darme una ducha. Mañana tengo que salir para la escuela a las seis y media para los ensayos, así que probablemente debería dormir en mi habitación esta noche.

Aunque no es del todo mentira, creo que una noche a solas para aclarar mis ideas no es tan mala idea.

Volverme posesiva con Anton no es bueno y, aunque la última semana durmiendo a su lado ha sido increíble, necesito de verdad volver a centrarme en el ballet.

Después de todo, cuando todo esto termine, puede que sea lo único que me quede.

—¿No confías en que mantenga las manos quietas? —a Anton se le arrugan las esquinas de los ojos.

—No confío en mí misma —me río—. Y de verdad que no puedo permitirme estar cansada mañana.

—Vale, *lapochka*. Que duermas bien. —Anton se inclina para besarme la frente.

Suspiro ante su contacto, mi cuerpo entero relajándose al sentir sus cálidos labios.

Entro en mi cuarto de baño privado y abro la ducha. Mientras espero a que se caliente, reviso rápidamente las notificaciones de mi móvil. Justo me estoy poniendo al día con algunos mensajes de Allie y Bea cuando mi móvil empieza a sonar con una llamada entrante de mi padre.

Se me encoge el estómago y miro hacia la puerta del baño, con el pulso acelerado ante la idea de que Anton entre.

Cruzo la habitación y echo el pestillo, por si acaso.

Se está volviendo muy fácil fingir que Anton y yo existimos en esta pequeña y segura burbuja. Poder pasar todo el día bailando y luego volver a casa con un hombre que me trata como si fuera su mundo es todo lo que siempre he deseado, y odio que, en algún momento, la burbuja vaya a estallar.

Cuando acepté este plan, no es que me dieran muchas opciones, nunca esperé que Anton me fuera a *gustar* de verdad ni que fuera tan buena persona. Pensé que sería un capullo, lo que haría fácil traicionar su confianza.

Pero es todo lo contrario, y no tengo ni idea de qué hacer.

Estoy completamente jodida.

—No debería llamarme —siseo al teléfono—. ¿Y si alguien me oye y se lo cuenta a Anton?

—Ese es tu problema, no el mío. Deberías saber cómo mantener tus conversaciones en privado.

Suspiro, mordiéndome la lengua para no contestarle. No tengo energía para lidiar con mi padre, así que me quedo callada, sin querer provocarlo.

—¿Cómo van las cosas?

—Estoy trabajando en establecer una conexión. —Agradezco que la ducha probablemente amortigüe mi voz.

Me siento en el borde de la bañera, con los ojos fijos en la puerta, rezando para que a Anton no le dé por entrar en mi habitación buscando unirse a mí.

—Tienes que trabajar más rápido.

—No puedo sin arriesgarme a que parezca sospechoso.

—Entonces tienes que atraparlo.

—¿Atraparlo? ¿Qué quiere decir?

—Quédate embarazada, Nina.

—Está bromeando. —Se me escapa una risa histérica.

—Si te quedas preñada, lo más probable es que se case contigo, y eso te da tu conexión.

No puede estar hablando en serio.

Mis pensamientos se aceleran mientras intento analizar la situación.

En un mundo de fantasía, casarme con Anton suena como un sueño hecho realidad. Pero en la realidad, unirlo permanentemente a mi padre es una sentencia de muerte.

No puedo hacerle eso, al menos no sin contarle toda la verdad primero, y eso probablemente acabaría con cualquier posibilidad de que tuviéramos un futuro.

Anton valora la verdad y la confianza por encima de todo. Un hecho que hace que se me retuerza el estómago de culpa.

—Yo… no puedo… No. Esto… esto nunca fue parte del plan.

—Tengo un nuevo plan.

—Gracias por mantenerme al tanto —resoplo—. Estamos hablando de mi puta *vida*. No puedo quedarme preñada así como así. ¿Y qué pasa con el ballet?

—¿Y qué pasa?

—No puedo bailar si estoy embarazada. —Mi voz está ahogada por las lágrimas mientras mi sueño empieza a escapárseme de entre los dedos.

—Nunca he conocido a nadie tan jodidamente egocéntrico. Todo esto es cosa de tu madre. Te malcrió y me dejó a mí para que lidiara con las consecuencias.

Sus palabras hacen que me escuezan los ojos. Odio cuando habla de mi madre porque nunca lo hace con amabilidad ni con cariño.

—Tiene que haber otra manera. Si usted quiere que me case con él, yo podría intentar…

—No hay otra manera. Quedarte embarazada es la única forma de garantizar que se case contigo.

—¿Por qué es tan importante que se case conmigo? ¿Qué es lo que planea hacerle exactamente…?

—¿Qué tal si me dejas a mí las cosas importantes y te centras en lo que se te da bien?

—¿Entonces solo sirvo para eso? ¿Para casarme y que me preñen?

—Supongo que ya lo veremos —cuelga el teléfono.

Miro fijamente la pantalla.

Debería estar acostumbrada a sentir que nunca soy suficiente. Llevo más de dos décadas sintiéndome completamente inferior a mi hermano Maxim o invisible a los ojos de mi padre. Nada de lo que hago es nunca suficiente, que es probablemente lo que me metió en este lío en primer lugar.

Pensé que, de alguna manera, seguirle el juego a mi padre con su plan finalmente me redimiría a sus ojos, pero sé que solo me estoy engañando a mí misma.

Mi padre ya se ha hecho una idea sobre mí, y ahora va a ser Anton quien sufra.

Sé que para Anton la familia lo es todo, y la idea de engañarlo para que se case conmigo y tenga un hijo sería la peor de las traiciones.

No puedo hacerle eso, lo que me deja solo una opción.

Tengo que contarle la verdad sobre quién es mi padre.

Capítulo Dieciséis

ANTON

Hay días como hoy en los que lamento haber abierto un bar. Ha sido una cosa detrás de otra, lo que significa que me paso todo el día pegado a un escritorio intentando arreglar los errores de los demás. Solo iba a pasarme por *Espionage* para mi reunión semanal con el director general, pero al final he acabado revisando el inventario, además de unas grabaciones de seguridad y hablando con la policía debido a una denuncia por agresión contra uno de nuestros clientes habituales junto a los baños el sábado por la noche.

Por suerte, solo eran habladurías, pero aun así me he asegurado de repasar todas las pruebas que teníamos antes de que la policía desestimara el caso.

Cuando entro por la puerta de casa, son más de las nueve, y estoy desesperado por tomar una copa y espero que Nina siga despierta y quiera acompañarme. Ver su preciosa sonrisa sin duda me mejorará el humor.

—¿Nina? —la llamo mientras cruzo el vestíbulo.

—¡Aquí arriba!

Se me dispara el pulso al oír su voz y subo las escaleras corriendo.

—¿Dónde estás, *zayka*?

—En tu dormitorio.

Entro y me encuentro el cuerpo desnudo de Nina tumbado en mi cama.

Está recostada sobre las almohadas con los brazos por encima de la cabeza, con un aspecto totalmente angelical con su pelo oscuro suelto sobre los hombros.

Mis ojos recorren sus pezones erectos y se me hace la boca agua al pensar en chupar esos sensibles capullos antes de bajar más.

Tiene las piernas apretadas la una contra la otra, ocultándome su precioso coño, y gimo.

—Has tenido un día largo —se tumba boca abajo, ofreciéndome una vista perfecta de su culo.

—Sí —me desabrocho un par de botones antes de quitarme la camisa por la cabeza.

—He pensado que necesitarías que te animara.

Mi polla se tensa contra la cremallera. —¿Vas a dejar que te coja por detrás otra vez, *lapochka*?

Menea las caderas y me llevo la mano al bulto de mis pantalones para apretarlo.

—Tengo otra idea —me mira por encima del hombro con los ojos entornados.

—¿Ah, sí?

—Tengo deberes que hacer para clase… —Se da la vuelta—. Verás, es que no me salía muy bien este movimiento…

Levanta la pierna derecha y se agarra el tobillo.

—Joder —me agarro la polla mientras me olvido de cómo respirar, observándola estirar la pierna y echarla hacia atrás hasta que está casi pegada a su cuerpo, dándome la vista perfecta de su coño, que ya brilla por su excitación.

Se me hace la boca agua al pensar en enterrar la cara entre sus muslos y saborearla.

Nina sonríe antes de agarrarse el otro tobillo y estirar las piernas hacia los lados en un espagat perfecto.

—Me noto un poco *tensa* —se muerde el labio inferior mientras observa mi reacción.

El sonido que hago es poco menos que salvaje mientras me imagino follándola así, sabiendo lo profundo que podré llegar en este ángulo.

Es un milagro que no me corra en los pantalones.

Es impresionante.

De alguna manera, consigo concentrarme lo suficiente para quitarme los pantalones, mi polla ya goteando mientras contemplo su cuerpo desnudo.

—Estoy seguro de que eso no será un problema —me envuelvo la base de la polla con la mano y me la meneo.

Nina me mira con los ojos vidriosos, manteniendo el espagat mientras me subo a la cama.

—Por Dios, Nina —paso mi punta resbaladiza por la raja de su coño.

Pone los ojos en blanco cuando le rozo el clítoris.

—No sé si follarte o comerte.

—Fóllame —arquea la espalda—. Por favor.

Cojo rápidamente una almohada y la coloco bajo sus caderas para inclinarlas y poder hundirme aún más. Esto va a ser increíble, así

que tendré que contenerme para asegurarme de que Nina se corra primero.

Alineo mi polla con su entrada, empujo las caderas con fuerza y me hundo del todo en ella.

Nina grita mientras la lleno, y me tomo un momento para dejar que se acostumbre a mi tamaño.

—Anton —gimotea, su expresión pasando del placer a la agonía al no moverme dentro de ella.

—No quiero hacerte daño, Nina. En este ángulo entro muy profundo.

—No lo harás. Soy muy flexible.

—Lo sé —me río entre dientes mientras le acaricio la cara interna de los muslos—. Pero si es demasiado, necesito que me lo digas.

—Anton —cierra los ojos con fuerza—. *Fóllame*.

No puedo evitar reírme de lo desesperada que está.

Me encanta poder darle tanto placer y no creo que me acostumbre nunca a que grite mi nombre mientras la hago correrse.

—Oh, pienso hacerlo —murmuro antes de salir de su ardiente estrechez y volver a embestir.

—*Sí* —Nina se aprieta alrededor de mi polla.

—Joder, Nina —embisto de nuevo.

Me ofrece una sonrisa lánguida, con los ojos entrecerrados, mientras le pongo las manos en los muslos, sujetándoselos en su sitio mientras bombeo con las caderas.—Mírate, qué guapa estás.

—Qué bien me sientas —su piel empieza a sonrojarse con un suave tono rosado.

Miro hacia donde nuestros cuerpos están unidos y observo cómo saco mi polla.

Brilla por la excitación de Nina, y tengo que apretar los dientes cuando mis huevos empiezan a tensarse y un chorro de preseminal se escapa de la punta.

Necesito ir más despacio, o me correré antes de que Nina alcance su orgasmo, y no es así como me gusta hacer las cosas.

Alcanzando el espacio entre nosotros, empiezo a frotar su clítoris con lentos círculos mientras me hundo más en ella.

Los ojos de Nina se abren de par en par y su boca se abre en un grito silencioso mientras aplico más placer a su clítoris.

—¿Quieres más, Nina? —bombeo lentamente con las caderas.

Nina emite un sonido ahogado mientras me fulmina con la mirada, y yo me río entre dientes.

Mantengo mis ojos fijos en los suyos mientras hago que su orgasmo se vaya acumulando.

—Qué gustazo —dice, ahuecando sus manos sobre los pechos.

—Me encanta mirarte —murmuro mientras empieza a juguetear con sus pezones.

—¿Sí? —Se mira los pechos, que son pequeños y tersos.

Son el bocado perfecto y estoy deseando prestarles yo mismo algo de atención.

Se pellizca los duros picos y suelta un gemido entrecortado, arqueando la espalda por la oleada de placer.

Su coño se contrae alrededor de mi polla y yo gruño.

—Joder, sigue haciendo eso.

Ella se ríe antes de tirar con más fuerza de sus pezones.

Su coño se humedece aún más y yo le paso el pulgar por la humedad antes de frotarle el clítoris más rápido.

Nina gime, alternando entre amasarse los pechos y pellizcarse los pezones mientras yo le trabajo el clítoris al ritmo de mis embestidas.

La necesidad de correrme es casi insoportable.

—Vamos, *zayka*, eso es. —Le froto el clítoris con más fuerza—. Córrete en mi polla.

—¡Sí, oh, Dios mío!

Mis movimientos se vuelven más torpes a medida que mi columna vertebral empieza a hormiguear. Apenas puedo pensar con claridad mientras mi polla entra y sale de su ardiente humedad. —Joder.

—Me estoy corriendo —gime, con los ojos fuertemente cerrados y la boca abierta—. ¡Sí, sí, *sí*!

Su cuerpo se estremece, seguido de un torrente de humedad entre sus muslos.

Su coño palpita alrededor de mi verga mientras llega al clímax, y un empujón más de mis caderas hace que mi polla se derrame.

—Joder, qué pasada. —Me vacío dentro de ella.

Cuando los dos hemos terminado, me desplomo sobre ella y Nina me rodea la cintura con los muslos, sujetándome contra ella.

Suspira. —Ha sido increíble.

Gruño y ella se ríe.

—¿Te ha animado eso?

—Creo que podría haberme matado. —Apenas puedo pensar con claridad, y el hecho de que siga dentro de ella no ayuda.

Ella gime mientras me lame el cuello. —Podría quedarme así para siempre, contigo enterrado dentro de mí.

—Para mí, eso suena a paraíso. —Atrapo sus labios con los míos.

Finalmente, me aparto de Nina, me dejo caer de espaldas y la acerco a mi costado. Ella apoya la cabeza en mi pecho.

No creo haber sentido nunca tanta paz como ahora, tumbado en la cama después de haber tenido el sexo más increíble con la mujer de mis sueños, porque no se puede negar que Nina es exactamente eso.

Se aprieta contra mí. —¿Puedo preguntarte una cosa?

—Por supuesto. —Le acaricio el brazo de arriba abajo.

Parece que no puedo dejar de tocarla.

—El hombre responsable del ataque contra mí... ¿Sabes su nombre?

No era lo que esperaba que preguntara, pero sabía que tarde o temprano tendríamos esta conversación.

—No está confirmado al cien por cien, pero si es quien creo que es, entonces sí, lo sé.

—¿Puedes decírmelo?

Dudo. —¿Por qué?

—Creo que me sentiré mejor si sé su nombre. —Se aparta de mis brazos para sentarse apoyada en las almohadas—. Así será una persona real, concreta, en lugar de una amenaza que parece flotar en el aire. Probablemente no tenga ningún sentido...

—No, lo entiendo. ¿Estás segura de que quieres saberlo?

Ella asiente, mordiéndose el labio inferior.

—Se llama Igor Ivanov. Lleva décadas en guerra con mi familia y es de lo peorcito que te puedas encontrar.Los ojos de Nina se abren como platos y alargo la mano para acariciarle la mejilla.

—No quiero asustarte, *lapochka*. Nunca llegará hasta ti.

—Por eso te has esforzado tanto en mantenerme a salvo, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué ha hecho que sea tan terrible?

—Para empezar, asesinó a mi tía y a mi tío.

Nina contiene el aliento, pero permanece en silencio.

—Junto con muchos de los hombres que trabajan para mi familia. Hace casi un año, secuestró a la mujer de mi primo Mikhail y amenazó con matarla a ella y a su hijo nonato delante de él.

—Oh, Dios mío. —Nina solloza, tapándose la boca con la mano mientras se le llenan los ojos de lágrimas.

—Puedo parar si esto es demasiado para ti.

Nina niega con la cabeza.

—Quiero saber todo lo posible sobre él.

—Esto queda entre nosotros, pero mis primos descubrieron que tienen un medio hermano. Su padre tuvo una aventura con la exmujer de Igor, Katya, y hubo un hijo. Igor registró que Katya había tenido un mortinato, se llevó al hijo y, básicamente, lo torturó durante la mayor parte de su vida. Llevamos casi dos años intentando dar con él.

El cuerpo de Nina tiembla y decido que probablemente ya es suficiente información. Le ahueco las mejillas con las manos y le seco las lágrimas con los pulgares.

—Pero él nunca te hará daño, Nina, te lo prometo.

Asiente mientras las lágrimas siguen cayendo por sus mejillas.

—Siento haberte disgustado, *lapochka*.

—He sido yo la que ha preguntado.

—Por desgracia, hay gente mala en este mundo. Pero luego hay ángeles como tú que no son más que bondad y pureza. —Me inclino

para besarle los labios.

Nina solo solloza más fuerte. La tomo en mis brazos y la abrazo contra mi pecho mientras llora. Odio que esté derramando lágrimas por culpa de Igor Ivanov, pero tiene todo el derecho a saber la realidad de la situación. Nunca le negaré la verdad.

—¿Alguna vez has matado a alguien? —susurra una vez que se ha calmado.

Por un momento, me planteo mentir, pero no puedo engañar a Nina de esa manera. Se merece saber quién soy realmente.

—Sí. —Le acaricio la mejilla—. Pero solo cuando es absolutamente necesario. Nunca por diversión o por placer.

Tomo como una buena señal el hecho de que no me aparte ni parezca asqueada por mi sinceridad.

—¿Qué se considera necesario? —Nina frunce el ceño.

—Proteger a los que quiero.

Nina se queda callada y me preocupa que mi confesión haya sido demasiado para ella. Pero quería ser lo más abierto y transparente posible con ella.

Los secretos pueden arruinar las relaciones, y si Nina y yo tenemos la oportunidad de tener algo de verdad, es mejor que sepa en qué se está metiendo.

—¿Estás bien? —Sigo acariciándole el pelo, con la esperanza de que este pequeño contacto le recuerde quién soy en realidad.

—Estoy bien —susurra—. Pero necesito hablar contigo de una cosa.

—Siempre puedes hablar conmigo de lo que sea.

Ella asiente y se muerde el labio inferior.

Mi móvil vibra entre el montón de ropa que hay en el suelo.

Dudo, pero Nina se aparta de mis brazos.

—Deberías cogerlo.

—Probablemente solo sean Mikhail o Danil. —Alargo el brazo por el lado de la cama para coger los pantalones.

Saco el móvil del bolsillo y veo el nombre de Rosa parpadeando en la pantalla. —Mierda.

Seguramente llama para ponerme al día sobre Nikolai, y estoy ansioso por saber el paradero de mi hermano. Pero también soy consciente de la conversación que Nina y yo acabamos de tener, y del hecho de que ella quería contarme algo.

—Anton, no pasa nada. —Se levanta de la cama y coge la bata de seda rosa que está colgada en el sillón—. Ya hablaremos.

—Necesitabas hablar… —Mi móvil sigue vibrando en mi mano, pero es imposible que mande a Rosa al buzón de voz.

—De verdad, no pasa nada. —Nina se ata el cinturón de la bata a la cintura antes de dirigirse a la puerta—. Coge la llamada. Ya hablaremos más tarde.

Me siento como un capullo mientras Nina desaparece de la habitación, y me prometo a mí mismo que la compensaré más tarde.

—¿Qué tienes para mí, Rosa?

—Pensaba que me estabas ignorando, Koslov.

—Estaba en medio de algo.

—Tú siempre estás en medio de algo —resopla—. Te llamo para decirte que he conseguido encontrar información básica sobre tu hermano.

—¿A qué te refieres con básica?

—Su dirección actual, en la que ha estado viviendo durante el último año, así como un número de teléfono actualizado. Te los estoy enviando ahora mismo por correo electrónico junto con mi factura.

—¿Dónde ha estado viviendo?

—Si miras el correo, lo averiguarás. Tengo que irme, Anton. —Corta la llamada.

Abro rápidamente mi correo electrónico y hago clic en el último de Rosa.

Contengo la respiración mientras escaneo el archivo adjunto con el nuevo número de Nikolai y su dirección actual, y me fijo en un código postal de Nueva York.

—Hijo de puta.

No solo ha estado en el mismo país que yo durante el último año, sino también en el mismo *estado*.

Reprimo el impulso de lanzar el móvil contra la pared.

Casi podría perdonarle que no visitara a nuestra madre cuando pensaba que estaba en el extranjero, aunque está claro que tiene dinero de sobra para permitirse vuelos regulares. Pero el hecho de que haya estado tan cerca y no se haya molestado en visitarla, y mucho menos en ayudar, hace que me hierva la sangre.

—Necesito una puta copa.

Estoy ciego de ira cuando aparco frente al *Espionage*.

—¿Tan pronto de vuelta? —pregunta Reid mientras paso a su lado y entro directamente en el bar.

—Ninguna cantidad de alcohol hará que me sienta mejor, pero voy a intentarlo de todos modos. —Me acerco a la barra y le hago una

seña a Alex, el camarero, para que me sirva un vodka—. Sigue sirviendo hasta que diga lo contrario.

Reid se pone a mi lado en la barra. —¿Quieres compañía?

—Ni de coña. —Cojo mi copa y me dirijo a uno de los reservados del fondo del bar.

Tres vodkas dobles después, mi mente aún no se ha calmado y mi cuerpo casi vibra de rabia.

Le doy vueltas y más vueltas, intentando decidir si ir a hacerle una visita a mi hermano, pero sé que eso solo terminará con uno de nosotros en el hospital y el otro en la cárcel.

Retiran el vaso vacío y me ponen otro delante.

Saco el móvil y, mientras bebo, me quedo mirando el número que Rosa me ha enviado, luchando contra el impulso de llamar.

Y bebo.

Y bebo.

Hasta que no puedo contenerme más y marco el nuevo número de Nikolai.

Ni siquiera suena una vez antes de saltar directamente al buzón de voz.

—Eres un puto pedazo de mierda, ¿lo sabías? —grito al teléfono, sin importarme que la gente me oiga—. No es que tengas una puta conciencia, pero mamá lleva semanas preguntando por ti, preguntándose dónde coño estás. ¿Cómo es que tú eres el hijo predilecto mientras que yo no soy más que un extraño para ella, eh? ¿Te parece justo? Estoy dejando mi vida en suspenso para asegurarme de que esté cuidada, y tú tiraste la toalla en cuanto se puso difícil. Eres un puto cobarde, Nikolai. Solo pensaba que debías saber lo decepcionado que estoy con el hombre en el que te has convertido.

Capítulo Diecisiete

NINA

ANTON NO VUELVE EN HORAS. Estoy sentada en el suelo de mi habitación, completamente despierta, cuando pasa tambaleándose.

Maldice al chocarse contra algo y no me cabe duda de que ha estado bebiendo. Fuera lo que fuese esa llamada, ha tenido que ser mala.

Pero no tengo fuerzas para ir a consolarlo, no cuando tengo la cabeza tan llena de pensamientos oscuros.

Mi padre amenazó con matar a una mujer inocente y a su hijo nonato.

Su sangre corre por mis venas.

Es parte de mí.

Apenas llego al baño antes de echar hasta la primera papilla.

ME DUELE LA cabeza a rabiar cuando el despertador suena en la habitación de al lado. Debo de haberme quedado dormida en algún

momento, porque me despierto hecha un ovillo en el suelo del baño, aunque no me siento descansada en absoluto.

Me duele el estómago de tanto vomitar y siento las extremidades pesadas y débiles.

Va a ser un día largo.

Afortunadamente, Anton no aparece por la cocina mientras me preparo un café para llevar de camino a la ciudad y, por una vez, agradezco que Yakov no sea muy hablador. Necesito tiempo para procesar todo lo que me ha contado Anton.

Los Koslov saben lo de Lev.

Sin duda, mi padre querría saberlo, pero es la *última* persona con la que quiero hablar.

¿Cómo puede tener la osadía de llamar monstruo a Anton después de las cosas que ha hecho él?

El hecho de que Anton me haya contado su propio pasado me demuestra *exactamente* el tipo de persona que es. *Quería* que supiera la verdad. No quería engañarme ni pillarme desprevenida dejando que me enamorara de su encanto y su riqueza. Quería que lo viera tal y como es en realidad.

«Sí, he matado, pero solo cuando ha sido absolutamente necesario. Para proteger a los que quiero».

Es imposible que matara a Maxim a sangre fría. Debió de ser en defensa propia o para proteger a alguien, y voy a hacer lo que haga falta para demostrarlo.

Después de que mis clases hagan una pausa para comer, voy a la cafetería con las chicas a por algo de comida. Están todas ocupadas analizando su noche del viernes pasado en *Espionage*, pero apenas las escucho.

—¿Nina? ¿Estás bien? —pregunta Bea, mirando mi bandeja de comida intacta.

—Sí, eh… Creo que tengo que ir al baño. Vuelvo en un segundo. —Miro a Yakov, que está en la mesa de al lado, y este se levanta para seguirme.

Después de entrar furtivamente en el baño de chicas y comprobar que todos los cubículos están vacíos, me encierro en el más alejado de la puerta, por si Yakov está escuchando, y llamo a una vieja amiga de casa.

—¿Mila? Soy Nina.

—¡Hola, Nina! Hace tiempo que no sabía de ti. ¿Qué tal Nueva York? —El padre y el novio de Mila trabajan para mi padre, así que nos hicimos amigas, pero no diría que somos íntimas.

—Bien. Eh, ¿por casualidad no estarás ahora con Pyotr?

—Sí, está aquí mismo. ¿Por qué?

—Necesito preguntarle algunas cosas sobre el objetivo que estoy investigando.

Mila se queda en silencio un momento, pero luego oigo un murmullo y a continuación la voz grave de su novio, Pyotr, suena al otro lado del teléfono.

—¿Nina?

—Hola, Pyotr, solo necesito saber algunas cosas sobre el día que murió Maxim. —Me trago el nudo que tengo en la garganta.

Puede que Maxim fuera un capullo, pero seguía siendo mi hermano, y no estoy segura de estar preparada para oír todos los detalles escabrosos de su muerte.

Pero no tengo muchas opciones si quiero ayudar a Anton.

—¿Como qué?

—Bueno, tú estabas allí, ¿verdad? ¿Fue antes de que mi padre te enviara de vuelta a Rusia?

—Sí, fue el último trabajo que hice. ¿A qué vienen tantas preguntas, Nina?

—Estoy investigando a Anton Koslov para mi padre, el que mató a Maxim, y quiero asegurarme de que conozco toda la historia, así que cualquier información que puedas darme sería de gran ayuda. No puedo fallar en esto, Pyotr. Tenemos que asegurarnos de que ese hombre pague por asesinar a mi hermano.

Pyotr suspira, y yo contengo la respiración con ansiedad mientras espero a que me cuente lo que pasó.

—Fue un puto caos, pero recuerdo que uno de sus hombres agarró a Maxim del cuello, y entonces Mikhail les ordenó que se detuvieran en cuanto se dio cuenta de quién era.

—¿En serio?

—Creían que podían usarlo como cebo, así que él y el tipo al que estás investigando, Anton, lo ataron y lo metieron en un coche. Se largaron y dejaron que el resto de los hombres se ocuparan de las consecuencias. Yo salí de allí lo más rápido que pude para intentar seguirlos.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Se lo llevaron a un almacén y esperamos fuera mientras arrastraban a Maxim adentro. Pedimos refuerzos porque no teníamos ni idea de dónde nos metíamos. Por lo que sabíamos, era una trampa y podría haber habido dos docenas de hombres dentro, todos con metralletas.

¿Sabía Maxim en ese momento que todo había terminado?

Siento que la bilis me quema la garganta al imaginar lo aterrorizado que debió de estar cuando se dio cuenta de quién lo había secuestrado.

Mikhail Koslov tiene la reputación que tiene por algo.

—Pero antes de que pudieran llegar los refuerzos, apareció Mikhail, arrastrando a Maxim de vuelta hacia el coche.

—¿Estaba vivo en ese momento? —parpadeo.

No es esto lo que esperaba oír en absoluto.

—¿Maxim? Sí, estaba vivo. Malherido, pero vivo.

—E-estaba malherido… —susurro mientras intento no imaginarme la escena que se está formando en mi mente, de lo que Mikhail podría haberle hecho.

—Nariz rota, un ojo morado, nada grave.

Casi se me escapa una risa ahogada mientras me inunda el alivio.

—Probablemente intentaban sacarle información.

—No lo entiendo. ¿Cómo demonios acabó muerto? Parece que intentaban mantenerlo con vida.

—Mikhail lo tiró al suelo y, mientras abría el maletero y hablaba con Anton, Maxim le robó la pistola del bolsillo e iba a dispararle a Mikhail.

—Oh, Dios mío.

—Fue entonces cuando Anton le disparó. Dudo que su intención fuera pegarle un tiro mortal, pero, sinceramente, todo pasó muy deprisa. En un momento Maxim estaba vivo y, al siguiente, ya no.

—Oh, Dios —digo con un nudo en la garganta.

—Lo siento, Nina, sé que debe de ser duro oír esto. Fue duro de ver. Maxim era un buen amigo.

—Aún debería estar vivo. No debería haber sido tan estúpido de intentar dispararle a Mikhail. Si se hubiera limitado a hacer lo que

querían… —Me paso una mano por la cara mientras intento mantener la calma.

No tiene sentido darle vueltas a lo que podría haber sido. No cambia el hecho de que mi hermano está muerto y Anton es el responsable.

—Estoy de acuerdo. Pero Maxim era un impulsivo.

—Primero actuar y luego pensar, igual que nuestro padre.

Pyotr se ríe entre dientes. —Exacto.

—Entonces, Anton estaba intentando salvar a Mikhail… —Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Eso pareció, sí. Siento mucho que te haya pasado esto, Nina, de verdad.

—Te lo agradezco. Gracias por explicármelo. —Cuelgo el teléfono.

Intentaba salvarle la vida a Mikhail.

Contengo un sollozo mientras el alivio me inunda.

Anton ha sido sincero todo este tiempo. Una pequeña parte de mí estaba aterrorizada al enterarse de que todo podría haber sido una farsa, una en la que había sido lo bastante estúpida como para caer.

Pero él no es el malo. Es uno de los buenos, y tengo que asegurarme de que siga siéndolo.

Necesito hablar con mi padre en persona. De alguna manera, tengo que convencerlo de que no busque venganza contra Anton, lo que no va a ser tarea fácil. Pero tengo que intentarlo.

No puedo dejar que Anton sufra por intentar salvar la vida de su primo.

Tenemos que hablar. He descubierto algo que te será muy útil. Envía un coche a la salida de emergencia del edificio principal a las dos.

Mi padre no responde a mi mensaje, así que solo me queda esperar que haga lo que le pido por una vez. Pero ese no es mi único problema. De alguna manera, también tengo que darle esquinazo a Yakov.

Mi última clase del día es en uno de los pequeños estudios privados de la primera planta del edificio principal. La clase está dividida en grupos de cinco, y cada grupo está en uno de los estudios que se comunican entre sí. Si de alguna manera consigo colarme en el estudio de al lado, podré escabullirme por la salida de emergencia de la parte trasera del edificio para encontrar el coche que espero que mi padre envíe…

Sigo a Allie mientras nos dirigimos al estudio.

Estamos ensayando para la gala de invierno, para la que aún faltan semanas, pero vendrán agentes de varias compañías de ballet para buscar posibles bailarines. Es una gran oportunidad, y una que no debería estar desaprovechando.

Allie se queja mientras dejamos las bolsas en una esquina. —¿Una práctica de tres horas? ¿Quién pensó que era una buena idea? Ya estoy muerta después de la clase de fundamentos de esta mañana.

Apenas la escucho.

La alumna de cuarto que está montando la coreografía de esta pieza en particular aún no ha llegado, así que, si voy a actuar, tiene que ser ahora.

Miro la puerta que nos comunica con el siguiente estudio.

—Allie, necesito pedirte un favor —susurro en voz baja.

—Claro, ¿qué?

—Tengo una cita a la que de verdad necesito ir, pero Yakov no lo sabe, ¿puedes cubrirme?

—Eh… —Allie frunce el ceño, mirando el reloj de la pared.

—Por favor. —Espero que pueda percibir la urgencia en mi tono—. Dile a Cassie que he ido a la enfermería o algo si pregunta. Intentaré volver antes de que acabe la clase.

—¿Para qué es esto, Nina? —Allie parece preocupada.

—No te lo puedo contar.

El corazón me late a mil por hora en el pecho.

No puedo permitirme malgastar esta oportunidad de hablar con mi padre, ya que no estoy segura de cuándo tendré otra.

—Vale, de acuerdo. —Allie suspira y coge sus puntas—. Pero tendrás que ponerte al día.

—Eres una gran amiga, gracias.

Me hace un gesto con la mano para restarle importancia, y yo recojo rápidamente mis cosas y me apresuro hacia la puerta.

Parece que el coreógrafo de la siguiente clase tampoco ha llegado, así que cruzo la sala a toda prisa, ignorando las miradas perplejas de mis compañeras, y salgo por la puerta de emergencia.

El fresco aire otoñal me golpea la piel mientras salgo, buscando un coche con la mirada. Mis ojos se posan en un Range Rover de lunas tintadas que enciende las luces cuando miro en su dirección.

—Oh, gracias a Dios —respiro aliviada.

Mi cuerpo es un manojo de nervios de camino a casa de mi padre. El hombre que ha enviado a recogerme es más silencioso que Yakov, si eso es posible, así que me paso los veinte minutos de trayecto ensayando lo que voy a decirle a mi padre cuando lo vea.

No es un hombre razonable, así que mi mejor opción es intentar convencerlo de que tengo información que le hará cuestionarse sus planes con respecto a Anton.

Una vez que llegamos a la finca de mi padre, mi chófer me acompaña a su despacho.

Sé dónde está, pero parece que tiene órdenes estrictas de no dejarme sola.

Encuentro a mi padre sentado detrás de su enorme escritorio, con un vaso de whisky en la mano y ladrándole a algún pobre hombre por teléfono. No me mira mientras me dirijo al sofá y tomo asiento.

La habitación es oscura y sin vida, en marcado contraste con la casa de Anton.

Por un momento, siento una punzada de tristeza al pensar que un día no viviré allí con él. En el poco tiempo que llevo, me he sentido más en casa que en ningún otro sitio en el que haya vivido.

Finalmente, mi padre cuelga el teléfono y centra su atención en mí.

Intento no encogerme bajo su intensa mirada.

Mi padre es un hombre intimidante, incluso sentado detrás de un escritorio.

—¿De qué se trata, Nina?

—Tengo cierta información para usted que no quería que nadie oyera —digo, intentando no moverme nerviosamente. No quiero darle ningún motivo para que sospeche que estoy mintiendo.

—¿Y bien? Suéltalo ya.

—Oí a Anton hablar con Alexei —intento mantener la voz firme—. Esperan que usted tome represalias pronto. Creen que el ataque planeado contra mí a las puertas de *Espionage* fue su forma de recordarles que no ha olvidado lo que pasó con Maxim. Anton cree que se cobrará con algo que le importa.

—Entonces, ¿no sospechan quién eres? —me pregunta, entrecerrando los ojos.

—No —digo, y me clavo las uñas en las palmas de las manos mientras se me acelera el pulso.

—Bien.

—Están listos para una guerra total contra usted y van a jugar sucio. Van a atacar todos sus clubes y negocios. Quieren destruirlo todo.

La mejor estrategia es atacar la única debilidad que tiene mi padre: el miedo a perder el poder. Si cree que los Koslov planean acabar con él de una vez por todas, debería bastar para desviar su atención de Anton en concreto.

—Lo investigaré.

Se me encoge el estómago.

Si investiga demasiado, descubrirá que estoy mintiendo, y entonces todo esto no habrá servido para nada.

—Debería actuar rápido...

—Eso ya lo decido yo —las fosas nasales de mi padre se ensanchan.

Justo cuando voy a responder, llaman a la puerta, lo que me hace dar un respingo en el asiento.

—¿Sí? —pregunta mi padre, irritado.

Akim, su segundo al mando, asoma la cabeza por la puerta.

—¿Querías hablar?

Debería estar acostumbrada a sentirme invisible, ha sido así toda mi vida, pero no puedo negar que sigue escociendo.

Quizá sea porque Anton me ha hecho sentir el centro del universo durante las últimas semanas...

—Debería volver a la universidad —digo, y me pongo en pie.

Akim entra en la habitación sin molestarse en sujetarme la puerta.

Gilipollas.

La puerta se cierra de golpe detrás de mí y me tomo un momento para respirar.

Siempre que estoy cerca de mi padre siento como si tuviera un peso enorme en el pecho. Nunca estoy relajada ni cómoda.

Siempre estoy en tensión, intentando interpretar sus expresiones o su tono. Es agotador y anhelo la comodidad y la tranquilidad de estar en casa de Anton, sentada con él en el sofá mientras vemos películas y mantenemos una conversación distendida sobre nuestro día.

Solo puedo esperar que mi padre decida actuar por impulso y que Anton y su familia estén tan preparados como he dicho que están. De lo contrario, puede que no solo le haya firmado la sentencia de muerte a Anton.

Estoy a punto de bajar las escaleras cuando la voz de Akim se filtra a través de la puerta, y sus palabras hacen que me detenga en seco.

—¿Ha cambiado el plan?

—Sí. Nina va a quedarse embarazada.

Niego con la cabeza.

—¿Quieres que Anton deje preñada a tu hija? Desde luego, parece contraproducente...

—No lo es. No cuando pienso masacrar al niño justo delante de él.

Mi cuerpo se estremece ante las palabras de mi padre.

¿Qué acaba de decir?

Akim se ríe, y el sonido casi hace que se me doblen las rodillas mientras la garganta me arde con las ganas de vomitar.

—Y luego lo mataré a él —continúa mi padre—. De esa forma, lo último que sentirá será el dolor de perder a un hijo.

Niego con la cabeza, apenas capaz de procesar las palabras que acaban de salir de la boca de mi padre.

¿Piensa matar a su propio nieto?

El hecho de que sea capaz de infligir tanto dolor a alguien de su propia sangre, a *mí*, solo para satisfacer su necesidad de venganza, es asqueroso. Sabía que mi padre era capaz de cosas horribles, pero esto es pura maldad.

—Hasta que pueda confirmar que lo que Nina me ha contado es cierto, las cosas seguirán según lo planeado —continúa mi padre.

—¿Y Nina está al tanto de esto?

—Sabe lo que tiene que hacer. Tiene un deber con esta familia, conmigo, y sabe el precio que pagará si fracasa.

Me alejo de la puerta a trompicones, sin querer oír ni una palabra más.

No puedo dejar que haga esto. No puedo dejar que haga daño a otra persona.

Subo a toda prisa el segundo tramo de escaleras que lleva a las habitaciones privadas de mi padre. Tiene un segundo despacho, más pequeño, junto a su dormitorio, donde sé que guarda algunos de sus archivos privados.

Nunca se ha fiado de los ordenadores ni de la tecnología por miedo a que lo pirateen, lo que juega a mi favor.

Necesito encontrar algo que pueda darle a Anton para que ayude a acabar con mi padre de una vez por todas.

Detrás del escritorio del despacho más pequeño hay una estantería repleta de libros y expedientes, pero sé que mi padre no guarda sus documentos más personales a la vista.

Saco una pila de primeras ediciones de Tolstói en el ruso original que se trajo de nuestra casa de Rusia.

Siempre quise leer esos delicados libros, y eso fue lo que me llevó a encontrar la agenda secreta de mi padre, llena de contactos, que guarda escondida en la parte de atrás de *Guerra y paz*.

Dentro hay una lista de todos los hombres que han trabajado para mi padre, incluidos los alias que puedan utilizar. Esta lista es la clave para llegar a mi padre, y necesito hacérsela llegar a Anton.

Me arrodillo en el suelo y saco el móvil para fotografiar cada una de las páginas de la pequeña agenda.

Me tiemblan las manos sin control mientras las palabras de mi padre se repiten en mi mente.

Pienso masacrar al niño.

—Oh, dioses... —sollozo mientras hago una foto del último contacto, mi hermano Lev, antes de volver a ponerlo todo rápidamente como lo encontré y salir a toda prisa de la habitación.

Estoy metida hasta el cuello, y necesito encontrar una forma de salir de este plan, pero *ya*.

Para cuando me dejan de vuelta en la escuela, el ensayo está a punto de terminar, así que me apresuro hacia mi estudio, donde me pongo a la cola detrás del resto de la clase mientras salen en fila.

Allie me mira por encima del hombro y muevo los labios para decirle «Gracias».

Ella asiente con la cabeza antes de apresurarse hacia la salida. Me siento mal por haberle pedido que me cubriera, pero no tenía otra opción.

Yakov está esperando fuera del estudio, como de costumbre, observando a todo el mundo atentamente en busca de cualquier señal de amenaza.

—Hola —lo saludo, intentando parecer normal a pesar de que el corazón me va a mil y me sudan las manos.

Yakov frunce el ceño y me observa de cerca. —Será mejor que nos vayamos a casa.

—Hablas —suelto, sorprendida—. La verdad es que pensaba que eras mudo.

Él se limita a entrecerrar los ojos antes de guiarme hacia la salida.

Estoy absorta en mis pensamientos, sentada en el asiento trasero del coche durante el trayecto de vuelta a la finca de Anton.

Si mi padre decide actuar basándose en mi información falsa, Anton tiene que saber a qué se enfrenta. Pero no hay forma de que pueda decírselo sin revelar quién soy y el hecho de que le he estado mintiendo todo este tiempo.

Me odiará por ello, pero mi conciencia no me permite quedarme con esta información que podría aniquilar a toda su familia.

Solo me queda esperar que esté dispuesto a perdonarme cuando finalmente descubra la verdad.

Capítulo Dieciocho

ANTON

Se me olvida que ya no puedo beber como cuando tenía veintipocos años. En todo el día, no he sido capaz de quitarme de encima este dolor de cabeza martilleante ni la constante sensación de náuseas en el estómago. Se suponía que el alcohol me quitaría los problemas, pero, en cambio, solo me ha traído otros nuevos.

Agradezco que Reid me obligara a darle las llaves y me llevara él mismo a casa anoche. Superaba fácilmente el doble de la tasa permitida, si no más, y el alcohol mezclado con mi rabia no es una buena combinación para ponerse al volante de un coche.

Apenas recuerdo haberme metido en la cama, y el hecho de haberme despertado a las nueve, todavía completamente vestido con la camisa y los pantalones, me dice que caí redondo.

Nina ya se había ido para cuando bajé después de ducharme, pero me alegro de que no me viera con tan mala pinta. Solo habría dado pie a preguntas que no estaba de humor para responder.

Después de varias tazas de café y una larga sesión en el gimnasio para sudar los últimos restos de alcohol, casi he vuelto a la normalidad, aunque la rabia sigue bullendo justo bajo la superficie al saber que Nikolai está en Nueva York ahora mismo.

Me encierro en mi despacho y me ocupo con tareas rutinarias para pasar el tiempo. Apago el móvil; no es que espere una llamada de Nikolai, pero no quiero tener la tentación de dejarle otro mensaje en el buzón de voz. Ya dije todo lo que tenía que decir. Ahora le toca a él decidir si tiene los cojones de responder o no.

Unas horas más tarde, el sonido de la puerta principal al abrirse y la suave voz de Nina resonando por el vestíbulo mientras le da las gracias a Yakov hacen que se me hinche el pecho.

He estado contando las horas hasta que volviera a casa, ansioso por verla, por *abrazarla*.

Dejando un correo a medio escribir, bajo rápidamente a recibirla.

—¿Qué tal el día?

Nina parpadea y me mira con ojos cansados.

Sé que ha tenido un ensayo largo esta tarde, pero, a juzgar por las oscuras sombras moradas que tiene bajo los ojos, parece que anoche no durmió bien.

Supongo que ya somos dos.

—Bien —suspira, sin mirarme a los ojos.

Frunzo el ceño al ver la falta de brillo en sus ojos azules.

Incluso después de un largo día de baile, normalmente parece cansada, pero sigue teniendo esa chispa en la mirada por la emoción de poder pasarse cada día haciendo lo que le gusta.

Pero hoy no hay ni rastro de esa emoción.

—¿Ha pasado algo? —Le alargo la mano para acariciarle la mejilla.

Se estremece ante mi contacto y la retiro.

—¿Nina?

—Lo siento. Es que estoy agotada. —Se rodea con los brazos su pequeña figura.

—No pasa nada, *lapochka*.

Me dedica una pequeña sonrisa, pero es forzada.

Lo noto por la forma en que sus ojos no se iluminan ni se le arrugan en las comisuras.

Por mucho que quiera insistir para que me dé respuestas, sé que hablará conmigo si quiere.

—¿Por qué no invitas a Emma otra vez el fin de semana? ¿Y quizá también a las otras chicas? Te vendrá bien socializar fuera de clase y divertirte un poco. —Me siento culpable por tenerla encerrada en casa.

Sé que ver a Emma el domingo pasado la animó mucho, y quiero asegurarme de que saca tiempo para ver a sus amigas, aunque sea solo en casa.

—Estoy bien, Anton.

—Ya lo sé, pero aun así. Estar aquí todo el tiempo no puede ser fácil para ti. Al fin y al cabo, viniste a Nueva York para vivir una nueva vida, y soy consciente de que te estás perdiendo muchas experiencias por estar encerrada en esta casa.

Nina baja la mirada al suelo y se encorva ligeramente de hombros.

Me muero de ganas de acercarme a ella, de atraerla contra mi pecho y abrazarla mientras procesa lo que sea que le esté dando vueltas en la cabeza ahora mismo.

Pero también quiero respetar sus límites, así que me meto las manos en los bolsillos y espero a que hable.

Asiente levemente.

—Hablaré con Emma.

Algo tiene que haber pasado.

¿Se habrá peleado con sus amigas y no quiere contármelo? ¿Es por eso que se muestra tan evasiva y callada?

—Voy a ducharme —dice antes de que tenga la oportunidad de hacerle más preguntas.

Me hago a un lado para dejarla pasar, odiando lo derrotada que parece.

Me quedo al pie de la escalera, observándola hasta que desaparece, con el corazón encogido por ella.

Odio verla tan triste, pero no sé cómo animarla si no me dice lo que le pasa.

Quizá Yakov haya oído algo que pueda darme una pista sobre el repentino estado de ánimo de Nina.

Lo encuentro en la cocina, sirviéndose un vaso de agua, con su habitual ceño fruncido en el rostro.

—¿Ha pasado algo en la academia hoy? Nina no parece ella misma.

—No —gruñe Yakov, dejando el vaso en la encimera.

—¿No ha oído nada sobre sus clases o sus amigas?

—Ha estado callada casi todo el día. —Yakov se encoge de hombros —. Sus amigas no pararon de hablar de cosas sin interés. —Parece molesto por esto, pero no voy a sentirme culpable por obligarlo a escuchar a un grupo de chicas de veintipocos años todo el día, todos los días. No con el sueldo increíblemente generoso que tiene.

—Puede que no fuera de interés para usted, pero ¿y para Nina? — insisto, cada vez más frustrado.

—Solo hablaban de su noche de fiesta en *Espionage* el viernes. A menos que quiera las vulgares descripciones de Emma sobre lo que hizo en los baños, le aseguro que nada de eso afectó a Nina.

—Algo tiene que haber pasado… —Me paso los dedos por el pelo.

—Ha ido al baño bastante a menudo —gruñe Yakov—. Probablemente sea cosa de la regla.

No había pensado en eso. No estoy acostumbrado a tener a una mujer cerca todo el tiempo y se me habían olvidado esas cosas.

—Sí, puede ser. —Me maldigo en silencio por no haber surtido la casa con lo necesario.

—¿Me necesita para algo más? Si no, Alexei me necesitaba para un trabajo en la ciudad esta noche.

—No, por aquí está todo bien.

Yakov asiente antes de salir de la cocina a grandes zancadas.

Justo cuando está saliendo, aparece Danika con una cesta de ropa recién planchada. Deja la cesta sobre la mesa. —¿Señor Koslov, le preparo algo de comer?

—La verdad, Danika, ¿le importaría ir un momento a la tienda por mí?

Después de darle a Danika una lista de cosas que Nina podría necesitar, incluida una cantidad desorbitada de chocolate, me pongo a preparar la cena. Decido hacer pollo a la parmesana, una receta que nunca falla para hacerme sentir mejor.

Mi madre siempre me lo preparaba cuando estaba de bajón y, aunque soy consciente de que la comida no siempre es la solución, quiero demostrarle a Nina que pienso en ella. A veces, basta con saber que a alguien le importas, saber que no tienes que sufrir a solas.

Danika sabe que es uno de mis platos favoritos y suele tener los ingredientes a mano.

Saco unas pechugas de pollo de la nevera antes de dirigirme a la despensa para buscar el resto de los ingredientes. Mientras abro las

pechugas en mariposa, una idea me asalta de la nada y casi me atravieso la mano con el cuchillo al darme cuenta de mi error.

—Menudo idiota, Anton —murmuro por lo bajo mientras la conversación de anoche me inunda la mente.

Todas las cosas que le conté sobre Igor Ivanov, sobre *mí*...

Con razón estaba tan arisca. Quería hablar anoche, y yo estúpidamente cogí esa llamada de Rosa que me llevó a sumergirme tan profundamente en mis propios pensamientos que ignoré por completo cómo podría sentirse Nina. Estaba demasiado metido en mi propia mierda como para darme cuenta de que Nina podría necesitar algo de consuelo o simplemente algún tipo de conexión por mi parte después de lo que le había contado, y yo hice todo lo contrario.

Soy un gilipollas.

Es un milagro que haya vuelto a casa.

—Más te vale que este sea un pollo a la parmesana mágico —murmuro por lo bajo mientras preparo las pechugas.

Siempre se me olvida a qué temperatura poner el horno, así que saco el móvil para comprobar la receta y me lo encuentro todavía apagado.

Mantengo pulsados los botones laterales hasta que vuelve a la vida, y la pantalla se inunda de notificaciones de Alexei y Mikhail.

Como siempre, si es lo bastante importante, me llamarán, así que dejo el móvil y me pongo a preparar la salsa.

Parece que mis primos tienen la habilidad de leer la mente, porque apenas he vertido la lata de tomate cuando mi pantalla se ilumina con una llamada entrante de Alexei.

Supongo que debe de ser importante, así que deslizo el pulgar por la pantalla y pongo la llamada en altavoz.

—¿Qué pasa, Alexei?

—¿Has apagado el móvil? Llevo horas intentando localizarte.

—Sí, necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

—Como todos —murmura Alexei.

—¿Qué necesitas?

—Me he reunido con Frederik hoy.

—¿Tu investigador privado?

—Sí. Ha estado investigando a Lev por mí, y uno de sus confidentes le ha traído información interesante.

Dejo de remover la salsa y miro por encima del hombro para comprobar que nadie del servicio, ni Nina, claro, esté cerca. —Sigue.

—Me asegura que puede proporcionar pruebas de que Lev fue quien mató a nuestros padres. Por un precio, por supuesto.

—Joder —siseo—. ¿Qué clase de precio?

—Si testifica contra Igor, quiere protección y dinero.

—Siempre lo quieren. ¿Por qué me cuentas esto a mí? —Aunque agradezco que Alexei siempre me mantenga al tanto de los asuntos familiares, me pregunto por qué viene a mí con esto en lugar de a uno de sus hermanos, teniendo en cuenta que esta información concierne a sus padres, no a los míos.

—Quiero que tú y Mikhail vayáis a hablar con el confidente y veáis si su información nos sirve de algo.

—Te agradezco que confíes en mí para esto.

—Eran prácticamente tus padres también —dice Alexei antes de colgar.

Aunque tuve una gran relación con mi propia madre y mi padre mientras crecía, mis tíos siempre fueron como unos padres extra para mí. Nuestra familia estaba increíblemente unida, por eso mis primos siempre han sido más como hermanos para mí.

Mi móvil vuelve a sonar, y pongo los ojos en blanco mientras contesto sin mirar el nombre, sabiendo que probablemente sea Alexei, que se ha olvidado de decirme algo.

—¿Anton?

La cuchara se me cae de la mano con un estrépito, salpicando todo el suelo de baldosas blancas de salsa de tomate mientras la voz de mi hermano resuena por los altavoces.

—¿Anton?

—Aquí estoy. —Cojo el móvil y quito el altavoz.

Nikolai se queda en silencio y, por un instante, me pregunto si ha colgado, pero oigo el sonido del tráfico de fondo que me indica que sigue al otro lado de la línea.

¿En serio va a hacer que yo hable primero?

—Supongo que recibiste mi mensaje de voz.

Nikolai suelta una risa ahogada. —Sí, lo he recibido.

—No me arrepiento de lo que dije, pero me disculpo por haberlo dicho borracho.

—Nunca te tuve por uno de los que llaman borrachos, hermano. Pero me merezco algo mucho peor que un mensaje de voz cabreado.

—En eso tienes razón.

—Siento no haberme puesto en contacto antes.

Es raro oír su voz. Ha pasado al menos un año desde la última vez que hablamos, pero sinceramente no recuerdo la última vez que lo vi en persona. No debió ser mucho después de que mi madre recibiera su diagnóstico, ya que eso fue lo que finalmente alejó a Nikolai.

—Mamá ha estado preguntando mucho por ti. —Sé que no debería hacer que mi hermano se sienta culpable, pero debe saber la realidad de lo que ha estado pasando durante su ausencia.

—No pensaba que se acordara de mí.

—Se acuerda de ti perfectamente.

Nikolai se queda en silencio un momento y yo maldigo para mis adentros.

Hablarle con brusquedad no hará que quiera volver, solo lo alejará aún más. —Te echa de menos. Todos te echamos de menos.

—Lo agradezco. ¿De verdad quiero saber cómo has conseguido mi nuevo número?

—Rosa.

Nikolai se ríe, un sonido tan nostálgico que siento que una sonrisa se dibuja en mis labios. He echado de menos ese sonido.

—¿Por qué no me sorprende? —se ríe Nikolai—. Seguro que ella también está cabreada conmigo.

—Está cabreada con todo el mundo.

Nikolai se ríe de nuevo y yo me paso la mano por la mandíbula.

—Te has perdido muchas cosas.

—Lo sé. Nunca fue mi intención, pero cada vez que pensaba en venir a verte, a ver a mamá, encontraba una razón para no hacerlo.

—Entiendo que no es fácil verla así, pero necesita a su familia más que nunca.

—¿Cómo de mal está?

—Varía de un día para otro. Está empeorando rápidamente, Nikolai. Pero estoy seguro de que verte la animará.

—Te prometo que iré a visitar a mamá pronto.

—Eso ya lo he oído antes, Nikolai.

—Lo sé. Pero estoy intentando cambiar.

—Lo creeré cuando lo vea.

Capítulo Diecinueve

NINA

¿Cómo diablos se supone que voy a contarle a Anton la verdad sobre quién soy? ¿Debería escribirle una carta? ¿Dejárselo en un mensaje de voz? ¿Soltárselo en mitad de un polvo para suavizar el golpe?

Mi cabeza va a mil por hora y tengo tantas náuseas que he de sentarme en la ducha y poner la cabeza entre las rodillas para intentar no vomitar.

La idea de perder a Anton es insoportable. Siento como si me estuvieran arrancando el corazón del pecho y sollozo en silencio mientras imagino la expresión de su cara cuando descubra quién soy. Quién he sido todo este tiempo.

Se merece algo mucho mejor que yo.

Me quedo sentada en el suelo de la ducha hasta que el agua sale fría. Ni siquiera entonces me levanto de inmediato.

El agua fría me ayuda a despejar un poco la mente, así que sigo sentada bajo la ducha de tipo cascada hasta que la piel se me pone morada de frío. Solo entonces salgo, me envuelvo el cuerpo tembloroso en una toalla mullida y voy en busca de un pijama.

Vestida con unos pantalones de pijama de franela y un jersey ancho, bajo a la cocina a por algo de comer.

Espero que Anton haya decidido irse a trabajar a su despacho para poder evitarlo un rato más, pero me encuentro la puerta de la cocina cerrada y su voz se filtra a través de ella.

Parece que no aprendo nunca, porque me apoyo en la puerta para escuchar.

Me llevo una mano a la boca para ahogar un grito de sorpresa cuando Alexei dice que alguien acusa a Lev de haber matado a los padres de Alexei.

Es imposible que Lev haya hecho eso.

Pero, por otro lado, ¿hasta qué punto conozco a Lev en realidad?

Mientras crecíamos, mi padre siempre se aseguró de que nunca pasara el tiempo suficiente con Lev como para crear un verdadero vínculo con él.

Apenas lo conocía, y lo poco que sabía de él se desvaneció tras su accidente.

Desafió las órdenes de mi padre, pagó las consecuencias y es probable que las pague el resto de su vida.

Sufre lagunas mentales en las que no recuerda nada.

Mi padre usó mi seguridad como excusa para no dejarme verlo, pero nunca me lo creí. No quería que me enterara de que fue él quien le hizo eso a Lev, pero no soy tonta. Vi el miedo en los ojos de Lev cada vez que miraba a mi padre.

Uno no se olvida de haber visto un miedo así.

Siempre deseé que con Lev hubiera sido diferente. Solía creer que podríamos tener una verdadera relación de hermanos. Me importaba de una forma que Maxim nunca me importó y, cuando mi padre lo apartó, siempre me juré que lucharía por él.

Al fin y al cabo, era mi hermano.

Cuando tenía quince años, contacté con Lev y volvimos a conectar, sobre todo por nuestro odio hacia nuestro padre. Pero era una conexión que ambos ansiábamos. Éramos la única familia de verdad que teníamos el uno para el otro, y yo agradecía poder estar a su lado en sus malos momentos.

Incluso logré convencerlo para que buscara ayuda profesional y, durante un breve periodo, pensé que las cosas por fin se arreglarían. Que un día, Lev y yo podríamos cortar lazos con nuestro padre y empezar de nuevo, en algún lugar muy lejos de esta vida.

Pero entonces, sin previo aviso, Lev me sacó de su vida y no lo he vuelto a ver ni he sabido nada de él desde entonces. De eso hace años, y siempre me he preguntado qué fue de él. Todavía lo hago.

¿Sería posible que Lev hubiese matado a los tíos de Anton durante una de esas lagunas mentales?

La sola idea me revuelve el estómago.

Creo que ya he tenido bastante con escuchar conversaciones ajenas por un día.

Le doy la espalda a la puerta de la cocina y subo de nuevo a mi cuarto a esperar que Anton termine su llamada.

Sentada al borde de la cama, cojo el móvil, que está cargando en mi mesilla de noche, y reviso las fotos de los contactos de mi padre hasta que llego al de Lev.

He perdido la cuenta de las veces que he pensado en llamarlo a lo largo de los años, pero el número que tengo suyo no está en uso desde el día en que me apartó. Siempre me he preguntado si pensó que sería demasiado difícil escapar de nuestro padre si yo estaba con él. Era una forma de que doliera menos, de creer que estaba mejor sin mí.

Solo hay una forma de averiguarlo.

Guardo el número en mis contactos y marco antes de poder echarme atrás. Contengo la respiración mientras da tono, y da tono, y da tono.

—Contéstame, Lev —susurro, como si de alguna manera pudiera oír a través del teléfono que soy yo—. Por favor.

Finalmente, la llamada se corta y el tono de línea retumba en mi oído. Suelto el aire mientras apago el móvil y las lágrimas me asoman a los ojos.

¿Cuándo se ha vuelto todo tan complicado?

—¡Nina! ¡He hecho la cena! —grita Anton desde el piso de abajo.

Me pongo de pie de un salto y me seco los ojos, intentando borrar cualquier rastro de lágrimas. No quiero arriesgarme a que Anton haga preguntas.

Si no fuera porque estoy muerta de hambre, me habría escondido en mi habitación hasta la mañana.

—¿Nina?

—¡Ya voy! —Esbozo una sonrisa en mi cara.

Mientras bajo de nuevo las escaleras y cruzo el vestíbulo hacia la cocina, percibo un aroma y mi boca se llena de saliva al instante al respirar el delicioso olor.

La puerta de la cocina está abierta, y me doy cuenta de que han atenuado las luces y una suave música de piano se filtra por los altavoces.

Encuentro a Anton llevando dos platos de comida a la mesa, que ha sido puesta con un mantel blanco impecable, velas y un ramo de rosas rosas frescas.

—Anton… —jadeo al contemplar la cena romántica que ha preparado —. ¿Has hecho tú todo esto?

—He pensado que necesitarías que te animaran —dice Anton mientras deja la comida antes de acercarse a mí.

Parece que va a rodearme con los brazos, pero duda. —Mi madre siempre me preparaba pollo a la parmesana cuando estaba de bajón, así que he pensado en preparártelo a ti.

—Huele de maravilla. —Miro los platos de comida, uno de mis favoritos—. Gracias.

La sonrisa en mis labios es sincera mientras miro a Anton, su piel bañada en un suave resplandor anaranjado por la luz de las velas.

Él lo toma como una señal para acortar la distancia entre nosotros, y dejo que me envuelva con sus fuertes brazos, atrayéndome contra su pecho.

Sé que no debería. Es egoísta por mi parte buscar consuelo en él, pero cuando aspiro su aroma terrenal, mi mente se vacía de todo excepto de *él*. La sensación de sus cálidas manos en mi cintura, el sonido de su corazón latiendo en su pecho, como una nana que podría sumirme en un sueño sin sueños.

No quiero soltarlo.

—Estoy aquí para ti, Nina, espero que lo sepas —susurra Anton mientras me acaricia el pelo.

Cierro los ojos con fuerza para contener un sollozo.

—Bueno, comamos antes de que la comida se enfríe.

—¿Debería cambiarme? —Siento que me arden las mejillas al mirar mi atuendo tan informal.

—Estás perfecta —murmura antes de depositar un beso en mi frente.

Anton me retira la silla para que me siente y ocupo mi lugar en la mesa, cogiendo el tenedor con ganas para hincarle el diente a la comida.

El silencio se instala entre nosotros, aunque estoy desesperada por conversar un poco, aunque solo sea para distraerme de la espiral de mis pensamientos.

—¿Qué tal tu...?

—¿Cuántos años tenías...?

Ambos soltamos las preguntas a la vez y Anton se ríe, haciéndome un gesto con la mano para que continúe, pero niego con la cabeza.

—Empieza tú. —Doy un bocado a la comida para no seguir hablando.

—¿Cuántos años dijiste que tenías cuando empezaste a bailar? —Anton apoya los antebrazos en la mesa.

Se ha remangado hasta los codos y contemplo los varios tatuajes que le cubren la piel.

Me muero de ganas de preguntarle por todos ellos. No me cabe duda de que todos y cada uno de ellos tienen un profundo significado.

—Mmm, tenía tres años. —Remuevo los espaguetis en el plato.

Siento los ojos de Anton sobre mí, pero mantengo la atención centrada en el plato.

—Es que no me puedo creer lo increíble que es que te hayas aferrado a algo durante tanto tiempo. Es realmente impresionante, Nina.

—Gracias.

—¿Dónde esperas acabar? ¿Quieres viajar o unirte a una compañía en particular?

—Mi meta es el American Ballet Company. Es la mejor escuela del país y está aquí mismo, en Nueva York.

—Entonces, ¿quieres quedarte en Nueva York?

—Creo que sí... Empiezo a sentir que este es mi hogar. —Miro a Anton a los ojos por encima de la mesa y la sonrisa que me dedica es sobrecogedora.

Le aparece el hoyuelo en la mejilla y se le arrugan los bordes de los ojos, lo que añade cierta suavidad a sus facciones, por lo demás afiladas.

—Me alegro de oír eso. Bueno, solo tengo una pregunta más.

—Vale...

—¿Es muy difícil mantener el equilibrio con esos zapatos de punta?

—Se llaman zapatillas de punta. —Me río—. Y es bastante fácil una vez que sabes lo que haces.

—¿Tienes un par a mano?

—Eh, sí, creo que sí. ¿Por qué?

—¿Podrías traérmelas?

No tengo ni idea de lo que trama Anton, pero agradezco la distracción que me está ofreciendo. Así que salgo rápidamente de la cocina en busca de mi bolso. Lo encuentro abandonado junto a la puerta de entrada y rebusco en él el par de zapatillas de punta que ya están bastante machacadas y rozadas después de usarlas toda la semana.

De vuelta en la cocina, se las entrego a Anton, que, para mi sorpresa, empieza a intentar meter sus grandes pies en ellas.

—¿Qué haces?

Se ata las cintas de cualquier manera alrededor de los tobillos.

—Quiero probar. —Sonríe, poniéndose de pie—. Quiero demostrarte lo flexible que *yo* puedo llegar a ser.

—Hay otras formas de demostrármelo. —Me río mientras me vuelvo a sentar y lo observo flexionar las rodillas.

Los pantalones se le ciñen a sus musculosos muslos mientras se pone en cuclillas antes de intentar ponerse de puntillas con los brazos sobre la cabeza, pero pierde rápidamente el equilibrio.

—Joder, qué difícil es esto. —Lo intenta y vuelve a fallar.

Apenas puedo contener la risa mientras lo veo intentar hacer un *plié*. —Qué grácil eres.

—¿Cómo puedes llevar puestas estas cosas? Son muy incómodas.

—¡Eso es porque te quedan cinco tallas pequeñas!

Anton intenta hacer un *arabesque* y se cae sobre mí, y yo estallo en carcajadas mientras intento sujetarlo.

—Por favor, para, te vas a hacer daño. —Me río mientras lo aparto.

—¿No te pone mi baile? —Finge una mirada inocente.

—Ni lo más mínimo.

—Quizá tenga que esforzarme más... —Se lleva la mano a los botones de la camisa, y yo chillo cuando se la quita y la tira a un lado antes de intentar hacer un *plié* de nuevo.

—Eres ridículo.

Se pone a dar saltitos por la cocina.

—Quizá, pero te estoy haciendo sonreír, y eso es lo que importa. —Me mira por encima del hombro.

Se me calientan las mejillas mientras contemplo los músculos ondulantes de su espalda y me pican las yemas de los dedos por explorarlos.

Cuando oigo la hebilla de su cinturón, chillo y me tapo los ojos. —¿Me estás haciendo un *striptease*?

—¿Quieres un *striptease*? —La voz de Anton suena áspera por la necesidad.

—Oh, Dios mío. —Miro a través de mis dedos y lo veo solo con los calzoncillos y mis malditas zapatillas de punta—. ¡Anton!

—Creo que está funcionando. —Anton sonríe con suficiencia al ver que mis ojos se desvían hacia el prominente bulto de sus pantalones.

—No podrías estar más equivocado. —Me río, pero el sonido es forzado y mi boca está de repente totalmente seca.

—Nina...

Mantengo las manos sobre los ojos mientras Anton se quita mis zapatillas de una patada y se acerca a mí, mi pulso se acelera con cada paso que da.

Sus cálidas manos envuelven mis muñecas para apartarlas de mi cara, y dejo que me ponga en pie.

—Me gusta tenerte aquí. —Me aparta el flequillo de los ojos—. No es que desee que tu seguridad se vea comprometida, pero de verdad he disfrutado conociéndote.

—Yo también —susurro, mi corazón se hincha y se resquebraja al mismo tiempo mientras contemplo sus intensos ojos marrones—. Anton...

Sus labios rozan los míos y mis pensamientos se desvanecen.

Su lengua lame mi labio inferior, y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

Mis labios se separan por instinto, y Anton desliza su lengua contra la mía.

Pierdo todo el sentido del control.

Mis brazos rodean su cuello y él me levanta del suelo en un instante, la cena olvidada al momento.

Apenas tomamos aire mientras me lleva escaleras arriba a su habitación donde se sienta en el borde de la cama y yo me siento a horcajadas sobre su regazo.

—No me canso de ti. —Me besa a lo largo de la mandíbula.

—Te-te necesito. —Me restriego contra su erección.

Mis uñas se clavan en sus hombros mientras intento desesperadamente aliviar parte del dolor que se acumula entre mis muslos.

—Estoy aquí mismo, *lapochka* —me muerde el cuello.

Suelto un grito por el dolor agudo, pero entonces su lengua lame suavemente la herida.

—Ponte de pie, Nina, para que pueda quitarte esta ropa.

Anton me quita la ropa pieza por pieza, besando cada centímetro de piel desnuda que descubre hasta que estoy tan húmeda y anhelante por él que prácticamente sollozo de necesidad.

Justo cuando por fin me baja las bragas, con su cara a centímetros de mi coño, hundo los dedos en su pelo, y él se lo toma como la señal para inclinarse y lamerme justo en el centro, probando lo preparada que estoy para él.

—Joder, Nina —sisea antes de hundir la lengua en mi interior.

Casi se me doblan las piernas y me agarro a sus hombros para estabilizarme mientras él sigue follándome con la lengua.

Su barba de unos días es increíble contra mi coño, y me froto contra su cara, desesperada por más.

—Joder, eso es —gruñe.

—Anton…

Recorre mi coño con la lengua antes de envolver mi clítoris con los labios y succionar el sensible botón.

Sus dedos reemplazan rápidamente su lengua y, antes de que pueda recuperar el aliento, me llega el orgasmo y grito de placer.

—¿Sabes lo difícil que es para mí no correrme en los putos calzoncillos cuando haces esos ruidos? —Se pone en pie y me envuelve con sus brazos—. Es como si intentaras matarme.

Mi cuerpo está flácido de placer mientras Anton me coge en brazos y me deposita en la cama antes de quitarse los bóxers.

Cuando se acomoda entre mis muslos, empujo contra él para que se gire sobre su espalda y me subo encima.

—¿Así? —me clava los dedos en las caderas.

Asiento mientras le cojo la polla y la alineo con mi entrada, deslizando su punta resbaladiza de un lado a otro entre mis pliegues.

—Con calma, Nina. Despacio, *lapochka*.

Me bajo sobre su gruesa polla.

Mi cuerpo se estremece mientras me hundo en él hasta el fondo.

Apoyo las manos en su pecho mientras tomo aire, intentando acostumbrarme a su tamaño.

—Jodidamente estrecha —gime Anton—. Creo que estás hecha para mí, Nina.

—Sí —jadeo mientras balanceo las caderas—. Soy tuya.

Los ojos de Anton se oscurecen y me levanta de su polla.

—Eso es, *lapochka*, cabalga mi polla —gruñe mientras tira de mí hacia abajo, llenándome una vez más.

—Anton. —Me levanto lentamente de nuevo.

Me agarra por las caderas y me estrella hacia abajo mientras embiste hacia arriba, la punta de su polla golpeándome tan profundo que pongo los ojos en blanco.

Sus músculos se flexionan bajo las yemas de mis dedos a medida que aumentamos el ritmo, ambos jadeando y gimiendo mientras la tensión va en aumento.

Estoy tan mojada por mi anterior orgasmo que el sonido de Anton entrando y saliendo de mí hace que me ardan las mejillas, pero eso solo parece aumentar el disfrute de Anton.

La expresión de su rostro es salvaje mientras me observa cabalgarlo, sus manos moviéndose de mis caderas a mis pechos y a mi cuello.

Dondequiera que me toca me deja un calor ardiente, y estoy resbaladiza por el sudor mientras mi coño se contrae alrededor de su polla.

Cuando por fin me roza el clítoris con el pulgar, pierdo todo el control.

—¡Sí! Oh, Dios, no pares —gimo.

—Qué guapa —murmura Anton mientras aplica más presión.

Cierro los ojos con fuerza, apenas capaz de respirar mientras todo mi cuerpo se tensa. —Eso es, Nina. Córrete para mí, *zayka*.

Es todo el estímulo que necesito.

Por una fracción de segundo, se me corta la respiración, y entonces me llega el orgasmo y me derrumbo sobre Anton mientras mi coño palpita alrededor de su polla.

Él gruñe mientras me rodea con sus brazos y sigue follándome durante mi orgasmo antes de vaciarse dentro de mí.

Después de que Anton nos limpie a los dos, vuelve a la cama y me aprieta contra su pecho; su respiración no tarda en volverse pesada por el sueño.

Esperaba que los dos orgasmos fueran suficientes para dejarme dormida casi al instante, pero en cambio, consiguen todo lo contrario.

El dolor persistente entre mis muslos por Anton solo sirve como recordatorio de la culpa profundamente arraigada que se ha instalado permanentemente en mi pecho.

Capítulo Veinte

NINA

EMMA GRUÑE MIENTRAS salimos de clase al día siguiente. —No me puedo creer que Madame Le Croix nos haya mandado otro trabajo sabiendo que estamos ensayando para la gala de invierno. ¿Cuándo cree que vamos a tener tiempo para ensayar?

Asiento. —Sabía que el IOD sería duro, pero esto es…

No encuentro las palabras de lo agotada que estoy, y no solo por el baile. Me he pasado la noche en vela escuchando la respiración de Anton mientras la culpa me carcomía por dentro poco a poco. Pero, por suerte, todas mis amigas están trabajando igual de duro, así que mis ojeras no desentonan.

—Me arrepiento de todas las decisiones que he tomado en mi vida. ¿Por qué no podía tener un talento creativo que implicara estar sentada de culo? Que te den, mamá, por querer vivir tu sueño a través de mí. Yo era feliz hasta que me metiste en un tutú…

Emma sigue con su perorata mientras seguimos al río de estudiantes que se dirige al exterior. Es un día soleado, algo raro para ser octubre, y ambas nos echamos los pesados abrigos sobre el brazo, ya que todavía tenemos la piel cubierta de sudor por la clase.

Yakov se pone a caminar detrás de nosotras, y su imponente figura proyecta una sombra sobre mí mientras vamos hacia el aparcamiento.

Miro a mi alrededor para intentar localizar el pelo rojo de Beatrice entre la multitud. —¿Hemos quedado con Allie y Bea?

—Allie tiene que ir directa a trabajar, y creo que Bea se queda para trabajar en la coreografía de su solo.

Asiento, mordiéndome el labio inferior. La idea de volver a la casa y encontrarme con Anton me pone nerviosa.

He demostrado una y otra vez que no se puede confiar en mí cuando estoy cerca de él. En cuanto veo sus preciosos ojos oscuros y ese hoyuelo aparece en su mejilla, pierdo la razón y, antes de darme cuenta, estoy desnuda y boca arriba cuando debería estar sentándolo y contándole la verdad.

Me vuelvo hacia Emma. No debería usar a mi amiga como escudo, pero a la desesperada, cualquier cosa vale. —¿Por qué no te vienes y ensayamos esta noche?

—¡Oh, Dios mío, sería *increíble*! ¿A Anton le parecerá bien?

—Es como él dijo, eres bienvenida cuando quieras.

—De verdad que es un encanto —suspira Emma—. ¿Por qué no podría haberle caído yo en gracia a él? Entonces ahora podría estar viviendo en una mansión.

—No estoy *viviendo* allí.

Emma pone los ojos en blanco.

—¿Cuándo fue la última vez que pasaste una noche en tu propia cama?

Frunzo el ceño, intentando hacer memoria.

—Exacto. Te tiene como a una esposa, amiga mía —dice riendo, y engancha su brazo con el mío.

Intento reír, pero me sale más bien un chillido histérico, aunque Emma no parece darse cuenta.

Parlotea sobre varios compañeros de clase y cotilleos que ha oído mientras Yakov nos lleva a la finca de Anton.

Agradezco que no le importen mis respuestas poco entusiastas, ya que me estoy centrando más en el sonido de su voz que en las propias palabras para evitar caer en una espiral de pensamientos oscuros.

Al acercarnos a la casa, Yakov nos lleva por la parte de atrás, y Emma y yo recogemos nuestras cosas antes de entrar por la puerta de la cocina.

—Hola, Danika. ¿Está Anton en casa?

—Está en su despacho. —Danika se cambia la cesta de la colada a la otra cadera—. ¿Les apetece algo de comer o beber?

—Huy, me encantaría… —interviene Emma, pero le doy un codazo en las costillas.

—Estamos bien, gracias, Danika.

Ella sonríe antes de desaparecer en el lavadero.

—¿A qué ha venido eso? —me regaña Emma—. Me muero de hambre.

—Podemos prepararnos nuestra propia comida, Emma.

—Sí, pero no *tenemos* por qué, a eso me refiero. Déjame disfrutar de las ventajas de que mi mejor amiga tenga un *sugar daddy.*

Pongo los ojos en blanco y voy a la nevera para empezar a sacar recipientes con verduras frescas y también un poco de hummus.

—¿Podríamos ensayar fuera si quieres? —Cojo dos vasos y los lleno de agua—. Todavía hace calor, y el patio es lo bastante liso.

—Me parece bien —dice Emma con la boca llena de zanahoria—. Así no sudaremos tanto.

Llevamos nuestras cosas de vuelta por la puerta de la cocina y rodeamos la casa por detrás.

Son casi las cuatro, así que el sol sigue alto y apenas hay nubes en el cielo.

Dejo la bandeja con el picoteo en la mesa de fuera y me tomo un momento para mirar a mi alrededor.

No he tenido muchas oportunidades de explorar los extensos terrenos, que son sencillamente impresionantes a principios de otoño.

Al borde del patio hay una escalinata que baja a una piscina enorme que tiene su propia caseta de piscina a la izquierda, más grande que la casa de la mayoría de la gente. A la derecha hay una zona de descanso con estufas y un brasero de exterior, ideal para acurrucarse con un libro y una copa de vino en una cálida noche de verano.

Emma me agarra del brazo. —¡Al cuerno el ensayo! Vamos a darnos un chapuzón en la piscina. Seguro que está climatizada. A no ser que tú y Anton hayáis echado un casquete ahí, en cuyo caso, paso.

—Qué asco, Emma. No, no hemos tenido sexo en la piscina.

—¿Y por qué demonios no?

—Un momento, ¿acabas de decir que era asqueroso?

—He *dicho* que es asqueroso que otra persona nade en agua llena de todos tus fluidos corporales, no que yo no estuviera dispuesta a tirarme a un tío bueno en la piscina.

—Oh, Dios mío —gruño, con las mejillas ardiendo.

—Ahora estás pensando en ello, ¿a que sí? —Emma se ríe y me da una palmada en el brazo—. De nada.

—¿Podemos ensayar, por favor?

Una vez que pongo la música en los altavoces de mi móvil y Emma y yo nos ponemos las zapatillas de punta, empezamos a repasar la rutina.

Después de una hora, ambas nos hemos quedado en sujetador deportivo y mallas, con el cuerpo todavía cubierto de sudor a pesar de estar fuera en pleno octubre.

El aire empieza a enfriarse, y suspiro con alivio mientras me refresca la piel.

—Me sigo equivocando en esta parte —se queja Emma mientras pauso la música en el mismo punto por quinta vez—. Es como si de repente perdiera la capacidad de contar los tiempos en mi cabeza.

—Le estás dando demasiadas vueltas, Emma. Quédate quieta con los ojos cerrados y escucha la música. Tu cuerpo sabe lo que tiene que hacer.

Emma hace lo que le digo, y yo rebobino la música antes de darle al *play*.

Observo cómo la cara de Emma empieza a relajarse a medida que la música se filtra por los altavoces, y mis propios dedos se mueven mientras cuento mentalmente al ritmo de la música.

Cuando llega a la parte en la que se equivoca, un ceño fruncido aparece entre sus cejas y veo cómo sus hombros se tensan.

—Te has metido en la cabeza que no puedes hacer esta parte — vuelvo a parar la música—. Se te ha tensado todo el cuerpo.

—Lo sé —dice Emma mientras sacude los brazos—. No sé qué hacer.

—Solo tenemos que cambiarte el chip.

—Lo dices como si fuera fácil.

Suelto una risita. —Vamos a repasarlo primero sin música hasta que te sientas segura con los pasos. Luego volveremos a poner la música.

Le marco la entrada a Emma y ella repasa los pasos, pero vuelve a perder el equilibrio en la misma parte y suelta un quejido.

—Quédate quieta y visualiza los movimientos.

Le vuelvo a marcar la entrada y veo cómo marca los tiempos con la boca.

Su entrecejo permanece relajado y yo sonrío. —Y otra vez.

Lo hacemos unas cuantas veces más antes de añadir el movimiento.

Cuando vuelvo a poner la música, Emma ejecuta la coreografía a la perfección y sonrío de oreja a oreja mientras la observo.

Cuando la música termina, Emma suelta un grito de alegría antes de chocarme los cinco.

—¡Lo has conseguido! —aplaudo.

—¿Por qué no puedes ser tú nuestra profesora? —se ríe Emma—. Eres mucho mejor que Madame Le Croix.

—Bueno, no sé yo... Vamos a repetirlo una vez más solo para asegurarnos...

Pero Emma no me está prestando atención, está mirando algo que hay justo por encima de mi hombro derecho.

—Tenemos compañía —susurra Emma, señalando con la barbilla, y me giro bruscamente para encontrarme con Anton, que camina hacia nosotras.

En el momento en que sus ojos se clavan en los míos, se me corta la respiración. Parece que, por mucho tiempo que pase con Anton, sigo

sin poder acostumbrarme a lo guapo que es.

No puedo evitar recorrer con la mirada su cuerpo poderoso y mi pulso se acelera al recordar la sensación de su peso sobre mí.

Sus ojos se oscurecen, y sé que imagina lo mismo que yo al contemplarme con mi sujetador deportivo y mis mallas.

Mis pezones se marcan a través del sujetador y él se pasa la lengua por el labio inferior.

—Hola, Anton —la voz de Emma nos devuelve a ambos al presente.

—Me alegro de verte de nuevo, Emma. Siento interrumpir, pero ¿puedo robarte a Nina un minuto? —su voz es suave como el terciopelo.

—Claro que sí —me guiña un ojo.

Anton me tiende la mano para que la coja y me guía a través del patio.

—¿Ves esa casita de la piscina de allí?

Me vuelvo para seguir su mirada. —Sí...

—Nunca la uso.

Frunzo el ceño. —Qué pena. Tiene unas vistas preciosas.

—Eso mismo pensaba yo —Anton coloca sus cálidas manos sobre mis brazos y los frota—. ¿Qué te parecería convertirla en un estudio?

—¿Un estudio? ¿Para qué?

—Para que bailes.

—Perdona, ¿*qué*?

Anton se ríe y me hace girar para que le mire.

—Dilo y haré que alguien la convierta en un estudio de ballet para ti.

—Anton, eso es... Vaya, quiero decir, sería increíble, pero... —miro por encima del hombro hacia la casita de la piscina y siento un nudo en el pecho—. ¿Cuánto tiempo esperas que esté aquí?

—Eso depende totalmente de ti —me pasa el pulgar por el labio inferior—. Pero si por mí fuera, no te irías nunca.

Mis ojos se abren como platos mientras sus palabras calan en mí.

—¿Me estás pidiendo que me mude aquí?

—¿Dirías que sí si lo hiciera? —murmura, inclinándose para rozar mi mejilla con sus labios.

—Eeh...

Mi cerebro parece haber entrado en cortocircuito y no se me ocurre ninguna palabra, y mucho menos una respuesta coherente.

—Voy de salida a reunirme con Mikhail. Así que piénsate mi propuesta y hablamos luego, ¿vale?

—V-vale.

Él sonríe y toda su cara se ilumina mientras me contempla.

Me da un golpecito en la punta de la nariz y me guiña un ojo antes de alejarse, dejándome paralizada por la sorpresa, con la sensación persistente de sus labios aún en mi mejilla.

Hace falta una palmada de Emma en el brazo para sacarme del trance.

—¡Ay! —exclamo.

Emma me agarra del brazo mientras da saltitos. —¡Joder! ¿En serio acaba de ofrecerse a construirte un estudio?

—Sí... —susurro.

—Es tan perfecto. Tienes que atarlo en corto ya, Nina, antes de que lo haga otra.

—Solo han pasado unas semanas. Sería una locura siquiera plantearme mudarme con él, ¿no?

Emma se encoge de hombros. —La gente ha hecho cosas más locas.

—Quiero decir que sí —me abrazo a mí misma.

—¿Qué te lo impide?

Mi propia cobardía.

—Tengo miedo.

—Es comprensible. Es un paso muy grande, pero tu instinto te dirá si es el correcto —Emma sonríe—. Y si resulta que no lo es, le prenderé fuego a este sitio.

—¿No ibas a cortarle la polla?

—Ah, eso también lo haré, no te preocupes.

Suelto una risa ahogada mientras contemplo la casita de la piscina.

—Quiere construirme mi propio estudio de ballet... —me llevo una mano al corazón.

No deseo nada más que decir que sí. La idea de que este lugar sea mi hogar, con Anton a mi lado, hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

Es todo lo que siempre he soñado, y está al alcance de mi mano.

Lo único que se interpone en mi camino es la verdad, y va a doler como el infierno cuando finalmente salga a la luz.

Capítulo Veintiuno

ANTON

La cara que puso Nina cuando le ofrecí construirle un estudio de ballet se me quedará grabada a fuego en la memoria para siempre. Por la sorpresa que se llevó, era como si le hubiera ofrecido la luna.

Estaba de pie junto a la ventana de mi dormitorio, viéndolas bailar a ella y a Emma, cuando se me ocurrió la idea.

Tengo los fondos para acondicionar el espacio, y no es que se esté usando para nada. Estaría más que encantado de dárselo a Nina para que lo utilice como estudio.

Quizá ella lo vea como un simple gesto de buena fe, ya que se queda conmigo por su propia seguridad, pero yo quiero que signifique algo más que eso.

Se lo merece todo y no deseo otra cosa que la oportunidad de dárselo.

En algún momento, mi miedo a intimar con alguien se ha desvanecido.

Quizá sea porque he visto a Nina con mi madre, y eso ha aliviado parte de la ansiedad que sentía.

Siempre pensé que tendría que mantener esas dos partes de mi vida separadas, pero Nina me ha demostrado que es posible unirlas. Paso tanto tiempo con mamá, si no más, y aun así dedico horas cada noche a adorar a Nina. Salgo ganando por todas partes, al menos yo.

Estoy convencido de que el universo hizo que Nina Balakin se cruzara en mi camino hace todas esas semanas porque yo era demasiado terco para admitir que me sentía solo. Que echaba de menos tener a alguien con quien compartir una comida o que calentara mi cama.

Quizá solo necesitaba un empujoncito, y no podría estar más agradecido.

Ha llenado mi vida de luz, y quiero demostrarle lo agradecido que estoy.

Si Emma no estuviera ahora mismo haciéndole compañía a Nina, me la habría echado al hombro y la habría llevado a la caseta de la piscina con el pretexto de demostrarle lo en serio que iba. Pero tengo asuntos con Mikhail que no puedo posponer, así que intento olvidar lo deliciosa que se veía con sus mallas ajustadas y su sujetador, con la piel ligeramente sonrojada.

Por suerte, la erección se me calma para cuando recojo a Mikhail en su casa media hora más tarde, y me centro en la tarea que tenemos entre manos.

—¿Estás listo para hacer esto?

Pongo el coche en marcha.

Mikhail aprieta la mandíbula mientras mira al frente. Está tan quieto que podría estar tallado en piedra.

—No.

—Puedo ir solo si quieres —digo mientras me alejo del bordillo y hago girar el coche.

Después de que el informante con el que me pidió que hablara nos diera una dirección reciente de Lev, supuse que, como cabeza de familia, querría ir a comprobarlo él mismo, pero según la mujer de Alexei, Bianca, ha estado intentando delegar más para poder pasar más tiempo con su familia.

—Alexei me pidió que fuera —dice Mikhail con voz ronca.

—¿Y si Lev está allí? ¿Estás seguro de que podrás contenerte? — pienso en lo que pasó con Maxim y rezo para que no nos encontremos en una situación similar.

Me vendría fatal tener que matar al hermanastro de mis primos porque a Mikhail le dé por perder los estribos.

—No —las manos de Mikhail se cierran en puños.

—Mikhail —le advierto.

—No necesito un sermón, Anton.

Conducimos el resto del camino en silencio, pero estoy acostumbrado a los cambios de humor de Mikhail.

Se enfrasca en batallas internas consigo mismo, y no hay nadie ni nada que pueda sacarlo de ellas, excepto quizá su mujer, Lucia.

Finalmente, aparco frente a un bloque de apartamentos de aspecto desolador. Muchas de las ventanas están tapiadas y los ladrillos rojos se han descolorido hasta adquirir un tono marrón sucio.

—¿Es aquí? —Mikhail se asoma por la ventanilla—. Tiene una pinta chunga de cojones.

—Espero de verdad que esto no sea una pérdida de tiempo —me palpo los bolsillos en busca de armas. Ni de coña voy a entrar ahí sin una pistola cargada.

Por lo que sabemos, esto podría ser una trampa y podríamos estar entrando en un edificio con docenas de hombres de Igor dentro, y la

verdad es que no me apetece que me disparen hoy. Tengo una mujer preciosa en casa a la que volver.

Voy detrás de Mikhail mientras nos dirigimos al interior.

La puerta principal del bloque de apartamentos cuelga de sus bisagras y, en cuanto entramos, me golpea el olor a meado y vómito rancio.

—Joder —toso en el hueco del codo.

—Acabemos con esto de una vez.

El hueco de la escalera está lleno de botellas de cerveza y colillas. El hecho de que un hijo de un Pakhan de los Koslov viva en un sitio como este cuando el resto de su familia reside en áticos y mansiones de lujo me inquieta.

Subimos las escaleras hasta llegar al cuarto piso y, al acercarnos al apartamento 4C, tanto Mikhail como yo preparamos nuestras armas.

Mikhail me mira y yo asiento una vez, haciéndole una seña para que él haga los honores.

Tras una profunda inspiración, estrella el pie contra la puerta, y esta se abre de golpe.

El lugar está prácticamente vacío y huele a cerrado, como si no hubiera vivido nadie en él desde hace mucho tiempo. Apenas hay muebles, solo una cama individual en una esquina y un sofá apolillado en la otra, junto a la pequeña cocina americana. El frigorífico hace un zumbido tan fuerte que me hace pensar que podría explotar en cualquier momento.

—No está aquí —resopla Mikhail mientras mira a su alrededor.

—Parece que no ha estado en bastante tiempo —camino hacia la cama.

Está sin hacer, con un montón de ropa hecha un gurruño al final.

—Puta pérdida de tiempo —gruñe Mikhail mientras le da una patada al sofá.

—No lo sabemos. Revisa los armarios a ver si ha dejado algo.

Mikhail murmura unas cuantas palabrotas en voz baja, pero después de eso, registramos el lugar en silencio.

Quito las fundas de los cojines del sofá y arranco las sábanas de la cama mientras Mikhail registra la cocina.

Encontramos unas cuantas fotos y algunos cargadores vacíos, pero eso es todo.

—Yo digo que aun así deberíamos llevarnos estas cosas —hago un fardo con la ropa que estaba apilada en la cama—. Las fotos podrían ser útiles.

—Estoy empezando a pensar que todo esto del hermanastro es solo una excusa para distraernos —Mikhail echa un último vistazo al húmedo apartamento.

Se guarda las fotos en la chaqueta antes de salir por la puerta sin decir una palabra más.

No sé nada de Mikhail sobre lo que encontramos en el piso de Lev en los días posteriores a nuestro registro, aunque dudo que Alexei tarde mucho en convocar una reunión para discutir nuestro próximo movimiento.

Solo espero que no decida que esta noche es la noche, porque tengo planes muy importantes.

Nina me ha enviado un mensaje antes para decirme que llegaría a casa sobre las cuatro, así que me he asegurado de que todo esté listo para cuando vuelva.

Alexei me puso en contacto con una pequeña diseñadora de Nueva York y me ha enviado un vestido para que Nina se lo ponga esta noche en nuestra cita.

Quería que fuera una sorpresa total, así que me he encargado de todo, desde la reserva para la cena hasta el plan para después.

Nina ha estado sorprendentemente callada desde que le sugerí que usara la casa de la piscina como estudio, y me preocupa haberla asustado con la idea de que se mudara. Así que he pensado que probablemente deberíamos tener una primera cita de verdad antes de volver a sacar el tema.

A las seis en punto, aparco delante de la casa y cojo el gran ramo de rosas de color rosa pálido del asiento del copiloto.

Me empiezan a sudar las palmas de las manos mientras subo los escalones de la entrada.

¿Estoy nervioso?

A juzgar por cómo me late el corazón en el pecho mientras llamo al timbre, diría que sí. Pero, por otro lado, hace más de una década que no salgo con una mujer en una cita de verdad, y quiero que esto salga bien.

Quiero demostrarle a Nina que estoy dispuesto a intentarlo si ella lo está.

Oigo el suave tintineo de unos tacones acercándose a la puerta, y, al momento siguiente, Nina está ahí de pie, como una diosa, y se me corta la respiración.

El vestido azul noche, largo hasta el suelo, que elegí para ella se ciñe perfectamente a su tonificada figura. Los tirantes finos lucen sus delicados hombros, y el escote es lo suficientemente pronunciado como para acentuar la suave curva de su pecho.

Lleva el pelo suelto sobre los hombros y apenas va maquillada. No puedo apartar la vista de ella.

—¿Has llamado al timbre? —parece confusa.

—He venido a recogerte para nuestra cita. —Se me seca la boca de repente mientras intento no mirarla como un animal hambriento—. Esto es para ti.

Se le ilumina la cara al ver el enorme ramo.

—Es precioso. —Lo coge e inhala profundamente—. Gracias, Anton.

—De nada. Debo decir que tengo muy buen gusto. —La admiro abiertamente.

Ella se mira el vestido y se sonroja.

—¿Te gusta?

Nina me mira por debajo de las pestañas y asiente.

—Me encanta —susurra—. Me encanta todo esto.

Le echa un vistazo a mi esmoquin y su sonrojo se intensifica, como si estuviera adelantando mentalmente el final de la noche, y yo sonrío con suficiencia.

—Esto no ha hecho más que empezar, Nina.

Nuestra primera parada de la noche es un restaurante italiano íntimo en el Soho llamado *Antonio's*. Apenas hay una docena de mesas, cada una iluminada por la luz de las velas.

Estuve tentado de reservar el local entero, pero parte del encanto de este sitio es el ambiente. Incluso hay alguien tocando un pequeño piano en una esquina, y podrías pasarte fácilmente toda la noche aquí bebiendo buen vino y disfrutando de la música.

No se me escapa que todas las miradas se vuelven hacia Nina mientras caminamos hacia la única mesa libre que queda. Le ciño la cintura con el brazo con más fuerza y ella ríe por lo bajo ante mi posesividad.

—Esta noche estoy aquí contigo. —Alza la vista hacia mí y me da un beso rápido en la comisura de los labios.

—¿Tan evidente soy?

—Sí —ríe—. Pero me gusta.

Le retiro la silla y, cuando se sienta, me inclino con delicadeza y le doy un beso rápido en el hombro.

Se le pone la piel de gallina por mi contacto, e inhalo su dulce aroma floral antes de apartarme a regañadientes para tomar asiento frente a ella.

—Ah, de aquí es tu pizza favorita. —Nina ríe entre dientes mientras ojea el menú.

—¿Te acordabas?

—Claro que sí.

Se me hincha el pecho de orgullo mientras contemplo a la mujer que tengo sentada enfrente.

¿Cómo he podido tener tanta suerte?

Después de que pidamos y el camarero nos traiga dos copas de champán, levanto la mía.

—¿Por qué brindamos? —se muerde el labio inferior.

—Por ti.

Se sonroja mientras chocamos las copas.

—Quién iba a decir que eras tan romántico. —Se inclina hacia delante para apoyar los codos en la mesa.

—Te prometí que te llevaría a un sitio romántico.

—¿Puedo decirte algo? —se mordisquea el labio inferior.

—Claro, *lapochka*.

—Nunca he tenido una cita. Mi padre nunca me lo permitió.

Le cojo la mano y le acaricio suavemente los nudillos con el pulgar.

—Entonces me siento inmensamente honrado de poder ser yo quien te lleve a tu primera cita.

Cuando llega nuestra comida, Nina se relaja un poco más y empieza a contarme todo sobre la gala de invierno que está organizando su escuela.

La miro, completamente hipnotizado mientras habla.

Mi vista va de sus labios suaves y carnosos a su largo y delicado cuello, y baja hasta la curva de su pecho.

No deseo otra cosa que arrancarle ese vestido, pero, por desgracia, tengo otros planes para después de la cena.

Mantengo la mano en el muslo de Nina mientras conducimos por el Soho. No le doy ninguna pista de adónde vamos; quiero ver su cara de sorpresa cuando se dé cuenta de cuál es la siguiente parte de la noche.

Cuando finalmente aparcamos frente al Lincoln Center, los ojos de Nina se abren como platos al ver los carteles que cuelgan en el exterior.

—¿Vamos a ver el ballet?

—Es demasiado pronto para *El cascanueces*, así que vamos a ver *El lago de los cisnes*, que sé que es uno de tus favoritos.

Nina me rodea el cuello con los brazos y me besa profundamente.

—No me merezco esto —su voz suena cargada de emoción.

—Te mereces el mundo, Nina.

La sonrisa de Nina no hace más que crecer mientras nos conducen a nuestro palco privado, que nos ofrece una vista perfecta del

escenario.

Una vez que empieza el espectáculo, su expresión es de absoluto y total asombro mientras observa a los bailarines moverse por el escenario, con la música de la orquesta resonando a nuestro alrededor.

Pero yo me quedo más embelesado por Nina que por el ballet.

—Eres tan guapa —le susurro al oído.

Se gira para mirarme, con sus ojos azules iluminados por el asombro mientras me sonríe.

—Bésame.

Su mirada se desvía hacia mis labios, y se inclina para rozar su boca contra la mía.

Le rodeo la nuca con la mano izquierda, sujetándola en su sitio mientras deslizo mi lengua en su boca. Puedo saborear el champán en su lengua, y reprimo un gemido mientras mi polla se endurece en mis pantalones.

¿Cómo es posible que esta mujer pueda ponerme al límite con un solo beso?

Busco a tientas la abertura de su vestido y deslizo suavemente la mano por su muslo desnudo. Le acaricio la piel suave. —Sabía que había una razón por la que elegí este vestido.

—Anton —advierte, removiéndose ligeramente ante mi contacto.

—Nadie puede vernos —mis dedos recorren la cara interna de su muslo—. Pero puedo parar si quieres.

—N-no quiero que pares —jadea.

Sonrío contra su boca mientras mis dedos ascienden.

—Mira el espectáculo, *lapochka*.

Nina parpadea, pero gira la cabeza, con los ojos fijos en el escenario mientras rozo suavemente con los dedos la tela húmeda de sus bragas.

Su cuerpo se estremece cuando le rozo el clítoris por encima del tejido, y yo suelto una risita.

—No llames la atención, Nina.

Ella asiente y traga saliva con dificultad mientras intenta concentrarse en la representación.

Le aparto las bragas y ahogo una palabrota al ver lo húmeda y preparada que está.

Me mojo el dedo con su excitación antes de rodearle suavemente el clítoris, con los ojos fijos en su cara mientras provoco su sensible botón.

—Siempre tan húmeda para mí. Hace que quiera tomarte aquí mismo. Quiero que todo el mundo sepa lo bien que cabalgas mi polla.

Nina abre la boca en un jadeo silencioso, y una sonrisa de suficiencia se dibuja en mis labios mientras observo cómo se le entornan los párpados.

Es tan condenadamente hermosa, y nunca tengo suficiente.

Cuando le hundo un dedo en su estrecha y ardiente cavidad, abre la boca mientras se contrae a mi alrededor, y tengo que removerme en el asiento mientras mi polla tira de la cremallera.

Los ojos de Nina se cierran por un momento mientras muevo lentamente mi dedo dentro de ella y mi pulgar le roza el clítoris.

—Eso es, *lapochka*.

La suave curva de sus pechos sube y baja con cada respiración.

Se me hace la boca agua al pensar en bajarle los tirantes del vestido y chuparle los pezones.

—¿Quieres más?

Ella asiente, tragando saliva con fuerza mientras hace todo lo posible por mantener la atención en el ballet.

Me inclino para lamerle la suave curva del cuello mientras le hundo otro dedo.

Deja escapar un suave gemido cuando curvo lentamente los dedos para rozar ese punto sensible, y sé que no tardará en correrse. Empiezo a mover los dedos dentro de ella. —Lo estás haciendo muy bien.

Nina se mueve para agarrarme el brazo, clavándome las uñas mientras intenta contener sus gemidos.

Con cada embestida de mis dedos, su coño está más húmedo, y sé que está desesperada por correrse, pero me estoy tomando mi tiempo.

—Anton…

—Lo sé, *zayka* —le aprieto la mano en el cuello mientras le mordisqueo suavemente la oreja.

—No sé si podré estar callada —jadea.

Suelto una risita. —A menos que quieras que nos prohíban la entrada al ballet, vas a tener que estarlo.

—E-estoy cerca —gime, girándose para mirarme.

Capturo su boca con la mía, deslizando mi lengua contra la suya mientras muevo los dedos dentro de ella.

—Estoy aquí, Nina —murmuro contra sus labios—. Puedes correrte, *lapochka*. Te tengo.

Nina echa la cabeza hacia atrás sobre los hombros, con el ceño fruncido y la boca abierta en un grito silencioso mientras se contrae alrededor de mis dedos.

La sujeto contra mí, listo para capturar su boca con la mía por si no puede contener sus gritos de placer.

Pero consigue mantenerse en silencio mientras la guío hasta su orgasmo.

Cuando por fin se relaja, saco los dedos de su húmedo coño y me los llevo a la boca.

Me lamo los dedos hasta dejarlos limpios. —Creo que por fin empiezo a verle el atractivo al ballet.

Capítulo Veintidós

NINA

En lo que a primeras citas se refiere, Anton ha puesto el listón increíblemente alto. Le agradezco que no le haya importado que tuviera tan poca experiencia en el terreno de las citas.

Es más, creo que le excitó más el poder ser el único en mimarme.

Y vaya si me mimó.

Tuve la sensación, cuando vi la caja sobre mi cama después de volver de clase, de que Anton había planeado algo. Lo que no me esperaba era encontrar el vestido más bonito del mundo y que viniera a buscarme a su propia casa vestido de esmoquin y con un ramo de flores.

En el momento en que sonrió, me dejó sin aliento.

Anton Koslov es como un caballero de brillante armadura y juro que no sé qué he hecho para merecerlo.

Mientras me coge de la mano y me saca del teatro, siento que el corazón me va a estallar.

Al levantar la vista hacia él y ver el hoyuelo de su mejilla y las suaves arrugas en el rabillo de sus ojos cuando sonríe, los míos se

me llenan de lágrimas.

Por primera vez en mi vida, siento que me ven. Nadie se ha esforzado tanto en crear una noche llena de todas mis cosas favoritas.

—Anton —susurro, y él se vuelve para mirarme.

Levanto la mano para ahuecarle la mejilla, deseando sentir el calor de su piel bajo la punta de mis dedos. Mientras le miro a los ojos marrones, me doy cuenta.

Me estoy enamorando de este hombre, y darme cuenta de ello es a la vez aterrador y emocionante.

Me sonríe antes de girar la cabeza y besarme la palma de la mano.

En un momento como este, es difícil creer que esta relación esté condenada al fracaso.

Desde fuera, parecemos felizmente dichosos, pero la realidad es que nunca podremos tener el final feliz que ambos merecemos.

Y la culpa de eso la tiene mi padre.

No quiero enfrentarme a esa realidad. Por eso sigo buscando excusas para aplazar el momento de contarle la verdad a Anton. Por puro egoísmo me aferro al amor y al cariño que me demuestra, sin querer dejarle marchar.

Casi se lo digo a Anton en ese mismo instante. No lo de mi padre, sino lo que siento por él.

No hay otra forma de expresar lo mucho que ha significado esta noche para mí.

—Yo…

—¡Nina! —exclama una voz femenina.

Me detengo, y las tres palabras que tenía en la punta de la lengua se desvanecen en un instante.

—¡Nina!

Miro a mi alrededor, preguntándome si hay alguien de mi clase, pero no reconozco a nadie.

Un suave toque en el hombro me hace girar sobre mis talones, y casi pierdo el equilibrio cuando me encuentro cara a cara con una mujer con la que no debería cruzarme, y menos con Anton.

—Valerija. —Observo el pelo negro azabache, corto y ahora con mechones grises, y los rasgos angulosos de la mejor amiga de mi madre.

—¡Parece que has visto un fantasma! —ríe Valerija, mostrando todos los dientes—. ¡Oh, qué alegría verte, Nina!

—Igualmente. —Se me encoge el estómago mientras miro a Anton.

Valerija sigue mi mirada y parpadea al observar la imponente figura de Anton.

—Soy Valerija —dice sin apenas aliento, tendiéndole la mano a Anton.

—Anton.

Respiro aliviada cuando omite a propósito su apellido, probablemente por costumbre. Koslov no es un apellido que se diga a la ligera.

No me cabe duda de que Valerija sabe quiénes son los Koslov, y esta noche preferiría no tener que responder a ese tipo de preguntas. —¿De qué conoces a Nina?

—Era la mejor amiga de su madre. Nina siempre fue como una hija para mí. —Se acerca para pellizcarme la mejilla, y yo intento no apartarme ante su contacto—. Te pareces mucho a ella.

Asiento, forzando una sonrisa.

—No sabía que estabas en Nueva York, si no, me habría puesto en contacto contigo. Pero conociendo a tu padre, siempre fue muy controlador…

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Prefiero no hablar de mi padre.

Anton me mira con curiosidad, pero yo evito su mirada a propósito.

—Unos cuantos años ya. Desde el divorcio, ansiaba un nuevo comienzo, y Nueva York me pareció el lugar perfecto.

—Pareces feliz.

—Oh, lo soy, de verdad. Dejar a Sergei fue lo mejor que he hecho nunca. Sin ánimo de ofender, querida, pero los hombres a veces dan más problemas de los que valen.

—No me ofendo —ríe Anton entre dientes.

—Aunque si mi marido se hubiera parecido a ti, habría estado más dispuesta a quedármelo. —Le acaricia el brazo.Me encuentro acercándome más a Anton. —Deberíamos irnos ya. Mañana madrugo.

—Ha sido un placer verte. —Valerija me da un beso en cada mejilla —. Tienes mi número, cariño. Llámame y nos tomamos algo.

—Me encantaría —miento.

Le sonríe de nuevo a Anton, sin apenas escucharme mientras le aprieta el brazo. —Y tú puedes llamarme cuando quieras, sin duda.

Me guiña un ojo como diciendo *«estoy encantada de compartirlo si tú quieres»*.

Me agarro con más fuerza al brazo de Anton mientras miro por encima del hombro y veo a Valerija desaparecer entre la multitud de gente que sale del teatro.

Cuando estoy segura de que se ha ido, nos dirijo rápidamente hacia la fila de coches que se dirigen a la entrada del teatro.

—Es como un buitre cuando se trata de hombres.

—No te preocupes, esta noche solo tengo ojos para una mujer. —Anton me pellizca la cintura.

Mi corazón tarda todo el trayecto en coche hasta casa de Anton en dejar de latir con fuerza en mi pecho.

No puedo dejar de repasar todas las posibles conversaciones que podríamos haber tenido en la escalinata del Lincoln Center.

Valerija podría haber soltado el nombre de mi padre y todo se habría acabado en un instante.

Esa constatación me hiela la sangre.

Tengo que decírselo a Anton. Tiene que oír la verdad de mis labios.

La grava cruje bajo los neumáticos cuando Anton aparca delante de la casa, y yo me obligo a volver al presente, decidida a no dejar que el encuentro con Valerija arruine esta noche perfecta.

Anton rodea el coche hasta mi puerta y me ayuda a salir.

Este vestido es increíble, pero complica bastante entrar y salir de un coche tan bajo como el de Anton.

Le cojo de la mano y caminamos juntos hacia la puerta principal.

—¿Es esta la parte de la noche en la que me das el beso de buenas noches? —me muerdo el labio inferior.

Anton sonríe y sus ojos se desvían hacia mis labios. Está increíble con el esmoquin; la chaqueta resalta sus anchos hombros y sus brazos gruesos, y yo estoy desesperada por ponerle las manos encima.

—No quería dar nada por sentado —su mirada se vuelve más intensa mientras baja la vista hacia donde mis pezones duros se marcan a través del vestido.

Contengo la respiración mientras se acerca a mí y me coge la cara entre las manos.

Me levanta la cabeza antes de inclinarse para besarme con suavidad.

Al primer contacto de sus labios con los míos, mi cuerpo parece derretirse.

Hundo los dedos en su camisa y lo atraigo más hacia mí mientras entreabro los labios.

Gime mientras su lengua se desliza contra la mía, provocándome un escalofrío por la espalda.

Me empuja hacia atrás hasta que quedo pegada a la puerta, y su potente muslo se abre paso entre los míos.

—Nina… —gruñe antes de bajar a besarme el cuello.

Jadeo al sentir su boca caliente sobre mi piel. Me aferro a su camisa, arqueándome contra su contacto mientras me lame el cuello.

—¿Es esto lo que tenías en mente? —Su voz suena áspera.

Gimo, con el cuerpo temblando de deseo mientras Anton se frota contra mí.

Está duro como una roca y yo gimo cuando mi sexo se contrae.

La necesidad que siento por él es insaciable.

—Normalmente no me acuesto con tíos en la primera cita… pero creo que puedo hacer una excepción.

—Soy un hombre con suerte —se ríe, rodeándome para abrir la puerta—. Ahora subamos antes de que demos un espectáculo a uno de mis guardias.

Para cuando llegamos a la habitación de Anton, los tirantes de mi vestido me cuelgan de los hombros y mis pechos están totalmente a la vista mientras Anton me hace retroceder hasta la cama.

—Mírate —prácticamente gruñe, inclinándose para llevarse mi pezón derecho a la boca.

Grito ante el contacto, mis dedos se aferran a su pelo para mantenerlo en su sitio.

—Estoy tentado de dejarte el vestido puesto. Estás increíble con él.

Gimo, arqueando más la espalda mientras él pasa a chupar mi otro pecho.

—Lo que tú quieras.

Sus dientes rozan el sensible botón.

—¿Qué es lo que quieres *tú*, Nina? —su aliento me hace cosquillas en el pezón.

Se endereza, sus ojos son de metal fundido mientras me mira.

Tengo que arquear el cuello para mirarlo y mover la mano para ahuecar su erección.

—Esto —aprieto su miembro.

Anton aprieta los dientes mientras paso la palma de la mano por el contorno de su polla, y tengo que juntar los muslos cuando mi coño empieza a palpitar.

—Me encanta lo mucho que ansías mi polla.

Lo froto con más fuerza, sonriendo, mis pechos se vuelven más pesados al sentir lo grande que está.

—Qué bien sienta —busco la hebilla de su cinturón.

Pero Anton me agarra la muñeca y niega con la cabeza.

—Hay algo que necesito hacer primero. Date la vuelta, Nina —su voz es densa por el deseo, su nuez sube y baja.

Dejo caer la mano a regañadientes y me doy la vuelta.

Anton me aparta suavemente el pelo por encima del hombro, el suave roce de sus dedos callosos contra mi piel me hace estremecer de anticipación.

Se toma su tiempo para bajarme la cremallera del vestido, y pronto la tela está en un montón a mis pies, y Anton está de rodillas, mordiendo y lamiendo la parte trasera de mis muslos.

Jadeo cuando su barba de tres días me roza la piel.

—Ponte a cuatro patas, Nina.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de calmar la creciente necesidad que pulsa entre mis muslos mientras me inclino sobre el borde de la cama, y Anton se pone a quitarme las bragas.

—Estaba jodidamente desesperado por saborearte esta noche —gruñe, hundiendo su lengua dentro de mí—. Casi me arrodillo a tus pies en ese palco y me doy un festín contigo como si fueras mi postre personal.

—Oh, Dios mío —gimo, mi cabeza cae hacia delante mientras me echo hacia atrás contra la cara de Anton.

—Jodidamente húmeda y dulce —lame mi excitación.

Me aferro al edredón mientras mis piernas empiezan a temblar.

La sensación de su lengua caliente dentro de mí, mezclada con su áspera barba de tres días contra la cara interna de mis muslos, hace que mis ojos se pongan en blanco.

—¡Oh, joder, *sí*! —muevo las caderas.

Sus manos amasan bruscamente mi culo mientras continúa jodiéndome con la lengua, tan deliciosamente despacio que puedo

sentir cómo mi excitación gotea por mis muslos.

—Anton… —gimoteo.

Mueve sus dedos para empezar a frotar mi hinchado clítoris y llevarme al límite, y yo jadeo desesperadamente en busca de aire cuando llega mi orgasmo.

Mi cuerpo se estremece, y grito mientras me corro en su lengua, pero Anton no para.

Continúa lamiendo y chupando mi coño hasta que estoy tan sensible que tengo que apartarme.

Me arrastro sobre la cama, con el culo todavía en alto mientras intento recuperar el aliento.

Anton se ríe mientras se quita la ropa, y luego su peso se presiona contra mi espalda, y su polla roza mi entrada.

—Eres increíble —susurra antes de besarme entre los omóplatos—. Mi preciosa Nina.

Un sonido ahogado se me escapa ante sus palabras, y me doy la vuelta para ponerme boca arriba y lo atraigo hacia mí, enroscando las piernas alrededor de su cintura.

Me escuecen los ojos mientras me aferro a él, queriendo sentir su peso sobre mí.

Es como si mi cuerpo supiera que puede que nunca vuelva a tener la oportunidad de experimentar un placer como este, y quiero aprovecharlo al máximo.

—¿Nina? —me acaricia la mejilla mientras me mira—. ¿Qué pasa?

Extiendo la mano para ahuecarle la nuca y bajo su boca hasta la mía en un beso suave.

—Así —susurro contra su boca.

Me acaricia suavemente la mejilla mientras nos besamos, secando una lágrima rebelde que cae.

No dice nada, pero por la forma en que se guía suavemente dentro de mí, llenándome por completo, sé que entiende lo que necesito.

Hunde el rostro en el hueco de mi cuello mientras mueve las caderas lentamente, con la respiración entrecortada y jadeante, a la vez que me llena a la perfección.

Le rodeo los hombros con los brazos, inspirando su aroma almizclado mientras nos movemos juntos.

Ninguno de los dos habla; el sonido de nuestros cuerpos al unirse llena el silencio. Es más íntimo que ninguna otra vez que hemos estado juntos, y cierro los ojos, concentrándome en la sensación de Anton moviéndose dentro de mí.

Se lo toma con calma mientras me besa a lo largo de la mandíbula y luego el cuello.

Me arqueo contra él, mis pezones rozando su pecho, y gimo al frotarme contra su cuerpo.

—Qué sensible —murmura mientras se inclina para chupar los duros pezones.

Aprieto las piernas a su alrededor. Necesito sentir sus manos sobre mi cuerpo, su aliento en mi piel. No consigo acercarme lo suficiente, y Anton puede sentir mi desesperación por la forma en que me rodea con más fuerza con sus brazos y captura mi boca una vez más.

—Te tengo —murmura contra mis labios mientras bombea su polla dentro de mí con más fuerza.

Mantenemos la mirada fija el uno en el otro mientras buscamos nuestro placer.

Los ojos de Anton se abren de par en par cuando me contraigo a su alrededor, y sus cejas se fruncen en una expresión de pura agonía mientras lucha contra el impulso de correrse.

Es impresionante en todos los sentidos, y quiero verlo perder el control.

—Por favor —suplico—. Córrete conmigo, Anton.

Apoya su frente contra la mía mientras mueve las caderas más rápido, gruñendo con cada embestida de su polla dentro de mí.

Me está dando tan profundo que pongo los ojos en blanco, y apenas puedo respirar: —Oh, sí, *Anton* —cuando mi orgasmo me golpea.

—Oh, joder. —Su cuerpo se estremece.

Llevo sus labios a los míos mientras mi coño palpita a su alrededor, recibiendo hasta la última gota que me da hasta que finalmente se desploma sobre mí, completamente exhausto y satisfecho.

—Eso ha sido... —jadea, mirándome—. Joder, eso ha sido...

—Lo sé. —Le aparto el pelo ligeramente húmedo de la cara.

—Deja que te limpie. —Me besa la punta de la nariz.

Gimo cuando se desliza fuera de mí, con el coño tan lubricado e hinchado que sé que podré sentirlo durante los próximos días.

Me recuesto y dejo que limpie la evidencia de nuestro placer compartido de entre mis muslos, y luego se acomoda en la cama a mi lado, atrayéndome hacia su costado y acariciándome suavemente el pelo.

Me besa la coronilla. —¿Estás cansada?

—Ni un poco.

Él se ríe. —Estaré encantado de repetir, pero tendrás que darme un minuto, *lapochka*.

Me río, hundiendo la cara contra él mientras aprieto los muslos.

—Gracias por lo de esta noche —susurro—. Ha sido perfecto.

—De nada. Me alegro de que te haya gustado.

—Hace mucho que no voy al ballet. Bailarlo es una cosa, pero poder verlo es simplemente... —No tengo palabras para describir cómo me hace sentir.

—Entiendo por qué es tu sueño.

—¿Tú tienes algún sueño, Anton?

—Bueno, tengo mi propio bar. Supongo que eso fue un sueño en su momento...

—¿Y ahora? ¿Tienes uno nuevo?

Anton guarda silencio por un momento, sus dedos trazando suavemente círculos en mis brazos mientras piensa.

—Siempre he querido viajar.

—¿A algún sitio en particular?

—A todas partes. En ese sentido, envidio a mi hermano. Él ha podido ver mundo y yo... Bueno, yo he estado aquí.

No se me escapa el matiz de resentimiento en su voz cuando habla de Nikolai.

—Por las fotos de abajo, parecía que erais muy unidos.

—Éramos inseparables. Pero después de que mi padre muriera, Nikolai nunca volvió a ser el mismo. Era como si tuviera miedo de volver a sentir ese tipo de pérdida, así que alejó a todo el mundo para no sentir el dolor. Y luego, cuando mi madre enfermó, se aisló de todos por completo.

Me acurruco más contra Anton, rodeando su cintura con mi pierna mientras le paso los dedos por el pecho.

—Tu madre tiene suerte de tenerte. De hecho, cualquier chica tendría suerte de poder decir que eres suyo.

—¿Y tú? —Me acaricia el brazo.

—¿Yo, qué?

—¿A ti te hace feliz poder decir que soy tuyo?

Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta mientras lucho contra el impulso de decirle que sí. No deseo nada más que poder decir que es mío.

En lugar de eso, me coloco encima de él y lo beso.

Anton gime mientras lleva sus manos a mis caderas, su polla ya dura bajo mi cuerpo, y me froto contra él, mi coño ya lubricado por el deseo.

Ahora mismo, esta es la única respuesta que puedo darle.

Capítulo Veintitrés

ANTON

Mi velada romántica ha sido todo un éxito. Nunca he visto a Nina sonreír tanto y no deseo otra cosa que mimarla así todos los días del resto de mi vida.

Pero, por desgracia para mí, su horario en el IOD se ha intensificado, ha tenido ensayos extra los últimos días y, para cuando entra por la puerta hecha polvo, no compartimos más que un beso rápido antes de que se derrumbe en la cama.

Así que he pasado las últimas noches cenando con mi madre, lo cual ha estado bien. Últimamente ha tenido más días buenos, por lo que hemos podido tener algunas buenas conversaciones.

Pero esta noche quiero centrar mi atención en Nina, así que decido ir a un bar cerca del instituto para tomar algo con ella después del trabajo. Sin embargo, no estoy solo, ya que dos de mis primos han decidido acompañarme, por lo que mi tan esperado tiempo a solas con Nina se ha convertido en una especie de reunión familiar.

—Me sorprende que os hayan dejado salir —les digo en broma a mis primos mientras una nueva ronda de bebidas llega a nuestra mesa.

Mikhail frunce el ceño, pero Dimitri se ríe.

—Zara prácticamente me ha echado de casa. Quería darse un baño tranquila para ponerse al día con algún *reality* aburrido.

—¿Y tú?

Mikhail se encoge de hombros. —Lucia dice que debería socializar más.

Suelto una carcajada. —Tu mujer me cae bien. ¿Y cómo está ese angelito vuestro? Hace unas semanas que no la veo.

Los labios de Mikhail se contraen mientras saca el móvil y me enseña algunas fotos recientes de Vivi, lo que incita a Dimitri a empezar a mostrarme vídeos de Ben y Sasha dando sus primeros pasos.

—No creo que esto sea lo que las chicas tenían en mente cuando nos dijeron que saliéramos a tomar algo. —Dimitri apaga el móvil—. Pero es que no puedo evitarlo, son una monada.

—La verdad es que sí. —Sonrío, aunque una pesadez se me empieza a asentar en el estómago mientras consulto el reloj—. Nina debería llegar en cualquier momento.

Tenía un ensayo hasta tarde esta noche, y son casi las ocho, así que probablemente querrá comer algo.

Detengo a un camarero que pasa y pido algunas tapas para la mesa, así como un poco de agua. En cuanto el camarero se va, me giro y me encuentro a mis dos primos sonriéndome con suficiencia.

—¿Qué?

Dimitri se ríe. —Eres una gallina clueca.

—Que no.

—Estás pendiente de todo —murmura Mikhail, sorbiendo su vodka —. Es adorable.

—No soy adorable. —Me enderezo, me subo las mangas de la camisa, flexionando a propósito mis antebrazos tatuados.

—Y ahora estás fanfarroneando —dice Mikhail, negando con la cabeza—. Como ya he dicho, es adorable.

—¿Podéis recordarme por qué estoy pasando la noche con vosotros por voluntad propia? Ah, sí, porque vuestras *mujeres* os han obligado a salir esta noche.

Mikhail frunce el ceño y yo me río.

—Tengo ganas de conocer a esa chica. —Dimitri me dedica una sonrisa cómplice.

—Comportaos, por favor —les advierto a ambos—. No me la espantéis.

Dimitri levanta las manos en señal de falsa rendición y Mikhail pone los ojos en blanco.

Esto podría ser un desastre.

Cuando terminamos nuestra segunda ronda de bebidas, veo a Nina entrar por la puerta con Yakov, y esa pesadez en mi estómago desaparece.

Tiene las mejillas sonrojadas por el frío y su pelo oscuro está un poco alborotado por el viento.

Me pongo en pie, ignorando las risitas de Dimitri, y me abro paso a través del abarrotado bar hacia ella.

Asiento una vez a Yakov y él se lo toma como una señal para retirarse por un momento.

Se aleja entre la multitud hacia la barra, haciendo que algunas cabezas se giren a su paso.

—Siento llegar tarde —dice Nina un poco sin aliento, apartándose el flequillo de los ojos—. Allie ha *insistido* en repasar la pieza una

última vez para darnos suerte y no me ha dado tiempo a cambiarme.

Echo un vistazo a su atuendo, pero está acurrucada dentro de un abrigo largo.

—No llegas tarde, llegas justo a tiempo. —Le doy un beso en la frente.

Suelta un suspiro de satisfacción mientras me rodea con sus brazos. —Te he echado de menos.

—Siempre estoy aquí —le susurro contra el pelo—. Ahora, por mucho que me gustaría llevarte directa a casa, tengo a un par de personas que están deseando conocerte.

Ya le había advertido a Nina que Mikhail y Dimitri se nos unirían por si quería poner una excusa e irse a casa con Yakov, pero, para mi sorpresa, estaba más que dispuesta a conocer a parte de mi familia.

Rodeando la cintura de Nina con un brazo, la guío de vuelta a través de la multitud hacia nuestra mesa.

Los ojos de Dimitri se iluminan cuando nos ve, pero le lanzo una mirada que le recuerda que debe comportarse.

—Nina, estos son mis primos, Mikhail y Dimitri.

—Encantada de conoceros. —Extiende la mano.

Dimitri se baja del taburete y se acerca para darle un abrazo de oso. —Bienvenida a la familia, Nina.

—*Dimitri* —siseo, liberando a Nina.

Tiene los ojos muy abiertos, pero sus labios se curvan en una amplia sonrisa mientras me mira.

—No está muy bien adiestrado —murmuro en voz baja y Dimitri se ríe.

—Encantado de conocerte, Nina. —Mikhail se inclina para ofrecerle la mano.

Nina observa con curiosidad los tatuajes que cubren sus nudillos antes de estrecharle la mano.

Ayudo a Nina a quitarse el abrigo y la acomodo en el taburete entre Mikhail y yo. A su lado, parece tan delicada e inocente. Todavía lleva puesto su leotardo rosa pálido y una rebeca a juego con unos leggings negros y calentadores rosas sobre las zapatillas.

—Estás preciosa —le susurro al oído antes de sentarme.

Sus mejillas se sonrojan.

Apoyo la mano en su muslo y se lo aprieto una vez para tranquilizarla.

Se acerca un poco más a mí. —¿Lleváis mucho tiempo esperando?

—El tiempo suficiente para que estos dos sacaran las fotos de sus hijos.

Los ojos de Dimitri se iluminan y echa mano a su móvil.

—Dimitri —le advierto, pero Nina pone una mano sobre la mía.

—Quiero ver.

Dimitri me sonríe con suficiencia.

No puedo apartar los ojos de Nina mientras se ríe de los vídeos de los gemelos chocando contra varios muebles. Se le ilumina toda la cara de felicidad, y entonces me lo imagino, cómo podría ser dentro de unos años. Los dos sentados con mi familia, compartiendo vídeos de nuestros propios hijos.

La escena se reproduce en mi mente con tanta claridad que casi podría ser real, y entonces me doy cuenta de cuánto deseo que lo sea.

—¿Qué tal te va en la escuela? —pregunta Mikhail cuando llega la comida y Dimitri ha guardado a regañadientes los vídeos de los gemelos.

—Me encanta. Siento que estoy viviendo un sueño.

Dimitri se burla. —Y luego vuelves a casa de Anton y te das cuenta de que en realidad es una pesadilla.

Nina se ríe.

Frunzo el ceño. —Ten cuidado.

—Anton ha sido maravilloso. —Me echa un vistazo.

Le guiño un ojo y ella sonríe.

—Ese no se parece al Anton que yo conozco —murmura Mikhail, con sus ojos oscuros iluminados por la diversión.

—Estaré encantado de contar la historia de cómo te recogí de la playa de Coney Island si necesitas que te recuerde lo maravilloso que soy.

Mikhail abre los ojos como platos.

—¿Qué pasó en la playa? —pregunta Nina, metiéndose una aceituna en la boca y mirándonos alternativamente.

—Nada —afirma Mikhail, con todo rastro de diversión borrado de su rostro.

—Su mujer lo dejó desnudo y tirado, y yo fui quien acudió a su rescate.

Nina ahoga un grito antes de echarse a reír.

—Habría pagado un dineral por ver eso. —Dimitri se ríe—. Lucia tiene un sentido del humor retorcido.

Asiento. —Vaya que sí.

—Os odio a los dos. —Mikhail se bebe el resto de su copa de un trago.

—No le hagas caso, se pone de mal humor. —Dimitri le da una palmada a Mikhail en el hombro.

Mikhail resopla. —¿Podemos volver a meternos con Anton, por favor?

Me encojo de hombros. —¿O podríamos tener una conversación civilizada como adultos normales?

—Me gusta la idea de meternos con Anton —interviene Nina, y Dimitri echa la cabeza hacia atrás y ruge de risa.

Mikhail asiente. —¿Te ha contado la vez que estrelló el coche de Alexei y trató de ocultar el arañazo del lateral con una enorme pegatina de vinilo de mi cara?

Me froto la mandíbula. —Oh, mierda, me había olvidado de eso. Alexei estaba cabreadísimo.

—Era su coche favorito.

Dimitri parece a punto de entrar en combustión espontánea de lo mucho que se ríe, y los hombros de Nina se sacuden mientras intenta reprimir sus risitas.

No me importa en absoluto ser el blanco de las bromas si eso significa que puedo oír reír a Nina, así que mis primos continúan compartiendo varias historias de nuestra juventud que en su mayoría consisten en que yo molestaba a Alexei, pero Nina parece estar pasándoselo bien.

Se inclina hacia mí. —Solo necesito usar el baño.

Le hago una seña a Yakov, que sigue junto a la barra con un vaso de agua, y se acerca para acompañarla.

Nina pone los ojos en blanco, pero no se opone mientras él la conduce a través de la concurrida sala hacia los aseos.

—Y bien, ¿qué os parece? —pregunto una vez que Nina está a una distancia segura.

—Parece maja —dice Mikhail.

Dimitri asiente. —Me gusta. No es demasiado seria. Creo que a las chicas también les gustaría.

La idea de que Nina conozca a Bianca, Zara y Lucia me hace sonreír.

Mikhail frunce el ceño. —Hay algo en ella que me resulta familiar. Pero no sabría decir el qué.

Dimitri se ríe. —¿Has conocido a muchas bailarinas rusas en tu pasado, *brat*?

—Que te jodan. —Mikhail se gira en su asiento para mirarme—. ¿Ha habido más amenazas contra ella?

Niego con la cabeza, se me erizan los pelos de la nuca al pensar en Igor poniendo sus manos sobre Nina.

—No, pero algo se avecina. Igor no es precisamente conocido por rendirse, y para mi gusto ha estado demasiado callado.

Dimitri toma un sorbo de su bebida. —Quizá el cabrón por fin ha entrado en razón. Sabe que cualquier represalia va a resultar en una guerra, y él perderá.

—Quizás… —reflexiono—. Pero no me gusta la idea de que esté por ahí, esperando su momento. Odio la sensación de estar constantemente mirando por encima del hombro.

Dimitri se encoge de hombros. —Eso va con el cargo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que cuando por fin tienes una chica que… ya sabes. —Sonríe con suficiencia, y pongo los ojos en blanco ante lo que insinúa—. Siempre temes que algo o alguien venga y te la quite.

Resoplo. —Eso es muy tranquilizador. Gracias, Dimitri.

—De nada. Ahora, ¿qué tal otra ronda?

Nina aguanta pacientemente otra hora de la interminable cháchara y las bromas de Dimitri antes de sofocar un bostezo, y decido que es hora de llevarla a casa.

Yakov ocupa mi asiento vacío para discutir algunos asuntos con Mikhail mientras acompaño a Nina fuera del bar hacia mi coche, donde la acomodo en el asiento del copiloto.

Duerme una ligera siesta en el trayecto de vuelta a casa, y mantengo mis dedos entrelazados con los suyos todo el tiempo.

Cuando finalmente aparco el coche, desenredo suavemente mis dedos y voy hacia su lado, donde la cojo en brazos.

Se remueve, sus ojos se abren con un aleteo.

—No te despiertes —susurro mientras la acomodo en mis brazos.

—Estoy despierta. —Se acurruca contra mí—. Solo estoy cómoda.

Le sonrío a su rostro apacible antes de llevarla dentro de la casa.

—¿Quieres irte a la cama?

—Tengo hambre —murmura ella, y mi pecho vibra con una risa silenciosa.

—Esa comida era para ti, pero parece que mis primos no captaron la indirecta.

—No pasa nada. Me cayeron lo suficientemente bien como para compartir mi comida.

—Eso es un gran cumplido.

Nina me sonríe con pereza mientras la llevo en brazos a la cocina, donde la siento en la encimera y me pongo a prepararle algo de comer. Todavía está envuelta en su enorme abrigo, así que subo la calefacción y pongo agua a hervir para un té.

—Gracias por presentarme a tus primos. Sé lo unidos que estáis, así que significa mucho para mí que quisieras que los conociera.

—Has causado muy buena impresión. Les has gustado mucho y su aprobación significa mucho para mí.

—Me alegro. —Juguetea con los dedos.

—¿Alguna vez has deseado tener hermanos o primos? ¿O te gusta la paz y la tranquilidad? —Le entrego una taza de té de jengibre.

Nina se muerde el labio inferior, con los ojos fijos en la taza de té que sostiene en las manos.

—Eh, puede ser. —Se quita el abrigo encogiéndose de hombros y lo deja a su lado.

—Seguro que ser hija única te unió más a tus padres, ¿no? Pero recuerdo que dijiste que no tenías mucha relación con tu padre. ¿Tus padres estaban divorciados o…?

Nina se encoge visiblemente ante mi pregunta, así que dejo que mi voz se apague.

—Lo siento, me estoy entrometiendo. No pasa nada si no quieres hablar de ello.

Me maldigo en silencio por haber vuelto a sacar el tema de su familia. Recuerdo que la última vez que le pregunté se mostró reacia a hablar, así que sé que hay una historia detrás, pero presionarla para que me la cuente no es la forma de conseguir que hable.

Se abrirá cuando esté lista.

—Prefiero centrarme en tu gran y feliz familia. —Me dedica una pequeña sonrisa—. Con todos esos bebés tan monos alrededor,

querría pasarme cada segundo achuchándolos.

—Quizá podría llevarte a que conozcas a Lucia y a Vivi. Creo que os llevaríais muy bien.

—Me gustaría.

Algo parecido a la tristeza brilla en sus ojos y decido cambiar de tema a algo más alegre.

—Bueno, ¿cómo ha ido el resto de tu ensayo?

—Ha ido muy bien. —El rostro de Nina se ilumina—. Emma ha bordado su solo, ha sido increíble verla. Ha estado trabajando muy duro en él. Y madame Le Croix ha dicho que si sigo así, es probable que consiga el papel principal en la producción de primavera de *La bella durmiente*.

—¡Eso es increíble! —Le cojo el té de las manos, lo dejo en la encimera y la estrecho en un fuerte abrazo—. Estoy muy orgulloso de ti.

—No es seguro, pero es un buen incentivo para trabajar muy duro durante los próximos meses. Conseguir un solo sería una oportunidad increíble, *sobre todo* porque a estos espectáculos vienen ojeadores y agentes.

—¿Puedes enseñarme en lo que has estado trabajando? Nunca te he visto bailar.

—Bueno, no llevo las zapatillas de punta.

—Puedes tomar prestadas las mías —bromeo.

Me da una palmadita juguetona en el brazo. —Puedo hacerlo descalza. Quizá no salga perfecto porque este no es el mejor suelo…

Se baja de la encimera de un salto y busca el móvil en el bolsillo de su abrigo.

—Vas a estar increíble de todas formas.

Se sonroja mientras se quita las zapatillas de deporte y le da al *play* a la música.

Me apoyo en la encimera mientras Nina empieza a bailar, sus elegantes extremidades moviéndose al son de la música. La observo entrar lentamente en un estado de trance, perdiéndose en sus movimientos mientras salta y gira por el suelo.

No puedo apartar los ojos de ella, completamente hipnotizado por la forma en que mueve su cuerpo, por lo guapa que está.

Sus ojos se cierran mientras empieza a girar sobre un pie, levantando el otro hacia su cara. Mi mente se llena de imágenes de la última vez que la vi en esa posición, completamente desnuda y entregada a mí, y tengo que agarrarme al borde de la encimera cuando mi polla se contrae.

Se desliza rápidamente hacia un arabesco y una enorme sonrisa se dibuja en su rostro cuando la música llega a su clímax.

Cruzo la habitación y le cojo la cara entre las manos antes incluso de que la música termine, demasiado desesperado por ponerle las manos encima.

Suelta un gritito cuando la acorralo contra la mesa y devoro su boca con la mía.

—Eres increíble —gimo mientras meto el muslo entre los suyos y froto mi erección contra ella.

Gime, arqueando el cuello mientras mi lengua se desliza contra la suya.

—Me has puesto a cien.

—Mmm… —Se frota contra mi muslo.

—¿Te gusta, *lapochka*?

Suelta un quejido cuando presiono mi polla contra ella con más fuerza, haciéndole saber lo que me provoca.

—Anton. —Hunde las uñas en mis hombros para intentar estabilizarse.

Aprieto los dientes mientras mi polla palpita dentro de mis pantalones.

Estoy desesperado por estar dentro de ella, pero todavía no. Mi propio orgasmo tendrá que esperar un poco más.

Deslizo las manos por su cuello antes de ahuecar sus pechos; las duras puntas de sus pezones asoman a través de la fina tela de su camiseta.

Los rozo suavemente con los pulgares y Nina gime más fuerte mientras se frota el coño contra mi muslo.

Inclinándome, le chupo el labio inferior mientras sigo explorando su cuerpo.

Cuando llego a sus mallas, meto los dedos en la cinturilla y empiezo a bajárselas por los muslos.

—Anton —jadea contra mi boca—. Podría entrar alguien.

—Esta es mi casa —gruño mientras paso un dedo por la costura húmeda de sus bragas—. Así que puedo darle placer a mi mujer donde me dé la real gana.

Capítulo Veinticuatro

NINA

—Ahora, quítate las braguitas, Nina.

No hace falta que me lo pida dos veces.

Me bajo el delicado encaje por los muslos y Anton gruñe al ver mi coño ya reluciente.

Saber que mi baile lo ha excitado tanto ha hecho que me muera de ganas por él casi al instante. Me encanta que parezca no tener nunca suficiente de mí.

De verdad que es el hombre perfecto.

—Así está mejor —murmura mientras me pasa un dedo por mi centro—. Siempre tan lista para mí.

Rodea mi entrada, mojándose el dedo antes de pasarlo por mis pliegues y rozarme el clítoris.

Mis caderas se sacuden por lo sensible que estoy, y Anton inclina la cabeza para besarme suavemente.

—Podemos ir despacio si lo necesitas. Tenemos todo el tiempo del mundo, Nina.

—V-vale.

Me roza el clítoris de nuevo.

Aprieto los ojos con fuerza mientras el pulso se me empieza a acelerar.

Anton mantiene un ritmo lento mientras me acaricia suavemente el coño antes de frotarme el clítoris con lentos círculos.

Dejo caer la cabeza hacia delante para apoyarla en su pecho mientras intento recuperar el aliento y me humedezco más y más entre los muslos.

—Qué bueno —gimo.

Anton me sujeta la cabeza contra él, con los dedos enredados en mi pelo, mientras hunde dos dedos en mi interior.

—Oh, *sí*. —Me muevo contra su mano.

—Eso es, Nina. —Anton me rodea el clítoris con el pulgar.

Bombea sus dedos dentro de mí mientras yo me froto contra él, mis gemidos cada vez más fuertes a medida que mi orgasmo se acerca.

Pero necesito más.

Lo necesito *a él*.

Llevo la mano a su entrepierna y le agarro la polla por encima de los pantalones; las caderas de Anton se sacuden cuando aprieto su enorme miembro.

—¿Puedo tocarte? —Me echo hacia atrás para mirarlo.

Los ojos de Anton están vidriosos mientras lo masturbo, y casi me corro solo de ver la expresión de su cara.

—Soy todo tuyo, *lapochka*.

Anton desenreda los dedos de mi pelo y se desabrocha rápidamente los pantalones.

Meto la mano para sacarle la polla y, cuando se la rodeo con los dedos y se la meneo, ambos gemimos al unísono.

Un torrente de humedad baña la mano de Anton mientras me folla con los dedos.

—Dios mío —gimo mientras lo masturbo con más fuerza, rozándole con el pulgar la punta resbaladiza.

Se me hace la boca agua con la necesidad de saborearlo, pero hacérselo así significa que puedo ver la expresión de puro éxtasis en su cara mientras le recorro el miembro.

—Eso es, Nina. Qué chica tan jodidamente buena. —Anton empuja contra mi mano—. Se te da muy bien.

—Me encanta tocarte. —Le froto con el pulgar la sensible parte inferior de su polla.

—Y a mí me encanta tocarte a ti. —Anton se ríe entre dientes mientras se inclina para besarme suavemente en los labios—. Pero sobre todo me encanta hacer que te corras.

Enrosca los dedos en mi interior, rozando mis sensibles paredes internas.

Me tiembla todo el cuerpo y me muerdo el labio inferior para no gritar.

—No te contengas, *lapochka*.

—M-me corro. —Aprieto su polla con más fuerza.

Anton aprieta los dientes mientras me frota el clítoris más deprisa sin dejar de bombear sus dedos dentro de mí.

—¡*Anton*! —grito mientras me desplomo contra su pecho, con su polla todavía en mi mano mientras me contraigo alrededor de sus

dedos.

—Eso es. Joder —gruñe mientras me hace superar el orgasmo.

El líquido preseminal me cubre la mano y empiezo a meneársela de nuevo, pero Anton niega con la cabeza mientras saca los dedos de mi interior.

—Quiero correrme dentro de ti. —Me hace girar y me dobla sobre la mesa.

No pierde el tiempo en meterme la polla con tanta fuerza que la mesa se desliza por el suelo, pero a ninguno de los dos nos importa.

Sus movimientos son brutales y yo estoy lánguida de placer mientras mis caderas se frotan contra el borde de la mesa y él me folla con fuerza.

Está cogiendo todo lo que necesita y a mí me encanta cada segundo.

Aprieto la mejilla contra la madera fría, cerrando los ojos al compás de los gruñidos de Anton mientras entra y sale de mi coño.

—Tan perfecta. —Me amasa el culo.

Empujo hacia atrás contra él, gimiendo cuando me da tan profundo que pongo los ojos en blanco.

—Más. —Me froto los pezones doloridos contra el tablero de la mesa.

Anton se ríe entre dientes mientras me rodea para frotarme el clítoris.

—¡Sí! —grito.

—Joder, Nina, mírate. —Me embiste—. Joder.

Enreda sus dedos en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para que me arquee contra él.

Apenas puedo registrar los sonidos que estoy haciendo mientras Anton me lleva al límite.

Mi coño vuelve a palpitar y Anton gime mientras se derrama en mi interior.

Muevo las caderas mientras él sigue moviéndose dentro de mí hasta que los dos estamos completamente agotados.

—Vamos a meterte en la ducha. —Anton sale de mi interior y me coge en brazos.

Me saca de la cocina, a pesar de que su polla está dura y goteando, yo estoy completamente desnuda de cintura para abajo y su corrida me gotea por los muslos.

Espero de verdad que no nos encontremos con nadie del personal antes de llegar al baño.

Me despierto con el sol calentándome la cara y suspiro al sentir un ligero dolor entre los muslos.

No paramos después de la ducha.

Anton decidió tirarme dos veces más, una en el sillón de su habitación, donde cabalgué sobre él hasta que grité su nombre, y otra en la cama antes de que ambos cayéramos rendidos por el agotamiento.

Estiro los brazos, deseando sentir el cálido cuerpo de Anton, pero frunzo el ceño al encontrar la cama vacía.

—¿Anton?

Su lado de la cama todavía está caliente y me acurruco en su almohada, aspirando su olor.

Quizá solo haya ido al baño, pero no oigo correr el agua.

—¿Anton? —vuelvo a llamarlo, esta vez más alto.

No sé por qué de repente me entra el pánico ante la idea de despertarme sola. Lo he hecho toda mi vida.

Pero me he malacostumbrado estas últimas semanas, despertándome en los brazos de Anton, y echo de menos su calor y el sonido de los latidos de su corazón cuando descanso sobre su pecho.

Aparto las sábanas y veo la camisa que se quitó Anton ayer en el suelo, así que me la pongo rápidamente y bajo, donde el olor a café recién hecho me llega a la nariz.

—¿Te agoté anoche? —bromea Anton cuando entro en la cocina.

Está en los fogones preparando unos huevos, vestido solo con unos pantalones de chándal negros que le caen por las caderas.

—Un poco —reprimo un bostezo—. Pero mereció la pena.

Lo rodeo con mis brazos.

El cuerpo de Anton vibra con una risa silenciosa, pero me rodea con un brazo mientras sigue removiendo los huevos en la sartén. —Desde luego, no me arrepiento de nada.

—Debería bailar para ti más a menudo. Aunque quizá hoy no. Creo que de verdad me has dejado rota. —Miro a Anton y pongo los ojos en blanco al ver la expresión de suficiencia en su cara.

Me besa en la coronilla. —Ve a sentarte y te llevaré un café.

Gimo al primer sorbo de café, y la mirada de Anton se oscurece mientras me observa con su camisa puesta.

—No se te ocurran ideas raras. —Estiro las piernas sobre la silla de al lado.

—Pero esa mesa me trae tan buenos recuerdos...

—Eres insaciable —sonrío mientras sorbo mi café.

Anton me guiña un ojo antes de ir hacia la nevera para coger un paquete de beicon.

Me quedo sentada en silencio, disfrutando al verlo moverse por la cocina.

Hay tanta ligereza en él mientras cocina que me pregunto si yo tengo ese mismo aspecto cuando bailo. De ser así, entiendo perfectamente por qué no podía quitarme las manos de encima. Me sorprende no estar babeando mientras contemplo las líneas duras de su cuerpo, la forma en que sus músculos se marcan con cada movimiento.

Pero mis fantasías se disuelven pronto, cuando el beicon cae en la sartén y la cocina se llena del aroma de la carne chisporroteando.

Se me revuelve el estómago y la boca se me llena al instante de saliva, y no en el buen sentido.

«Oh, no». Reprimo las ganas de vomitar.

—¿Nina? —Anton mira por encima del hombro.

Fuerzo una sonrisa, intentando no hacer una mueca ante el olor del beicon.

¿Qué demonios está pasando?

—Estoy bien —miento, forzando una sonrisa.

Anton no parece convencido, pero vuelve a centrar su atención en la comida y yo hago todo lo posible por ignorar las náuseas que me revuelven el estómago.

Afortunadamente, sentarme a la mesa surte efecto, ya que me inundan los recuerdos de anoche, y se me encienden las mejillas al recordar lo desesperado que estaba Anton por tenerme después de verme bailar.

Estaba nerviosa cuando me pidió que bailara para él. Se sintió tan íntimo mostrarle esa parte de mí, una parte que muy pocos llegan a experimentar aparte de mis profesores y compañeros de clase.

Pero el sexo que vino después fue diferente a todo lo que habíamos compartido. Fue realmente alucinante.

—Deja de tener pensamientos impuros.

Parpadeo mientras Anton deja un plato de huevos y beicon delante de mí.

—N-no lo hacía. —Me arden las mejillas.

—Mentirosa —se ríe Anton, colocándome el pelo detrás de la oreja y besándome la frente—. Pero yo también estaba teniendo pensamientos muy impuros.

Me estremezco ante su contacto.

—Ahora, come antes de que se enfríe. —Se sienta frente a mí.

Asiento, cojo el tenedor y recojo unos cuantos huevos. Al llevármelos a la boca, lucho contra las ganas de vomitar.

Miro nerviosa a Anton, pero está concentrado en su comida, ya se ha comido la mitad de su plato.

Tragándome la bilis de la garganta, me obligo a dar un bocado y a masticar. Pero no puedo reprimir una arcada cuando los huevos casi reaparecen de inmediato, y Anton levanta la vista de su comida, con el ceño fruncido.

—¿No tienes hambre? —Mira mi plato de comida intacto.

Intento no arrugar la nariz al ver los huevos, pero la verdad es que el olor me da ganas de vomitar.

Tengo un nudo en el estómago, pero no es de extrañar, teniendo en cuenta la red de mentiras en la que me he visto envuelta.

—Yo, eh... No me encuentro muy bien del estómago.

—¿Estás con la regla? Porque le dije a Danika que se asegurara de que el baño estuviera abastecido para ti. Pero si necesitas cualquier otra cosa, házmelo saber.

—Oh, eso es... eh, gracias. —Me arden las mejillas aún más, pero Anton tiene razón.

He estado tomando la píldora religiosamente, pero aparte de un pequeño manchado, no he tenido nada.

Anton me toca la mano. —¿Te preparo otra cosa? Hay fruta o quizá unas tortitas...

Normalmente, estaría suplicando por unas tortitas, con beicon *y* huevos. Debería estar muerta de hambre teniendo en cuenta toda la actividad nocturna, pero ahora mismo, no me apetece nada.

Me quedo mirando el plato de comida mientras intento devanarme los sesos.

Achacaba la falta de la regla al estrés, pero lo cierto es que siempre he sido como un reloj, independientemente de los factores de mi estilo de vida.

Nunca se me retrasa la regla.

Esto no puede estar pasando. Sé que la píldora solo es segura en un noventa y nueve por ciento, pero seguro que...

Bueno, esto es fantástico.

Puede que mi padre se haya salido con la suya, después de todo.

Capítulo Veinticinco

NINA

SOLO HAY UNA forma de saber con certeza si lo que temo es verdad, pero no puedo entrar en una farmacia a comprar una prueba de embarazo cuando Yakov no se separa de mí. No puedo arriesgarme a que esto llegue a oídos de Anton.

Al menos, no hasta que sepa con certeza cuál es la situación.

Yo: *Necesito un favor... Uno muy grande.*

Emma: *Dispara.*

Yo: *Creo que podría estar embarazada...*

Aparecen los tres puntos que indican que Emma está escribiendo, pero luego desaparecen.

Miro el móvil, que tiembla en mis manos, mientras espero a que responda.

Una parte de mí se pregunta si no habría sido mejor sincerarme con Anton desde el principio, pero un bebé complica mucho las cosas.

Sobre todo cuando mi padre tiene planes tan horribles para cualquier posible descendencia de los Koslov que yo pueda tener.

Por suerte, Emma responde antes de que pueda darle demasiadas vueltas a los «y si...». *¡No se hable más, yo me encargo!*

Llego a la facultad más de una hora antes de que empiece mi clase, pero Emma ya está allí, dando saltitos sin moverse del sitio mientras se aferra el bolso al pecho como si fuera una prueba en un juicio por asesinato.

Pienso en la prueba de embarazo y el corazón empieza a latirme con fuerza.

Sus ojos se desvían inmediatamente hacia Yakov y hace una mueca.

—Estás siendo muy obvia —articuló sin emitir sonido mientras nos acercamos, y ella asiente, colgándose rápidamente el bolso del hombro.

—¿Vienes al baño conmigo? —La voz se le vuelve un poco aguda.

No me da tiempo a responder.

Emma me coge del brazo y prácticamente me arrastra hacia el baño. —Puede que tardemos un rato, Yakov, tenemos que hablar de cosas de chicas lejos de oídos indiscretos.

Yakov gruñe y se coloca junto a la puerta para esperarnos.

Emma no me suelta hasta que estamos a salvo al otro lado del baño, junto a los secadores de manos.

—¿Quieres contarme qué demonios pasa? —susurra entre dientes, dejando su bolso en la encimera y sacando una bolsa de CVS.

—Creo que es bastante obvio lo que pasa —murmuro mientras cojo la bolsa—. ¿Has comprado todas las existencias?

Hay numerosas cajas dentro.

—He pensado que era mejor tener algunas de repuesto, por si acaso. —Emma se aparta los rizos de la cara—. Bueno, ¿qué necesitas? ¿Apoyo moral? ¿Una charla sobre sexo seguro?

El labio inferior empieza a temblarme mientras vuelvo a dejar la bolsa y respiro hondo.

—Ay, Nina... —Emma me atrae hacia sí para darme un abrazo—. Todavía no sabemos si hay algo por lo que disgustarse.

—Lo sé. —Me seco los ojos—. Es que... esto es demasiado.

—Estaré encantada de cogerte la mano mientras meas en el palito. Diría que es un buen momento para estrechar lazos, uno que me tomo muy en serio.

Se me escapa una risa ahogada mientras las lágrimas empiezan a correrme por la cara. —Vamos, acabemos con esto de una vez.

Emma coge una de las cajas y me sigue hasta el cubículo del fondo.

Pensaba que lo de cogerme la mano era una broma, pero se encierra conmigo mientras me bajo los leggings y me siento en el inodoro.

—No puedo creer que esté haciendo esto.

Me entrega el palito. —Si te sirve de consuelo, dudo que seas la primera chica que mea en un palito en este baño.

—No, no me sirve —mascullo mientras coloco el palito entre mis piernas.

Ambas guardamos silencio mientras hago lo mío y luego Emma me quita el palito de la mano y abre la puerta.

—Ahora, a esperar. —Saca el móvil para poner un temporizador. Pone la prueba de embarazo boca abajo junto al lavabo para que ninguna de las dos tengamos la tentación de mirar.

Estos próximos dos minutos decidirán todo mi futuro.

—Creo que voy a vomitar. —Se me hace un nudo en el estómago por los nervios.

—Definitivamente estás embarazada. —Emma se ríe.

—No tiene ni puta gracia.

—Una parte de mí quiere aplaudirte por haberte ligado al rico, pero en serio, Nina, ¿qué vas a hacer si es positivo? ¿Y el ballet?

Ni siquiera había pensado en eso...

Estaba tan absorta en lo que haría mi padre si resultaba estar embarazada que no me había parado a pensar en lo que esto me costaría.

—Yo... —Trago saliva, tratando de disolver el nudo en mi garganta mientras mi futuro empieza a desvanecerse.

Si estoy embarazada, adiós a mi oportunidad de conseguir un papel principal en primavera, o de graduarme siquiera. —Oh, Dios mío.

Era todo demasiado bueno para ser verdad. Debería haber sabido que la vida no iba a acabar bien sin más.

—¿No es esto ni un poquito bueno si resulta ser positivo? O sea, tú y Anton parecéis superenamorados. La forma en la que te mira... Es de película, Nina.

Asiento, secándome las mejillas con el dorso de la mano. —Lo quiero, Emma.

La boca de Emma se abre en una enorme sonrisa y levanta el puño en el aire. —¡Lo sabía!

Me encojo, y las mejillas me arden.

—¿Se lo has dicho?

—No...

—¿Qué? ¿Sabe algo de todo esto?

—No quería decir nada hasta que supiera con certeza lo que estaba pasando. He tenido un poco de náuseas esta mañana, pero lo he hecho pasar por dolores fuertes de regla.

Emma pone los ojos en blanco mientras se pone las manos en las caderas.

—No podrás usar esa excusa durante mucho más tiempo. Sé que los hombres no tienen ni puta idea del cuerpo de las mujeres, pero creo que hasta Anton sabe que una regla no dura semanas.

—La cosa no llegará tan lejos. S-se lo diré esta noche, sea como sea.

—Así que, ¿llega a casa y se encuentra con un «te quiero» y un bebé? Un gran día para Anton. —Emma suelta una risita—. Va a ser un papi de lo más presumido.

—¿Podemos no empezar con las bromas de papis todavía? —Me paso las manos por la cara—. Ni siquiera puedo asimilar que un bebé pueda estar en mi futuro...

Me interrumpe el pomo de la puerta al girar, pero Emma se apresura a empujarla para mantenerla cerrada.

—¡Ocupado! —grita Emma cuando alguien empieza a aporrear la puerta.

—Hay cinco cubículos...

—¡Me encargaré personalmente de todas y cada una de las zorras que intenten entrar aquí, así que más os vale que os larguéis!—

Casi me río al imaginar la cara de terror de quienquiera que estuviese intentando pasar por delante de Emma, pero me sale más bien un sollozo.

—No puedo con esto, Emma. —El pulso se me acelera mientras el pánico empieza a apoderarse de mí.

Seguro que los dos minutos están a punto de terminar, ¿verdad?

—No estás sola, Nina. —Emma se acerca a mí y me pone las manos en los hombros.

La miro fijamente a sus ojos azul cristalino y casi me derrumbo al darme cuenta de lo sincera que es.

—Eres una buena amiga.

—Sé que harías lo mismo por mí. —Se encoge de hombros.

El móvil de Emma vibra y las dos nos quedamos heladas.

—No puedo mirar. —Me cubro la cara con las manos mientras Emma coge el móvil.

Ha llegado el momento.

Ya no hay vuelta atrás.

Emma coge el test y espero un grito de alegría, pero nunca llega.

Emma guarda un silencio sepulcral, lo que solo puede significar una cosa.

—Es positivo, ¿verdad? —espío por entre los dedos.

Emma se muerde el labio antes de enseñarme el test con las dos líneas rosas bien marcadas.

—Estoy embarazada —susurro, dejando caer las manos a los costados.

—Sí… —Emma me entrega la prueba.

—Estoy embarazada. —Espero que, si repito las palabras suficientes veces, empiece a asimilarlo—. ¿Cómo ha pasado esto?

Me siento en el borde de la encimera.

—Bueno, supongo que tú y Anton lo hicisteis sin condón, ¿no?

—Sí, pero tomo la píldora. Creía que estaba protegida…

—¿Pero qué?

—Me llevaron a su casa cuando no me lo esperaba y creo que me salté un día. Además, hace unas semanas estuve mala. Fue justo después de que nos acostáramos. Cualquiera de las dos cosas podría ser la causa de esto.

—Es como si el universo *quisiera* que tuvieras un bebé.

Mi padre desde luego que lo quería. Pero es algo en lo que no puedo ni pensar.

—Entonces, ¿cómo nos sentimos al respecto? —Emma se sienta a mi lado en la encimera.

—No tengo ni idea. Esto es… demasiado.

No puedo apartar los ojos de las dos líneas rosas. En este preciso instante, una vida diminuta está creciendo dentro de mí y es parte de Anton, el hombre que ha puesto mi vida patas arriba de la mejor manera posible.

Un pequeño aleteo de emoción se enciende ante la idea de contárselo.

Vi cómo se le iluminaron los ojos la otra noche cuando sus primos enseñaban fotos de sus propios hijos, y sé que está desesperado por tener su propia familia.

—Tal y como yo lo veo, tienes tres opciones —me saca Emma de mis pensamientos.

—¿Tres?

—El plan A es el paquete «y fueron felices para siempre» con Anton, en el que te mudas a su enorme mansión, tenéis montones de bebés y envejecéis juntos rodeados de vuestras fortunas y de nietos increíblemente guapos.

—Eso suena a cuento de hadas. —Puedo imaginarlo todo con claridad, esa vida que podría tener con Anton. Una que nos traería a

ambos muchísima alegría y felicidad.

Pero esa vida es una vida construida sobre una mentira.

—El plan B es que Anton se largue, y a este niño lo acaben criando cuatro bailarinas un poco inestables y totalmente sin blanca que le provocarán un problema de alcoholismo galopante y un trastorno alimenticio para cuando cumpla los catorce.

—¿Catorce? ¿En serio?

—Viene con el oficio. —Emma se encoge de hombros.

—¿Y el plan C?

—El plan C es que te pida una cita y finjamos que esto nunca ha pasado. Anton no tiene por qué saberlo.

Niego con la cabeza.

—Esa no es una opción. No puedo hacerle eso a Anton. Él… tiene derecho a saber la verdad.

El peso de mi engaño empieza a asentarse de nuevo en mi pecho.

—Quizá… Pero, en última instancia, es tu decisión, Nina. Estamos hablando de tu vida. Has soñado con ser bailarina desde que eras una niña, y estás muy cerca de vivir ese sueño. ¿Estás segura de que estás lista para renunciar a todo eso?

—N-no tengo ni idea. Estoy hecha un lío.

—Bueno, pase lo que pase, nos tienes a mí, a Allie y a Bea. Tu bebé no podría pedir mejores madrinas. Sé que no conozco muy bien a Anton, pero, por lo que sé, parece legal, así que sé que él tampoco se irá a ninguna parte, decidas lo que decidas.

Por un lado, la idea de tener un bebé con Anton suena más a un sueño que a una pesadilla. Sería un padre maravilloso y sé que amaría a este niño incondicionalmente.

Nuestro bebé tendría la vida que siempre soñé, rodeado de amor y de familia…

Pienso masacrar al niño justo delante de él.

Apenas llego a tiempo al váter antes de vomitar.

La verdad es mucho más grande que solo yo ahora. Podría significar la diferencia entre la vida y la muerte. Puede que me cueste a Anton, pero, en última instancia, él es el único que puede proteger de verdad a nuestro bebé de mi padre.

La elección se ha tomado por mí.

Esta noche es la noche en la que le diré a Anton la verdad sobre todo.

Capítulo Veintiséis

ANTON

Mi día ha sido una auténtica locura.

Nina se ha ido a clase tempranísimo y no puedo evitar preocuparme de que algo vaya mal. Apenas ha comido y ha tenido la tez casi gris. Me asegura que es solo cómo se pone cuando tiene la regla, pero eso no evita que me preocupe.

Le he sugerido que quizá debería quedarse hoy en casa descansando, pero se ha negado en rotundo, diciendo que no puede permitirse faltar.

Comprendo que el ballet es importante para ella, pero ojalá no tuviera que elegir entre su salud y su sueño.

Pero no voy a ser el capullo que le diga lo que tiene que hacer, así que le he dado a Yakov órdenes estrictas de que la traiga a casa de inmediato si empieza a encontrarse mal. De momento, no he sabido nada de ninguno de los dos, lo que me tomo como una buena señal.

Mi madre, por otro lado, ha estado trayendo por la calle de la amargura a la pobre Jen y ya he tenido que dar la vuelta con el coche dos veces de camino a la ciudad para ir a ayudar a calmarla.

Para cuando he llegado a mi reunión en el Russian Tea Rooms, los hombres con los que me iba a reunir para hablar de la apertura de un segundo bar ya iban por su cuarta copa y estaban más interesados en las camareras que en los márgenes de beneficio.

Ha sido una completa y jodida pérdida de tiempo, pero intento con todas mis fuerzas no enfadarme. Al fin y al cabo, mi madre me necesitaba, y ella siempre está por encima del trabajo.

Algún día, ya no estará y no tendré nada más en lo que centrarme que el trabajo. Excepto, quizá, en Nina...

Me termino lo que queda de mi copa y me despido de mis socios después de pagar la cuenta. Mientras espero a que el aparcacoches me traiga el coche, el móvil me vibra en el bolsillo y sonrío al ver el nombre de Nina parpadeando en la pantalla.

Nina: *¿Vienes pronto a casa? Necesito hablar contigo de una cosa*

Mi sonrisa se desvanece.

¿Por qué tengo la sensación de que, sea lo que sea de lo que tiene que hablarme, no es bueno...?

Yo: *Estoy de camino, lapochka, en casa en 30 x*

Apenas he salido de Midtown cuando recibo una llamada de Mikhail.

—Tienes que mover el culo hasta casa de Alexei —me ordena mi primo antes de que pueda siquiera decir nada.

—¿En Queens? —Miro la hora en la pantalla.

—Sí, estamos todos aquí.

—¿No puede esperar? —gimo—. Tenía que hacer una cosa.

—No, no puede. Es urgente, Anton.

—Siempre lo es —murmuro.

Le cuelgo a Mikhail y llamo a Nina para decirle que llegaré a casa más tarde de lo previsto, pero me salta el buzón de voz. Intento no preocuparme.

Lo más probable es que esté en la ducha, así que le dejo un mensaje y me prometo a mí mismo volver a casa en cuanto pueda.

El trayecto hasta Queens es largo. Me pilla el tráfico de la hora punta y cada minuto que pasa parece una hora. Sea lo que sea esta reunión, más vale que merezca la pena robarme el tiempo de estar con Nina.

Aparco junto al BMW de Dimitri y lo que parece ser un Porsche Cayenne nuevo de paquete.

—¿En serio, Danil? —resoplo mientras miro el modelo de alta gama.

Cambia de coche como Dimitri solía cambiar de mujer.

Reviso mis mensajes una última vez para ver si Nina me ha respondido, pero no hay nada, así que, a regañadientes, apago el móvil en lugar de dejarle otro mensaje y salgo del coche.

—Hola, Anton —me saluda Bianca al entrar por la puerta.

Lleva en brazos a un Leo que no para de retorcerse y que me saca la lengua cuando le sonrío.

Ella le frunce el ceño.

—No, Leo, eso no se hace.

Le saco la lengua a Leo cuando Bianca no mira y el niño me sonríe.

Se parece tanto a Alexei que asusta, con su pelo oscuro y sus ojos marrones. Es raro pensar que algún día tomará el relevo de su padre y la siguiente generación de los Koslov estará a su lado, incluidos mis propios hijos, espero.

—¿Dónde están todos?

La casa parece inquietantemente silenciosa, teniendo en cuenta que me han dicho que están todos los hermanos.

—Están arriba, en el despacho de Alexei. —Bianca inclina la cabeza hacia las escaleras.

—¿Tienes idea de qué va esto? —Me estiro para hacerle cosquillas a Leo debajo de la barbilla.

—Ni idea. Pero Mikhail no parecía muy contento cuando ha llegado.

—Mikhail nunca parece contento.

—Eso es verdad. —Se ríe—. En fin, debería meter a este hombrecito en el baño. Dile adiós al tío Anton.

—Dulces sueños, hombrecito. —Le revuelvo el pelo a Leo antes de subir las escaleras hacia el despacho de Alexei.

El ambiente en la habitación es sombrío cuando entro y al instante me pongo en alerta mientras miro a cada uno de mis primos por turnos.

Los cuatro están sentados uno frente al otro en los dos sofás, cada uno con una copa en la mano.

—Supongo que Igor ha movido ficha. —Miro a Alexei.

Va a responder, pero entonces mira a Mikhail y yo frunzo el ceño cuando nadie habla.

—¿Qué demonios pasa?

Mikhail deja el vaso sobre la mesa y se pone en pie.

—Será mejor que te sientes, Anton.

—Prefiero que me digas qué coño está pasando. —Siento que he entrado en medio de una encerrona, por la forma en que tanto Dimitri como Danil se niegan a mirarme a los ojos.

Bianca no bromeaba cuando ha dicho que Mikhail parecía descontento.

Siempre tiene un cierto aire frío y distante, pero hay algo más acechando en su mirada mientras se acerca a mí.

¿Lástima?

¿Asco?

—¿Mikhail? —Mis manos empiezan a temblar al ver cómo se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una fotografía arrugada.

—Esta es una de las fotos que encontré en el apartamento de Lev el otro día. —Me la entrega.

Frunzo el ceño al mirar la foto de Igor de pie entre dos chicos adolescentes. Reconozco a Maxim inmediatamente a la derecha. Parece tener unos quince años y ya es la viva imagen de Igor, a excepción de su mata de pelo oscuro. Tiene la misma sonrisa burlona y el mismo brillo malvado en los ojos que su padre, y siento una satisfecha sensación de presunción por haberle metido una bala en el pecho.

Mis ojos se desvían hacia el otro chico y supongo que debe de ser Lev. Por la forma en que se encoge, tratando de apartarse de Igor, cuya mano tatuada le agarra el hombro, está claro que los dos chicos recibieron un trato muy diferente.

Aunque Lev tiene el mismo aspecto que el que tenían mis primos en su adolescencia —alto y larguirucho, con el pelo oscuro y revuelto—, las ojeras oscuras y su tez ligeramente grisácea me hacen preguntarme contra qué demonios está luchando, tanto internos como externos.

Pero entonces mi atención se centra en la última persona de la foto. Una niña de unos diez años que se encuentra un poco por detrás de Maxim, con el pelo castaño oscuro, grandes ojos azules y una sonrisa que ilumina toda la habitación…

—Nina —susurro.

Por un momento, el resto de la foto desaparece y me pierdo en su sonrisa.

Lleva un leotardo y un tutú rosas, y se agarra a Maxim mientras hace equilibrio en punta.

Se está agarrando a Maxim.

—Entonces, ¿es ella seguro? —pregunta Danil.

Parpadeo, aparto la vista de la foto y me encuentro a todos mis primos mirándome fijamente.

—¿Qué coño es esto? —agito la foto en el aire.

—Eso es lo que queremos saber —Alexei se pone en pie—. ¿Tú lo sabías?

—¿Saber el qué?

—¿Que Nina es la hija de Igor?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago y retrocedo un paso, tambaleándome.

—¡Joder, claro que no lo *sabía*! —rujo mientras aprieto los puños—. Esto tiene que ser una puta broma macabra.

—Ojalá lo fuera, Anton —Mikhail alarga la mano para agarrarme el hombro, pero se la aparto de un manotazo.

Niego con la cabeza, con el estómago revuelto mientras las piezas empiezan a encajar.

—E-estáis equivocados —logro decir con voz ahogada.

—Parece que Igor quizás envió a Nina como una forma de vengarse por Maxim. Lo que significa que tienes que andarte con ojo, porque está planeando algo.

Todo mi cuerpo tiembla de rabia mientras la realidad me golpea.

Joder, me la ha jugado.

—Tengo que irme.

—Anton…

No me molesto en quedarme para escuchar lo que Mikhail tiene que decir.

Me estoy asfixiando y tiro del cuello de mi camisa, que siento incómodamente apretado mientras salgo furioso del despacho.

Tiene que haber otra explicación para esto. Es imposible que las últimas semanas se hayan construido sobre una mentira, porque no estoy seguro de poder sobrevivir a este desengaño.

Encuentro a Nina sentada a la mesa de la cocina con las rodillas pegadas al pecho. Tiene las mejillas manchadas de lágrimas mientras remueve la comida en el plato.

Todavía lleva puesta la ropa de baile, con el pelo recogido en una coleta que deja al descubierto su largo cuello.

Parece tan delicada y frágil. Nadie supondría jamás que trabaja para uno de los hombres más peligrosos de Rusia.

—Tienes unas cuantas putas explicaciones que darme —gruño mientras entro furioso en la cocina y tiro la foto sobre la mesa, junto al plato de Nina.

Se sobresalta al oír mis pasos, baja las piernas y se inclina para mirar la foto.

Me cruzo de brazos, esperando que niegue que es ella. Pero entonces me doy cuenta de que su cuerpo se tensa y sé que todo es verdad.

—Joder, lo sabía —me paso las manos por el pelo—. Soy un puto idiota.

—Anton… —le da la vuelta a la foto, como si no pudiera soportar mirar la prueba de su traición.

—Quiero que te vayas de mi casa —mi voz tiembla de rabia—. ¡*Ahora*!

Nina niega con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas mientras me mira.

—Por favor, d-déjame que te explique…

—Creo que esta foto lo explica todo, ¿no crees?

—Anton —solloza Nina.

El sonido de mi nombre en sus labios hace que me aguante las náuseas.

—N-no es lo que piensas…

—Por favor, dime qué es lo que pienso, Nina.

—Él… Igor es… —traga saliva, negando con la cabeza.

—¡Dime la puta verdad!

Nina se estremece.

—Es mi padre —susurra.

Me trago la risa que se forma en mi garganta.

Nada de esto había sido real. Lo que Nina y yo teníamos no era más que un plan de venganza, y yo había caído ciegamente en su trampa.

Nina se pone en pie y yo retrocedo un paso automáticamente.

No me siento culpable por el destello de dolor en sus ojos, no cuando siento que mi corazón se está partiendo en dos.

—Me envió aquí para seducirte —murmura, rodeándose el cuerpo con los brazos mientras se muerde el labio con nerviosismo.

—Estará muy orgulloso de lo bien que lo has hecho —me cruzo de brazos.

Yo no era más que un juego para ella, una forma de buscar venganza por su hermano.

—Si lo del sueño del ballet no funciona, quizás deberías solicitar una beca de interpretación en Juilliard.

—Anton, por favor… —se le quiebra la voz—. No es así. E-estoy enamorada de ti.

Solloza e intenta alcanzarme, pero me la quito de encima, sin reparar en sus palabras.

Llevaba mucho tiempo queriendo oírlas, pero ahora suenan vacías.

—Lárgate de mi puta casa —mi voz suena fría.

—Anton…

—¡Fuera! —grito, dando un puñetazo en la mesa que hace temblar los vasos.

Nina da un respingo, se lleva las manos al estómago y su rostro se descompone.

—E-estoy embarazada.

Se me hiela la sangre al mirar a Nina.

Su rostro está completamente pálido y parece que está a punto de derrumbarse.

Pero no consigo consolarla, no después de lo que ha hecho, no solo a mí, sino a mi familia.

¿De verdad fui tan ingenuo como para caer rendido ante esos grandes ojos azules y esas caricias reconfortantes sin molestarme en investigar quién era realmente esta chica?

Debería haberlo sabido. Sabía que era demasiado bueno para ser verdad y, sin embargo, ni una sola vez me pregunté por qué me sentía así.

Igor debe de estar pasándoselo en grande, teniéndome como un peón tan dispuesto en su retorcido juego.

—¿De verdad crees que voy a tragarme eso? —resoplo—. Puede que me hayas tomado por tonto, Nina, pero eso se acaba ahora. Se acabó.

Nina se estremece al oír mis palabras, sin apartar las manos del vientre mientras todo su cuerpo tiembla.

—E-es verdad. Por favor, tienes que escucharme —solloza, pero levanto una mano para hacerla callar.

—Ya he oído bastante. Quiero que te hayas ido en menos de una hora. Danika puede ayudarte a recoger tus cosas.

Salgo furioso de la cocina sin mirar atrás.

Ayer, oírla decir que me quiere y que está esperando un hijo mío habría sido como un sueño hecho realidad. Pero ahora siento que he caído de bruces en mi peor pesadilla.

Capítulo Veintisiete

NINA

Cuando mi madre murió, se me rompió el corazón. Juro que pude sentir de verdad cómo el músculo empezaba a desgarrarse y mi cuerpo a desangrarse por dentro.

Quizá me estaba volviendo loca de dolor, pero el que sentía era muy real. Recuerdo preguntarme si sería verdad… si de verdad se podía morir de pena. Porque, sin duda, la muerte era inevitable, ¿no? Nadie podía sentir tanto dolor y no estar muriéndose.

Con el tiempo, mi corazón empezó a recomponerse.

No era perfecto. Todavía quedaban grietas, lo que a veces significaba que me embargaba una oleada de dolor cuando menos me lo esperaba. Cuando oía la música que ella solía tocar al piano mientras paseaba por una tienda o percibía la estela del perfume de alguien que pasaba y me daba cuenta de que era el mismo que usaba ella.

Pensaba que el dolor era algo que acabaría pasando, pero resulta que simplemente aprendes a vivir con él. Hasta que algo te resquebraja una vez más y te preguntas si esta vez será la definitiva. Si será la que por fin te rompa para siempre.

Sigo esperando que Anton se dé la vuelta, que me diga que lo entiende y que me escuchará. Pero entonces, la puerta principal se cierra de un portazo y se me va todo el aire de los pulmones al darme cuenta de que no va a volver.

—Oh, Dios —sollozo, agarrándome la garganta mientras me fallan las piernas y tengo que aferrarme a una silla para no caerme.

Se ha ido.

Si le hubiera dicho la verdad antes, ¿habría cambiado algo? ¿O seguiría igual de dolido que ahora? De cualquier modo, eso no va a cambiar el hecho de que se ha enterado, y lo que lo empeora es que no he sido yo quien se lo ha dicho.

Se merece algo mucho mejor que esto.

No sé de dónde ha sacado esa foto ni quiero saberlo. Lo único que me importa es que mi propia cobardía me acaba de costar todo.

—¿Katerina? ¿Por qué lloras?

Me quedo helada al oír la voz de Maria. Es la última persona con la que debería hablar.

—N-no lloro —me seco las mejillas, forzando una sonrisa—. Estoy bien, Maria.

Maria no parece convencida. Tiene el ceño muy fruncido mientras me mira con curiosidad.

—¿Habéis discutido Anton y tú? —pregunta poniendo las manos en las caderas y dedicándome esa típica mirada maternal.

—Eh… —No sé qué decirle sin disgustarla.

—Ven aquí.

Me quedo paralizada cuando, de repente, me rodea con sus brazos y me abraza con fuerza.

—Anton y tú estáis hechos el uno para el otro, Katerina. Sea lo que sea que os esté separando ahora, te prometo que lo superaréis. —Me acaricia suavemente la espalda y nuevas lágrimas empiezan a brotar por mis mejillas.

—No estoy tan segura —digo con la voz ahogada.

Maria se aparta y me ahueca una mejilla. Su rostro está lleno de amabilidad mientras me mira. Es la misma mirada que mi madre solía dedicarme cuando no me salía un determinado paso de ballet y me sentía inconsolable por miedo a que mi sueño nunca se hiciera realidad.

—Este sentimiento pasará. Un día, mirarás atrás y te darás cuenta de que tenías que pasar por este dolor para encontrar lo que estaba destinado a ti.

—Creo que lo he estropeado.

Maria ríe suavemente. —Anton puede ser cabezota. Pero volverá. Siempre lo hace.

Me seco las mejillas con el dorso de la mano y fuerzo una sonrisa.

—Espero que tengas razón.

—Sé que la tengo. Ahora, tengo que ir a terminar de hacer los *pelmeni* para Nikolai.

Me duele el corazón al verla salir de la cocina arrastrando los pies con sus zapatillas, sabiendo que Nikolai no vendrá.

¿Es una bendición que no sea consciente de la verdad? ¿Que se pase el tiempo viviendo dentro de un mundo de fantasía en el que su hijo viene a cenar y su marido solo ha salido un momento a por el periódico?

Quizá… Aunque espero, por su bien, que no despierte para darse cuenta de que el mundo se ha vuelto oscuro y los que quiere ya no están a su lado.

Cuando ya no oigo sus pasos, decido que es hora de subir a hacer las maletas.

Siento el cuerpo pesado mientras me muevo por mi habitación.

El recuerdo de Anton está en todas partes, desde la ropa que me he puesto hasta las mismas maletas que preparó cuando fue a mi piso hace tantas semanas. Nunca pensé que viviría algunos de mis recuerdos más felices en esta casa, y los atesoraré el resto de mi vida.

Puede que odie a mi padre, pero estoy agradecida de que me dieran la oportunidad de conocer a Anton, aunque solo fuera por poco tiempo.

Mientras guardo lo último de mis artículos de aseo y los meto en las bolsas de viaje, decido que no puedo irme sin más, al menos no sin demostrarle a Anton cuánto lo siento.

Echándome las bolsas al hombro, salgo de mi cuarto, bajo las escaleras y entro en el despacho de Anton.

Cojo un cuaderno, arranco un trozo de papel y empiezo a escribir.

Anton es un *buen* hombre, y sé que me escuchará, pero primero necesita algo de tiempo para procesarlo.

Mientras tanto, espero que pueda sentir la sinceridad en mis palabras mientras le abro mi corazón.

Anton,

Sé que ahora mismo te duele, pero quiero que sepas que lo siento. Por todo. Espero que puedas creerme. Nunca planeé enamorarme de ti, pero es muy fácil quererte.

Me has hecho sentir más querida en estas últimas semanas que mi familia en toda mi vida, al menos después de que mi madre falleciera. Me ha hecho darme cuenta de que una familia elegida puede ser tan buena, si no mejor, que una familia de verdad.

Espero que lo que te dejo te ayude a demostrar que estoy de tu lado.

Usa esta lista para hundirlo.

Nina

Paso todos los nombres y números de mi móvil al reverso de la nota, esperando que, aunque Anton decida no perdonarme nunca, algo bueno pueda salir de este lío.

Mi padre se merece lo que le va a pasar.

Miro la hora. Mi tiempo casi se ha acabado.

Anton quiere que me vaya, y tengo que respetarlo. Es lo menos que puedo hacer después de lo que le he hecho pasar.

Doblo la nota y la apoyo contra la foto enmarcada de él y su familia. Al tocar el marco, se cae y la parte trasera se suelta.

—Oh, no. —Miro ansiosamente hacia la puerta.

Cojo rápidamente el marco e intento volver a colocarle la parte trasera, pero entonces me doy cuenta de que hay otra foto metida detrás de la de Anton y sus primos.

La curiosidad puede conmigo, saco la pequeña polaroid y, cuando le doy la vuelta, es como si me estuviera viendo a mí misma en una foto mirando a un Anton adolescente.

—Pero ¿qué...?

La chica tiene el mismo pelo largo y oscuro y los mismos rasgos suaves y delicados.

Anton extiende la mano para ahuecarle la mejilla, y el pecho se me oprime al ver la mirada de sus ojos. Es una que he llegado a apreciar yo misma.

Se puede ver el amor en sus ojos mientras se miran el uno al otro, y no puedo evitar sentir una punzada de celos al contemplar la foto, incapaz de apartar los ojos de la chica.

—Katerina... —susurro.

Ahora entiendo por qué Maria me confundió con ella, teniendo en cuenta que nuestro aspecto es muy parecido.

Parece mucho más que una simple amiga de la familia, pero no estoy en condiciones de enfadarme con Anton por ocultar la verdad.

Parecen felices juntos.

—Quizá, después de todo, no estabas destinado a mí... —susurro mientras acaricio con el dedo el hermoso rostro de Anton.

Eso no cambia el hecho de que ahora estoy embarazada de su hijo.

Me duele el corazón por la vida que mi bebé debería haber tenido si yo hubiera tenido el valor de decir la verdad.

¿Querrá Anton tener algo que ver con este niño ahora que sabe quién soy? Solo puedo esperar que sí.

Salgo del despacho de Anton con mis bolsas al hombro, con la vista tan borrosa por las lágrimas que casi me choco contra una mesita auxiliar.

No tengo coche, y Yakov ya no está a mi lado, listo para llevarme a donde necesite ir. Parece que su protección solo se reserva para las personas que no son hijas de dones de la bratva rival.

—Toca pedir un Uber —suspiro mientras saco el móvil.

Se oyen fuertes golpes en la puerta principal y doy un respingo; el móvil se me resbala de las manos y levanto la vista para ver la silueta de un hombre al otro lado de la puerta.

—¿Anton? —llamo, tambaleándome hacia delante.

Me tiemblan las piernas y me doy cuenta de que llevo sin comer lo que parecen días, desde que me di cuenta de que podría estar embarazada.

La puerta se abre de golpe, una de las bisagras salta del marco, y yo grito.

—Pero ¿qué coño...? —jadeo, llevándome una mano al corazón cuando aparece Akim, con aspecto extremadamente satisfecho de sí mismo.

—¿Iba a alguna parte, Nina? —pregunta mientras mira mis bolsas con recelo.

—Ha roto la puta puerta.

—Debería estar agradecida de que no sea su cuello —gruñe él.

—Basta —gruñe mi padre, apareciendo detrás de Akim.

Me quedo helada al verle cruzar el umbral de la casa de Anton. No hay más que una furia fría en sus ojos, y sé que no está aquí para una visita amistosa.

—¿Qué quiere? —Me cruzo de brazos para intentar ocultar que me tiemblan las manos.

No debería estar aquí. Si de alguna manera se entera de que la madre de Anton está cerca, de ninguna manera se irá de aquí sin enviarle un mensaje a Anton.

—Tiene que venir con nosotros. Ahora.

Miro nerviosamente por encima del hombro, intentando sopesar mis opciones.

¿Mi padre tiene más hombres esperando fuera listos para asaltar la casa? Si le hace daño a Maria, Anton nunca me lo perdonará, y yo no esperaría que lo hiciera. Yo tampoco me lo perdonaría jamás.

Necesito protegerla. Pero también necesito proteger a mi bebé.

—No era una petición, Nina —me regaña Akim.

Frunzo el ceño. —¿Qué planea?

—Eso no es de su puta incumbencia...

Igor levanta una mano para silenciar a Akim.

—No se lo volveré a pedir, Nina. —Su voz es fría como el hielo.

—No voy con usted. El trato está roto. —Aprieto más las bolsas y empiezo a dirigirme hacia la puerta cuando mi padre se abalanza sobre mí, rodeándome el cuello con la mano y estampándome contra la pared.

Gruno por el impacto y se me llenan los ojos de lágrimas mientras lucho por respirar.

Le agarro las muñecas, hincándole las uñas en la piel tatuada y desvaída, pero eso solo hace que me apriete más fuerte.

—Esa no es una decisión que le competa tomar —gruñe, y su aliento caliente me da en la cara—. El trato se cerrará cuando Anton Koslov esté muerto.

Akim me mira con una mueca de desprecio, con puro deleite en su rostro mientras puntos negros empiezan a danzar ante mis ojos.

Me va a matar.

—N-no.

—Ha demostrado ser una carga, Nina, y hay que ocuparse de usted.

Capítulo Veintiocho

ANTON

SOLÍA CONSIDERARME UN HOMBRE INTELIGENTE. Al tener un hermano menor como Nikolai, me vi obligado a asumir el papel del hermano sensato, el que siempre sopesaba ambos lados de una situación antes de tomar cualquier tipo de decisión. Es algo que Alexei siempre ha valorado de mí también: la capacidad de ser objetivo. De dar un paso atrás y eliminar las emociones de la ecuación.

Pero resulta que solo hace falta una sonrisa y un par de piernas de infarto para que pierda toda mi capacidad de pensar con racionalidad.

¿Estaba tan cegado por su belleza que no podía ver a Nina como era en realidad?

Igor Ivanov es su padre.

Golpeo el vaso contra la barra con tanta fuerza que me sorprende que no se haga añicos, y el camarero lo interpreta como la señal para servirme otro.

Ni de coña mis primos van a dejar que me salga con la mía después de una cagada tan monumental.

En el momento en que supe su nombre, debería haberle pedido a Rosa o a Rurik que investigaran los antecedentes de Nina. Es el protocolo estándar, teniendo en cuenta quién es mi familia.

Pero no estaba pensando con la cabeza. Si lo hubiera hecho, me podría haber ahorrado un montón de putos disgustos.

—Mi vaso está vacío —mascullo mientras vuelvo a dejar el vaso de whisky sobre la barra.

El camarero se pone rápidamente a prepararme una copa nueva, y yo no pierdo el tiempo en apurar el líquido transparente. Apenas noto el ardor del vodka al bajarme por la garganta, y eso solo me jode aún más.

¿Fue todo una mentira? ¿O en algún momento los límites se desdibujaron y se enamoró de verdad de mí?

Siento una opresión en el pecho al darme cuenta de que ni siquiera importa. A fin de cuentas, es la hija del hombre más peligroso de Rusia. El hombre responsable de asesinar a mis tíos, y de secuestrar al hermanastro de mi primo y de hacerle Dios sabe qué durante las últimas tres décadas.

Frunzo el ceño mientras miro la copa.

Ella sabe lo de Lev, y es probable que sepa dónde está. Lo ha sabido todo este tiempo y nunca se molestó en decírmelo.

Contengo el impulso de lanzar el vaso por los aires con rabia.

Deberían haberme saltado todas las alarmas cuando empezó a preguntar si había matado a alguien. Es probable que quisiera información sobre la noche que maté a Maxim para poder informar a su padre. La idea hace que la bilis me suba por la garganta al darme cuenta del peligro en el que he puesto a mi familia.

Ha visto fotos de los hijos de mi primo, conoce detalles íntimos sobre mi madre y mi hermano. No solo eso, sino que ha tenido acceso a los códigos de seguridad de mi casa.

—Joder. —Me paso una mano por la cara.

Soy un puto idiota.

—¿Otra, señor Koslov? —pregunta el camarero.

Asiento mientras siento que empiezo a hundirme.

¿Cómo diablos se supone que voy a arreglar esto? Si fuera cualquier otra persona, mis primos ordenarían su muerte, pero es Nina. *Mi* Nina.

Hace unas horas, era la mujer con la que pensaba que pasaría el resto de mi vida. Por mucho que deseara poder apagar esos sentimientos sin más, no puedo, porque estoy jodidamente enamorado de ella, eso es cierto.

Creo que llevo enamorado de ella desde el momento en que cayó en mi regazo y vi por primera vez sus ojos azul océano. Me dejó sin aliento, y desde entonces no he dejado de ahogarme.

Y ahora puede que esté embarazada… O eso dice ella. Por lo que sé, podría ser solo otra mentira para atraparme.

Si lo es, es jodidamente cruel.

Pero eso no suena propio de Nina.

Claro que, en realidad, no la conozco en absoluto. Por lo que sé, podría ser tan cruel y astuta como su padre.

—¿Me cobra la cuenta? —le suelto al camarero.

Por mucho que quiera pasarme toda la noche anestesiándome con alcohol, tengo que enfrentarme a la realidad más pronto que tarde. Necesito saber si hay algo de verdad en lo que ha dicho, al menos sobre el embarazo. Si de verdad está esperando un hijo mío, entonces ni de coña voy a dejar que Igor Ivanov se le acerque.

Aparco en la parte de atrás de la casa y entro por la puerta trasera, con la esperanza de que Nina siga por aquí. Sé que le dije que se largara, pero espero que haya decidido no hacerme caso.

—¿Nina? —la llamo a voces—. ¡Nina!

Silencio.

Atravieso la cocina a toda prisa y subo corriendo las escaleras hacia su habitación.

—¿Nina? —golpeo la puerta con el puño y esta se abre.

Se me encoge el estómago al entrar y darme cuenta de que el montón de zapatillas de punta viejas que guardaba al lado de la silla ha desaparecido, y sé que ella también se ha ido.

Entro furioso en el vestidor y veo que está completamente vacío de sus cosas y que la encimera del baño ya no está llena de maquillaje y frascos varios.

Se ha ido.

Tiro la bolsa con los tests de embarazo sobre la cama y me hundo a su lado mientras intento pensar qué hacer.

¿Llamo a Alexei y le digo que existe la posibilidad de que Nina esté embarazada?

Se va a cabrear con la situación de todas formas, y necesito aclarar mis ideas. Tener otra perspectiva del asunto podría ayudarme a pensar con más claridad, porque está claro que no se puede confiar en que tome buenas decisiones cuando Nina está de por medio.

Saco el móvil del bolsillo para llamar a mi primo mayor.

—¡Anton!

Suspiro al oír la voz de mi madre.

La verdad es que solo quiero estar solo, pero entonces la oigo volver a llamarme y sé que no puedo ignorarla.

Apago el móvil y me lo guardo de nuevo en la chaqueta, me pongo en pie y salgo de la habitación, abandonando la bolsa de tests de embarazo sobre la cama.

—¿Qué pasa, *mamulichka*? —bajo las escaleras, aunque me detengo en seco al ver la puerta principal desencajada de las bisagras—. ¿Qué cojones?

Bajo apresuradamente los escalones que quedan y voy hacia la puerta con paso decidido.

Debía de estar tan ensimismado en mis pensamientos cuando llegué a casa hace un rato que ni siquiera me di cuenta.

Mi madre está de pie, mirando hacia el camino de entrada, negando repetidamente con la cabeza mientras murmura para sí misma.

—¿*Mamulichka*? —Le pongo una mano en el hombro—. ¿*Mamulichka*, qué ha pasado?

Cada fibra de mi ser me grita que me ponga a la defensiva.

—Han sido los hombres.

—¿Hombres? ¿Te refieres a mis guardias?

¿Ha habido un fallo en el sistema de seguridad del que yo no supiera y por eso no han podido usar el teclado para abrir la puerta? Seguro que me habrían avisado si hubiera habido un problema…

—Los hombres que se la llevaron. —Mamá mira por la ventana con los ojos vidriosos.

—¿A quién se han llevado? —insisto—. ¿A Nina?

—¿Qué vas a hacer con Katerina? —Se vuelve para mirarme.

Me obligo a respirar hondo y a mantener la calma.

—Katerina no está aquí, *Mamulichka* —intento que no me tiemble la voz.

—Lo sé, se la llevaron.

Se me está agotando la paciencia, probablemente por la cantidad de alcohol que tengo en el cuerpo, pero mi madre no se merece pagar el pato de mi frustración. No es culpa suya que esté confusa.

—*Mamulichka*, ¿de qué hablas? ¿Has visto algo?

Mi madre asiente y luego me dirige esa mirada que me echaba cuando era niño y me pillaba robando dulces del armario.

—La has disgustado. Yo te eduqué mejor, Anton.

Me paso la mano por la mandíbula mientras intento procesarlo todo.

Debe de referirse a Nina, pero estoy confuso sobre la serie de acontecimientos que han seguido a mi marcha al bar.

¿Está mi madre teniendo un extraño momento de lucidez o está confundiendo sucesos del pasado?

Tengo que ir a revisar las grabaciones de seguridad para ver qué demonios ha pasado.

—Luego vinieron y se la llevaron. Discutió con el grande, pero entonces él la agarró y la arrastró fuera. Qué hombre más horrible. Le faltaba la mitad del lóbulo de la oreja…

Se me hiela la sangre.

Igor ha estado aquí, en mi maldita casa, donde vive mi madre enferma.

La he dejado desprotegida porque estaba demasiado ocupado ahogando mis penas en vodka. Si hubiera pasado algo…

¿Dónde coño estaban mis guardias? Puede que sea en mitad de la noche, pero eso no les da derecho a bajar la guardia.

A no ser que Igor decidiera derramar un poco de sangre y, en cuanto salga el sol, encuentre pruebas de su visita esparcidas por mi propiedad.

La imagen me hace apretar los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula.

—*Mamulichka*, vamos a llevarte de vuelta a tus aposentos. —Le pongo un brazo tranquilizador sobre los hombros mientras empiezo a hacer una lista mental de todas las personas a las que tengo que llamar para solucionar esto.

—¿Y entonces encontrarás a Katerina? ¿Hablarás con ella y te disculparás?

—Sí, lo arreglaré todo, *Mamulichka*, no te preocupes.

Mientras llevo a mi madre de vuelta a través del vestíbulo, veo el móvil de Nina en el suelo. Me agacho y me lo meto en el bolsillo, jurando destruirlo en el momento en que mi madre esté a salvo de vuelta en sus aposentos. No me cabe duda de que hay algún tipo de localizador que ha traído a Igor hasta aquí, y no quiero volver a arriesgar así la seguridad de mi madre.

Lo haré mejor, no solo por ella, sino por toda mi familia.

Es tarde, y Annie está profundamente dormida en su habitación cuando traigo a mi madre de vuelta. Normalmente, le pido que cierre con llave la puerta que da a la casa principal por si deambula en mitad de la noche, pero a veces se nos olvida.

Y da la casualidad de que es la misma noche en que a Igor Ivanov le ha dado por visitar mi casa.

Después de asegurar a mi madre varias veces que voy a arreglar este lío, la dejo en su habitación y me dirijo a mi despacho, desde donde llamo a Yakov.

—¿Yakov? Te necesito en casa. Tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema?

—Del tipo de Igor Ivanov.

—Voy para allá —gruñe, y corta la llamada.

Sin mi madre cerca para ayudar a mantener mi rabia a raya, el cuerpo me empieza a temblar por la combinación de la adrenalina y el alcohol que me corre por las venas.

Igor ha estado aquí y se ha llevado a Nina. Por cómo ha descrito mi madre la interacción, parece que no se fue por voluntad propia.

No estoy seguro de cómo interpretar eso, pero no tengo tiempo para sentarme a pensar en las posibilidades.

El hecho es que Igor está husmeando por mi propiedad, y puede que acabe de secuestrar a mi hijo nonato delante de mis narices. Independientemente de lo que Nina y yo signicamos el uno para el otro, tengo el deber de proteger a mi familia.

La caja fuerte escondida bajo mi escritorio está totalmente provista de múltiples pistolas y cargadores de repuesto.

No tengo ningún plan, pero sé que pase lo que pase, voy a tener que asegurarme de ir armado. Así que meto una pistola en cada pistolera y cojo todos los cargadores, por si acaso.

Al ponerme en pie, veo una carta escrita a mano sobre mi escritorio.

Al instante, se me encoge el estómago al leer el nombre delicadamente garabateado en la parte inferior.

Nina.

Repaso el contenido y el pecho se me oprime al leer sus sentidas palabras.

Quiero creerla cuando dice que me quiere. Es todo lo que he querido oír durante semanas. Pero, aunque sus palabras sean ciertas, eso no cambia el hecho de que traicionó mi confianza.

Usa esta lista para hundirlo.

Frunzo el ceño, sin entender a qué se refiere. Solo cuando le doy la vuelta a la carta y veo los nombres y las direcciones me doy cuenta de lo que me ha regalado.

Garabateada en el reverso de su carta hay una lista de los hombres de más confianza de Igor, junto con sus alias y la ubicación de sus escondites.

Apenas puedo creer lo que ven mis ojos mientras examino la lista, sobre todo cuando leo el último nombre.

—Lev…

Si resulta que es auténtica, Nina acaba de entregarme el arma definitiva.

Con esta lista, es imposible que mis primos y yo fracasemos en el intento de acabar con Igor. Sin sus hombres, no tiene nada. No tendrá nada que hacer contra la bratva Koslov, lo que solo puede significar…

—Me quiere —susurro, dándole la vuelta a la nota y repasando su nombre con el pulgar.

Es innegable que lo que me dijo es verdad, sobre todo si está dispuesta a sacrificar a su propio padre para demostrarlo.

Esa revelación me cae encima como una losa, y tengo que agarrarme al borde del escritorio para no perder el equilibrio.

Todo era verdad, lo que significa que de verdad está esperando un hijo mío.

Guardándome la nota en el bolsillo, cojo el móvil y llamo a Mikhail.

Lo más probable es que no tengamos mucho tiempo, y si Igor se entera de lo del hijo que espera Nina, no hay duda de que la utilizará para mandarme un mensaje. Puede que yo haya asesinado

a su hijo para salvar a uno de los míos, pero no permitiré que ni Nina ni mi hijo nonato paguen por mis crímenes.

—¿Mikhail? —le espeto en cuanto me coge la llamada—. Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Para acabar con Igor Ivanov de una vez por todas.

Capítulo Veintinueve

NINA

La cuerda atada a mis muñecas me quema la piel mientras lucho contra las ataduras.

Siseo entre dientes mientras me desgarra la piel, pero no me importa. Si puedo sentir dolor, significa que estoy viva.

Por ahora.

Debería haber sabido que era solo cuestión de tiempo que mi padre apareciera para llevarme. Al fin y al cabo, no he logrado completar la única tarea que me encomendó, y me dejó sus expectativas meridianamente claras. O le ayudaba a acabar con Anton Koslov, o me enviaba de vuelta a Rusia.

Pero tanto él como yo sabemos que no hay forma de que vuelva a ver más allá de las cuatro paredes de este almacén. No a menos que Anton encuentre mi nota y crea las palabras que le he dejado.

Reprimo un sollozo al darme cuenta de que es mi única esperanza para salir viva de esta situación.

Los sonidos de mi padre discutiendo en ruso con Akim se filtran por el hueco de debajo de la puerta, y por su tono, sé que está más que cabreado, está *furioso*.

El pulso se me acelera.

Conozco ese tono demasiado bien. Es el que solía usar con Lev antes de darle una paliza delante de mí, y yo era demasiado débil para detenerlo.

Intento no entrar en pánico. Solo necesito ganar tiempo hasta que Anton llegue.

Puede que no me guste la idea de que me usen como cebo para atraerlo a las manos de mi padre, pero sé que Anton es listo. Al fin y al cabo, esto es lo que los Koslov han querido todo el tiempo: una oportunidad para acabar con mi padre por lo que le ha hecho a su familia.

Quizás esta pueda ser mi forma de agradecerles que me hayan tratado con tanta amabilidad.

Mi cuerpo tiembla sin control por el frío mientras estoy sentada en una silla en el centro de la trastienda húmeda de uno de los almacenes de mi padre.

Tengo la piel de gallina, pero el sudor me cubre la frente y el labio superior por el esfuerzo de intentar liberar mis manos de las ataduras.

Parece que se aprietan más cuanto más lucho contra ellas, pero no puedo rendirme. No dejaré que mi padre gane.

Ya me ha quitado demasiado. No dejaré que se lleve a Anton y a mi hijo también.

—¡Venga, vamos! —le grito a la puerta cerrada—. ¿No vas a matarme?

Tengo la garganta seca y mi voz sale más como un grito ronco, pero no me detengo. —No seas un puto *cobarde*...

La puerta se abre de golpe y mi padre casi echa espuma por la boca mientras me fulmina con la mirada.

—Pensé que eso llamaría tu atención. —Casi me río.

Los ojos de mi padre brillan de ira mientras avanza hacia mí, su imponente figura apenas cabe por el marco de la puerta.

—Harías bien en mantener tu puta boca cerrada.

—¿Por qué? ¿Qué piensas hacerme? —Desearía que no me temblara la voz, pero no puedo ignorar el miedo mientras mi padre me mira desde arriba.

Enamorarse de un Koslov es la mayor de las traiciones, y mi padre es un hombre listo. Habrá visto la verdad en mis ojos cuando me negué a ir con él.

Mi madre siempre decía que yo llevaba el corazón en la mano, lo que solía pensar que era bueno. Pero ahora, no estoy tan segura.

Mi padre me agarra la barbilla y me obliga a echar la cabeza hacia atrás, para que no tenga más remedio que mirarlo.

Me retuerzo al sentir sus manos callosas en mi piel.

—Mi propia hija es una traidora —gruñe, enseñando los dientes—. ¿No pensaste que te vería en las cámaras de seguridad entrando a hurtadillas en mi despacho, Nina? ¿De verdad creíste que era tan *estúpido*?

Me encojo y aparta la mano de mi cara.

—Puede que seas mi hija, pero la traición es la traición.

Siento un nudo en el estómago al mirar los fríos ojos de mi padre.

Va a matarme.

—¿Y... y Maxim? —El pánico empieza a apoderarse de mí.

—¿Qué pasa con él? —pregunta Igor.

—E-el plan...

—No engañas a nadie, Nina. Si de verdad te importara vengar a tu propio hermano, nunca habrías entregado esa información a los Koslov. Has demostrado dónde está tu lealtad, y ahora pagarás el precio.

—¡Fue un accidente! —El último resquicio de esperanza empieza a desvanecerse—. Anton no se propuso matar a Maxim. Estaba intentando salvar a Mikhail...

—¿Eso es lo que te dijo? —se burla Igor—. Eres una puta idiota, Nina. Por supuesto que eso es lo que diría.

Me muerdo la lengua, no quiero decirle de quién he oído la verdad.

No puedo arriesgar a Pyotr de esa manera y, en última instancia, a mi padre no le importa cómo murió Maxim. Lo único que le importa es que fue Anton quien apretó el gatillo.

—No tendría que haber confiado nunca en ti —escupe Igor, mirándome con asco.

Me encojo bajo su mirada, y es como si tuviera cinco años otra vez.

—No me sorprendería que te hubieras enamorado de él.

No digo nada, aunque las lágrimas que empiezan a correr por mis mejillas lo dicen todo.

—Encárgate de ella —le susurra mi padre a Akim, que está en el umbral de la puerta, y sé que es ahora o nunca. Si tengo alguna posibilidad de volver a ver a Anton, necesito usar la única carta que tengo en la manga que podría hacer que mi padre se lo pensara dos veces.

—¡Estoy embarazada!

Mi padre se detiene, y veo a Akim poner los ojos en blanco.

—E-es verdad. A Anton... a él no le importo yo, pero le importa este niño. S-si me matas ahora, perderás tu oportunidad de vengarte.

Sueno histérica y nada convincente, pero sé cuánto deseaba mi padre hacer sufrir a Anton como él sufrió cuando Maxim murió, así que tengo que esperar que detenga sus planes el tiempo suficiente para confirmar la verdad.

Me mira por encima del hombro y hago todo lo posible por sostenerle la mirada.

—Busca a un médico. Quiero que se confirme este embarazo. —Sale furioso de la habitación.

Akim me dedica una mueca de desprecio antes de cerrar la puerta de un portazo a su espalda.

Suelto un suspiro de alivio al saber que he ganado algo de tiempo. Puede que no sea mucho, pero quizá sea suficiente para salvar la vida de mi bebé.

Tiro de las cuerdas y dejo escapar un grito de frustración.

Resulta ridículo que mi padre crea que sería una amenaza si no estuviera atada. La verdad es que estoy agotada y hambrienta, y no deseo nada más que quedarme dormida y rezar para que todo esto no haya sido más que una pesadilla terrible. Para despertarme de nuevo en la cama de Anton, con sus brazos a mi alrededor, escuchando el sonido de su respiración mientras duerme a mi lado—

Al otro lado de la puerta estallan disparos, seguidos de gritos y del sonido de pisadas retumbando contra el hormigón.

Me parece oír la voz de mi padre, pero entonces suenan más disparos y se desata el infierno, y pierdo por completo la noción de lo que está pasando.

Si le están tendiendo una emboscada a mi padre, no hay forma de que salga viva de esta.

Estoy completamente atrapada y sin forma de defenderme. El pánico se apodera de mí y mis pulmones piden aire a gritos mientras me olvido de respirar.

Pero entonces lo oigo.

A Anton.

—¡ENCONTRAD A NINA!

Me ahogo en un sollozo.

—¡Anton! —grito, aunque es imposible que me oiga con el ruido de los disparos—. ¡Anton!

Las cuerdas que me atan las muñecas y los tobillos están cubiertas de sangre de tanto luchar y tirar de ellas.

El alboroto al otro lado de la puerta es cada vez más fuerte, y solo puedo esperar que se acerque lo suficiente como para oírme.

—¡Socorro! —grito—. Que alguien..., *por favor*—

La puerta se abre de golpe y se me escapa un sollozo ahogado al ver aparecer a Anton.

Tiene la camisa cubierta de sangre y un corte de aspecto desagradable en la mejilla, pero por lo demás parece ileso.

—Nina —susurra.

El sonido de mi nombre en sus labios hace que se me evaporen las últimas fuerzas.

Mi cuerpo se estremece con sollozos de alivio mientras él corre hacia mí y se pone a desatarme las muñecas.

—Lo siento, *lapochka*, lo siento mucho. —Corta las cuerdas con delicadeza usando un cuchillo—. No debería haberte echado. Debería haberte escuchado, debería haber…

En el momento en que me libera los brazos, se los echo al cuello, casi haciéndole perder el equilibrio.

—Has venido a por mí —sollozo, hundiendo la cara en su cuello.

—No volveré a dejarte marchar. —Me rodea con sus brazos el cuerpo tembloroso—. Ya te tengo, Nina.

Apenas puedo recuperar el aliento mientras sollozo en el hombro de Anton.

No puedo creerme que de verdad esté aquí, sujetándome en sus brazos, y eso hace que me aferre a él con más fuerza.

—Q-quiere matar… —Niego con la cabeza, incapaz de pronunciar esas palabras en voz alta.

La mirada de Anton se oscurece de furia cuando me aparto y me llevo las manos al vientre en un gesto protector.

—No volverá a tocarte jamás, Nina. —Su voz es de acero mientras intenta controlar su rabia.

Asiento, tragándome el nudo que tengo en la garganta.

Quiero creerle, más que a nada, pero solo hay una forma de saber con certeza si nuestro hijo estará realmente a salvo.

—¿Está…?

—Igor está inconsciente. —Me toma la cara entre las manos—. Cuando te haya sacado de aquí, me encargaré de él.

—Anton —sollozo, y mis párpados se cierran cuando me frota las mejillas con sus pulgares callosos.

—No os hará daño ni a ti ni a nuestro bebé, te lo prometo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Esa lista ha resultado muy útil. —Anton se inclina para rozarme los labios con los suyos.

—Y antes que nada, necesito que sepas que te quiero —susurra contra mis labios.

No puedo hablar con el nudo que tengo en la garganta, así que me limito a devolverle el beso, esperando que sea suficiente para demostrarle cuánto lo quiero yo también.

—Venga, salgamos de aquí. —Me pasa un brazo por debajo de los muslos y me levanta en brazos.

Me apoyo en su cálido cuerpo y hundo los dedos en su camisa mientras me lleva hacia el almacén principal.

Me quedo sin aliento al ver toda la sangre que mancha el suelo y la docena de cuerpos sin vida que lo cubren.

—Mantén los ojos cerrados, Nina. —Anton me sujeta la cabeza contra su pecho—. No necesitas ver esto.

Hago lo que me dice, cerrando los ojos con fuerza y hundiendo la cara en su pecho.

Huele a sudor y a sangre, pero no me importa. Lo único que me importa es que ha vuelto a por mí, a por nuestro hijo.

Al darme cuenta de ello, nuevas lágrimas me escuecen en los ojos y, para cuando Anton me vuelve a dejar en el suelo, me veo de nuevo superada por los sollozos.

—Quédate aquí con ella. —Anton abre la puerta del copiloto de un todoterreno negro.

Miro dentro y Mikhail está sentado al volante. Tiene el pelo cubierto de sangre y un feo moratón le está saliendo en la mejilla.

—Nina. —Mikhail me saluda con un gesto de la barbilla.

No conozco a Mikhail de nada, pero espero que esta sea su forma de firmar una tregua.

—Vuelvo enseguida. —Anton me da un beso en la frente—. Quédate con Mikhail…

Anton no tiene tiempo de terminar la frase.

En un momento estoy a punto de subir al asiento del copiloto y al siguiente salgo despedida hacia el suelo mientras Anton me protege con su cuerpo, justo cuando el almacén explota delante de nosotros.

Grito y me aferro a Anton mientras los oídos empiezan a pitarme.

Trozos de metal llueven a nuestro alrededor y el olor a humo me llega a la nariz mientras una oleada de calor nos envuelve desde las llamas.

—Anton —gimoteo.

—Te tengo. —Me sujeta la cabeza contra su pecho, tapándome los oídos para protegerme del ruido.

Intento concentrarme en el latido de su corazón bajo mi mano, usando el ritmo para mantener la calma, para convencerme de que está vivo y respirando.

Durante un instante, todo enmudece excepto por el zumbido en mis oídos. Es como si alguien le hubiera dado a la pausa al mundo, y mi cuerpo intenta asimilar la realidad de lo que acaba de suceder.

Estoy viva.

Me aparto de Anton y veo que toda la estructura del almacén se ha derrumbado.

Me llevo la mano a la garganta al darme cuenta de lo cerca que hemos estado Anton y yo de que nos alcanzara la explosión.

Quienquiera que la haya provocado, probablemente lo hizo para asegurarse de que no hubiera supervivientes.

—Dios mío —susurro mientras me pongo en pie lentamente.

Los hombres que han conseguido salir a tiempo empiezan a gritar y a correr hacia los escombros.

Oigo la voz de Mikhail gritándole a Anton, pero es como si estuvieran bajo el agua.

—Nina. —Es la voz ahogada de Anton, pero apenas lo oigo mientras miro con los ojos como platos el almacén que ha sido engullido por las llamas. El almacén donde mi padre estaba inconsciente.

Capítulo Treinta

ANTON

QUERÍA HACER QUE Igor Ivanov sufriera de cojones por sus crímenes. Quería tomarme mi tiempo, haciéndolo pedazos poco a poco, hasta que me suplicara clemencia.

Quería que el dolor fuera su último recuerdo, igual que lo fue para mis tíos.

Así que, mientras alejo a Nina en coche de los escombros de su almacén, no siento alivio de que por fin haya desaparecido. Al contrario, siento una rabia pura e incontenible.

—¿Anton? —susurra Nina.

No para de decir mi nombre, como si no pudiera creerse que estoy aquí.

Sé que está pensando en lo cerca que estuvimos ambos de quedar atrapados entre esos escombros, y ese pensamiento no deja de darme vueltas en la cabeza a mí también.

Casi la pierdo, *otra vez*.

Le aprieto la mano, que no he soltado desde que nos hemos subido al coche, con la esperanza de que eso la consuele un poco mientras

nos llevo al hospital.

Hay tanto de lo que hablar, pero ahora mismo mi prioridad es asegurarme de que tanto ella como el bebé están bien.

Aparte de las marcas en las muñecas y los tobillos por las ataduras, parece ilesa, pero no pienso arriesgarme.

Ninguno de los dos ha mencionado la alta probabilidad de que su padre haya quedado atrapado en la explosión.

Alexei ha pedido confirmación de que está muerto, pero es jodidamente imposible que haya salido vivo de la explosión. Si no ha muerto por el derrumbe del edificio, el humo lo habría asfixiado.

Quizá al final ha sido un poco doloroso. Si es que lo ha sido...

Nina permanece en silencio cuando llegamos al hospital, se pone un camisón y se acomoda en la cama de la habitación privada.

Tengo un nudo en el estómago mientras el médico entra y empieza a hablar con Nina.

No oigo ni una palabra; tengo la cabeza tan llena de todas las formas en las que las cosas podrían haber salido mal que no puedo concentrarme en nada que no sea la sensación de los cálidos dedos de Nina entrelazados con los míos.

Nina me aprieta la mano, devolviéndome a la realidad.

—Anton, mira —dice Nina, señalando la pequeña pantalla.

Frunzo el ceño ante la imagen granulada, pero no tengo ni idea de lo que estoy viendo.

—Es nuestro bebé —susurra Nina, con los ojos azules muy abiertos por el asombro.

—Por las medidas, parece que está de unas seis semanas.

El corazón se me hincha al darme cuenta de que el borrón se parece a una cabeza y a lo que será un cuerpo.

—Es tan pequeño.

Me quedo mirando la pantalla con admiración.

Voy a ser padre.

—Aún os queda mucho camino, pero por ahora todo parece estar bien.

—Muchas gracias —dice Nina, con una sonrisa en la cara que se hace más grande mientras contempla el monitor.

—Dejaré esto encendido para que podáis mirarlo y volveré en un momento con unos papeles para que los rellenéis.

En cuanto el médico se va, me subo a la cama junto a Nina y la atraigo hacia mi pecho, tan abrumado por la emoción que me escuecen los ojos.

—Te quiero tanto —susurro contra su pelo—. Gracias por ser mía.

Nina se queda callada un momento, y yo me aparto para ver que tiene el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

Niega con la cabeza, mordisqueándose el labio inferior como hace cuando algo la preocupa.

—Nina, *zayka,* habla conmigo.

—Tú y Katerina... —murmura—. ¿La querías?

Nina se vuelve para mirarme, con sus claros ojos azules enrojecidos y de aspecto cansado. Debería dormir, pero tampoco quiero negarle la verdad sobre mi pasado.

Quiero que esto marque un nuevo comienzo para nosotros, y eso significa sincerarme sobre Katerina.

—Sí. Planeábamos casarnos algún día, pero...

—¿Pero qué?

—Su padre la utilizó como moneda de cambio para saldar una deuda.

—Oh, Dios mío —susurra Nina.

—Intenté ayudarla, pero quedó atrapada en el fuego cruzado entre su padre y el hombre al que la había vendido. Ella... ella no sobrevivió.

Respiro hondo y cierro los ojos un segundo.

—Todo el mundo esperaba que lo superara sin más, pero yo apenas tenía veinte años, y ver cómo le disparan justo delante de ti a quien creías que era el amor de tu vida... Eso no es algo que se supere sin más.

—Anton... —Nina levanta la mano para acariciarme la mejilla.

Me apoyo en ella, saboreando el tacto de su cálida caricia.

—Mi madre fue la única persona que pudo ver lo enamorados que estábamos. Se lo tomó casi tan mal como yo, lo que lo hace aún más difícil cuando no recuerda lo que pasó. Odio mentirle, pero ni loco voy a recordarle lo que ocurrió.

—Siento que pasaras por una pérdida así. —Nina me acaricia la mejilla.

—Todo pasa por algo.

—Quizá... Pero eso no lo hace menos doloroso.

—No, tienes razón. Pero todo me ha traído a este punto, y puedo decir con sinceridad que nunca he sido más feliz. Lo cual me recuerda...

Me bajo de la cama a regañadientes y me meto la mano en el bolsillo para coger el estuche del anillo.

Nina abre los ojos como platos cuando me arrodillo y abro el estuche para mostrarle el fino anillo de oro con un único diamante en forma de lágrima en el centro.

—Mi hermosa Nina, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

—¿Dónde...? ¿Cómo...? —Niega con la cabeza mientras mira fijamente el anillo.

—Llevo esto en el bolsillo desde el día que te pregunté si querías convertir la casita de la piscina en un estudio de ballet. —Siento que el cuello me empieza a arder—. Supe entonces que quería pasar el resto de mi vida contigo.

—No mencionaste nada...

—Bueno, pensé que al menos deberíamos mudarnos juntos oficialmente antes de empezar a sacar anillos del bolsillo —digo con una risita.

—En realidad, nunca te di una respuesta sobre eso. —Se muerde el labio inferior.

—No, no lo hiciste. —No puedo evitar sonreír mientras Nina me mira con aire tímido.

—Si digo que no, ¿me quedo con el estudio de todas formas?

—¿Quieres decir que no? —Se me encoge el estómago.

A Nina le tiemblan los labios y yo niego con la cabeza.

—Nina... Eres toda una guasona.

—No deseo nada más que casarme contigo, Anton Koslov. —Me coge la mano—. Ser tu mujer, ser la madre de tus hijos… Construir una *vida* contigo. Nunca he deseado nada tanto.

Inclino la cabeza mientras dejo escapar un suspiro de alivio, con un nudo en la garganta por la emoción que me impide responderle.

Nina sorbe por la nariz y, cuando por fin levanto la cabeza, las lágrimas le ruedan por las mejillas, pero por la enorme sonrisa que se dibuja en su rostro, sé que son lágrimas de felicidad.

—Este anillo era de mi madre. Me lo dio hace mucho tiempo y me dijo que lo guardara para el amor de mi vida. —Le deslizo el anillo en el dedo—. Pero si prefieres uno para ti, podríamos elegir...

Nina se inclina hacia delante y me pone un dedo en los labios para que me calle.

—Es perfecto. Y tú también lo eres.

—Te quiero muchísimo, joder. —Le rodeo el cuello con la mano por detrás y atraigo su boca hacia la mía.

Gime ante el primer roce de mi lengua en su labio inferior y me acomodo de nuevo en la cama para poder profundizar el beso.

Sus labios se entreabren y, ansioso, acaricio su lengua con la mía.

—Anton —jadea, con el pecho subiendo y bajando agitadamente mientras intenta recuperar el aliento.

—¿Significa eso que te mudas conmigo? —La beso a lo largo de la mandíbula.

—Supongo que sí. —Se ríe.

—Gracias a Dios. —Vuelvo a devorar sus labios.

—Deberías ir a casa a ver cómo está Maria —dice Nina mientras me siento en el sillón junto a su cama.

—No quiero dejarte. —Doy un sorbo a mi café, que se parece más a aguachirri que a un expreso.

—Anton, tienes que ver a tu madre.

Tiene razón. Mi madre también ha pasado por mucho en las últimas veinticuatro horas, como presenciar el secuestro de Nina, pero la idea de dejar a Nina desprotegida me llena de pavor.

—De todas formas, Emma, Allie y Beatrice van a pasarse por aquí pronto, así que si quieres evitar la ira de Emma, yo me largaría de aquí.

—¿Su ira? —Me río entre dientes.

—Probablemente se enfadará porque no le avisaste de la pedida de mano, o al menos no le pediste permiso.

—Vaya… No sabía que se esperaba eso.

—En cualquier caso, sálvate. Estaré en buenas manos. Además, tengo a Yakov.

Saber eso me hace sentir un poco mejor.

Puede que Emma sea dura, pero no confío en su capacidad para mantener a Nina a salvo si aparece por aquí uno de los hombres de Igor.

Así que, por si acaso, he hecho que Yakov viniera a reunirse con nosotros en el hospital.

—Volveré en unas horas. —Me inclino para besarla con suavidad.

Nina suspira mientras le acaricio la mejilla con delicadeza, y le doy un último beso antes de salir de su habitación a regañadientes después de que me prometa escribirme cada media hora.

Achaco mi instinto sobreprotector a los acontecimientos de las últimas horas, pero, con toda sinceridad, tengo la sensación de que

esto solo va a ir a peor en los próximos meses a medida que avance en el embarazo.

Tomo nota mental de disculparme con mis primos por haber sido un capullo con ellos por ser tan protectores con sus esposas e hijos.

Vuelvo a toda prisa a mi casa, sin querer ausentarme más de unas pocas horas.

El sol empieza a ponerse, bañando la casa en un suave resplandor rosado.

Mientras aparco el coche frente a la casa, me tomo un momento para apreciar el hecho de que aquí es donde Nina y yo construiremos nuestra vida juntos, y me muero de ganas, joder.

Resulta que, la noche que se llevó a Nina, Igor había hecho una llamada falsa que provocó que todos mis guardias se precipitaran al ático de mi familia en la ciudad. Por eso, en las últimas veinticuatro horas, he rediseñado todo mi sistema de seguridad, con algo de ayuda de Mikhail, lo que debería impedir que alguien piratee el sistema.

No quiero volver a arriesgar la vida de mis seres queridos nunca más.

Al entrar en casa, decido que lo mejor es poner una cafetera nueva antes de ir a ver a mi madre. Después de más de veinticuatro horas despierto, la adrenalina empieza a desaparecer y estoy agotado.

Al entrar en la cocina, veo la foto arrugada que sigue sobre la mesa desde que se la tiré a Nina.

Aprieto los dientes mientras le doy la vuelta y miro a Igor rodeado de sus hijos.

Merecía arder en el puto accidente por el infierno que le hizo pasar a mi familia, y a Nina también.

Todavía no puedo creer cómo alguien tan amable y dulce como ella fue criada por semejante monstruo.

Ella es realmente la luz en la oscuridad, y siento un gran privilegio por poder llamarla pronto mi esposa, y porque ella podrá dejar de verdad el pasado atrás.

Mis ojos se desvían hacia Lev y hago una mueca al ver las sombras en su mirada.

Parece atormentado, y no puedo ni empezar a imaginar la clase de demonios con los que ahora tiene que luchar por culpa de Igor.

Aunque, a juzgar por esta foto, parece que los demonios ya han ganado.

Niego con la cabeza.

—¿Qué te ha pasado?

EPÍLOGO - NINA

Siete meses después

Emma me aplica más colorete en las mejillas.

—Sigo pensando que Yakov debería llevarte al altar. Ha sido como un padre sobreprotector para ti.

Me aparto el flequillo de los ojos.

—Ya hemos tenido esta conversación un millón de veces. Voy a ir sola al altar.

Allie se ríe.

—Me parece muy feminista por tu parte.

No es por eso por lo que lo hago, pero prefiero no darle más vueltas al hecho de que hoy es el día de mi boda y no va a asistir ni un solo miembro de mi familia.

No me entristece, sino que me emociona la idea de empezar de cero.

Aunque mi madre es la única persona que me gustaría que hubiera estado aquí para verme casar. Le habría encantado Anton, y no me cabe duda de que, en otra vida, ella y Maria habrían sido grandes amigas.

Ese pensamiento me reconforta cuando me acuerdo de mi padre.

Quedó claro que nadie sobrevivió a la explosión de su almacén y todavía no he derramado ni una lágrima al pensar que no volveré a verlo.

—¿Podemos centrarnos en prepararme para ir al altar de una vez? Porque a este paso, no me casaré antes de que a este bebé le dé por aparecer.

Miro mi barriga de embarazada y sonrío. Desde luego, esto no entraba en mis planes, pero no podría estar más feliz por cómo han salido las cosas.

Beatrice suspira.

—Me encantan las bodas.

Emma se ríe.

—A mí también. Barra libre y tíos buenos en esmoquin, ¿qué más se puede pedir?

La señalo con el dedo.

—Te lo juro, no tienes permitido liarte con nadie. Esta gente es mi familia ahora, Emma.

—Bueno, por suerte para ti, la mayoría están casados. Aunque… ¿no dijiste que Anton tenía un hermano? ¿Está soltero?

Gimo y Emma sonríe con un brillo de picardía en sus ojos azules.

Allie niega con la cabeza.

—No te preocupes, me aseguraré de que se porte bien. O quizá por fin le eche el guante a Yakov.

Los ojos de Emma se iluminan con picardía.

—Apuesto a que es un pervertido de cuidado.

—Pobre Yakov —me río.

Emma acaba teniendo que retocarme el maquillaje tres veces mientras lloro de la risa mientras las cuatro nos preparamos.

No puedo creer la suerte que tengo de estar rodeada de amigas maravillosas.

—De verdad que tenemos que vestirte, si no, Anton va a pensar que te has puesto de parto o algo.

—Por favor, no bromees —digo y me pongo de pie con muy poca elegancia, haciendo una mueca cuando me da un pinchazo en la espalda—. Preferiría no pasar mi noche de bodas en la cama de un hospital sacando una pelota de playa de mi vagina.

—Pues preferirías pasarla a cuatro patas mientras Anton…

—¡Emma! —exclamamos Allie, Beatrice y yo a la vez.

Al final, me suben la cremallera del vestido, que se ajusta perfectamente a mi tripa, y sigo a las chicas, todas vestidas con idénticos vestidos de color rosa pálido, mientras nos dirigimos al salón de baile principal del Hotel Plaza.

Siempre pensé que el día de mi boda sería un manojo de nervios. Que quizá sentiría incluso una pizca de duda mientras caminaba hacia el altar, hacia mi futuro marido, preguntándome si tal vez estaría tomando la decisión correcta.

Pero cuando Anton aparece ante mis ojos y veo su cara sonriente, me doy cuenta de que nunca nada me ha parecido tan correcto.

Me empiezan a picar los ojos y ni siquiera he llegado todavía al altar.

Nunca lo he visto tan feliz.

Sabía que hoy significaría mucho para él, tener no solo a sus primos a su lado, sino también a su hermano.

Incluso Maria está sentada en primera fila, entre Bianca y Zara.

El Alzheimer de Maria se ha mantenido bastante estable en los últimos meses, y creo que estar más rodeada de la familia ha influido en ello.

Aunque aplaudo a Anton por haber asumido la mayor parte de la responsabilidad que conlleva la enfermedad de su madre, verla beneficiarse de tener a todos sus hijos cerca, así como a Nikolai, le ha hecho darse cuenta de que ya no necesita hacerlo solo.

Se me hincha el corazón al saber que, dentro de nada, tendremos nuestro propio bebé que añadir a nuestra creciente familia, y me muero de ganas de ver a Anton convertirse en padre.

Después de la muerte de mi madre, nunca pensé que volvería a experimentar lo que era sentirse verdaderamente amada.

Pero entonces conocí a Anton. Era el hombre que nunca vi venir, el hombre del que nunca debí enamorarme y, sin embargo, aquí estamos, a punto de declarar nuestro amor el uno por el otro delante de todos nuestros amigos y familiares.

Esta era la vida a la que siempre estuve destinada, y estoy deseando empezar a vivirla.

Había planeado ser la última en abandonar la pista de baile al final de mi boda. Pero claro, nunca pensé que estaría embarazada de ocho meses, con los pies matándome, y estoy tan cansada que me da miedo quedarme dormida de pie.

Anton nota que me flaquean las fuerzas y al instante me coge en brazos mientras anuncia a nuestros invitados que pueden seguir con la celebración, pero que la novia se va a retirar pronto.

Me muero de la vergüenza, pero entonces Anton me lanza esa mirada que me dice que él también se retirará pronto conmigo, y no

tardo en olvidarme por completo de haberme ido antes de tiempo de la fiesta.

No me baja al suelo hasta que llegamos a la puerta de la suite nupcial.

No puedo dejar de sonreírle a Anton mientras busca la llave en el bolsillo de su chaqueta, completamente maravillada por lo guapo que está.

Anton abre la puerta de nuestra suite nupcial antes de agacharse para volver a cogerme en brazos.

—¡Anton! —chillo mientras le rodeo el cuello con los brazos.

—Es la tradición. —Me lleva dentro de la habitación y cierra la puerta de una patada.

—No sabía que fuéramos a seguir las tradiciones, teniendo en cuenta que ya me has dejado preñada.

—Un hecho del que me siento muy orgulloso. —Anton se inclina para acariciarme el cuello con la nariz—. Y ahora, ¿qué quieres primero? ¿Un baño o un masaje de pies?

—Un masaje de pies —suspiro al pensar en mis hinchadísimos pies.

Anton se ríe entre dientes y me deposita en la enorme cama, que está cubierta de pétalos de rosa.

—He de decir que esta es la parte que más estaba deseando que llegara. —Me apoyo en los codos.

—¿Ah, sí? —sonríe Anton con picardía mientras se encoge de hombros para quitarse la chaqueta.

Su camisa blanca se ciñe a su cuerpo musculoso y me tomo un momento para admirar a mi nuevo marido, el hombre al que legalmente puedo llamar *mío*.

—No me refiero a eso —me río, y la sonrisa de Anton titubea—. Sino a quitarme estos malditos tacones.

Gimo al quitarme de una patada los zapatos que me torturan. —Creía que podría soportar todos los dolores y molestias después de casi dos décadas de ballet, pero el embarazo es otro mundo.

Anton se ríe. —Ya no te queda mucho.

Anton se arrodilla frente a mí y me mete las manos por debajo del vestido para empezar a masajearme los tobillos hinchados.

—Gracias a Dios —gimo.

—¿Estás emocionada?

Capto un destello de algo parecido a la preocupación en sus ojos y al instante me siento mal por quejarme todo el tiempo.

No quiero que piense que no estoy deseando ser madre.

—Por supuesto que sí. —Le tiendo la mano para acariciarle la mejilla —. Este bebé es una bendición, y tú también. Pero echo de menos verme los pies.

—Y el ballet. —Gira la cabeza para besarme la palma de la mano.

A pesar de haberle asegurado que este bebé no significa el fin de mi carrera como bailarina, sé que Anton todavía se siente culpable por el hecho de que tuve que dejar de bailar después de la gala de invierno del año pasado.

—Sí que echo de menos el ballet, pero mi puesto sigue esperándome para que vuelva la próxima primavera. Y el IOD tiene una guardería estupenda…

—Contrataremos a una niñera —dice Anton, y pongo los ojos en blanco.

—No quiero tener a este bebé y volver a mi antigua vida como si nada hubiera cambiado, Anton. Quiero estar presente, criar a este

bebé contigo y, al mismo tiempo, bailar. Será duro, lo sé, pero estoy más que acostumbrada a trabajar duro.

—Estoy muy orgulloso de ti, Nina.

Coloca las manos a ambos lados de mi cuerpo y se inclina para besarme suavemente. Pero yo no estoy de humor para tomarme las cosas con calma.

Le cojo la cara a Anton entre las manos y meto mi lengua en su boca, gimiendo al primer contacto con su sabor.

—Te necesito —jadeo justo cuando alguien llama a la puerta.

—Por lo visto, alguien más también. —Se ríe entre dientes mientras yo suelto un gemido.

—No tiene gracia.

—Ahora mismo vuelvo. —Me guiña un ojo antes de ir a abrir la puerta.

Mis ojos recorren su cuerpo, mi pulso se acelera mientras pienso en todas las formas en las que voy a demostrarle a Anton cuánto lo quiero.

Me pierdo tanto en mi propia fantasía que doy un respingo al oír cerrarse la puerta.

—Alguien estaba teniendo pensamientos impuros. —Anton se ríe mientras deja un enorme ramo de rosas blancas sobre la mesa.

No me molesto en negarlo mientras me pongo de pie y me acerco a él arrastrando los pies.

—Oh, vaya, son preciosas. —Me agacho para aspirar su dulce aroma floral—. Me pregunto de quién serán.

Anton abre la tarjeta y ambos leemos el mensaje manuscrito de su interior.

Enhorabuena, señor y señora Koslov

Que el día de hoy marque el comienzo de una larga y feliz vida juntos...

Me llevo una mano a la curva de mi vientre, con el corazón desbocado.

Anton le da la vuelta a la tarjeta. —No la han firmado. Y no reconozco la letra…

—Y-yo sí. —No necesito un nombre para saber exactamente de quién son—. Son de mi padre.